«Una historia llena a rebosar de humor, alma y pasión».
ELSIE SILVER

TARAH DEWITT

SABORÉALO



El verano no durará para siempre

CONTRALUZ

SABORÉALO

TARAH DEWITT

Traducido del inglés por Elena Macian Masip

CONTRALUZ

Este es para mí, que estuve sentada en la oscuridad frente a una pantalla brillante y soñé con esto exactamente. Con elegir siempre la valentía por encima de la perfección.

Vale, y también es un poco para James Acaster en ese episodio de The Great British Bake Off *en el que pronunció la frase con la que más se identificaría cualquier espíritu creativo: «Me puse a hacerlo. Tuve una crisis nerviosa. ¡Buen provecho!».*

Querido lector:

Aunque la historia que tienes en las manos rebosa amor, ternura y sentido del humor, también contiene temas más sensibles y complejos que equilibran la balanza. Me parece importante que mis libros sean representativos de una cuestión en concreto: el hecho de que, a veces, la vida interrumpe nuestros planes sin tenerlos muy en cuenta. Además, incluso cuando logramos llevar a cabo aquellos que hemos ideado con más mimo, el éxito puede quemarnos, porque lo único que sentimos con cada objetivo cumplido es más presión, y nos olvidamos de saborear lo bueno. Estos temas, que encontraréis en el libro, pueden desencadenar reacciones emocionales:

—Duelo.

—Muerte de un ser querido (solo se menciona).

—*Burnout* profesional.

—Lesiones corporales (solo se mencionan).

Como siempre, espero haber tocado estos temas con precisión, respeto y cuidado. Espero que el viaje de Fisher y Sage os haga sentir comprendidos también a vosotros.

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«Word to the Trees», de whatever mike
«Backward Directions», de Abby Sage
«I Wanna Get Better», de Bleachers
«Call It Dreaming», de Iron & Wine
«Wide Open Spaces», de The Chicks
«Cool About It», de boygenius
«Butterflies», de Kacey Musgraves
«Love You for a Long Time», de Maggie Rogers
«Northern Sky», de Nick Drake
«Judy You Hung the Moon», de HARBOUR
«Eat Your Young», de Hozier
«Girl Like You», de bestfriend
«Wildest Dreams», de Taylor Swift
«Dog Days Are Over», de Florence + The Machine
«Walk», de Griff
«My My My! (Acoustic)», de Troye Sivan
«peace», de Taylor Swift
«Wildflowers», de Tom Petty
«Heart of Gold», de Ilsey Juber (con Bon Iver)
«State of Grace (Acoustic Version, Taylor's Version)», de Taylor Swift
«Missing You», de Stephen Sanchez, Ashe
«Stupid Cupid (Acoustic Version)», de Jenna Raine
«Boom Clap», de Lennon & Maisy
«I Believe in a Thing Called Love», de Branches
«Lover (First Dance Remix)», de Taylor Swift
«Vienna», de Billy Joel
«The Book of Love», de Magnetic Fields



Capítulo 1

Sage

—Bueno, no se puede negar que es… inesperado —digo.

Y tampoco se puede negar que es fálico, ni que mide al menos quince metros de alto. La punta abovedada sobresale justo por la parte trasera de la azotea y se recorta con orgullo contra el cielo de principios de verano.

Wren, mi mejor amiga (y mi persona preferida en el mundo entero, excepto por su hijo, que es tan maduro como ella), que está a mi lado, apenas logra contener una carcajada.

—¿Cómo han hecho para levantarla tan rápido? —pregunta, y luego, incapaz de aguantarse más, suelta un resoplido—. Dios mío, los chistes se escriben solos.

—¿No tuviste a Sam a los dieciséis años? Yo diría que sabes perfectamente cómo funcionan —la chincho. Pone los ojos en blanco durante un milisegundo, pero enseguida estallamos de nuevo en carcajadas, mientras nos acurrucamos la una contra la otra hasta que nuestros hombros se chocan.

—Señoritas, veo que ya habéis visto nuestra nueva… elevación —dice Athena Cirillo, con los labios apretados para, también ella, contener una carcajada—. Quitaron los andamios de esa última parte ayer. —Avanza por el camino del parque para observar la construcción, tan boquiabierta como nosotras. Su melena ondulada, blanca como la nieve, ondea al viento.

—Buenos días, Col —le digo al grifón de Bruselas que lleva debajo del brazo. El perrito me mira y parpadea con esos ojos pequeños, redondos y acuosos.

—¿Sabes lo que es? —le pregunta Wren a Athena, señalando el edificio con la cabeza. Siempre se puede contar con que la dueña de la librería esté enterada de todos los chismorreos. En este pueblecito, es nuestra particular diosa del conocimiento.

Athena se vuelve hacia la vieja nave industrial y niega con la cabeza.

—Lo único que sé es que su licencia es de zona comercial o de restauración —contesta.

Wren y yo respondemos con un murmullo pensativo y volvemos a observar con curiosidad las nuevas vistas. El viejo edificio de ladrillo que hay frente al parque litoral lleva cerrado muchos años. Al menos, yo no lo he visto en funcionamiento en mi vida. En algún momento fue absorbido por nuestro municipio, Spunes, en Oregón, donde solo se ha utilizado como una especie de centro comunitario. Más o menos. Delante tiene un patio cubierto que ofrece un poco de sombra para el mercado de productos ecológicos que se celebra dos veces por semana, y el interior se utiliza como almacén para el pueblo, para guardar cosas como las pancartas y las decoraciones de Navidad.

O así era antes, hasta que dejó de serlo. Hace unos meses vaciaron el edificio entero y lo dejaron todo encima del césped, en distintos montones bien ordenados. Y la obra empezó unas pocas semanas después.

—Supongo que será para restauración —añade Athena—. Un espacio comercial funcionaría mejor con otras tiendas alrededor, y este sitio es más bien solitario; creo que lo más probable es que pongan un restaurante. Sea como sea, Martha ha montado en cólera. Y esto no la va a calmar, precisamente… —Señala la estructura mientras mueve el brazo de arriba abajo y suspira, cansada—. Eeeen fin. Me voy a abrir la librería. Que tengáis un buen día, señoritas. No os metáis en líos.

Nos despedimos, y luego nos volvemos de nuevo hacia el edificio para seguir observándolo en silencio.

—Hum —musito. Noto una chispita de emoción al valorar la posibilidad de que abran un restaurante nuevo. Recuerdo mi colección de revistas de comida y le doy vueltas a todos esos platos tan elaborados que me encantaría recrear, aunque lo más probable es que no llegue a hacerlo nunca. Aun así, noto un cosquilleo en los dedos solo de pensar en probar «algo» nuevo. Lo que sea. Y no sé por qué, pero lo único que ahora mismo me viene a la mente es berenjena a la parmesana.

Ladeamos la cabeza a la vez.

—Efectivamente: «hum» —responde Wren.

Yo soy la primera en perder la compostura. Una risa ronca me trepa por la garganta y las dos acabamos desternillándonos otra vez.

—No, pero, en serio —dice Wren cuando nos calmamos un poco mientras se seca una lágrima de la risa—. ¿Cómo narices se las han arreglado para que les aprueben la construcción del palacio del falo? —Señala la erecta estructura—. O'Doyle no lo consentiría jamás.

—¿No consentiría jamás el qué?

Damos un respingo al unísono y nos enderezamos de inmediato. La señora Martha O'Doyle, de Forrajes y Ultramarinos O'Doyle, una tienda que vende de todo, desde pienso para gallinas hasta artículos deportivos, aparece poco a poco en nuestro campo de visión. Agarro a Wren de la muñeca con todas mis fuerzas justo cuando ella levanta la vista.

—Meridian —canturrea la autoproclamada dictadora conservacionista del pueblo a modo de saludo, a la vez que mira a mi amiga con los ojos entornados. Se la tienen jurada desde que O'Doyle presentó una demanda contra las decoraciones navideñas exteriores de la panadería hace dos años, y todo porque la estampa de inspiración élfica no se ajustaba a sus gustos clásicos.

—O'Doyle —la imita Wren.

Se oye la ocarina de un *spaghetti* western. Intervengo antes de que alguna de las dos mujeres desafíe a la otra a un duelo al

mediodía.

—Estábamos hablando de que jamás permitirías que uno de los edificios de Spunes fuese tan… —He de morderme el interior de la mejilla para no reírme—. Monstruoso. —Ahora mismo, lo mejor será que no nos pasemos de la raya, sobre todo porque todos sabemos que tiene este edificio entre ceja y ceja desde que lo compraron. No es ningún secreto que ha intentado parar la obra presentando quejas estúpidas al condado, y todo porque se trata de un enigma en el que ella no ha podido intervenir.

Las profundas arrugas que tiene alrededor de los labios se le marcan todavía más.

—¿A qué narices te refieres? —Pero, entonces, se gira lentamente hacia la nueva erección. Le doy un codazo a Wren: es nuestra oportunidad para escapar. No miramos atrás hasta que hemos puesto una distancia segura de por medio. Le echo un vistazo a O'Doyle y veo que mueve la cabeza arriba y abajo al contemplar el añadido cilíndrico, y abre y cierra la boca, horrorizada.

—Dios mío, está apoplética —digo, a punto de estallar de la risa.

Wren tira de mí de golpe para detenerme.

—Vamos a ver. Ayer le preguntaste a Sam si le había «asaltado la pesadumbre» y ahora me vienes con esas. Voy a tener que pedirte que dejes de canalizar ese espíritu victoriano y que empieces a encarnar la energía de una mujer moderna que aún no ha cumplido los treinta y está en la flor de la vida. Que en este pueblo no quedamos muchas.

—Tú ya tienes treinta y uno, mi buena amiga. —En realidad son treinta y dos, pero ella siempre hace como que se le olvida y yo soy así de comprensiva. Arrugo la nariz como pidiéndole disculpas de broma y ella baja la cabeza y me fulmina con la mirada—. Está bien, lo admito. Se me ha ido un poco la olla al investigar datos curiosos del festival. Pero ya que no quieres hacerlo conmigo, estoy decidida a darle uso a mi recién hallada lengua vernácula. —Me encojo de hombros.

Ella se ríe y niega con la cabeza.

—Dudo mucho que en la sección de trivia se incluya algo sobre el argot de la época.

—¡Qué disparate! ¡No puedes saberlo con certeza! Siempre está centrado en la época de los fundadores e intentan cambiar las preguntas cada año.

Suelta un suspiro y me mira con una expresión comprensiva.

—¿Seguro que ninguno de tus hermanos quiere participar contigo? ¿Se lo has preguntado a los tres?

—No, no quieren, y tampoco quiero participar con ninguno de mis hermanos. Eso me parece todavía más humillante. —Le dedico una mirada socarrona—. ¿Estás segura de que tú no quieres? ¿Segura del todo?

Hace una mueca.

—Soy alérgica a competir. Y mi madre me necesita en la panadería. Y, hablando de mi madre… —Hace un gesto triste y desamparado y se muerde el labio inferior. El pánico empieza a palpitar bajo mis costillas.

—¿Qué pasa? ¿Está bien?

—¿Qué? ¡Ay, Dios! Sage, perdona. Sí, mi madre está perfectamente. No… No es eso. —Me coge del codo para tranquilizarme y yo exhalo despacio, mientras me calmo después de ese arrebato de terror.

Creo que, cuando pierdes a tus padres siendo joven, como nos pasó a mis hermanos y a mí, hay una parte de ti que está siempre… en guardia. Como si lo más conveniente fuese estar siempre preparado para el siguiente golpe.

—Es solo que Ian vino ayer con Cassidy a la panadería —me explica.

Disfrazo mi expresión con una sonrisa de indiferencia y me la dejo puesta sin apartar la vista de ella.

—¿Y qué esperabas? En el pueblo solo hay una panadería, Wren. Sabía que irían a pedírtela a ti. —Me encojo ligeramente de hombros, aunque con cierta rigidez—. Y aunque hubiera una docena. Savvy's seguiría siendo la mejor.

—Mi madre ya les ha dicho que no se la piensa hacer —contesta.

Suelto un gemido.

—¡Wren! ¡No! No será verdad, ¿no?

—Bueno, no usó esas palabras. Pero sí que se excusó para ir a la trastienda y poder llamar a Cassidy «mosquita muerta» y «zorra traicionera» en privado. Luego, al salir, le preguntó a Ian si se estaba quedando calvo y empezó a mencionar todas las cosas que debería mirarse; lo que le obsesionó de forma evidente. Y luego les dijo que no tenía disponibilidad.

Me río con cierta amargura.

—No te creo. Savannah Meridian es una santa. —No le he oído decir ni un «Maldita sea» en toda mi vida.

—¡Exacto! Y esa es la razón por la que no va a cambiar de opinión —declara alegremente.

—Wren, hace casi un año que rompimos. ¿Cómo te sentirías si te dijera que no voy a volver a hablarle a Ellis?

Hace un puchero e inclina la cabeza a la vez que se atusa los rizos de color caramelo.

—Creo que la cosa cambia un poco si tenemos en cuenta que Ellis es tu hermano. —Se pone seria—. Y no me dejó después de más de cinco años sin apenas darme explicación alguna solo para empezar a salir con una de mis amigas justo después. Ni tampoco le propuso matrimonio a la supuesta amiga en menos de un año. —Aparta la vista y añade—: Tanto Ellis como yo somos culpables de que nuestro matrimonio fracasara.

Suelto un resoplido. Estoy tentada de decirle que, en ese caso, tanto Ellis como ella podrían tratar de repararlo, pero me contengo y vuelvo al tema de conversación que nos ocupa: el fracaso de mi vida amorosa.

—Y tú eres mi amiga más querida. —Hago una mueca—. La única, si lo pienso bien, lo que me acabaría convirtiendo en «la otra» en esa hipotética historia, así que creo que la analogía estaba condenada al fracaso desde el principio. —Cojo un envoltorio de helado que hay en el suelo y lo tiro en la papelera—. Estoy bien,

Wren, de verdad. Lo último que quiero es que Sav y tú perdáis clientes por mi culpa, cuando yo estoy perfectamente. —Me aseguro de mirarla a los ojos antes de continuar—. Tú deberías saber mejor que nadie que toda historia tiene siempre dos versiones. Y este pueblo es demasiado pequeño para que todo el mundo dé la mía por buena… Sobre todo porque Ian no se va a ir a ningún sitio. Su padre es el alcalde, por Dios.

Nos sentamos en nuestro banco preferido, en una punta del parque, el mismo en el que siempre quedábamos desde que Sam era un bebé. Yo solo tenía doce años cuando nació, pero a veces lo cuidaba para echarles una mano. Lo llevaba de paseo en su carrito el fin de semana, o después de clase, cuando a Wren le tocaba trabajar en Savvy's. Les cobraba cero dólares por hora, así que era la única niñera que Ellis y Wren se podían permitir en aquel entonces. Y, pese a que nos separaban cuatro años y a que estábamos en momentos vitales radicalmente distintos, nos hicimos las mejores amigas y construimos esa clase de amistad que ni siquiera un divorcio puede arruinar.

Además, entonces, todo el que tuvo la posibilidad de ayudarlos, lo hizo. Y así fue como aprendí que, si la unión hace la fuerza, el pueblo de Spunes siempre encontrará la forma de ir a una.

Nos quedamos un rato sentadas en un cómodo silencio, mientras observamos juntas las olas, en la distancia, y las gaviotas que graznan al surcar los aires. Me cojo el pelo con la mano y retuerzo los mechones para recogerlos en un moño. Me gusta que el sol me caliente la piel, aunque casi siento cómo me salen todavía más pecas. Unos mechones de pelo se me escapan de entre los dedos, y, antes de que pueda apartarlos, me azotan la cara. Cierro los ojos y suelto un murmullo de felicidad.

El inicio del verano en el noroeste del Pacífico es mi momento favorito del año, sobre todo aquí, en este viejo pueblo sobre los acantilados, donde el aire es fresco y salobre. La mayoría de los días, el sol acaba por disipar las nubes antes de que llegue la tarde, pero la brisa marina suele ser lo bastante fresca como para que no

terminemos muy pegajosos. Cuando abro los ojos, sigo con la mirada la valla de troncos gruesos que rodea el parque y continúa por los senderos que llegan hasta donde alcanza la vista, antes de curvarse y adentrarse en la arboleda de secuoyas que separa la calle Mayor de las casas de los acantilados.

Y me quedo mirando a Wren, incrédula, al darme cuenta de que me observa otra vez con cara de pena.

—¿Qué pasa? —le digo riéndome.

Ella estudia mi rostro.

—Es que no me parece justo —protesta.

«Ah». Así que seguimos ancladas en el tema de mi ex.

Suspiro con una sonrisa y alzo la barbilla.

—A mí me gusta pensar que sí lo es. De todos modos, estar con él fue conformarme —admito. Veo que esboza una sonrisa de orgullo por el rabillo del ojo—. Así que hacedle el maldito pastel, Wren. Si los Carver están implicados, os dará buena publicidad.

—Ya veremos —contesta obstinada—. De todos modos, como se acerca el festival, las ventas no nos preocupan mucho. —Me dedica una sonrisa tensa y echa un vistazo a su móvil—. Debo abrir la panadería. ¿Te vienes? Tengo un pedazo de pastel de coco y chocolate blanco preparado para ti.

—No puedo. Tengo que ir a la tienda de O'Doyle a por más pienso y luego a preparar la casa de los Andersen. Los inquilinos nuevos llegan hoy.

Wren pone los ojos en blanco.

—Que los Andersen contraten a una agencia inmobiliaria, como hacen los demás propietarios de alojamientos vacacionales.

—Solo pasan medio año fuera, y las agencias quieren contratos para un año entero —le explico—. Además, su casa solo está a un campo de fútbol de distancia de la mía.

Literalmente. Durante el verano de mis trece años medí el prado que separa nuestras casas y lo comprobé. Fue un año muy poco emocionante.

—Otra cosa que no me gusta —replica Wren a la vez que me señala con el dedo—. ¿Y si el tipo que ha alquilado la casa todo el verano es un bicho raro? En las afueras del pueblo estáis solo vosotros dos. Y ¿por qué la ha alquilado el verano entero? El festival no es hasta agosto. No tiene ningún sentido. Los turistas vienen en agosto.

En los condados vecinos hay otros pueblos que ofrecen atractivos turísticos válidos para varias estaciones del año. En la bahía de Yoos las playas son un poco más cálidas, y si te vas hacia el interior encuentras propiedades mucho más grandes y encantadoras, rodeadas de granjas de árboles de Navidad y viñedos. Y el pueblo de al lado, Gandon, es muchísimo más pintoresco y agradable para pasear.

Casi todo Spunes está construido sobre una cuesta muy empinada que solo se suaviza un poco al llegar a los acantilados que se erigen sobre el agua, lo que significa que hasta el paseo más relajado acaba siendo bastante parecido a hacer senderismo. El puerto principal es demasiado pequeño para los barcos pesqueros de gran escala, pero lo bastante grande para estar lleno de barcos pequeños. La celebración del Cuatro de Julio del condado vecino es demasiado grande como para competir con ella, y en el mes de junio todavía contamos con ese tiempo plomizo y nuboso tan típico de Oregón. Lo único que nos queda es agosto: un mes en el que este lugarcito construido sobre una base de fracasos se convierte, contra todo pronóstico, en el sitio más seco de la zona, y es cuando la mayoría de nuestros negocios sacan los beneficios que les mantienen todo el año.

—Como hemos discutido *ad nauseam,* amiga mía, no tengo ni la menor idea —le digo a Wren—. Pero a mí no me importa limpiar la casa un par de veces al mes ni echarle un vistazo en verano mientras estoy de vacaciones. —Me levanto del banco y le doy un abrazo para acallar sus protestas—. Va, no llegues tarde.

—Sí, sí. Nos vemos mañana. —Se despide con un gesto de la mano.

Le lanzo un beso antes de irme en la dirección opuesta. Paso por delante de las tiendas que conozco como la palma de mi mano y saludo a las personas que me encuentro, a las que conozco todavía mejor. En la calle Mayor cuelga una pancarta que anuncia:

El festival de Spunes celebra su 150 aniversario

No hay superficie que no esté llena de panfletos y carteles con fotos de los pasados veranos: fotos del Mirador de los Fundadores lleno de canoas, del parque a rebosar de puestos y de visitantes apretujados. En la tienda de O'Doyle hay una pared entera dedicada a los laberintos que pequeños grupos de gente vienen a dibujar en la playa cada año. Con un rastrillo, trazan senderos sobre la arena de formas curvas e intrincadas en los que la gente da largos paseos meditativos. La mayoría de las fotos son del festival mismo, con las carreras de canoas, la feria, los concursos de cocina… Y cómo olvidar la parte de la pared dedicada a los ganadores de cada año, que veo nada más entrar. Son las fotos más grandes y están enmarcadas, así que es imposible no fijarse en ellas.

Al poner un saco de pienso sobre el mostrador, Ian y Cassidy me sonríen triunfalmente desde la foto de los campeones del año pasado. A su lado hay imágenes de dos años seguidos de él con mi hermano mediano, Silas, de cuando todavía eran inseparables. Luego hay un retrato con su padre, el alcalde, Ian Carver sénior, de seis años antes de aquello. Ian lleva ganando este festival desde los dieciocho años. Este año será su décima victoria consecutiva.

Me beso las puntas de los dedos y, como hago siempre, acaricio una foto de hace décadas de mi padre y de mi madre, del año que ganaron.

Después de meterme el cambio en el bolsillo y despedirme, dejo caer el saco de pienso en la camioneta y luego me dejo caer yo, dispuesta a volver a casa mientras mi mente da vueltas y vueltas, como desde hace meses.

Por mucho que en su momento me pillara desprevenida, no tengo celos de Cassidy por estar con Ian. Si lo quiere, es todo suyo. Mejor ella que yo.

Lo que sí que me crispa los nervios es que, a pesar de que sigo diciendo eso de «mejor ella que yo», también pienso que ella es mejor que yo. Es médica, de una familia de médicos y abogados y generaciones y generaciones de personas que o bien se van de Spunes para hacer todo tipo de cosas grandes e importantes o lo hacen para ir a recoger sus títulos y vuelven por obligación o por una especie de concesión. En plan: «Bueno, es que tenía que estar cerca de mi madre de todos modos, ¡y los colegios de *tal* y *cual* condado (siempre uno de los vecinos) son excelentes!». Como si le hicieran un favor a alguien por… quedarse.

No es el caso de mi familia. Y, sobre todo, no es el mío.

Así que, en realidad, no son Ian y Cassidy los que me molestan. Ya no siento esos celos que se te clavan en las entrañas. Lo que me pasa es que este pueblo es tan mío como de Ian. Me uní al comité que empezó a preparar el festival de este verano hace dos años. ¡Dos! Durante los años anteriores, he enviado artículos a los principales periódicos de la zona para dar a conocer los eventos. Me he dedicado a hacerle publicidad al festival y he creado las redes sociales para dichos actos. He enseñado a otra gente a utilizar esas cuentas para sus negocios, gente que, por otra parte, era extraordinariamente reacia a recurrir a las nuevas tecnologías antes de que yo les echara una mano. He sido yo quien ha conseguido que se haya convertido en una atracción turística mucho más popular en la última década.

¡Maldita sea!, ¡si hasta les he dado puntos extra a mis estudiantes de primero antes de final de curso si se apuntaban como voluntarios! Aunque he apostado por su honor y les he dado los puntos por adelantado, así que a saber si alguno cumple o no con su palabra.

Creo que lo que me gustaría lograr es una pequeña victoria. Aunque no consiga ganarle a Ian, solo quiero que me tengan en

cuenta. Quiero ser alguien que valga la pena considerar.

Además, creo que empiezo a hartarme de que la gente vaya con pies de plomo a mi alrededor. Ya me cansaba cuando estaba con Ian. Estaba harta de sentir que yo era la chica más afortunada del mundo y que todos lo sabían. Como si fuese maravilloso que el mismísimo Ian Carver se dignara a estar conmigo, la trágica y patética huerfanita del pueblo. La chica sencilla y del montón que tras madurar se convirtió en una mujer feliz y cómoda en su propia piel. Qué suerte la mía.

Francamente, me hace sentir como una pringada, y estoy hasta las narices. Hasta las narices de que me miren con pena, y eso si es que me miran. Quiero…, quiero saber qué se siente cuando se gana, y no creo que sea pedir demasiado.

Nunca he tenido grandes aspiraciones en esta vida. Sueños, sí, pero todos se han reducido a cosas muy sencillas. Por lo que a mí respecta, se han hecho realidad. Yo quiero ser feliz. Y, en el fondo, lo soy. Me gusta enseñar y trabajar con niños. Tengo la suerte de tener clases pequeñas y también ayuda el hecho de que he conocido a todos mis alumnos desde siempre, y también a la mayoría de los miembros de sus familias. No tengo hipoteca porque la casa la pagó el seguro de vida de nuestros padres y compré a mis hermanos su parte al cumplir los dieciocho. Aunque el premio de diez mil dólares no me vendría nada mal, mis facturas no están fuera de mi alcance y puedo disfrutar de vacaciones en verano. Amo a mis animales y adoro mi jardín. Me encanta mi casa, mi pueblo y mi gente.

Y sí. Quisiera encontrar a alguien adecuado para mí, pero me niego a que no tener un compañero me impida disfrutar de la vida. Simplemente, sería bonito compartirla con quien me aprecie y me quiera como soy.

Entro con la camioneta por el camino de gravilla y, al llegar, sonrío al ver mi casa. Tiene dos plantas, aunque es bastante pequeña, con un humilde porche en la parte delantera y mi queridísima galería, que recorre toda la parte trasera. El año pasado gané lo suficiente

en el mercado de productos ecológicos para pintarla toda de blanco, lo que la hace destacar sobre los árboles que se ven en la distancia.

Pero se me borra la sonrisa cuando veo a mi lobera irlandesa cruzar el prado desde la casa de los Andersen y saltar sin esfuerzo la valla que separa mi terreno del de ellos.

—¡Sable! —la regaño, tratando de transmitir con esas dos sílabas toda la contrariedad posible. Al oírme, se detiene y se vuelve hacia mí, mientras menea las orejas caídas. Y entonces agacha la cabeza y corretea por el prado, tratando de llegar al porche—. ¡Sable, te estoy viendo! —le advierto, pero no sirve de nada.

Nina Andersen ya le tiene bastante miedo. Si se entera de que sabe saltar la valla, va a querer rehacerla.

Para cuando he aparcado y he descargado el pienso de la camioneta, la chucha del tamaño de un poni ya está despatarrada en el porche delantero, con la cabeza apoyada en el primer escalón. La viva imagen de la inocencia.

La miro con una ceja enarcada y suspiro, cansada. Ella resopla a modo de respuesta.

—Sí, claro. Encima vas a ser tú la que esté harta de mí. —Pero me río. No puedo evitarlo.

El resto del día pasa en un abrir y cerrar de ojos. Meto la llave de los Andersen en su caja de seguridad en cuanto compruebo que todo está tal y como me pidieron. Y, a pesar de lo nerviosa que está Wren, resulta que a mí me parece agradable tener vecinos durante todo el verano en lugar de que la casa esté vacía tanto en junio como en julio. Y tampoco tendré que explicar cosas de mí ni de mis animales un montón de veces a los recién llegados. No tendré encuentros incómodos en el establo que está en el borde de nuestras propiedades.

Me pongo la parte de arriba del bikini y unos vaqueros cortos para disfrutar de la luz del sol, aunque me echo una bata sobre los hombros para ser un poco cuidadosa con la piel. Recojo los huevos que han puesto las gallinas y le doy grano y le acaricio el morro a Bud, mi caballo Clydesdale. Mientras Sable aterroriza a los gansos

sin darse cuenta, yo subo el volumen de los auriculares al máximo y me dedico a cuidar el jardín y al resto de mis tareas. Ocupo mi cuerpo y mi mente hasta que ya no queda espacio para nada que no sean las pequeñas alegrías del momento presente, acompañada en todo momento por mi gigantesca perra, que brinca a mi lado, y de la cascarrabias de mi gata de tres patas, que aparece atravesando el prado. Sinpatica le da un golpecito a Sable en el morro, por si acaso, y luego se adueña de un hueco en el porche, bajo los rayos del sol.

No necesito nada más para sentir que estoy en mi lugar feliz. Mi lugar en el mundo.

La vida es bella, y, aunque esté sola, entre la gente que quiero y las mascotas que no hago más que adoptar, rara vez me pesa la soledad.



Después de cenar, me pinto las uñas en la galería para relajarme. Cuando por fin la oscuridad cubre nuestra pequeña colina, siento un cansancio de lo más agradable, y me acuesto satisfecha.

Si me entero de que los inquilinos han llegado es solo porque Sable empieza a gimotear en mitad de la noche. Justo antes de oír el ruido ensordecedor de unas sirenas y ver las luces de un coche de policía y uno de bomberos que pasan a toda velocidad junto a mi casa y dejan una nube de polvo a su paso.



Capítulo 2

Fisher

¿Alguna vez has estado inmerso en algo tan bueno que has querido detener el tiempo? Una película o un libro, por ejemplo, o incluso unas vacaciones tan increíbles que no querías que terminasen jamás. Y te entraban ganas de apretar el botón de «pausa» y posponer lo inevitable.

Un ingenuo le dijo una vez a un entrevistador que esa era la sensación que pretendía capturar con sus platos. Quería que cada una de sus creaciones fuera tan absolutamente extraordinaria que la gente tuviera que dejar de comer. Quería regalar éxtasis culinario. Que los comensales ansiaran más comida incluso antes de habérsela terminado.

Y resulta que…

Y resulta que ese ingenuo soy yo, lo que me parece bastante irónico, si tenemos en cuenta que ahora mismo no veo la hora de que termine este viaje por carretera.

—Puede que bajar de nivel sea bueno para ti —comenta mi sobrina, Indy, desde el asiento trasero—. Quizá la comida grasienta te sirva para expandir tus horizontes.

Aunque el comentario no desprende mucho desdén adolescente, me lo tomo como la trampa que es. Sabe que hasta hace tres meses era el chef de un restaurante con tres estrellas Michelin, tanto como sabe que no me han encomendado esta tarea para «expandir» mis

habilidades. Es muy consciente de que esto ha sido una cura de humildad de las que hacen historia. Pero también es probable que se esté poniendo más nerviosa cuanto más nos acercamos al que va a ser nuestro hogar este verano.

—¿Qué concepto vas a ofrecer en el nuevo restaurante? —pregunta—. ¿Potajes con guarnición de ignorancia?

¡Santo Dios! Llevamos casi siete agotadores días de camino. Pensaba que a los dos nos vendría mejor viajar en coche que en avión, no solo porque así podría traerme todos mis utensilios conmigo, sino porque tendríamos tiempo para reconectar. La terapeuta a la que frecuentamos desde hace un mes me recomendó que le dejase llevar la voz cantante a ella durante un tiempo, que le siguiera el rollo, que permitiera que se abriera conmigo… El problema es que ella sigue anclada al mismo punto, así que no he podido lograrlo. Se puso los auriculares en Nueva York y, salvo para cargarlos, para tirarme alguna pulla o para comunicarme en momentos sospechosamente inoportunos que teníamos que parar para que fuese al baño, no se los ha quitado en todo el viaje. He tratado de darle conversación incontables veces, y lo único que he obtenido como respuesta han sido unas pocas sílabas. Y al cabo de un tiempo… he tirado la toalla, sin más.

Me he pasado el resto del viaje en una especie de ensimismamiento autoinducido. Me han entrado ganas de dejar que se me nublara la vista, de descentrarme de lo que ocurría y emborronar los detalles que me rodeaban, mientras me movía de forma mecánica. Es un truco que desarrollé cuando me echaban la bronca en mis primeros días en cocinas de primer nivel. Así te enterabas de lo más esencial, porque te lo decían a grito pelado, pero te ahorrabas el dolor emocional. Intentaba «llegar» mientras evitaba la ansiedad en el presente.

Ahora que salta a la vista que estamos muy cerca, su ira está a punto de desbordarse. Sin embargo, por mucho que no quiera desalentarla, ahora que por fin está dispuesta a hablar conmigo, no me parece que darle la razón vaya a ser muy productivo.

—Creo que ambos deberíamos tratar de recordar que viajamos por el país y no hacia atrás en el tiempo —le contesto—. No estaría mal que fuésemos un poco optimistas. —No me lo creo ni yo, y se nota. Ella resopla y me fulmina con la mirada a través del retrovisor, así que insisto—: Quizá Spunes no sea tan malo ni tan pequeño como pensamos. Archer me dijo que en los noventa hubo un deportista olímpico de aquí. Subió al podio y todo. —Como dato curioso puede parecer un poco aburrido, pero últimamente me da la sensación de que a Indy le interesa la capacidad de generar excelencia que pueda tener un lugar.

—¿Por qué? —pregunta—. O sea, ¿en qué deporte ganó la medalla?

—En carreras de larga distancia, creo.

Ella suelta una carcajada de satisfacción.

—Ves la ironía, ¿no? Hasta sus propios habitantes quieren salir corriendo lo más lejos posible. —Y tras esa frase, Indy se vuelve a poner los auriculares y se acomoda junto a la ventanilla.

Ahora sí que la veo, sí. En fin… supongo que he metido la pata. Suspiro y miro las indicaciones en el móvil. Aún nos faltan más de ocho horas para llegar a Spunes, lo que significa que eso ocurrirá después de la medianoche. En otras circunstancias, buscaría un hotel para pernoctar, pero creo que ha quedado claro que los dos estamos agotados y, de todos modos, hoy ya está a nuestra disposición la casa que nos ha alquilado mi jefa.

Vuelvo a salir a la autopista y, por defecto, mi mente vaga por los últimos años, en una búsqueda constante del momento en el que todo empezó a torcerse. Reconstruyo los aciertos y desaciertos que desembocaron en lo que sucedió hace tres meses, cuando, tras una década y media de ajetreo entre los fogones, perdí mi trabajo.

A veces pienso que todo empezó con aquella mala reseña de cinco años atrás, tras la que decidí no volver a casa por Navidad porque me había llegado el rumor de que cierto bloguero gastronómico tenía intención de ir a Tuétano, y todo para que

acabase escribiendo que mis carrilleras de ternera «estaban poco inspiradas».

Quizá algo se rompió mientras estuve de baja por mononucleosis hace dos años y volví a una cocina que funcionaba claramente mejor sin mí.

Tal vez soportar ese nivel de intensidad durante tanto tiempo, en el que cada instante es crucial y cada detalle es primordial, era sencillamente insostenible.

Fuera lo que fuese, sigo arrastrándome por todos esos recuerdos, porque creo que ahora lo que me toca es reflexionar. Intento volver a sentir algo, ya sea anhelo por retomar mi carrera o ira porque haya llegado a su fin…, aunque siempre acabo con las manos vacías. Siento las trazas de la vergüenza, la ligera amargura de la humillación, pero no encuentro gran cosa sobre la que construir.

Lo único que sé con certeza es que casi todo eso dejó de importarme después del accidente de tráfico de mi hermana, hace tres años.

Un accidente. Una palabra que suena de lo más inofensiva, si se tiene en cuenta que describe un suceso que borró la existencia de una persona y cambió la trayectoria de las vidas de todos sus seres queridos. Durante un recado cualquiera en un día cualquiera, o un insignificante momento de descuido, o una distracción o… No sé qué fue. Ojalá lo supiera. Tampoco sé por qué me gustaría saberlo. No cambiaría nada. Nada que importe, al menos. No haría que el guardarraíl hubiese estado más cerca ni evitaría que Freya hubiera caído por aquel terraplén. No me la devolvería, ni cambiaría el hecho de que, después de escaparse de casa de mis padres hace dos meses, mi sobrina huérfana y adolescente esté ahora mismo sentada en el asiento trasero de mi coche, enfadada con el mundo, con razón, y enfadada conmigo, también con razón.

Trato de mantener mis pensamientos a raya al contemplar los colores verdes y dorados del paisaje que me rodea y al meditar sobre el restaurante. Mi nueva misión.

¿No dice la gente que las cosas importantes siempre llegan de tres en tres? ¿O se refieren solo a las desgracias? Sea como fuere, me encaja. Hace tres meses, me despidieron. Hace dos meses, Indy apareció en la puerta de mi casa y, hace un mes, cuando volvía de mi paseo de autocompasión diario por Central Park, me encontré a tres personas en mi salón…

La primera en la que me fijé fue en mi antigua jefa, que me miraba con una amabilidad que me sacaba de quicio. Carlie Visconti es la aterradora y dura matriarca de una familia medio francesa-medio italiana, de profesionales del sector de la restauración, muchos de los cuales están considerados miembros de la realeza culinaria… y, en ese momento, me miraba casi sin disimular su preocupación, aunque su restaurante hubiera perdido una de sus estrellas por mi culpa.

A su lado estaba mi antiguo *sous-chef,* Archer, al que acababan de ascender a chef.

—Hola, chef —me saludó, asintiendo una única vez.

Y enfrente de los dos se hallaba Indy arrellanada en una silla, con el ceño fruncido y cara de aburrimiento.

—No he venido a hablar de la reseña ni de la estrella ni de nada de eso —anunció Carlie.

—¿Entonces para qué…?

—Parece mentira que dejaras que ese cabrón te hiciera perder los nervios, Fisher —añadió, con los rasgos y la voz teñidos de frustración. Era lo mismo que me había dicho mil veces. Lo que yo me había repetido otras tantas veces—. Roth es un capullo miserable al que se le da genial escribir esas reseñas negativas y dramáticas de mierda, y lo hace porque es lo que vende. Aunque, entre tanta queja, se las arregló para reconocer que tienes talento.

—Pensaba que no habías venido a hablar de eso —contesté de forma inexpresiva.

—Y no lo estoy haciendo —replicó.

Señalé a mi alrededor.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí, Carl?

—Estamos aquí porque me ha llamado tu madre.

—¡Santo Dios! —Solté un gemido y una carcajada amarga al tiempo que tiraba las llaves sobre la encimera—. Tengo treinta y un años, Carlie. ¿Qué hace mi madre llamando a mi jefa? —Archer se miró el zapato, que de repente le parecía muy interesante.

—Me gusta más pensar que soy tu socia, y no tu jefa. Colaborábamos de una forma más cercana que eso, ¿no crees? —contestó un poco dolida.

Yo tragué saliva y también clavé la mirada en mis pies. No podía —y sigo sin poder— arrepentirme del arrebato que provocó mi despido, aunque las consecuencias que tuvo bien merecerían mi arrepentimiento. Fue Richard Roth quien se me acercó mientras yo cenaba tranquilamente, quien pensó que podría bromear conmigo acerca de cómo había denigrado tanto mi carrera como el duro trabajo de mi personal. Se había ganado a pulso ese tartazo en la cara.

Y supongo que yo también me merecía que me despidieran por ello.

—Es evidente que tu madre no tenía ni idea de que ya no trabajas en el restaurante, Fisher —continuó—. Vas a tener que poner las cartas sobre la mesa en algún momento.

—Carlie… —empecé a decir. Me estremecí al notar el dolor que me embargaba la voz. Odio haberla decepcionado a ella también.

El trabajo se había convertido para mí en una especie de familia, hasta que el «incidente» la dejó sin mucho margen de maniobra. Porque tampoco es que ella quisiera despedirme. Cuando mis padres e Indy venían de visita durante las vacaciones y los festivos, unirse a la celebración de la familia de Carlie era siempre la opción perfecta para que todo fuese más llevadero. Mamá y ella forjaron cierta amistad, y me gustaba pensar que eran amigas. En ese momento, en cambio, tuve sentimientos encontrados.

—Como parece que estás en fase de negación —continuó Carlie —, porque ni siquiera hablas con las personas a las que les importas,

te lo voy a decir bien claro: no estás bien. Y es evidente que Indy tampoco.

Indy se incorporó indignada.

—¿Por qué me metéis a mí en esto?

Miré a Carlie mientras negaba con la cabeza.

—Mejor dejemos a Indy fuera de este asunto —le pedí. Tal vez a mí no me importara la recapitulación constante de mi propio declive, pero no creía que en ese momento fuese productivo hacerle a ella lo mismo. Ya se había escapado de casa de mis padres por tercera vez en tres años, así que no quería presionarla demasiado y arriesgarme a darle razones para hacerlo de nuevo. Carlie apretó los labios y se peinó con los dedos el mechón canoso, a la vez que pensaba cómo abordar el tema de otro modo.

—Deja que te haga una pregunta —dijo tras unos segundos de silencio—. ¿Quieres recuperarlo?

Estuve a punto de responder con un comentario sarcástico. «¿Recuperar qué, exactamente? ¿Mi dignidad, mi trabajo, la estrella que perdí, mi vida tal y como la conocía…?». Pero me contuve, porque sabía que se refería… a todo.

—Pues claro que quiero —contesté con voz ronca. Crucé el salón pesadamente hasta la única silla que quedaba vacía y me dejé caer sobre ella.

Carlie exhaló un largo suspiro y miró a Archer antes de lanzar su propuesta. Me recordó, en primer lugar, una de las inversiones en las que llevaba metida casi un año: un restaurante en la costa de Oregón. Me sentí un poco avergonzado al darme cuenta de que, a pesar de que ella se había pasado una década apoyándome incansablemente tanto en mi trabajo como en mi vida personal, yo había estado tan ensimismado en mis propios asuntos que no le había prestado mucha atención a los suyos, salvo cuando se entrelazaban con los míos.

Me contó que habían sufrido retrasos en casi cada paso que habían dado, que en el pueblo le ponían problemas y que necesitaba un representante allí para poder llevarlo a cabo. Me dijo que había

mandado a Frankie, un jefe de obra con el que habíamos trabajado en varios proyectos en Nueva York, el mismo que había supervisado la obra de Tuétano, y que su objetivo era acabar la que estaba en marcha.

—Y ¿yo qué pinto en esto? —pregunté intrigado—. ¿Y Archer?

Este se aclaró la garganta.

—Yo quiero el trabajo —me dijo—. Quiero ser el chef de ese restaurante cuando esté terminado. Spunes no está muy lejos de mi casa.

Nunca dejará de fascinarme que la gente siga llamando «casa» al sitio donde se crio.

—Pero de momento lo necesito aquí —intervino Carlie—. Si no, me quedo sin chef. A ti no puedo readmitirte todavía; no hasta que se calmen las cosas.

Disimulé una mueca y esperé a que terminase su explicación.

—Ayúdame con el Entre Estrellas —me pidió—. Crea una carta, como la que hiciste cuando empezamos con Tuétano. Entérate de lo que se necesita en esa zona, de lo que la gente quiere, y de qué funcionará para esa experiencia inmersiva. Haz todas esas cosas artísticas y atmosféricas que se te dan tan bien. —Se inclinó hacia delante y me miró con severidad—. Demuéstrame que tienes la cabeza en su sitio y te dejaré volver a Tuétano, cuando hayas terminado. Me da igual que me pongan de vuelta y media. Trabajaremos juntos y recuperaremos esa estrella, y hasta ganaremos otra más si quieres.

Fue como echarle gasolina al fuego: aquellas palabras encendieron una chispa que me devolvió la vida. Una llamita que, aunque centelleaba con debilidad, ahí estaba. La idea de un regreso triunfal sí era algo que podía marcarme como objetivo, aunque lo único que me motivase fuese el orgullo o la vanidad.

Indy, que estaba en la silla de mi derecha, resopló y levantó la vista de su móvil.

—¿Me estás diciendo que he conseguido largarme de un pueblo de mierda y tú me vas a llevar a otro? —protestó—. En fin. —Se

levantó, se fue a la habitación de invitados y cerró de un portazo.

—Lo estoy intentando, Carl —le aseguré al ver su mirada de preocupación. Aunque también me sentía como si respirara a través de una pajita al tiempo que corría cuesta arriba todo el rato—. No sé por qué quiere estar aquí ni por qué narices quiere vivir conmigo, pero parece que eso es lo que desea, así que… lo estoy intentando. —Me encogí de hombros.

—Pues a mí me parece obvio —opinó Archer, ganándose una mirada penetrante de Carlie y otra mía—. Veamos, chef: eres una leyenda, y lo sabes. Y ella ha visto cómo te has abierto paso aquí, ¿no? Seguro que eres su héroe, de un modo u otro.

Eso me parece ridículo, y creo que Indy estaría de acuerdo conmigo. Quizá era cierto cuando éramos las antiguas versiones de nosotros mismos, pero ya no lo es.

Entiendo por qué quería alejarse de su casa, al menos, y la única conclusión que puedo sacar es que estaba lo bastante desesperada por largarse como para venir hasta aquí. Imagino que, sin Freya, ese «pueblo de mierda» de Nebraska perdió el poco atractivo que tenía.

—Y ¿no te importa no tener nada que ver con la nueva carta? —le pregunté a Archer. Creo que con él tengo una relación tan cercana como con cualquiera, lo que no es decir demasiado. Pero el tipo es un gran chef y se merece su propia cocina.

—Lo único que quiero es cocinar. Ya me conoces —contestó como si nada—. Una vez esté allí, tendré libertad para hacer lo que quiera, pero confío en que al menos me dejes las cosas bien montadas —añadió con una sonrisa chulesca. «Bien», pensé yo. Si quieres dirigir un restaurante con éxito necesitas tener ego.

Carlie se puso en pie y se colgó el bolso del hombro.

—Piénsatelo si quieres, pero estoy segura de que te vendría bien, Fisher. Al menos, podrías desconectar y recargar energías. Sería maravilloso, tanto para ti como para Indy.

Recargar energías.

Pensar en volver a pisar una cocina aún me provoca una angustia palpable, y también rechazo hacia mí mismo. Estoy harto de esta

cosa que no consigo nombrar ni sacudirme de encima. Pero creo que es primordial que me centre, sobre todo ahora que la felicidad de otra persona puede verse afectada por la mía. Sin embargo, como nada de lo que había hecho parecía funcionar, supe que tenía que aceptarlo.

—Tendré que volver cuando termine el verano —les recordé a mis invitados, que ya se dirigían a la puerta—. Porque Indy empieza el instituto en otoño.

Más tarde, me aseguré de darle las gracias a Carlie por su inquebrantable fe en mí y por querer darme otra oportunidad. Acepté una recomendación suya de una terapeuta con la que Indy y yo empezamos a tener sesiones semanales por videollamada y, en general, he hecho todo lo posible por mantenernos a flote desde entonces.

Los minutos y los kilómetros se van alargando, al compás de los suaves sonidos de la camioneta y, al final, también de los suaves ronquidos de Indy.

Cuando los faros alumbran por fin el cartel de bienvenida del pueblo, es exactamente medianoche. Se lee:

Spunes, Oregón
(Que no se confunda con Forks, Washington)

Me alegro de que Indy no esté despierta para verlo.

Cuando llegamos a la casa de alquiler, la luna brilla en mitad de un cielo neblinoso entre azul y negro, pero estoy demasiado agotado como para descargar nada que no sea mi propio cuerpo o para fijarme en los detalles. Soñoliento, introduzco el código de la caja de seguridad para entrar. Indy y yo subimos pesadamente las escaleras y nos metemos en los primeros dormitorios que encontramos. Ella cierra de un portazo y yo me quito los zapatos a patadas y me derrumbo en la cama.



Capítulo 3

FISHER

—¡Fisher!

Me pongo a dar manotazos al lado de mi oreja, mientras trato de librarme de esa voz que me sisea en el oído, e intento acurrucarme en la cama.

—¡Fisher, despierta! ¡Por favor!

A la vez que recupero poco a poco la conciencia, empiezo a distinguir el rostro de mi sobrina en la habitación casi a oscuras.

—¿Qué pasa? —El brillo de un monitor que hay en la esquina arroja un resplandor azul sobre ella. Intento espabilarme un poco y entender lo que ocurre—. ¿Qué, Indy?

—Hay algo en la casa —susurra. Está aterrorizada; le tiembla la voz. Oigo un golpe sordo y otro metálico en la planta de abajo, seguidos de un gruñido grave y áspero—. ¡¿Crees que puede ser un oso?! —pregunta, y su pánico catapulta el mío al instante, porque ¿cómo narices voy yo a saberlo? Aunque esta casa está en la parte más campestre de un pueblo que tiene un tamaño minúsculo, de todos modos no contaba con que hubiera tantos putos osos como para que se nos colaran dentro de la vivienda. De donde yo vengo, los únicos depredadores de verdad son las personas.

«Mierda», pienso. Todavía no conozco la casa, y mucho menos la fauna salvaje de la zona. Ni siquiera me he molestado en cambiarme antes de quedarme dormido como un tronco.

Más ruido. Una especie de siseo amortiguado.

El corazón se me acelera hasta galopar y oigo el zumbido de la sangre en los oídos, pero salgo de la cama y miro a mi alrededor, buscando algo que se asemeje a un arma. Indy me clava las uñas en el brazo.

—¡Diosmíodiosmíodiosmío! ¡¿Eso era una voz?! —gime con voz aguda.

«Joder, ¡no lo sé!», quiero chillarle. «¡Pues igual sí!». De repente, ni siquiera me oigo pensar por encima del rugido de mi propia adrenalina, y, encima, mi mente todavía intenta entender lo que pasa. Todas esas sustancias químicas se mezclan hasta alcanzar un punto álgido. Hay algo o alguien aquí dentro. Indy está muerta de miedo. Sabe —sabemos, por experiencia— que pueden pasar (y que pasan) cosas malas en cualquier momento. Y yo sé que ahora mismo es mi trabajo demostrarle que todo irá bien, que puede confiar en mí y que haré que todo se resuelva. Que nos mantendremos a salvo. Me abalanzo sobre la mesita de noche, donde tengo el móvil, para llamar a los servicios de emergencia. Mientras expongo los hechos con tono contenido, me sobreviene una calma espeluznante.

—¡Quédate aquí! —le ordeno al colgar. Ella asiente, temblorosa.

Reviso de la forma más silenciosa posible las otras habitaciones de la planta hasta que encuentro un viejo bate de béisbol y una esterilla de yoga enrollada. Tendré que apañarme con eso.

El ruido es cada vez más alto, como si lo que sea que hay abajo estuviera removiéndolo todo, buscando algo. ¡Dios! Sé que los allanamientos de morada existen, pero ¿alguna vez había habido alguno aquí? ¿Nos tenía que pasar a nosotros y solo unas horas después de llegar? ¡Qué suerte!

Intento pensar, pero es como si mi cerebro estuviese tratando de moverse en un mar de gelatina. «Dios, no pienses en gelatina». Sacudo la cabeza para apartar el pensamiento. «La gelatina te hace pensar en el funeral. En aquella cosa gelatinosa en forma de pastel y

la cara empolvada de la directora de tu antiguo instituto cuando te preguntó si lo habías cocinado tú».

Se oye esa especie de rugido otra vez.

No puede ser una persona. Tiene que ser algún tipo de animal que revuelve en la despensa. Los sonidos que emite son… ¿rítmicos? Tiene que ser una bestia. Solo debo bajar ahí y hacer mucho ruido, asustarlo antes de que se atreva a contemplar la posibilidad de subir a la planta superior. Quizá…, no sea más que un mapache o una zarigüeya. Puede que no se trate de un animal enorme y/o mortífero. ¡Joder! No puedo seguir pensando en esto. Tengo que ser un hombre y ocuparme de esto de una puta vez.

«Haz ruido. Monta un escándalo. Tiene más miedo él de ti que tú de él, ¡maldita sea!».

Echo un vistazo a Indy otra vez. Tiene las mejillas llenas de lágrimas. De repente, la determinación me vuelve de acero.

Salgo del rellano, y el escalón de madera cruje bajo mi peso. Oigo otro golpe sordo y más ruidos, como si arrastraran algo.

Esto me recuerda a ese momento en las películas de terror en el que un idiota va de puntillas por el pasillo embrujado donde hay algún tipo de monstruo agazapado, que lo espera a la vuelta de la esquina.

«Haz ruido. Monta un escándalo. ¡Tiene más miedo él de ti que tú de él!», coreo de nuevo para mis adentros.

Además, esto incluso podría tender un puente entre Indy y yo. Es mi oportunidad de demostrarle que podemos superar las dificultades que se nos presenten. De demostrarle que sí, que sé que su madre ya no está y que hasta ahora no había estado a su lado… Que sí, que todo esto da un miedo de cojones, pero que incluso cuando algo es desconocido y aterrador podemos afrontarlo juntos y salir adelante. «Haz ruido. Monta un escándalo. Tiene más miedo él de ti que tú de él». Voy a demostrarle que puede contar conmigo. Que, aunque la vida le haya robado a su madre, aunque como tío no haya estado a la altura, ahora estoy decidido y comprometido a mantenerla sana y salva.

Respiro hondo y bajo los últimos escalones. Doblo la esquina para entrar en la cocina soltando un bramido mientras blando el bate, preparado para lo que me espera.

Pero mi grito de guerra encuentra una muerte patética. Toda mi energía se deshincha.

Tardo unos instantes en comprender la escena que tengo ante mis ojos. «La cosa» está medio encallada en la esquina de lo que parece un delantal y medio subida en una bolsa de plástico. Da vueltas y golpes contra un paquete de veinticuatro latas de refresco que está en el suelo de la despensa y luego intenta cambiar de dirección, zumba y se choca con el marco de la puerta. Vuelve a girar hacia el lado equivocado y se golpea con unas cajas que supongo que ha volcado en su expedición.

—¡¿Fisher?! —grita Indy—. Fisher, ¡¿qué es?!

Un escalón más en mi decadencia, eso es lo que es.

¿Es esto tocar fondo? Sé que, si contemplo uno a uno los acontecimientos de los últimos años, no lo parece. Pero si empiezo con la muerte de Freya y voy recogiendo cada putada que me ha pasado desde entonces y me la guardo en los bolsillos, como si fueran piedras, para que me hundan más y más en este abismo, entonces… ¿quizá sí? Es una idea optimista, por extraño que parezca.

—Ven a verlo tú misma —contesto, porque es mejor verlo que contarlo. Y entonces recuerdo que ya he llamado a emergencias—. Mierda. ¡Oye, tráeme el móvil!

Baja las escaleras con piernas temblorosas y me pasa el móvil antes de quedarse mirando «la cosa». Gime, suspira y cierra los puños al tiempo que mira al techo.

—¿A quién se le ocurre programar una aspiradora a las cuatro de la madrugada?

Niego con la cabeza en silencio, avergonzado y molesto. Intento volver a llamar a emergencias.

Quizá sí, esto sea tocar fondo. Aquí, justo por encima del nivel del mar, en una casa de alquiler, en un pueblo dejado de la mano de

Dios, mientras miras un robot aspirador. Quizá, tras esto, las cosas solo puedan ir a mejor.

—¿Cuál es su emergencia?

—Hola, esto… Acabo de llamar para informar de que había entrado un ladrón o algún animal a nuestra casa. Pues resulta que no es eso —digo—. No es ninguno de los dos. —Intento reírme, pero entonces veo las luces a través de la ventana y maldigo entre dientes. Quiero llorar. Patalear. Darle un puñetazo a algo—. No importa, ya han llegado. —Cuelgo y corro a abrir la puerta.

Todo está oscuro, salvo por la luz del porche, pero vislumbro a un agente que sale del coche. Por detrás llega un camión de bomberos haciendo sonar la sirena. Contengo el impulso de gemir otra vez.

—Lo siento, agente. —Levanto las palmas de las manos y salgo al porche, tratando de aclararlo todo lo antes posible—. Escuche, no ha pasado nada. Solo ha habido… Ha habido un malentendido; lo siento mucho. Voy a pasar el verano aquí y anoche llegué muy tarde, y supongo que los dueños tenían el aspirador programado para las cuatro de la madrugada y le juro por Dios que esa cosa hace un ruido que parece de animal. Le pido disculpas por las molestias y…

El policía da un paso hacia la luz y me mira ladeando la cabeza.

—Tengo que echar un vistazo de todos modos, señor. Es el protocolo. —Se pone recto con las piernas separadas y apoya las manos en el cinturón de servicio. Entorna los ojos y me observa de arriba abajo, como si estuviera calculando si podría conmigo llegado el momento. Tengo que esforzarme para no poner los ojos en blanco. Mido un metro noventa y cinco y debo de pesar diez kilos más que él, pero, aun así, ahora mismo soy lo menos amenazante que se podría echar a la cara. Me estoy recuperando de una profunda crisis existencial desencadenada por un robot aspirador.

—De verdad, todo está bien, señor —insisto. En ese momento Indy aparece tras de mí.

—Le dice la verdad, agente —interviene—. El propietario de esta casa tiene el aspirador programado a una hora absurda —añade, con ese tono entre cortante y taciturno del que solo son capaces los

adolescentes. La miro conmovido; esa pequeña muestra de solidaridad me sabe a esperanza. Puede que esto por fin nos saque a Indy y a mí de este punto muerto del que no parecemos capaces de salir.

El policía —el agente Carver, según pone en la placa de su uniforme— pone unos ojos como platos al ver la cara que se me ha puesto tras el apoyo de Indy. No disimulo la sonrisa de esperanza lo bastante rápido.

—¿Cree que esto es una broma? —me pregunta.

Niego con la cabeza y gesticulo con las manos a toda prisa.

—No, no, ¡qué va! Lo siento.

—Porque ¿sabe qué pasa, señor? —continúa con un gesto desdeñoso—. Podría estar diciéndome que todo va bien bajo coerción. Podrían ser ustedes dos rehenes. Esa es la razón por la que debo echar un vistazo. —Indy se ríe y le doy un codazo.

—Claro, sí. Por supuesto. —Me paso una mano por la cara y me froto un ojo.

—¿Qué pasa? —pregunta otro hombre mientras sube al porche. Este es bombero. Veo que hay más personas que salen del camión tras él.

—Una aspiradora rabiosa, al parecer —contesta el agente Carver. Aprieto los dientes, ansioso por dar por terminada toda esta situación para poder regodearme en la miseria en privado.

Un tercer hombre sube al porche, mientras los demás se quedan junto a los vehículos. Los tres me están juzgando, es evidente. El último bombero en unirse a la fiesta me mira con los ojos muy abiertos, con una expresión sarcástica a más no poder, y levanta un hacha, supongo que con la intención de salvarme de mi enemigo robótico.

Quizá podría adentrarme en la noche oscura y tumbarme detrás de las ruedas del camión hasta que se marchen. Dejar que sean ellos quienes pongan fin a este suplicio en mi lugar.

En vez de eso, los invito a pasar con un gesto.



Capítulo 4

FISHER

Primero, el agente Carver se lleva a Indy aparte para hacerle unas preguntas, mientras los bomberos empiezan a hacérmelas a mí.

—¿Cómo se llama? —inquiere el más alto, mientras clava sobre mí una mirada penetrante.

—Fisher —contesto. No entiendo qué necesidad hay de ser tan intenso.

—¿Fisher qué?

—Fisher Lange.

Pasamos por todo el trámite en el que ellos miran mi documento de identidad, verifican que soy el tutor legal de Indy y toda la pesca, lo que incluye, por descontado, las preguntas de rigor para que les explique por qué la situación es la que es.

—Aquí dice que esto se hizo efectivo hace… ¿tres años? —pregunta uno.

—Esto…, sí —contesto. No sé qué más decir. Busco a Indy por el rabillo del ojo con la esperanza de que, como está en la otra habitación, no me haya oído.

Esperaba que se fueran una vez se hubieran quedado satisfechos con la información y me hubieran devuelto la documentación, pero parece que se han puesto cómodos.

—¿A qué se dedica? —me pregunta el otro bombero cuando se une a nosotros. Viene de la cocina. De repente, no puedo evitar

sentir que esta parte del interrogatorio no parece tener mucho que ver con lo ocurrido. Y, ahora que lo pienso, ¿por qué me interrogan también los bomberos? No soy ningún experto, pero no creo que esto forme parte de su trabajo. Por otro lado, estoy agotado, y es evidente que si quiero que esto termine lo antes posible tengo que colaborar. Así que, aunque la pregunta es más complicada de responder de lo que imagina, en un intento por concluir, contesto:

—Soy chef de cocina.

—Ya —interviene el segundo—. Con esos pendientes, apostaba por instructor de yoga.

El primero se vuelve hacia él.

—Eso es prejuicioso, Silas. Puede que le guste fabricar su propio perfume de pachuli o hacer bisutería. —Se vuelve hacia mí y mira sus notas—. No haga caso a mi hermano. ¿Y en qué restaurante cocina?

Me fijo en que los dos tienen el nombre «Byrd» escrito en las placas de los uniformes. Este parece mayor; cuenta con algunas canas en la zona de la sien.

—Eh…, en ninguno. Por ahora —contesto, sin hacer caso de las pullitas.

—Entonces no es chef de cocina —protesta el mayor con incredulidad sin levantar la vista del papel.

—Esto… Sí que lo soy. Es solo que…

—¿Qué le trae por Spunes?

—He venido como consultor.

—Eso parece un trabajo inventado —opina el más joven, Silas, según lo ha nombrado su hermano.

—¿Y por qué no cocinas si eres chef? —interviene esta vez el agente Carver, que ha terminado con Indy pero no parece satisfecho con el interrogatorio.

—Porque he venido en calidad de consultor. —«Y esa es una historia muy larga que prefiero que se quede entre mi terapeuta y yo, gilipollas».

—¿Consultor de qué? —pregunta uno de los hermanos.

Me enderezco y miro con el ceño fruncido a estos tres hombres adultos que intentan meter las narices en mis asuntos, como si esto fuese una parodia de *Gossip Girl.*

—Escuchen, ¿todo esto es relevante para su…? No sé cómo llamarlo, ¿informe de incidencia, o lo que sea que necesiten hacer aquí antes de irse?

Los tres intercambian una mirada. Después, el policía se vuelve de nuevo hacia mí. No se me pasa por alto que los hermanos entornan los ojos con recelo en cuanto les da la espalda. «Interesante».

Carver exhala con fuerza.

—Es evidente que está acostumbrado a vivir en la ciudad, así que puede que no acabe de entender lo que ha hecho, pero llamarnos por un aspirador es malgastar los modestos recursos de este pueblo. Por no hablar de nuestro tiempo —me espeta.

El Byrd que parece mayor resopla y hace un gesto de irritación con la mano.

—Le puede pasar a cualquiera, pero la verdad es que parte de razón tiene. Parte. ¿Tiene usted algo que le haga sentir… —levanta los hombros— protegido? ¿Menos asustadizo, tal vez? —Al menos muestra la decencia de hacer ver que no quiere decirlo, al contrario que el policía, que claramente se regodea con mi humillación.

Pero, antes de que pueda responder, la puerta lateral de la cocina se abre de golpe y entra una mujer.

Una mujer con una bata de una tela brillante y con un estampado de vaca. Es increíblemente corta por delante y un poco más larga por detrás, y lleva un borde del mismo material con el que hacen esas boas que parecen de plumas para despedidas de soltera o para los conciertos de Elton John. Y, con esa bata que ondea a su alrededor y unas botas de agua verdes, irrumpe en la habitación, fulminando a todo el mundo con la mirada.

—Sage, maldita sea, ¿qué haces aquí? —protesta el joven Byrd.

—Esto podría ser la escena de un crimen, ¿sabes? —añade el mayor con un suspiro de exasperación.

La tal Sage pone los ojos en blanco.

—Salta a la vista que no lo es, porque, mientras me acercaba, he visto a Silas por la ventana, zampándose unas galletas que ha encontrado en la cocina —contesta con voz firme. El Byrd más joven me lanza una mirada con una expresión de culpabilidad—. Además, vosotros dos habéis decidido acortar por mi vía de acceso a estas horas. Habéis despertado a todos mis animales del susto, y ahora no encuentro a Sinpatica. —Señala a los dos Byrd con el dedo y luego vuelve sus ojos grises hacia mí—. Espero que no te importe que haya entrado así. Sabía que los idiotas de mis hermanos estaban en el turno de noche, y cuando los he visto por la ventana he supuesto que llevaban aquí más rato del necesario. Son famosos por no saber cuándo ha llegado el momento de irse.

Está bronceada, como sus hermanos, y su pelo es entre rubio y castaño, entre ondulado y liso. Tiene la cara y los muslos llenos de pecas.

—Pero tienen razón, Sagey —añade Carver. Cambia la voz de un modo que me hace pensar en el ruido que hacen los globos cuando se frotan los unos contra los otros, y lo odio de una manera tan inmediata como desconcertante—. No deberías entrar aquí así. No tenías forma de saber si era o no seguro hacerlo.

Los hermanos Byrd se vuelven hacia él de inmediato y, con la voz llena de veneno, le ordenan al unísono:

—¡Cállate, Ian!

¡Ajá! Una esquinita de este rompecabezas empieza a tener sentido. Siento un extraño alivio al ver que este instinto mío no iba muy desencaminado cuando ha reparado en esta dinámica, aunque el resto de mis instintos esta noche me hayan supuesto una decepción descomunal. Se me escapa una risita que no logro contener y los tres hombres se vuelven hacia mí.

—¡Ha sido él quien ha llamado a los servicios de emergencia para cachondearse! —protesta el tal Ian.

—No lo he hecho por esa razón. Pensaba que… —Ahora que hay un nuevo miembro en el público, todavía me suena más

descabellado. ¡Qué vergüenza!—. Pensaba que había un intruso en la casa.

Pero, en realidad, aquí el intruso soy yo, ¿no? Miro por la ventana y veo que ya está saliendo el sol, que pinta la mañana de rosa. Por alguna razón, lo siguiente que observo son los ojos de la mujer, que me miran con una mezcla de comprensión y recelo. Luego se vuelve hacia los otros tres.

—Bueno, pues está claro que no lo hay —declara, mirándolos de uno en uno—. Si os hubiera llamado una mujer, ¿estaríais aquí echándole la bronca? —Recibe un silencio como respuesta—. Lo que pensaba. Y ahora, largo. Y con los ojos bien abiertos, por si veis a mi gata.

Se oyen varios gruñidos, pero empiezan a desfilar hacia la puerta. Cuando Silas pasa por mi lado, le quito una galleta de las zarpas, aunque él la recupera de inmediato. Los dos hermanos le dan a Sage un abrazo al salir, pero Ian se queda un segundo a más o menos un metro de distancia. Ella se pone rígida y con los hombros rectos.

—¿Quieres que te ayude a buscarla? —pregunta en voz baja. Su tono de voz encierra una familiaridad que solo provoca que ella se ponga más rígida.

—No —responde con una sonrisa forzada.

—Pues vamos. Te acompaño.

Niega con la cabeza, no sin antes apretar un poco los dientes.

—Vete, Ian —replica.

El policía se da la vuelta y me mira una última vez con una dureza que no logro descifrar. De todos modos, todavía estoy demasiado avergonzado como para responder más que con una mirada de aburrimiento.

Cuando todos han salido y se empieza a oír el ruido de los motores, miro a mi alrededor y caigo en la cuenta de que estoy solo.

—Mierda, ¿dónde está Indy? —digo para mí mismo—. ¡¿Indy?! —La llamo, asomándome a las escaleras.

—En realidad he venido por eso —dice la mujer con una mueca—. Bueno, lo de la gata también es verdad, aunque puedo imaginarme dónde está. Pero… He visto a tu hija bajar por la celosía de la ventana de la planta de arriba. Luego ha sacado una bicicleta de la parte trasera de tu camioneta. Tenía pinta de que pensaba largarse. —Parece incómoda, como si no quisiera chivarse y, no sé por qué, eso me hace respetarla aún más por habérmelo contado.

—Mierda —maldigo entre dientes y cierro los ojos.

—No, no, no pasa nada —continúa—. He venido corriendo y la he distraído. Está en el porche.

Exhalo de alivio.

—Espera… ¿Cómo la has distraído?

—Le he dado mi ganso. —Lo dice como si fuese una frase normal y corriente—. Y luego te he visto a través de la ventana. Parecía que querías morirte, o que estabas al final del día más largo del mundo aunque acabase de empezar, así que…, esto… He pensado que podía entrar y ayudarte a dispersar a la multitud. —Arruga la nariz—. A veces, la gente de por aquí es un poco metomentodo.

—Ah, ya. La típica bienvenida al pueblecito. Venir a espiar a los vecinos. —Mi intención era hacer un comentario desenfadado y jocoso, pero suena cortante, como si mis habilidades sociales estuvieran oxidadas.

Ella aprieta los labios y enarca una ceja.

—Si solo hay otra casa en kilómetros a la redonda y te despiertan las sirenas de policía, ¿no vendrías tú también? —contesta con las palmas de las manos hacia arriba y una sonrisa—. Eso no es típico de los pueblecitos, que conste. Es típico de todas partes.

No le falta razón.

—Es cierto. Perdona. —Me acerco a la ventana y miro hacia fuera. Indy está en el extremo del porche, mirando al pájaro blanco y gordo que tiene en las manos con el ceño fruncido. El ganso le tira del pelo con el pico y luego suelta un graznido que la hace retroceder.

—Se escapa mucho —admito—. Es… algo con lo que me toca lidiar. —Tendré que compensar a esta mujer de algún modo. Una pizca de vulnerabilidad a cambio de que me haya ahorrado un poco de vergüenza. Exhalo un largo suspiro y me rasco la mandíbula otra vez—. Espero que no me toque volver a llamar a los Power Rangers para que me ayuden a encontrarla en algún momento del verano. —Intento esbozar una sonrisa. Creo que consigo curvar una de las comisuras.

Ella se limita a asentir, pero luego me tiende la mano.

—Sage Byrd —se presenta. La miro un instante, y entonces caigo en la cuenta de que no nos han presentado. Tiene las uñas pintadas de color lavanda y anillos en todos los dedos.

—Fisher —contesto mientras se la estrecho. Mis callos se rozan con los suyos. Tiene una mano diminuta, pero me aprieta con una fuerza sorprendente.

—Por si te sirve de consuelo, por aquí no hay muchas posibilidades de meterse en líos. Al menos si no sabes dónde ir a buscarlos —responde, y se encoge de hombros—. Y puedo enseñarte a desenganchar la celosía, si quieres. Está pegada a una plancha separada de la pared porque los Andersen también tuvieron una hija adolescente. —Se ríe con suavidad—. Pero ¿te importa si antes miro a ver si encuentro a mi gata?

—No… claro —contesto, aunque ella ya ha pasado por mi lado, como un remolino con manchas y plumas—. Bueno —añado, intento buscar tema de conversación mientras la sigo por el pasillo. Me pregunto si debería aclararle que Indy es mi sobrina o si debería contarle algo más, pero no me ha preguntado. Esta es la primera conversación medianamente animada que he tenido en mucho tiempo y estoy un poco desesperado por continuarla. Además, también siento la extrañísima necesidad de saber cómo es el tacto de esa bata, algo que me deja perplejo y que me resulta un poco molesto, porque no tengo ninguna intención de tocarla. Debe de ser alguna cosa táctil o sensorial, porque estoy acostumbrado a trabajar

siempre con las manos—. ¿Por qué viene aquí tu gata? ¿Y por dónde entra? —pregunto.

—Por la puertecilla del lavadero que tienen para el perro. —Mira hacia atrás y sonríe—. Y Nina, una de las propietarias, suele ponerle atún, así que da por hecho que siempre tiene luz verde. Su gato murió hace unos años, así que le dejo que comparta la custodia de la mía.

Abre la puerta de lo que supongo que es el lavadero, se agacha y se asoma al armario. Y, tal y como esperaba, la recibe un alegre maullido.

—Aquí estás. ¡Vamos, abuela! —le dice con voz dulce. Acuna la bolita de pelo gris contra su pecho. Cuando se vuelve, con ella en brazos, un par de enormes ojos dorados me auscultan con escasa simpatía. «El sentimiento es mutuo, colega», pienso sin entusiasmo. Le da un cabezazo a ella en la barbilla y se ovilla, contenta—. Está bastante bien para tener catorce años, ¿verdad? —pregunta Sage.

Me descubro tratando de devolverle la sonrisa, pero la suya tiene algo especial; es demasiado radiante, como si no pudiese mirarla directamente. Aprieto los labios un instante y luego aparto la vista. Alargo un brazo para acariciar a la gata y poder concentrarme en otra cosa y, de repente, su nombre cobra sentido.

—Además de la pata que le falta, parece que sí —contesto con una sonrisa que se me antoja menos forzada—. Qué nombre tan ingenioso.

Nuestras miradas se cruzan y se quedan pegadas un segundo de más. Debería desertar del duelo, pero hay mucho que observar y yo… Creo que me he quedado un poco paralizado. Son demasiadas contradicciones. La bata demencial, las botas llenas de barro, esa piel bronceada y suave llena de pecas, como pequeños estallidos de fuegos artificiales. Tiene los labios carnosos y rosados y el rostro anguloso. El instante se alarga varios segundos, hasta que al fin nos acordamos al mismo tiempo de que deberíamos movernos. Ella da un paso hacia mí y yo doy otro hacia ella y nos enredamos en un bailecito incómodo, «Uy, perdón, sí, deja que…, espera», hasta que

prácticamente la cojo en brazos para cambiarnos de sitio. Y, aunque el contacto dura menos de un segundo, la bata de satén me deja una frialdad extraña en los dedos, y la sensación se me queda adherida, como si hubiese tocado algo húmedo. Casi bajo la vista para inspeccionármelos.

—¡Bueno! —exclama, mientras volvemos a la cocina, a la vez que trata de disimular lo incómodos que nos sentimos los dos—. Eh… Sitios que te recomiendo mientras estés por el pueblo… Empieza por el Cafecito y por la panadería Savvy's. Si vas hoy, podrás probar los bollos de moras y el té Earl Grey, que son toda una experiencia. Solo los tienen los domingos. Son básicamente la religión de este pueblo.

Me río, aunque me interrumpe una punzada de dolor. Antes, la gente también adoraba mi comida.

—Gracias —le contesto, y, aunque no me ha dado ninguna razón para hacerlo, siento la necesidad de defender a Indy—. No es… No es mala niña, que lo sepas. Tan solo tiene quince años y ya se ha visto envuelta en muchos cambios en los últimos tiempos.

Sage se limita a encogerse de hombros.

—A esa edad te sientes como un adulto atrapado en el cuerpo de un niño. Y también al revés, supongo. —Hace una pausa y acaricia a la gata mientras piensa qué más decir—. Mi sobrino tiene dieciséis para diecisiete. Este verano debe ir a clases extraescolares, porque va a empezar el último curso del instituto, pero puedo pedirle que le enseñe el pueblo.

Es una respuesta tan directa y sincera que tardo un momento en responder.

—Indy también va a acudir a la escuela de verano —contesto. Tiene que ir; si no, no pasará de curso. Se ha saltado tres meses de clases y lo que el sistema educativo acepta tiene un límite, según parece, aunque hayas perdido a tu madre.

—Aún mejor. Sam puede llevarla en coche, si quieres. Si te sientes cómodo con eso, claro. —Se encoge de hombros otra vez, todavía con la gata en brazos, y su boca se curva en otra sonrisa—.

En lo que respecta a los adolescentes, mi consejo es conocer siempre a sus amigos. Doy Ciencias Sociales en el instituto.

Me río de forma genuina. Otra contradicción.

—Ah, así que no eres una viuda rica que ha enterrado ya a tres maridos. —Señalo la bata con la cabeza.

Baja la vista y sonríe, encantada.

—Todavía no, pero ¿no has oído hablar del *manifesting*? «Vístete para el trabajo que deseas tener, no para el que tienes». O algo así —contesta, y desliza el dorso de la mano por la bata con aire travieso.

—Para serte sincero, podrías ser astronauta, y, con ese nombre, aún aceptaría todos tus sabios consejos —«Dios, Fisher, para. Eso no era necesario». Me estremezco por lo cutre que ha sonado. Como si necesitase ponerme aún más en evidencia antes de que acabe de salir el sol. Recuerdo el cartel de bienvenida y me pregunto si este pueblo ya se estará colando en mi psique, por ósmosis, vía proximidad, o parecido.

Pero Sage se echa a reír con ganas, y el sonido casi me para el corazón. Es una risa grave y ronca, que empieza como si le faltara el aire y acaba irradiando calidez.

—Tengo consejos para dar y regalar, Fisher, aunque a mí no se me da muy bien seguirlos. No dejes que la señora Gale se quede con tus cartas mucho tiempo en la oficina de correos. Encontrará una excusa para leerlas, no lo dudes. No vayas al Mirador de los Fundadores si la marea está alta. Y no pidas nada en el bar de Walter a no ser que estés dispuesto a comértelo exactamente como te lo sirvan.

—Me refería a consejos sobre adolescentes. Sobre Indy —le aclaro—. Pero también apunto todo eso. —«Aunque, después de lo que ha pasado, evitaré pasearme por el pueblo a toda costa», pienso, aunque no se lo digo. Intento esbozar mi sonrisa más encantadora.

Ella se sonroja y abre mucho los ojos.

—¡Ah! Hum… Pues creo que ya está. De momento, al menos. —Da unos cuantos pasos más hacia la salida—. Indy es un nombre bonito, por cierto —añade.

Eso es una oportunidad. Podría explicarle de dónde viene, que no se le ocurrió a ninguna esposa sino a mi hermana, y que, por lo tanto, Indy no es mi hija. Tal vez eso me llevaría a contarle qué hacemos aquí y daría pie a un poco de complicidad. Pero me da la sensación de que no me va a insistir, y me estoy desgastando rápidamente, como si, aunque su simpatía haya sido una sorpresa agradable, me hubiera dejado físicamente agotado. Tengo ganas de esconderme e intentar olvidar que esta mañana haya ocurrido. Intentan asomarse a mi mente una vez tras otra atisbos de los sucesos recientes, como si fueran reflujo gastroesofágico.

—Gracias. También por lo de antes. Por rescatarme, por ayudarme a sacarlos de aquí y todo eso —le digo.

Parpadea, mirándome con los ojos plateados, pero aparta la vista enseguida.

—Puede que sepa lo que es no querer que alarguen tu humillación más de lo necesario. O que te la restrieguen por la cara.

Hago un ruido vago de asentimiento.

—Bueno, te lo agradezco. —Ella sonríe con dulzura y abre la puerta, así que decido soltarle una cosa más—: Ya me dirás si puedo devolverte el favor en algún momento.

Se vuelve con el ceño fruncido, una arruguita entre las cejas, y el labio inferior ligeramente por encima del superior. Pero enseguida vuelve a sonreír y, esta vez, la imagen se me clava en algún lugar de las entrañas y tira de ellas.

—Gracias. Quizá lo haga.



Capítulo 5

Sage

—¡¿Entraste en su casa con la bata puesta?! —Es lo primero que dice Wren cuando abro la puerta principal. Entra como si nada y va directa a la cocina, con una caja rosa debajo del brazo.

—Llevaba ropa debajo, Wren.

—No sería la del estampado de vaca, ¿verdad?

—¡¿Qué tiene de malo la del estampado de vaca?!

Wren aprieta los labios.

—Nada, nada. —Y entonces me da un bollo y se me olvida la razón por la que estaba a punto de enfadarme. El glaseado de limón se me derrite en la lengua, mezclándose con las notas de Earl Grey y los estallidos de mora, un sabor floral, fresco y suculento. Podría echarme a llorar, pero, en lugar de eso, se me escapa un gemido.

—Si tú estás aquí, ¿quién le está echando una mano a tu madre? —le pregunto después de tragar—. Y ¿quién te lo ha contado? No han pasado siquiera más de cuatro horas.

—Está Sam. Quiere ganar un poco de dinero para la gasolina. —Mordisquea una esquinita de su bollo y mira por la ventana que hay sobre el fregadero—. Y Silas ya estaba esperando en la panadería cuando he abierto esta mañana. Me ha dicho que llevaba despierto desde muy temprano y ha procedido a relatarme el porqué. Me ha contado que el tipo que ha alquilado la casa es una especie de

consultor, pero que no ha querido decirles de qué. Y que «le huele un poco mal».

Pongo los ojos en blanco.

—Típico de Silas —contesto—. Pero yo no sé nada. No se lo he preguntado.

Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido, aunque enseguida adopta una expresión cómplice.

—También me ha contado que te has quedado allí hablando con él.

—Me he quedado a sacar a Sinpa de su lavadero. —Me echo a reír—. Y te repito que no se lo he preguntado.

Hace un gesto de decepción con la mano.

—Salvo por sus capacidades descriptivas, tus hermanos son mucho mejores chismosos que tú. Debería darte vergüenza. Es lo que más echo de menos de estar casada con uno de ellos.

Me cuesta imaginarme a Ellis chismorreando a propósito, pero no se lo digo. Eso sí, lo que sí tiene es una memoria excelente. De todos modos, las dos sabemos que, para él, esta capacidad a la que se refiere Wren es más útil por su funcionalidad que por los cotilleos. Silas y Micah ya son otra historia. Menos mal que Micah está en California jugando al béisbol; si no, seguro que ya se habría encargado de que se enterase todo el pueblo. Y hasta se habría inventado algo sobre el pasado del recién llegado para adornar un poco la historia.

—Bueno, ¿y físicamente cómo es? —pregunta, mientras señala hacia la casa de los Andersen con la cabeza.

Tan guapo que me ha puesto un poco nerviosa. Desaliñado, con el pelo oscuro y despeinado. Con una nariz prominente y el rostro anguloso, y unos ojos que desde la distancia también parecían oscuros pero que de cerca son tirando a verdes. Cuando habla, se le levanta más una ceja que la otra, como si no estuviera dispuesto a malgastar energía para adoptar la expresión completa. Cuando lo he visto, he sentido una punzada de sorpresa, pero su voz también me

ha impactado. Profunda, aterciopelada y áspera. Me ha provocado un escalofrío que me ha recorrido la espina dorsal.

—No sé. Alto. —Me encojo de hombros.

Hace un gesto de frustración.

—Cúrratelo un poco más, Sage.

—¿Muy alto? Más alto que Ellis, me parece, pero no tanto como Micah.

Eso parece animarla.

—Mejor, Micah es un gigante. Y Ellis mide un metro noventa, así que es alto alto.

—Sí. Es alto alto. —Me hace un gesto con la mano para que siga hablando—. ¿Es que no te interesa ni siquiera conocer su nombre, muchacha de vida alegre?

Me señala con el dedo.

—Esa es la única licencia victoriana que puedes permitirte en todo el día, Sage Astoria Byrd. Intento decidir si tiene potencial para ser tu amor de verano. Y Silas ya me ha dicho su nombre completo. Fisher Lange.

Cuando lo pronuncia así, junto con el apellido, me suena de algo, pero no se me ocurre de qué. Supongo que es porque ni el nombre ni el apellido son excesivamente raros, así que debo de haberlos oído antes por separado.

—Está bien. —Pienso en qué detalles puedo contarle sin que me note demasiado entusiasmada—. Lleva un par de pendientitos en forma de aro. Tiene la espalda ancha, pero no es muy musculoso… Moreno. Con el pelo un poco largo. —Se lo ha puesto detrás de las orejas al mirar a su hija cuando estaba en el porche, cohibido de forma enternecedora, aunque suene extraño.

Wren pone unos ojos como platos.

—¡Ay, Dios! ¿Entonces está tan bueno como un pirata?

—En primer lugar, en ningún momento he dicho que esté bueno. En segundo lugar, ¡no vayas por ahí!

—¿No es clavado al hombre de tus sueños?

Echo la cabeza hacia atrás y bajo los hombros, exasperada.

—Me prometiste que dejarías de usar esa información en mi contra. —Suelta un chillido, así que me meto medio bollo en la boca. Nunca se olvidará de la noche en la que, justo después de la ruptura, me bebí un cartón de vino y le di la chapa con mis penas amorosas. Que si con Ian no había tenido un orgasmo en más de dieciocho meses, que si desde entonces había caído presa de una adicción maravillosa (si bien demasiado específica) a los *fan fictions* y a las novelas eróticas de piratas…

Se acerca a la ventana alegremente.

—Vale, vale. Pero ¡ay! ¡Qué emocionante! ¿Tienes prismáticos?

—Mae mía, 'en —protesto con la boca llena, tirando migas por todas partes—. ¿No estabas preocupada por si era un bicho raro?

Pego un brinco cuando da un manotazo contra la encimera.

—¡No me lo puedo creer! —grita.

Me trago el bollo lo más rápido posible.

—¡¿Qué pasa?!

—¡Serena Lindhagen acaba de parar delante de su casa!

—Estarás de broma. —Me río incrédula—. ¡Pues sí que se ha dado prisa! —Me asomo a la ventana y, efectivamente, veo a Serena, recolocándose los tirantes del bonito vestido azul con el que la semana pasada le dije que estaba muy guapa. Luego coge una caja rosa del capó de su coche y sube los escalones del porche de los Andersen.

—¡Le ha traído mis danesas de queso! —exclama Wren escandalizada, como si Serena se hubiese desnudado y se hubiese abalanzado sobre él.

Contemplo fugazmente la posibilidad de fingir indiferencia, pero… Al cuerno. En lugar de eso, saco los prismáticos del cajón de los trastos.

—A ti se te da mejor leer los labios —le digo a Wren mientras se los paso. Ella se los pone delante de los ojos con una ferocidad pasmosa.

—Vale —empieza—. A él se le ve confundido. Creo que se están presentando, lo normal… Ahora él hace esa cosa tan masculina de

rascarse la nuca porque se siente incómodo. Ahora lo de pasarse compulsivamente la mano por el cabello… Otra pausa incómoda. Y ahora Serena se está dando la vuelta para irse.

—¿Ya? Curioso.

Wren me fulmina con la mirada durante lo que me parece un minuto entero, para luego darme un manotazo en el brazo.

—¡Ay! —me quejo—. ¿A qué viene eso?

—A que es guapísimo, boba. —Aparta los prismáticos y me mira exasperada—. ¡Esa tendrías que ser tú, comportándote como una mujer de vida licenciosa o lo que sea que has dicho antes! Esa nariz me está dando ideas.

Cojo los prismáticos.

—Ha ido a llevarle unas pastas a él y a su hija, Wren —contesto con una carcajada—. No a hacerle una proposición indecente. Y, ¿sabes qué? ¡Si se la hace, bien por ella! —No seré yo quien la juzgue.

—Es su sobrina, no su hija.

—Yo… Espera, ¿qué?

Se le suaviza la mirada.

—La chica. Silas me ha contado que es su sobrina. Fisher es su tutor legal. Creo que su madre murió hace unos años.

La tristeza me cae sobre el pecho como una losa. Ya me había dado cuenta de que se le veía avergonzado, lo que explica que pareciera haber algo más debajo. Se le veía… abatido. Como si esbozar una sonrisa le resultara muy difícil, como si estuviese atado a un ancla invisible. Y también eso explica por qué su alivio ha sido tan palpable. El dolor de un duelo es agotador.

—Eso me recuerda que… —digo con voz ronca—. Ella… Su sobrina, Indy, también empieza la escuela de verano la semana que viene. Le he ofrecido que Sam la lleve y le enseñe el pueblo.

Wren asiente con entusiasmo.

—Pues claro. Es un buen chico. Ya sabes que no le importará.

—Sí, lo sé —contesto en voz baja. Ese tañido de tristeza sigue vibrando en mi interior, como si oír hablar de su pena hubiese

revitalizado la mía.

—Pues estaba pensando… —prosigue Wren. Levanta una mano y empieza a contar con los dedos—. Va a estar aquí todo el verano. El edificio misterioso. Es chef… Ha de tener algo que ver con eso, ¿verdad?

—¿Es chef?

Suspira hondo.

—Te lo repito: tus dotes de sabueso dejan mucho que desear. Toda esta información se la han sacado tus hermanos. —Alza los brazos, con las palmas de las manos de cara al techo—. ¿Y bien? Athena debe de tener razón, ¿no? Seguramente sea un restaurante, como ella pensaba, y él debe de tener algo que ver.

—Supongo que ya lo veremos.

Suelta una pequeña exclamación, inquieta.

—A la gente no le va a gustar.

Resoplo.

—Pero ¿por qué? Necesitamos algo más que el bar de Walter, Wren. La gente se va y no vuelve. Agosto es estupendo, pero si la población de este pueblo sigue envejeciendo, en el aspecto económico, ni siquiera con el festival tendremos suficiente. —No hace falta que le recuerde que tenemos un número limitado de atracciones turísticas y que son los sitios como los restaurantes y las cervecerías los que atraen gente. Son una forma estupenda de que entre dinero en nuestra economía local.

—Yo estoy de acuerdo contigo, cariño. Pero este es el último año de Walter antes de su jubilación, y todo el mundo quiere que disfrute de una buena temporada turística más antes de que se retire.

—Es el tercer año seguido que dice que se jubila, Wren —le recuerdo—. Y sigue sin decirnos qué sobrino o sobrina va a llevar el bar cuando se vaya. En otras palabras: es un farol.

—No te lo discuto. A mí me parece una idea genial —repone con una carcajada—. Quizá, si abren otro sitio, esta vez tenga que jubilarse en serio.

Miro al otro lado del prado. Mi curiosidad ha empezado a germinar, igual que mis dalias: este año estoy decidida a que florezcan.

—Supongo que ya lo veremos —repito.



En general, creo que soy la vecina ideal. Suelo ir a mi bola casi siempre y me aseguro de que mi propiedad esté limpia y ordenada. Nada de montones de basura, ni de colecciones de extraños gnomos de jardín ni de esculturas sin sentido ni criterio por todas partes. Tampoco me importa echar una mano cuando se me necesita. Ayudo encantada a los inquilinos si los Andersen no están, siempre estoy dispuesta a prestarles un poco de sal y, al mismo tiempo, no soy tan amable como para que se sientan obligados a hablar conmigo cada vez que nos cruzamos. Prefiero quedarme escondida y hago todo lo que esté en mi mano para evitar que alguien se sienta incómodo. Además, realizo un esfuerzo encomiable para no perpetuar los estereotipos sobre los pueblos pequeños, lo que significa que no tengo la costumbre de espiar a nadie. Y, sobre todo, no saco los prismáticos para hacerlo ni cuando me pica la curiosidad.

Pero no mucho después de que Serena Lindhagen se vaya de casa de Fisher (y después de que Wren se haya ido de la mía), echo un vistazo a casa de mi vecino y descubro a otra persona subiendo los escalones; esta vez, a Bea Marshall, guapísima peluquera pelirroja (y hábil extractora y distribuidora de secretos). Se las arregla para entrar en la casa contoneándose, pero se marcha menos de diez minutos después encantada consigo misma, mientras que a Fisher se le ve ligeramente confundido.

Más tarde, esa misma noche, me despierto porque el plato se me ha resbalado del regazo y se ha caído al suelo con un repiqueteo, pues resulta que me he quedado frita en el sofá durante la cena (unos tristísimos entremeses, por ponerle un nombre adulto al

plato). Cuando lo llevo al fregadero y empiezo a lavarlo, una luz en la distancia llama mi atención. Levanto la vista y veo que es la del garaje de los Andersen, que se enciende con el movimiento, y que está alumbrando la inconfundible silueta de una chica adolescente… que se está escapando de casa.

Y, después de eso, es como si no pudiera dejar de espiar. Sinpatica se pasa los siguientes días expresando a maullidos lo irritada que está conmigo, y Sable brinca a mi alrededor más de lo normal, ambas igual de agitadas por culpa de esta energía frenética que se ha adueñado de mí, estoy segura. Porque «agitada» es el adjetivo perfecto para describir lo que me pasa. La razón por la que están aquí estos nuevos vecinos me tiene muy intrigada, eso es evidente, pero esta incapacidad de dejarlos en paz y meter las narices en mis asuntos me molesta lo mismo o más.

—Puede que necesite la televisión de pago —mascullo una vez tras otra, antes de, inevitablemente, encontrar más razones para merodear cerca de la ventana—. Quizá esto sea como un *reality show* para mí.

«Quizá necesites un pasatiempo nuevo», parece decirme mi perra con la mirada.

«O echar un polvo», sugiere la mirada de ligero desdén de la gata.

Pero, en lugar de eso, empiezo a pasar más tiempo en el jardín que de costumbre, junto a las secuoyas que recorren parte de la valla que hay entre nuestras propiedades, «quitando malas hierbas», que consiste en arrancar cosas del suelo a cuatro patas, sin objetivo alguno, mientras miro de reojo en dirección a la casa del vecino e intento escuchar alguna conversación.

En pocas palabras, me he convertido en una caricatura de mí misma. Soy la pueblerina cautivada por el apuesto forastero y por sus desgracias. Resulta patético, la verdad, y el número de intentos que hago por controlarlo es de exactamente cero.

La única conclusión a la que llego, gracias a mis incipientes investigaciones, es que entre Fisher e Indy hay una dinámica

visiblemente melancólica. Nunca están en la misma parte de la casa y, cuando coinciden, uno de ellos se esfuma casi al instante. Cada vez que Fisher sale al porche, se observa las manos como si ahí fuese a aparecer por arte de magia la solución a un problema. Y, cada vez que sale Indy, se agarra a la barandilla y otea en la distancia.



Dos días después de la primera visita, atisbo la camioneta de O'Doyle, que se acerca a la casa. Se me escapa una carcajada de júbilo mientras voy casi volando a coger los prismáticos. Sé que en este pueblo somos un poco directos, por decirlo de algún modo, pero este pobre hombre ya se ha visto obligado a mantener un montón de conversaciones incómodas en unos pocos días, y esto ya resulta ridículo.

También es muy entretenido, he de reconocerlo.

Enseguida encuentro el rostro malhumorado de O'Doyle a través de la lente, aún más belicoso de lo habitual. Rodea su coche y se dirige a la puerta. Es Indy quien abre, y O'Doyle entra sin esperar a que la inviten a pasar. Al cabo de un minuto veo que Fisher la acompaña fuera, con una expresión inconfundiblemente sardónica. O'Doyle, en cambio, está como un tomate y no deja de protestar.

—¿Tía Sage?

—¡Ah! —chillo, sobresaltada, y tiro los prismáticos al suelo justo cuando Sam y Ellis entran en la cocina—. Tengo un timbre, ¿lo sabéis? Hasta tu madre lo usa —informo a Sam mientras trato de recuperar el aliento, aunque su sonrisa bobalicona me dice que no se está tomando en serio mi tono severo. Se me acerca y me rodea con sus brazos largos y flacuchos.

—Yo también me alegro de verte, tía.

Le doy unas palmaditas en la espalda huesuda antes de que me suelte. Mirar a este chaval a la cara es como si viera mi propia

imagen reflejada en un espejo. Tiene la mandíbula angulosa y los ojos grises, como yo. Hasta mis pecas. En cambio, ha heredado el pelo oscuro de su padre y los rizos de su madre, en lugar de mi melena ondulada del color de la arena mojada.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —le pregunto a Ellis. Hago una mueca al ver que Sable se lanza encima de Sam, quien pone sus patas sobre sus hombros y empiezan a bailar un vals.

—Mamá me ha dicho que me has vendido a la vecina —dice Sam.

—Le ha dicho que tenía que venir a presentarse a esa chica y enseñarle el pueblo —me aclara Ellis.

—Es de tu edad, Samuel, y es monísima —replico.

—Que sí, que sí. Ahora voy. Solo quería saludarte. —Intenta quitarse a Sable de encima en vano. La perra le da un beso baboso en toda la cara—. ¡Puaj! Y mamá me ha dicho que te dé eso. —Señala una cesta que hay sobre la mesa.

Suelto un resoplido al ver cerca de una docena de sus famosos bollos.

—¡Un momento! ¿Cómo narices espera que me coma todo esto? —le digo a Sam, que se dirige hacia la puerta a toda prisa, con Sable pegado a sus talones—. ¡Ni siquiera es domingo! —Lo que significa que ha debido de hacer malabares para sacar tiempo para hornearlos.

—¡No tengo ni idea! —Sale corriendo de la casa, pero luego vuelve a asomar la cabeza… Lo que le cuesta otro lametón baboso de la maleducada de mi perra—. Lo único que sé es que me ha dicho que ni se me ocurra volver con alguno de ellos.

Y se va.

Sable empieza a lloriquear, lo que podría ser un reflejo de mis pensamientos. Wren sabe que no soporto tirar comida, sobre todo dulces, y que tendré que encontrar a alguien a quien darle los que me sobren. Es como si me estuviese empujando hasta la puerta del vecino.

Ellis se sienta en la mesa de la cocina.

—Ayúdame a comérmelos —le pido, tendiéndole la cesta.

Frunce el ceño.

—Sabes perfectamente que ya no los como.

Exhalo un largo suspiro. Ellis es una persona de extremos. Papá murió de un ataque al corazón provocado por un incendio en el establo, así que Ellis se hizo bombero. Nuestros padres murieron cuando él tenía dieciocho años, y fue quien se encargó de cuidarnos. Se echó a la espalda la carga económica por todos nosotros y ni parpadeó cuando, en ese mismo año, se convirtió en el padre de Sam.

A veces creo que decidió que Wren sería suya para siempre cuando se convirtió en su primera amiga de verdad en la guardería. Pero ahora… Ahora, disfrutar de los bollos de Wren no es algo que se permita hacer, porque ya no comparte su vida con ella. A mi parecer, no tiene ningún sentido, pero en su mente laberíntica es pura lógica.

—¿Y para qué has venido? —le pregunto con aire despreocupado.

—Bud. Le toca. He pensado que luego me puedes llevar tú a casa, si Sam todavía tiene el Jeep.

Bud. El caballo soñado de su exmujer. Como tras el divorcio no pudieron quedárselo, ahora vive conmigo, aunque Wren viene a menudo a montarlo y Ellis se pasa por aquí cada cuatro o seis semanas para herrarle los cascos. Antes pensaba que, si lo tenía aquí, en una zona neutral y segura, conseguiría, de algún modo, que volvieran a estar juntos, pero han pasado cuatro años y parece que el único cambio que se ha producido desde entonces es que ahora ambos se sienten más cómodos con su propio espacio.

Vuelvo a echar un vistazo a los bollos y decido que no voy a ceder. No pienso llevárselos a Fisher. Y esto de espiar o meterme en los asuntos de los demás se acabó. Ellis acaba de recordarme sin darse cuenta que, al final, mis sentimientos siempre acaban demasiado enmarañados.



Capítulo 6

FISHER

Han pasado un total de ocho semanas desde que Indy se presentó en la puerta de mi casa. Me ha bastado con dos meses con esta nueva responsabilidad sobre los hombros y unos días en este pueblo para joderlo todo de la forma más irremediable posible: creo que la he perdido.

A ver, me explico.

En los pocos días que llevamos aquí, no solo hemos conocido a los principales cuerpos de seguridad del pueblo, sino también a la veterinaria —una mujer joven que vino a dejarme unas pastas y a decirme que me daría puntos de mil amores si alguna vez lo necesitaba, a pesar de no tener pelaje— y a una mujer pelirroja que me pasó los dedos por el cabello sin vergüenza alguna antes de darme un vale por un corte de pelo gratis. No sé cómo lo hizo, pero también se las arregló para que se lo contara todo sobre el restaurante, que me acaban de despedir-barra-reubicar, que Indy es mi sobrina, que vivo en Nueva York y que estoy soltero y nunca he estado casado. En un mero lapso de diez minutos, que fue lo que tardó en salir de casa, me sentí como si acabase de rellenar una solicitud para un préstamo y acabar una sesión de terapia a la vez.

Cuando cerré la puerta, Indy me miró con los ojos entornados.

—¿Qué pasa? —pregunté, encogiéndome de hombros.

—De verdad… No se puede ser tan incauto —me espetó con desdén—. No des alas a los pueblerinos, Fisher. Ni que hubieras nacido ayer. —Y subió las escaleras todavía con los brazos cruzados. Por mucho que eche de menos a aquella niña que pedía pasteles de cumpleaños personalizados en lugar de regalos y me llamaba «tío Pishy», me hizo muy feliz que la adolescente en la que se ha convertido me dijera por fin más de unas pocas palabras seguidas.

Además, tenía razón. Estoy oxidado en esto de no mostrar todas mis cartas, eso es evidente, aunque no, no nací ayer.

Y es precisamente por eso por lo que, cuando ha sonado el timbre a las nueve en punto de la mañana, me he agachado de inmediato tras la isla de la cocina, rezando porque quienquiera que fuera se pensase que no estábamos en casa. Los muchos ventanales de este edificio son encantadores, eso es innegable, pero dificultan un poco esto de esconderse.

De todos modos, no debería haberme sorprendido que, a pesar de mover los brazos como un loco para llamar su atención, de negar con la cabeza y de medio gritar medio susurrar «¡NO!», Indy haya levantado la barbilla con una sonrisa y haya abierto la puerta igualmente.

—¡Hola! —ha canturreado mi sobrina—. Tío, creo que tienes visita.

Sin embargo, la sonrisa arrogante se le ha borrado de la cara cuando la visita en cuestión ha pasado por su lado y ha entrado sin esperar a que la invite. Me he incorporado a regañadientes de lo que pretendía que fuese mi escondite y me he pintado una sonrisa en la cara. Cuanto más se acercaba la mujer, más tenso me sentía. Me ha recordado a la directora del colegio al que iba de pequeño, con sus labios apretados, el ceño fruncido y el pelo corto y canoso.

—Martha O’Doyle —se ha presentado, tendiéndome la mano para darme un apretón.

—Fisher Lange —he contestado yo, y he hecho una mueca cuando me ha atenazado la mano con todas sus fuerzas.

—Me ha parecido importante venir a presentarme en calidad de presidenta de la Coalición de Comerciantes de la Calle Mayor de Spunes. —Ha apartado la mano y ha enarcado una ceja, expectante, como si yo debiera haber sabido lo que implicaba eso.

—Esto… ¿Gracias?

Ha parpadeado a toda prisa y se ha puesto tan roja que estaba convencido de que la situación iba a empeorar de un momento a otro.

—Usted es el responsable de la profanación de nuestro antaño querido centro comunitario, ¿no es así?

«Ah. Es una de "esas"», he pensado. Una de las personas que le estaban poniendo trabas a Carlie.

No sé en qué lugar me deja reconocer que me he alegrado de que me diera una excusa para quitarme la careta de persona amable. No llevo aquí ni una semana, que no es ni por asomo el tiempo suficiente para profanar nada, pese a la pasmosa habilidad por joderlo todo que he desarrollado últimamente.

—Pues no, resulta que no —he manifestado con una sonrisa sarcástica.

Más parpadeos.

—Pero ha venido por el nuevo restaurante que están remodelando, ¿no?

Lo típico de un pueblo pequeño. ¡Qué hartura! Pues claro que ya se había corrido la voz y estaban todos enterados de mis asuntos.

—Sí, pero no soy el propietario. De hecho, ni lo he pisado todavía —he contestado.

Ella se ha cruzado de brazos y ha arrugado la cara como si estuviera chupando un limón.

—Pues entonces me gustaría ponerme en contacto con la persona encargada. En concreto, con el responsable del diseño. Aquí tenemos unos estándares…

—Estoy seguro de que alguien con recursos, como usted, no tendrá ningún problema para hacerlo. —Le he sonreído enseñándole

todos los dientes y a ella se le ha llenado la cara de manchas rojas otra vez.

—¿Esa es toda la información que piensa darme? Si no es el encargado, ¿a qué ha venido exactamente?

—Estoy seguro de que eso también podrá descubrirlo usted sola, teniendo en cuenta la de cosas que sabe ya. Ahora, disculpe que la interrumpa, pero mi sobrina y yo tenemos planes.

—¿Ah, sí? —ha intervenido Indy antes de darse cuenta de que la estaba fulminando con la mirada—. Sí, sí, claro. Tenemos planes.

He acompañado a la mujer a la puerta mientras ella soltaba una retahíla de resoplidos y refunfuños de indignación y he cerrado la puerta al instante, probablemente con más fuerza de la necesaria.

—No quiero ir a ningún sitio —me ha espetado Indy al instante.

Cuando estaba a punto de subir a la planta de arriba a buscar mi cartera y mis llaves, para largarme un rato a pensar, he oído que llamaban a la puerta de nuevo.

—¡Tiene que ser una puta broma! —he gruñido. He caminado hasta el quicio y he abierto de malos modos.

Esta vez me he encontrado a un chaval delgado y fibroso al otro lado.

—Y tú ¿quién eres? —le he preguntado de mala manera. Estoy seguro de que, en ese momento, era casi un cliché, el típico viejo gruñón que le grita a un chico que salga de su jardín, pero entonces Indy ha pasado por mi lado. Lo mismo le ha llegado el olor a Axe que flotaba en el aire y lo ha reconocido como un miembro de su especie. Fuera como fuese, tras las presentaciones de rigor, me he enterado de que se trataba de Sam, el sobrino del que Sage me había hablado.

—Creo que es muy buena idea que Sam me enseñe el pueblo —ha dicho Indy. Él, que estaba visiblemente perplejo, me ha mirado como esperando mi confirmación, pero yo, que ya había visto que los labios de Indy se estaban curvando un poco hacia arriba (una ligerísima sombra de sonrisa), ya había cedido antes de que me

preguntara. De todos modos, tampoco creo que ella necesitase mi aprobación.

Y aquí estoy ahora, catorce horas después, a las once y cuarenta y siete de la noche. La he llamado y le he mandado una docena de mensajes, y ella no me ha respondido ni una sola vez.

A medianoche decido que ya he tenido suficiente.

Me da igual que la vecina me echara una mano el otro día con la patrulla del apocalipsis; ha sido ella quien ha metido a su sobrino por los ojos de mi sobrina, así que tendrá que ser ella quien me ayude a encontrarlos.

Los últimos días la he visto revoloteando por su propiedad, siempre vestida con alguna bata chillona y disparatada, como un pájaro excéntrico. Hasta se llama Byrd. ¡Ja! Pues ahora mismo la voy a despertar para que se ponga en contacto con su sobrinito, así que espero que sea nocturna como un búho. «Dios, y dale con los jueguecitos de palabras». Tengo que irme de este pueblo.

Bajo los escalones del porche y me adentro en el prado oscuro. De tanto darle vueltas, mi preocupación se ha transformado en rabia, y eso acelera mis pasos. Aporreo su puerta principal y cambio el peso de un pie otro mientras espero a que abra, tratando de calmar mi ansiedad con la respiración. Oigo los ladridos de un perro en el interior, unos ruidos y, antes de que me dé cuenta, ahí está ella. Abre la puerta y me mira adormilada. Va en pijama y con zapatillas.

El pijama consiste en una camiseta gigantesca de color amarillo pastel con una vaca sonriente dibujada. Está tumbada en una toalla bajo el sol, y encima de ella flotan unas letras redondas en las que se lee: «¡Estoy de vaca-ciones!».

Me indigno todavía más. Me saca de quicio, joder. Es el cliché perfecto. La vecinita alegre y optimista que siempre tiene la sonrisa puesta.

—¿Fisher? ¿Va todo bien? —pregunta con la voz pastosa de dormir. Una voz que se me clava en las entrañas. Pues claro que se acuerda de mi nombre, y que, lejos de molestarse por haberla

despertado a estas horas, se preocupa por mí. Es tan adorable que me resulta ofensiva.

—Sam —balbuceo. «Más sílabas, colega»—. Necesito que llames a Sam, por favor. Tiene a Indy.

—Ah, vale. —Se oye otro ladrido y doy un respingo, aunque ella ni se inmuta—. Si quieres, puedo mirar en mi teléfono cuál es su ubicación.

—Sí, sí, hazlo —le digo, tratando de sonar cabreado, aunque fracaso en el intento.

Ella suelta una de esas vibrantes carcajadas, como si le pareciera graciosísimo.

—¿Quieres entrar a tomar un té o alguna otra cosa mientras esperas?

—¿Té?

—¿Café, quizá?

—¡¿Café?!

—¿Café con leche?

Estoy tan cabreado que se me ha quedado la mente en blanco.

—No… No quiero… ni té ni café —consigo decir.

—Vale —contesta, y se encoge de hombros como si nada. Se aleja de la puerta y veo temblequear sus zapatillas peludas; es la gota que colma el vaso.

—No, no quiero té ni café —repito con voz más firme—. Y, ya que estamos, tampoco quiero que vengan los personajes del pueblo a mi puerta varias veces al día. No quiero conocer a tus banales, geriátricos, gruñones, pero adorablemente intrusivos amigos del centro de veteranos o de la residencia en la que seguro que trabajas como voluntaria. Y no tengo ningún interés en participar en vuestro puesto de besos por un dólar, ni en el huerto comunitario de calabazas, ni de salvar ese pedrusco que es tan especial para el pueblo, ni en lo que sea que tienes en mente. Lo que quiero es que encuentres a tu sobrino, que se ha largado con mi sobrina, gracias a ti. Si no, yo…, yo… llamaré a la policía.

Ella se echa a reír. ¡A carcajadas! Maldito sonido traicionero y seductor. Voy a perder la cabeza.

Y entonces adopta una expresión suplicante y me mira, parpadeando con grandes ojos bovinos.

—¡Pero ese pedrusco del que hablas tiene una larga historia y un gran valor sentimental! —lloriquea—. ¡Y gracias a ese puesto de besos por un dólar pudimos pagar el césped nuevo del campo de fútbol de la escuela primaria, Fisher! ¡Y yo fui concebida en ese huerto de calabazas! —Hace aletear las pestañas con gesto dramático.

Me niego a reírme.

—El sarcasmo no te queda bien —replico.

—¿En serio? Vaya por Dios. A ti, en cambio, el mal humor y la condescendencia te quedan de lujo —responde como si nada, y hace un gesto para restarle importancia antes de volverse a por su móvil —. Y dudo que quieras llamar a la policía si tienes en cuenta que la otra noche ya conociste a… un cuarto de las fuerzas del orden del pueblo. O sea, a Ian. —Antes de que me dé tiempo a rebatirle, me enseña la pantalla, en la que aparece una etiqueta en la que se lee «Sam» que se va moviendo por el mapa—. Están a punto de llegar.

—¿Te ha dicho qué narices han hecho todo este tiempo?

Me acerca el móvil a la cara a modo de respuesta.

—No, pero se lo vas a poder preguntar tú mismo en unos instantes, amigo mío —contesta.

Abro la boca para replicar, pero entonces me sonríe todavía con más ganas, como si le emocionara la perspectiva de discutir conmigo un rato más. Así que me doy media vuelta, justo a tiempo de ver el resplandor de unos faros que se acercan en la noche.

La confirmación de que son ellos no tarda ni un segundo en llegar; la luz del interior del vehículo hace que su silueta contraste contra la oscuridad que les rodea. No he cruzado ni la mitad del prado cuando los veo abalanzarse el uno contra el otro y empezar a enrollarse como si este fuese su último día en la Tierra. Hago una mueca y empiezo a maldecir entre dientes cuando termino de cruzar

el resto de distancia y ella sigue metiéndole la lengua hasta la garganta a ese clon de Timothée Chalamet. Se están magreando como dos bestias de un documental del *National Geographic.*

Espero lo que deben de ser unos cuatro minutos. No paran ni para coger aire.

Otros treinta segundos.

¡A la mierda! Tampoco es que estuviera ganando puntos con ella, y, como este pequeño intento de golpe de Estado me ha puesto la adrenalina por las nubes, ahora que veo que no le ha pasado nada empiezo a estar de bajón. Me siento agotado y furioso.

Abro la puerta de mi camioneta y toco la bocina.

Para mi satisfacción, se separan de golpe del susto. Ella me fulmina con la mirada a través de la ventanilla del copiloto mientras yo sigo tocando la bocina una y otra vez. Sale del Jeep y Casanova se apresura a seguirla. Se tropieza con la gravilla mientras rodea el coche por detrás, y sigue trastabillándose tras ella.

Cuando por fin suelto la bocina, los ojos oscuros de Freya me miran desafiantes desde el rostro de Indy. Lleva la melena castaña suelta, como un halo sobre la cabeza y los hombros. No se detiene al llegar hasta mí; se limita a curvar los labios en una sonrisa falsa y edulcorada y entra corriendo en casa.

—A… adiós, Indy —le dice el pene con coche y sentimientos, moviendo una mano tristemente en el aire. La única respuesta que obtiene es el golpetazo de la puerta al cerrarse.

Traga saliva y me mira.

—Hola, señor Lange, yo… Lo siento si ha llegado tarde, o algo así. Me ha dicho que su hora de llegada eran las doce y… Bueno, que lo siento.

El chaval es tan alto como yo, pero parece que lo hayan pasado por una máquina para hacer pasta para estirarlo. Es flaco, desgarbado, con las muñecas y los codos huesudos, y probablemente ya haya caído en las garras de la nicotina. Mi *saucier* en Tuétano tenía un *collage* de chicos de rostro huesudo y ojos caídos pegado a su taquilla que eran idénticos a él. ¡Santo Dios!

Creo que hasta yo debía de ser como él cuando tenía su edad. Ahora me siento aún más viejo y cansado.

Pero, en el fondo, dudo que este idiota tenga la culpa de que Indy haya llegado tan tarde. Le lanzo otra miradita y subo los escalones del porche, agotado. Al entrar, veo que Indy ya se ha esfumado a la planta de arriba, y la tentación de dar el día por terminado e irme directo a la cama para empezar mañana de cero es casi irresistible.

Pero eso es lo que he hecho siempre. Si algo no era perfecto, lo apartaba. Me daba igual si estábamos hasta arriba y no teníamos bastante personal y nos sentíamos agotados; si veía un plato chapucero, no permitía que lo sirvieran.

¿Que el café sabe un poco raro esta mañana? Lo tiro al fregadero.

¿Una relación no es conveniente, cómoda o fácil? Las que sí lo son, a la larga dejan de serlo, así que ¿para qué entregarse?

Y no sé si aplicar esa lógica culinaria a mi papel de tutor es ridículo o no, pero lo que sí sé es que ya lo he hecho en otros aspectos de mi vida y que en esos tampoco me ha traído nada bueno.

Así que me mentalizo y llamo a la puerta de su dormitorio.

—Indy, ven a hablar conmigo un momento, por favor —le pido. Oigo el crujido de la cama y el sonido de sus pies que se arrastran por el suelo, y entonces abre la puerta con un gesto que me recuerda a cuando pone los ojos en blanco—. No pretendo atarte en corto, pero necesito saber dónde estás, que te encuentras a salvo y a qué hora volverás a casa.

—Ya te lo he dicho, me estaba enseñando el pueblo. —Se encoge de hombros y niega con la cabeza, como si le acabase de decir que espero que se ponga un collar eléctrico en lugar de pedirle que me muestre un mínimo de educación.

—También has estado fuera todo el día y…, un momento, ¿enseñándote qué? ¡¿Su cavidad oral?! ¡¿Su sistema respiratorio?! ¿Sabes qué? Da igual. —Inhalo y exhalo antes de continuar—. No hagamos como que no te has aprovechado de que, como no tengo

mucha práctica en esto, no se me ha ocurrido ponerte una hora de llegada. Esa hora son las once de la noche, por cierto. —Ella se ríe con sorna, pero hago caso omiso y sigo diciendo—: Me gustaría que nos respetáramos lo suficiente como para que acabes el verano de una pieza, ¿vale? No me lo pongas difícil y yo tampoco te lo pondré a ti.

Se le endurece la mirada y enrojece unos instantes antes de volver a colocarse la máscara de indiferencia.

—¿No perdiste tu oportunidad de hacer de padre hace, no sé…, tres años, más o menos?

El golpe bajo tiene el efecto que buscaba. Me devano los sesos para dar con una respuesta, pero no se me ocurre nada. Ni siquiera me explico cómo lo sabe. Me pregunto si se lo soltarían mis padres en un momento de frustración, o… No sé. No creo que lo hicieran a propósito.

Y… De todos modos, supongo que es la verdad.

Esta vez, cuando me cierra la puerta en las narices, lo hace con suavidad, lo que, de algún modo, es aún peor. Es como si no necesitase enfatizar el golpe que acaba de asestarme.

Me paso una mano por el pelo y me dirijo a esa habitación que todavía me resulta extraña. En cuanto apoyo la cabeza en la almohada, me quedo dormido.



Capítulo 7

Sage

Abro los ojos y la mañana me saluda tirándome encima un metafórico jarro de agua fría. En las noches cálidas, mis sueños siempre son más vívidos e insistentes, como seres que viven, que respiran y que me reconcomen.

Tal vez haya prometido que dejaría de meter las narices en los asuntos de los demás, pero, por supuesto, mi subconsciente no está muy satisfecho con esa decisión. Es la única explicación que se me ocurre para los sueños que tuve anoche, uno tras otro, después de que Fisher se fuera indignado. En el primero, su sobrina se caía por la ventana repetidas veces mientras trataba de escaparse. En el segundo, bajaba rodando por el sendero del acantilado que hay en la parte trasera de la finca. Técnicamente, el sendero nace dentro de la propiedad de los Andersen y no en la mía, pero, como el camino baja en zigzag hasta la pequeña playa que compartimos, cruza a mi terreno una vez tras otra, así que supongo que se me podría responsabilizar de las lesiones que se produzcan allí.

Aun así, me dedico a cumplir con mis tareas matutinas y trato de olvidarme de las pesadillas. No es asunto mío, sobre todo después del numerito que montó Fisher anoche. Lo último que quiero es sentir que me ve como una boba arquetípica, como una metomentodo.

La noche que nos conocimos fue tan educado y se mostró tan agradecido… Resultó casi encantador. Supongo que esa ristra de gente llamando a su puerta los primeros días no ha sido la bienvenida ideal, pero…

Bud resopla mientras le cepillo los costados, como si presintiera las turbulencias que asolan mis pensamientos. El sonido me hace retroceder a los días en los que acababa de venirse a vivir conmigo. Al principio era bastante simpático si lo sobornaba con terrones de azúcar y heno, pero no tardó en mostrarse malhumorado conmigo, y todavía más con Wren y Ellis cuando venían a verlo. Se había tenido que enfrentar a un cambio muy grande y a una incertidumbre todavía peor, y trataba de comprender dónde se encontraba. No le gustaba la gata, que se paseaba por aquí mirándolo con desprecio, y la enorme perra lo angustiaba. Tuve que aprender a dejar que Bud se acostumbrara primero a su propio espacio, y esperar a que confiara en mí confiando yo en él. Así que, cuando iba a ver a Bud me aseguraba de que Sinpatica estuviera siempre en mis brazos y le ordenaba a Sable que se sentase a una cierta distancia, para demostrarle al caballo que yo también tenía el control.

Quizá con Fisher pase algo parecido. Puede que, en lugar de ser para él una más de las cosas nuevas a las que tiene que enfrentarse cada día (aunque sea con buenas intenciones, como las tenía con Sam), lo mejor sea que antes lo ayude con su entorno.

Es lo contrario a la promesa que me había hecho a mí misma, pero ¡que le den! También es lo que más me conviene a mí. No solo para protegerme de un hipotético problema legal si Indy llegara a lesionarse, sino, simplemente, para que las cosas vayan lo mejor posible. Si van a pasar todo el verano en Spunes, será mejor que intentemos que sean unas buenas vacaciones, sobre todo porque está implicado en un negocio nuevo al que mis vecinos y yo querremos ir y del que querremos disfrutar. Podría hacerle la vida más fácil y ejercer de guardiana entre él y Spunes, asegurándome de que la relación sea lo más cómoda y exitosa posible para todos.

Solo tengo que encontrar el modo de convencerlo.

Decido cruzar el prado antes de que me dé tiempo a cambiar de idea.

Hoy la neblina está bastante pegajosa, pero hace calor, así que el sol no tardará en secarla. El aire es denso, y arrastra los aromas de mi jardín de flores. Aunque corté las últimas peonías en mayo, los falsos naranjos, la lavanda y los guisantes dulces compensan de sobra su ausencia.

No me doy cuenta de que no me he parado a mirar la hora hasta que Indy me abre la puerta con el pelo chafado de estar en la cama y me fulmina con la mirada. Hago una mueca y miro el reloj de inmediato.

—Fisher no está —me dice en tono cortante.

—¡Aaah, mierda! Perdón. No he caído en que solo son las siete. —«Un inicio fantástico del plan para hacer que se sientan cómodos con su entorno»—. ¿Adónde ha ido? —«Y lo estás haciendo aún mejor con las sutilezas»—. Bueno, no tienes por qué decírmelo. No es asunto mío.

Arruga el gesto, molesta, y me enseña una nota a modo de respuesta. Hay una única palabra garabateada con lo que parece rabia: «Tienda».

Enarca la ceja en una pregunta muda. Algo parecido a: «¿Hemos terminado ya?».

Y maldito sea mi cerebro por funcionar como lo hace, pero, en este momento, no puedo evitar compararla con Sinpatica. Ya era una gata adulta cuando apareció con la pata rota detrás de la cafetería del pueblo, el Cafecito. El padre de Serena Lindhagen, el doctor Lindhagen, se la amputó y me recomendó que le encontrara un hogar en el que pudieran cuidarla en el interior. Un lugar donde tener una vida relajada. Entre algodones. Papá acababa de morir, y Ellis todavía era maleable cuando se trataba de mí, así que permitió que me la llevara a casa conmigo.

Sinpa era terrible. Gruñía, bufaba, rascaba cualquier cosa que encontrara hasta destrozarla y se meaba por toda la casa. Se empeñaba en poner el peso de su cuerpo sobre la pata que le

faltaba y se caía todo el rato, maullando cada vez que se golpeaba contra el suelo.

Y así siguió hasta un día en que Silas y Micah se enzarzaron en una pelea que acabó con el cristal de la puerta roto y Sinpa se largó de casa a toda velocidad. Yo no encontraba consuelo, a pesar de lo mal que se portaba aquel animal conmigo.

En aquel entonces cualquier cosa me hacía sentir abandonada, de esa manera tan absurda en que se sienten abandonados los niños. Evidentemente, mis padres no me habían dejado por voluntad propia, pero no sé si entonces lo acababa de entender. Y que aquella maldita gata se escapara me sentó como si hubiera perdido a alguien otra vez.

Cuando Sinpa apareció un día después, trotando alegremente por el prado con un conejo muerto en la boca, todo cobró sentido. Me dejó el cadáver a los pies, como si fuese una ofrenda retorcida y macabra, y me di cuenta de que tener algo que perseguir había mejorado sus andares y, de algún modo, la había amansado. Perseguir un propósito le había dado…, en fin, un propósito.

—Bueno, da igual, porque de todos modos he venido a hablar contigo —le digo a Indy. Y es verdad, aunque sea una verdad muy reciente—. ¿Crees que podrías echarme una mano con algunas cosas?

Parpadea tres veces muy despacio.

—Pero ¿tú quién eres? Además de la vecina rarita.

Enarco una ceja al oír su tono de voz. Esta no es como los estudiantes a los que estoy acostumbrada, cuyas direcciones de casa podría recitar y que, por lo tanto, me tienen un miedo razonable.

—Soy Sage, la tía de Sam. ¿Te acuerdas de Sam?

—Ah. —Se pone recta, sorprendida. Bendito sea Sam por su capacidad de encandilar a alguien, al menos—. Ya. Esto, yo… Se me había olvidado. Pero… Bueno, vale. ¿Me das diez minutos?

—Perfecto. Nos vemos al lado de la valla.



Quince minutos después, se acerca con los brazos cruzados y el rostro arrugado de preocupación.

—¿Me vas a soltar el rollo de «Sam es un buen chico y si le haces daño te…» —inserta aquí la amenaza física de tu elección—?

Me río.

—No, la verdad es que solo quería hablar contigo sobre sexo seguro —contesto secamente y, si desmayarse de la vergüenza fuera posible, estoy convencida de que ahora le pasaría—. Verás, cuando dos personas se gustan mucho, a veces, esos sentimientos dan lugar a ciertos impulsos que…

—¡Diosdiosdios!, no, ¡para, por favor! No necesito ninguna charla, te lo juro. —Mueve las manos como si le vibrara el cuerpo entero de tanta vergüenza.

Soy incapaz de reprimir una fuerte carcajada.

—Estoy de broma, Indy. —«No he podido evitar ser tan capulla como lo has sido tú», pienso, aunque no se lo digo. «Y ahora vamos a darte algo que hacer para que tus manos estén más ocupadas y tu mente menos ociosa, y más abierta, antes de que nos pasemos de la raya con la sinceridad».



Y eso es justo lo que hacemos. He de reconocer que es una ayudante estupenda y que, para mi sorpresa, se queja poco. Hablamos lo justo, los típicos comentarios sobre el tiempo o sobre nuestros planes para el fin de semana, y, mientras tanto, me ayuda a ubicar y cavar un agujero para una piscinita de yeso que he comprado para los gansos. Cuando ya tenemos un hoyo de las dimensiones correctas, lo rellenamos de granito triturado antes de instalar el revestimiento y fijar los bordes con rocalla.

Por raro que suene, Gary empieza a mostrarse muy unido a ella. La sigue por todas partes y protesta en voz alta cuando no está cerca. En una ocasión, Gronk comete la temeridad de tratar de acercarse a ella y Gary responde con la peor pataleta que le he visto nunca. Muerde y golpea a Gronk con el pico y se interpone entre los dos, curvando el cuello de forma amenazadora.

—Oh, oh… —digo en voz alta. Creo que ya he entendido lo que ocurre.

—¿Qué pasa? —pregunta Indy al volver de dejar la carretilla en el cobertizo mientras se seca el sudor de la frente.

—Hazme un favor… ¿Puedes ir a tumbarte ahí, en la hierba? Quiero comprobar una cosa.

Para mi sorpresa, obedece enseguida, sin apenas poner los ojos en blanco ni hacer grandes aspavientos, y como me temía, Gary coge la primera ramita que encuentra y corre hacia ella tan rápido como le permiten sus patitas. Se la deja junto a la cabeza y se va a toda prisa a recoger plumas, más ramitas, un poco de hilo e incluso musgo. Y sigue apilándolo todo con mimo alrededor de Indy.

—¿Qué hace? —pregunta ella.

No puedo evitar reírme.

—Te está construyendo un nido. —Y, Dios, cómo me gustaría que fuese capaz de apreciar una interpretación melodramática de: «¡¿TE HAS IMPRIMADO EN MI HIJA?!» y que pillara la referencia, pero creo que no ataría cabos. Es una lástima. Y, de todos modos, ella no tiene ninguna culpa—. Ha decidido que eres su esposa —la informo con un suspiro.

Hace un mohín, se incorpora y lo mira ofendida.

—Será raro, el pájaro…

—¿No lo somos todos? —declaro lacónicamente. En realidad, esto podría suponer un pequeño problema. Los gansos necesitan emparejarse. Gary y Gronk no se han apareado nunca, pero, hasta ahora, por lo menos se habían llevado bien. Ahora Gary podría desplumar a Gronk a picotazos si pensara que eso haría feliz a Indy.

Pero lo añado a la lista de problemas que pertenecen a la Sage del futuro y, cuando ya me dispongo a empezar una nueva tarea, se me ocurre otra cosa.

—Han pasado casi tres horas. ¿Crees que Fisher sigue en la tienda?

Pone los ojos en blanco.

—Sí. La primera vez que fue, estuvo cuatro.

—¿En qué tienda? ¿La nuestra? ¿La de Spunes? ¿Por qué?

Se encoge de hombros antes de devolver los brazos a su posición habitual: cruzados ante su pecho.

—Lo más probable es que no. Siempre va a varias. Pero está empezando a trabajar en una carta, así que creo que eso significa que busca ingredientes de la zona. Nunca sabe lo que quiere hacer. En fin, no sé. A mí no me preguntes —añade, al ver que tengo intención de seguir con el interrogatorio—. Yo tampoco lo pillo.

—Hum —contesto con el ceño fruncido, inexplicablemente triste por la imagen que ahora tengo en mente: un chef que sufre en una tienda porque no sabe lo que quiere cocinar.

—¡Uf, venga ya! —Suelta un resoplido. Me vuelvo hacia ella y la descubro mirándome exasperada—. Que no te dé pena. No aceptaría que le tuvieras lástima y, de todos modos, tampoco se la merece.

Niego con la cabeza y sonrío.

—¿Y tú crees que tienes autoridad para decir quién merece lástima y quién no?

Esboza una sonrisa desafiante y algo enigmática.

—Mi madre está muerta, así que diría que sí. —Se señala el pecho.

En realidad, esta es una de las cosas que más me gustan de los adolescentes. Mientras los adultos necesitan una base de conversaciones triviales, seguida de ciertos pasos que logran que se sientan cómodos antes de revelar cosas más profundas de sí mismos, me da la sensación de que los jóvenes suelen tener ganas

de ser percibidos con un mínimo esfuerzo. Que tienen más ganas de que los vean y de que los entiendan.

Además, no me molesta un poco de humor negro, la clase de humor que parece haber elegido esta generación.

—Huérfana a los doce. —Me señalo a mí misma.

—Mi padre ni siquiera quería tenerme. —Arruga la nariz en un gesto tímido—. Así que, técnicamente, también me quedé huérfana a los doce y, encima, me abandonaron por voluntad propia mucho antes de eso. Te gano —contraataca.

—Me criaron mis hermanos adolescentes —replico—. Como me vi obligada a madurar mis emociones demasiado rápido, no he podido desarrollarme como es debido en otros aspectos, lo que parece manifestarse en mi tendencia a esforzarme por hacerme importante para alguien o algo. —«Uf, con esa me he hecho daño yo sola»—. Digo que sí demasiado rápido a la gente porque tengo miedo a que me abandonen si no soy útil —añado, un poco desconcertada ante la epifanía—. Y yo… Creo que me aseguro de que mi mundo sea pequeño para no sentirme insignificante en él.

Ella me mira extrañada unos instantes y contesta:

—Yo quiero lo contrario. Quiero que mi mundo sea tan grande que nunca pueda sentirme atrapada y arrinconada. Quiero tener espacio para hacer grandes cosas, o, al menos, para tener la oportunidad de hacerlas.

Asiento y me encojo de hombros como a cámara lenta.

—Según la santísima trinidad de la música, también llamada The Chicks, los espacios abiertos dan lugar a que se cometan grandes errores.

Se ríe a pesar de sus esfuerzos por contenerse.

—Pues creo que eso tampoco estaría mal —admite.



Cuando Fisher llega a casa, una hora más tarde, Indy está agachada en la escalera debajo de mí, mirándome con expresión taciturna mientras descuelgo la celosía. Baja de su camioneta, va directo hacia ella y empieza a hablarle en voz baja y cortante.

—¿Preparada? —le pregunto a Indy.

—¡Sí! —afirma. Empiezo a bajar y veo por el rabillo del ojo que Fisher suelta las bolsas que ha traído.

—¿Crees que a tus vecinos les gustará que les desmontes la casa y te subas a sus escaleras? —me grita.

Le dedico una sonrisa radiante.

—¡Les pongo las luces de Navidad cada año! —respondo antes de bajar del todo.

Masculla más gruñidos de irritación, pero coge la celosía que Indy tiene en las manos y la sostiene. Quito la escalera y me vuelvo hacia los dos.

—Esto pinta a que acaba en denuncia —replica Fisher, que señala con la cabeza hacia mí y luego a la escalera.

—¿Hemos terminado ya? —pregunta Indy.

—Hablando de denuncias —aprovecho hábilmente—. Tengo que enseñaros el camino adecuado para bajar a la playa. Puede ser peligroso. —No doy opción a que protesten. Dejo la escalera y los acompaño hasta el sendero, donde les señalo las marcas que indican la forma más segura de bajar.

Cuando me vuelvo, me los encuentro en posturas idénticas: de brazos cruzados y con el ceño fruncido. Indy se toma el silencio como una oportunidad y, a la velocidad de la luz, suelta:

—Vale, gracias.

Y escapa hacia la casa. Fisher también empieza a marcharse, pero lo detengo diciéndole:

—Oye, hoy me ha ayudado mucho.

Se vuelve hacia mí y me mira con el ceño fruncido y una expresión recelosa.

—¿Ah, sí?

—Pues sí —contesto—. Si no te parece mal, tal vez le pida ayuda con otras cosas durante el verano. Aspectos de la granja y el jardín. Le pagaría, claro —añado a toda prisa.

Ladea la cabeza y me observa con una expresión peculiar.

—¿Le acabas de ofrecer trabajo? ¿Y si es una delincuente?

—Necesitaría más información —respondo con una carcajada—. Y… ¿lo es?

Me mira con atención, como si se estuviera pensando algo.

—No tiene ninguna condena en su haber. —Suspira—. Y gracias. Eso sería fantástico. Me gustaría que se sintiera integrada en algo.

Después de su confesión, desvía la mirada y la deja fija en la distancia, como si no estuviera seguro de que aceptar mi oferta haya sido lo correcto. Las últimas nubes ya se han evaporado con el sol de la tarde, y ahora el único punto oscuro es él, que contrasta con el prado dorado que se extiende a su espalda. Una abeja pasa zumbando perezosamente por su lado, pero él ni se inmuta, perdido de nuevo en sus pensamientos. Recuerdo lo que me ha dicho Indy, que nunca sabe qué quiere hacer, y me pregunto qué lo habrá hecho tan inseguro.

—Encantada —contesto, atrayendo su mirada de nuevo—. En más de un sentido —añado. Y entonces, porque en mi cabeza sonaba menos raro, le aclaro—: O sea, que encantada en el sentido de «de nada», «no hay de qué», y encantada de conocerte. De conoceros. —Señalo a mi alrededor con las manos.

Suelta una risita y, ¡ay!, qué cálida es su expresión cuando sonríe, aunque a eso apenas se le pueda llamar así. Me gustan las expresiones taciturnas tanto como a cualquiera, pero siempre he pensado que hay caras que parecen más auténticas cuando sonríen. Hay algo en mí que quiere pedirle a gritos: «¡Otra vez! ¡Hazlo otra vez!».

—Gracias —responde, con los hombros más relajados y de mejor humor.

Sí. Lo voy a decir otra vez:

—Encantada.

Contesta con una risita un poco más sonora, profunda y ronca, y a mí se me escapa otra tan ancha que tengo que morderme el labio.

Traga saliva y echa un vistazo a la casa.

—Bueno, tengo que ir a guardar la compra —dice, señalando hacia atrás con el pulgar.

—Ay, mierda, claro. Perdona. Y yo tengo que ir a por mi escalera.

Volvemos a toda prisa y, sin pensármelo dos veces, empiezo a ayudarle a bajar la compra de la camioneta.

—No tienes por qué hacerlo —protesta, incómodo y avergonzado, mientras abro la puerta de su casa con el codo—. Ya has hecho más que suficiente. —No sé si está molesto o si solo lo he desconcertado. Es probable que ambas cosas.

—Luego puedes ayudarme a llevar la escalera, si eso alivia la culpa que tortura a tu ego masculino —bromeo.

Él se ríe y enarca una ceja. Se dispone a replicarme, pero se calla al ver que estoy intentando entender qué es todo esto que he sacado de las bolsas. Hay cosas como caviar, cortes de carne que no reconozco y unos paquetes de salmón recién envasados que debe de haber comprado en el muelle.

—Vaya, supongo que no eres de esos que comen arroz con pollo —comento.

Me fulmina con la mirada desde el otro lado de la isla.

—No desprecio el arroz con pollo, así que no me juzgues por comer huevas de pescado.

Levanto las manos con un gesto inocente.

—Lo creas o no, no ha sido el caviar en sí mismo lo que me ha sorprendido. Lo que pasa es que ni siquiera sabía que aquí se vendía. Debes de ser la única persona que lo ha comprado en el mercado este año. —Probablemente era un pedido especial de alguno de los turistas del año pasado, pero no se lo digo.

Sigue guardando las cosas.

—Tengo que diseñar una carta para el restaurante nuevo que están construyendo en el pueblo. El Entre Estrellas. Así lo van a llamar.

—Ya, pues si pones caviar en la carta, más bien se va a estrellar —me río, pero paro al ver que me lanza una mirada asesina—. Vale, perdona por el juego de palabras malísimo que acabo de hacer. En serio, ha sido uno de los peores que he hecho nunca. Pero… Esto, aquí, no se lo va a comer nadie. Y no pretendo ofenderte, te lo prometo, pero te recomendaría que pensaras en algo un poco más accesible.

Exhala un suspiro, cansado.

—Más sabios consejos, ¿no?

Tiene razón. No parezco capaz de contenerme. Debo de parecerle insufrible.

—En realidad, aquí solo tenemos turistas en agosto —le explico con amabilidad—. El resto del año, tus clientes seremos nosotros.

Asiente con rigidez.

—Te ayudo con la escalera —se ofrece, terminando la conversación.

Al salir, cogemos cada uno un extremo y cruzamos las fincas en silencio hasta llegar a mi garaje. Cuando me doy la vuelta para decirle adiós, me lo encuentro con los brazos en jarras, moviendo un pie y luego el otro, como si tuviera algo que decir.

—Quizá puedas darme tu opinión sobre los platos de la carta mientras la voy diseñando, o algo así —propone con una mueca que casi me arranca otra carcajada. Es evidente que la idea de que lo ayude con este asunto le resulta agónica.

—Lo haré encantada.

Se limita a asentir y un mechón de pelo le cae hacia delante con el movimiento. Después, se marcha sin decir nada más. Yo lo observo mientras se aleja, echando los hombros atrás y frotándose el cuello, como si estuviera tratando de deshacer un nudo.



Capítulo 8

FISHER

Estoy intentando correr por un camino de gravilla, pero los guijarros se resbalan todo el rato por debajo de los pies, como si la arena de un reloj estuviera tratando de arrastrarme con ella. Freya está al lado de su viejo coche, saludándome con la mano, y yo intento llegar hasta ella. Necesito avisarla, he de evitar que se vaya. Le grito, pero no tengo voz; de mi boca no sale ningún sonido. Sigo pateando desesperado sobre estas putas piedras, pero ella está cada vez más y más lejos, hasta que me caigo, y ahora el suelo se me resbala también de las manos. Y entonces veo a mis padres en el porche, con su semblante serio y benévolo de siempre.

—¿No llegas? —pregunta mi madre.

—No lo consigo —intento contestar, pero no me salen palabras, solo un sollozo entrecortado.

Cuando me vuelvo de nuevo hacia Freya, ya no está. En su lugar está Indy, subiéndose a un Jeep con el ceño fruncido. Intento ponerme de pie otra vez, intento gritar, pero no hay manera. No hay nada que hacer; y sigo cayendo, cada vez más y más lejos, impotente. Y ahora hay… Un momento, ¿qué coño es eso? ¿Un ganso? El animal suelta un graznido y yo…

Me siento de golpe en la cama, jadeando y empapado en sudor. Me llevo una mano a la cara y descubro que la tengo llena de

lágrimas. Me las seco con una mano y con la otra doy golpes a la pantalla del móvil para parar la alarma, al tiempo que intento recuperar el resuello. Fuera ya hay luz, aunque está nublado, que parece que aquí es lo más habitual.

Aquí, en Spunes, Oregón. Donde voy a pasar el verano y a tratar de demostrar mi valía de nuevo, a mi sobrina, a mi jefa… y supongo que también a mí mismo.

Me concentro para tratar de regular mi respiración y, mientras tanto, me desenredo las sábanas de las piernas, me pongo unos vaqueros y empiezo con mi mañana. Sin embargo, no logro desembarazarme de esa sensación de vacío e inquietud que me ha dejado el sueño. Sin ser consciente de lo que hago, voy a la cocina y empiezo a sacar cosas de su sitio para ponerlas en otro. Esta no es mi casa ni mi restaurante, pero, de todos modos, traslado la loza a un cajón en el que para mí tiene más sentido guardarla, y luego hago lo propio con los cuchillos y me quedo mirando fijamente la nevera, que bien podría ser un agujero negro a otra dimensión.

Por fin soy capaz de admitírmelo: soy un chef que no sabe cocinar. O, al menos, que no quiere hacerlo.

Puedo hacer los gestos mecánicos que son necesarios para ello, preparar los platos que he cocinado mil veces… Pero ni de coña soy capaz de pensar en nada nuevo. Me da la sensación de que ni siquiera puedo obligar a mi cerebro a que trabaje con agilidad para mezclar varios ingredientes convencionales. No hago más que pensar en lo que me dijo Carlie sobre desconectar, recargar energías y volver a lo más esencial, y es lo que quiero, pero creo que no sé cómo hacerlo. Sí, claro, podría preparar unos *agnolotti* de ortiga con mantequilla de trufa blanca y trompetas de la muerte de Tuétano, pero ¿por qué no soy capaz de recordar cuál era el desayuno preferido de Freya o cuál era antes el de Indy? Ayer, en la tienda, también me quedé así de paralizado. Solo con recordar los productos, que parecían devolverme la mirada, se me acelera el corazón y se me entumecen otra vez las palmas de las manos. Fue

como si todo se volviera antropomórfico ante mis ojos, como si todos los productos se burlasen de mí.

El timbre interrumpe mis ensordecedores pensamientos. Me pongo aún más tenso si cabe.

Entre la pesadilla y… lo que sea que me está pasando, hoy soy absolutamente incapaz de lidiar con lo que implica conocer a otra persona. Y no lo pienso hacer. Me niego. Pero, si intento escaparme a mi habitación, me descubrirán a través de esas condenadas ventanas. Para llegar a las escaleras tengo que pasar por delante de demasiadas de ellas, así que es un plan abocado al fracaso.

Un destello dorado llama mi atención desde el otro lado de la ventana que hay sobre el fregadero. La hierba del prado se mece con suavidad. Es densa y alta, aunque no lo bastante como para que me oculte si me agacho discretamente, pero ¿y si me tumbase? ¿Me ocultaría?

No me lo pienso mucho. Mi cerebro todavía está tratando de arrancar, así que no me resulta de mucha ayuda. Me agacho y salgo a hurtadillas por la puerta lateral de la cocina, como si formara parte de una brigada de las fuerzas especiales y estuviera en una misión. Bajo de puntillas por el porche lateral y luego rodeo la camioneta. Cuando llego a la hierba, cruzo la valla arrastrándome por debajo y no miro atrás.

Si a mi estado de ánimo, que ya estaba por los suelos, le añadimos esta humillación y este exceso de estímulos, el día de hoy ya me empieza a parecer insoportable. No tengo ganas de danzar al compás de esta gente. «Ni de arrastrarme», pienso, distraído.

Lo que quiero es recuperar la capacidad de dedicarme a mi profesión. Aunque esto no sea más que un ensayo para mi trabajo de verdad, quiero la oportunidad de recuperarlo, de volver a identificarme con esa versión de mí mismo. Y eso significa que tengo que hacer este trabajo, aunque solo sea temporal, lo suficientemente bien para demostrarme a mí mismo que soy capaz y recuperar aunque solo sea una pizca de autoestima.

Y, joder, quiero librarme de esto que me pasa desde hace unos años, lo que sea que hace que, de vez en cuando, ante cualquier nimiedad, respire de forma superficial y la sangre me ruja. Quiero librarme de este muestrario infinito de pesadillas. Quiero arreglar todo esto, y el único modo que conozco de hacerlo es encontrar un objetivo que marcarme. Y ahora lo tengo: es mi trabajo para este verano. Aunque sigo sin saber por dónde empezar, joder.

En lugar de esforzarme para ponerle remedio, aquí estoy, agazapado en un puto prado en busca de un momento de consuelo. Escondido para no tener que hablar con un ser humano.

Madre mía. Yo dirigía una cocina con estrellas Michelin. Disfrutaba cuando tenía la atención de los demás, hasta me pavoneaba. ¿Qué narices hago aquí?

Me pongo un brazo sobre los ojos cerrados para añadir otra capa protectora entre el sol y yo, e intento practicar los ejercicios de respiración que me enseñó la doctora Deb. Sin embargo, en lugar de tranquilizarme, mi mente aprovecha esta oportunidad para volver a la misma mierda a la que siempre regresa y reproducirla sin mi permiso.

«¿Alguna vez has estado inmerso en algo tan bueno que has querido detener el tiempo? Una película o un libro, por ejemplo, o incluso unas vacaciones tan increíbles que no querías que terminasen jamás. Y te entraban ganas de apretar el botón de "pausa" y posponer lo inevitable». Mataría por volver a tener aunque solo fuera un pellizco de ese fuego.

En algún punto de mi vida tuve a los críticos culinarios más temidos del mundo comiendo de la palma de mi mano. Estaba en la cima de una profesión, que es famosa por lo difícil que es alcanzar el éxito con ella, y disfrutaba de cada segundo. Lo ansiaba; ese ambiente sacaba lo mejor de mí. Era fuego y pasión; una adrenalina salvaje y constante corría por mis venas. El problema es que, cuando trato de salir de este estado anestesiado y recordarme que debo estar en el presente, cuando trato de alcanzar mi viejo yo, lo primero que sale a la superficie es toda la mierda.

Lo cual, insisto, es la razón por la que ahora mismo estoy tumbado en posición supina en un campo infestado de bichos y lleno de hierbajos puntiagudos que me pinchan a través de la camiseta y… ¿con algo que viene hacia mí? El sonido de lo que pisa la hierba es cada vez más alto. Llegados a este punto, no hay nada que pueda hacer más que tratar de dar con una explicación…

La gata de tres patas de la otra noche aparece entre las briznas y me mira con impaciencia. La saludo con la mano con poco entusiasmo.

—Hola —gruño.

Juraría que suspira. Olisquea el aire y mueve los bigotes antes de acercarse a mí a regañadientes y subirse en mi pecho, donde procede a apoyarse y a empezar a amasarme los pectorales con su única pata delantera.

—Ay… ¡Oye! Joder… —El animal ronronea con fuerza y me clava las garras, que son como espadas diminutas. Intento despegármela en vano, porque solo consigo que se me agarre con más fuerza. La cojo y tiro de ella. Estoy seguro de que me ha hecho sangre—. ¡Yo no te he dado mi consentimiento! —protesto y miro su cara peluda. Tiene las agallas de mostrarse molesta. Echa las orejas hacia atrás y entorna los ojos.

—¿Se puede saber qué le estás haciendo a mi gata?

Levanto la vista justo cuando Sage aparece en mi campo de visión, tapándome el sol. Un suave resplandor le rodea la cabeza, como una especie de halo, y tiene los ojos grises y brillantes. Me quedo anonadado en un segundo fugaz en el que me olvido por completo de mis circunstancias, de la rabia que le hice pagar sin justificación la otra noche y de lo molesto que estaba ayer. Mientras la miro, me olvido hasta de avergonzarme.

—¿Que qué estoy haciendo? —Señalo a su amiga felina—. ¡Me está agrediendo! Gracias a Dios que has llegado para rescatarme otra vez. —Mi voz suena inexpresiva e incluso vagamente molesta, aunque lo último se lo he dicho con sinceridad. Ella no tiene ninguna

culpa de que últimamente yo viva sumido en el caos. Lo que pasa es que resulta que siempre acaba siendo testigo de todo.

—Ah, ya veo. —Asiente con el semblante serio—. La criminal de un solo brazo. Es famosa por estos lares. Atrapa a todas sus víctimas convenciéndolas de que se tumben en el campo.

—Mi atacante tiene tres brazos, ¡tres! —es mi patética respuesta.

—Por supuesto. Un hombre adulto, sofisticado y con tanto mundo como tú jamás podría ser vencido por un atacante cualquiera, con una cantidad de miembros diversa.

Me pongo una mano detrás de la cabeza y sonrío sin darme cuenta. No sé qué tiene este patrón, que se repite, en el que Sage me encuentra en situaciones vulnerables, pero ha acabado por desarmarme. Su gata sigue tranquilamente encima de mi pecho, como si ella solita se hubiese cargado todos mis límites sobre mi espacio personal. Y no sé si será el suave peso que tengo encima o la expresión radiante de Sage, pero no puedo evitar rendirme ante lo ridículo de la situación. La sangre vuelve a circular por mis brazos y mis piernas y los músculos por fin se me relajan.

—¿Hoy no hay bata? —le pregunto, y entonces se me borra la sonrisa, pues caigo en la cuenta de que acabo de delatarme, de que así le he revelado que me he pasado los últimos días mirándola como un pervertido. Ayer, cuando me la encontré trabajando con Indy, tampoco llevaba ninguna. Dios, ¿acabo de intentar tontear con ella tirado en la hierba como una vaca? Me quito la mano de detrás de la cabeza a toda prisa e intento quitarme a la gata de encima por última vez.

—Tenía la esperanza de que te hubieras olvidado de mi bata —contesta mientras arruga la nariz y se muerde el labio, y yo me río aliviado. Da por hecho que me refería a la que llevaba la noche que nos conocimos—. A ver…

Se arrodilla y el sol vuelve a cegarme. Y, con un suave gruñido de protesta, la bestia es desalojada. Se va correteando entre los arbustos mientras yo me incorporo y me sacudo la tierra de encima,

tratando de inventarme una historia para explicarle qué hacía aquí tirado.

Sin embargo, antes de que se me ocurra algo que no suene muy excéntrico, dice:

—Prueba esto. —Y lo hace con una sonrisa tan cálida que cualquiera diría que ha atrapado con ella la luz del sol. Coge algo de una cesta que había dejado en el suelo y me tiende un bollo—. Solo he venido a traeros esto para daros las gracias por lo de ayer.

Lo miro con desconfianza.

—La verdad es que no soy muy de dulces.

—No seas crío. Pruébalo —insiste, y cuando pone los ojos en blanco como una niñata… siento algo. Algo que hace que me entren ganas de tirarle de la coleta—. A no ser que tengas algún tipo de alergia, claro —añade a toda prisa.

De repente, me viene a la mente la mirada asesina de Martha O'Doyle.

—¿Está envenenado?

Esboza una sonrisilla irónica y le da un buen mordisco. Trato de no quedarme mirando ni su boca ni su lengua, que asoma para lamerse una miga que se le ha quedado en la comisura.

—¿Satisfecho?

«Pues no, hace mucho tiempo que no estoy satisfecho». Me sobresalta tanto ese pensamiento como la punzada de deseo que siento. Otra emoción que me ha asaltado de forma inesperada, aunque esta no ha sido mala, necesariamente, es solo que… me ha sorprendido. Alargo una mano, cojo el bollo y le doy un bocado por la parte que acaba de morder ella. Tiene un punto ácido, y noto el gusto dulce de las bayas, la frescura del limón y unas notas florales. Al final sale a flote el rico sabor de la mantequilla.

—Vaya —exclamo, sinceramente sorprendido.

—Exacto. Y estos son de antes de ayer. Oye, ¿tienes tiempo para ayudarme con una cosa?

Suspiro. Tendría que haberme imaginado que el dulce tendría un precio.

De todos modos, creo que me viene bien ganarle un poco de terreno, después de que me haya vuelto a pillar en desventaja. Además, redimirme por mis malos modales previos aliviará un poco mi mala conciencia.

—Sí, claro —contesto, arreglándomelas para que no se me note la rabia en la voz.

—Ah, y antes de que me olvide… Quizá sea mejor que me des tu número para que no tengas que salir por patas la próxima vez que te llame al timbre, ¿no?

Mierda.

—Lo siento, Sage. Te prometo que no sabía que eras tú. No pensaba con claridad y…

—Anda, calla —me interrumpe, dándome una palmadita en el hombro—. Lo pillo, pero… —Exhala un fuerte suspiro—. Te ofreciste a devolverme el favor, y creo que te voy a tomar la palabra. Es mi deber sagrado darte una lección sobre los pueblos pequeños.

Me fijo en la camiseta que lleva puesta. Tiene una serie de cabezas de caballos con las crines peinadas de diferentes maneras: con trenzas, con flequillo, uno con una cresta… Y encima pone «TIPOS DE CAB*LLO». Esta mujer debe de tener una colección entera de camisetas graciosas.

—¿Ah, sí? —pregunto.

—Pues sí. Lección número uno. Aquí eso de los gestos vacíos no se estila. La gente aceptará lo que le ofrezcas. Sirva yo de ejemplo. —Hace un ademán teatral y estira las manos hacia el cielo. Hoy lleva las uñas de color rosa y un anillo enorme de color turquesa.

Se endereza y señala hacia la casa, antes de darse la vuelta e ir hacia allí. Me meto el resto del bollo en la boca y la sigo con torpeza, mientras me concedo mirarla a placer. Empiezo por el top entallado y luego deslizo la mirada hacia los pantalones vaqueros cortos. Tiene un cuerpo menudo, con brazos fuertes y unos muslos fuertes que se abrazan a unas caderas redondas y generosas y…

—Mierda —protesto cuando se me engancha el dedo gordo del pie en un bulto en el suelo. Y, de repente, me veo obligado a dejar

de mirarle el culo porque me sobresalta el ladrido de su perro, que viene trotando desde el porche trasero. Ya había visto al animal deambulando pesadamente en la distancia, pero, ahora que lo veo de cerca, me quedo perplejo ante su tamaño. Si se pusiera de pie sobre las patas traseras mediría más de un metro ochenta.

—¿Es simpática esa cosa? —pregunto.

—Sí —contesta con cierta resignación—. Demasiado simpática, de hecho. Sable no era una buena perra pastora, así que sus dueños la llevaron a un refugio que hay por aquí. Y la adopté. A casi todo el mundo le parecía demasiado grande, así que me llamaron a mí. —Le acaricia la cabezota unas cuantas veces antes de continuar. La adorable giganta me da un lametón en el antebrazo, como si me estuviera poniendo su sello de aprobación. Espero que le comunique a la gata el veredicto.

Luego me presenta formalmente a los gansos, Gary y Gronk, y conozco a una docena de gallinas cuyos nombres no recordaré jamás. Cuando doblamos la esquina más lejana de su casa hacia uno de los lados de la finca que no se ven desde la mía, me encuentro con un jardín de flores de un tamaño sorprendente. La mayoría está cubierto de hileras e hileras de unos montoncitos tapados por una lona, y en el fondo hay un enorme invernadero de hierro y cristal. Cientos de flores de todos los colores ondean felizmente al suave viento, que lleva con él un aroma agradable y ligero.

Los olores siempre fueron importantes para mi mentor, aquel capullo estirado pero brillante. Su personal de cocina nunca tenía permiso para llevar nada que despidiera aroma alguno, porque no podía arriesgarse a que se mezclara con el de su comida; recuerdo que una vez le echó la bronca a un *sous-chef* por el olor de su desodorante. Y, por esa misma razón, era muy específico con las flores que permitía en su comedor y casi nunca dejaba que formaran parte de los centros de mesa. De todos modos, aunque mis conocimientos al respecto son limitados, la vida de cocinero me ha obligado a familiarizarme con muchas flores distintas, con especies que o bien son comestibles o bien decorativas. Así que, mientras

Sage me enseña el jardín con detalle, reconozco muchas de las plantas antes de que ella las vaya nombrando: lavanda, rosas y algunas flores que he usado para emplatar, como pensamientos, violetas o acianos. Reconozco los tallos de la jardinera de los girasoles, que Sage me dice que serán blancos cuando florezcan. Luego señala con orgullo un parterre donde tiene ranúnculos y anémonas, y un bancal entero que dedicará a las dalias; me cuenta que le han resultado difíciles de cultivar. Lo va señalando todo con las manos al pasar, y acaricia las flores con dulzura y adoración. Me imagino a las plantas sonriéndole con amor mientras pasa por su lado.

Luego se aleja del jardín y señala un prado cercado que hay a lo lejos, al lado de un establo destartalado.

—Es mejor que estés avisado —dice—. Bud desconfía de la mayoría de los hombres, así que si yo fuera tú no iría por allí a darle zanahorias ni nada por el estilo.

Y no es hasta ese momento cuando reparo en el gigantesco caballo Clydesdale que pasta perezosamente en el prado.

—Madre mía. Tú no puedes tener animales normales, ¿no?

Ladea la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Tienes un gato de tres patas, una perra del tamaño de un Mini Cooper y un caballo del tamaño de una cosechadora.

—¿Tú sabes lo que es una cosechadora? —Se echa a reír—. Mira, tengo un perro, un gato, un caballo y unos cuantos pájaros. Nada muy exótico. Además, todos ellos me fueron concedidos, por decirlo de algún modo. Yo no los busqué.

Y, en ese momento, ocurre lo mismo que sucedió la noche que nos conocimos. Nuestras miradas se quedan prendidas la una de la otra, y creo que está esperando a que yo llene el silencio con algo, pero no sé qué decir, y no consigo apartar la vista lo bastante rápido. En lugar de eso, la miro mientras se ajusta la coleta retorciéndola hasta transformarla en un moño sobre su cabeza, y me quedo embobado con un mechón que se le ha quedado suelto. Las

puntas se le curvan junto al cuello y justo delante de una de esas constelaciones de pecas que asoman en su pecho por encima del cuello de la camiseta. Me recuerdan a la canela que se espolvorea encima de los postres.

—¿Qué narices tenía ese bollo? —me pregunto en voz alta. Ella se sonroja y suelta una risita, y el trance, por suerte, se rompe. Me aclaro la garganta y le pregunto—. ¿Con qué necesitas mi ayuda?

—Ven —dice, y empieza a caminar hacia el establo. Me lleva a otro jardín, este mucho más pequeño que el de flores, lleno de frutas y verduras que rebosan de sus bancales—. Está un poco descuidado, pero en realidad no hay suficiente para vender y la mayoría de las verduras se pondrían malas antes del próximo mercado ecológico —me explica—. Me vendría bien que me echaras una mano para recogerlo todo. Y a cambio puedes quedarte lo que quieras.

Su despreocupada indiferencia se me antoja un poco forzada. No puedo evitar preguntarme si me estará ayudando… dejando que yo la ayude a ella. Y tampoco puedo negar que funciona. Lleno varias cestas de calabazas, alubias, algunos melones tempranos, un manojo de albahaca y un montón de variedades de tomate. Recuerdo que compré un poco de burrata en una de las tiendas a las que fui ayer y pienso en algunas combinaciones sencillas con todo ello. Cuando termino, ya he preparado mentalmente una semana entera de platos bastante sencillos y descubro que no me molesta la idea de cocinar ninguno de ellos. Tengo tierra debajo de las uñas y en las líneas de la mano, y me duelen las piernas de estar agachado tanto tiempo, pero agradezco el dolor. No sé por qué, pero me siento relajado.

Sage se pone de pie y se limpia las manos en los vaqueros.

—Gracias por tu ayuda —dice.

—¡Gracias a ti! Me parece que con todo esto nos alimentarás a Indy y a mí durante toda la semana.

—¿Sabes qué? Mañana también me vendría bien que me echaras una mano —añade con cierta vacilación. Tiene una mancha de tierra

en la mejilla. Me parece que esta mujer es muy astuta y me está mangoneando a su antojo. Me ha hecho venir a su jardín y se ha valido de sus flores y su comida para hechizarme. Noto que a mi boca le cuesta no sonreír.

—Vale. Vendré por la mañana.

Esboza una sonrisa de oreja a oreja y empieza a caminar hacia su casa. Yo me voy despacio hacia la mía.

—Genial. ¿Sobre las ocho? Podemos coger mi camioneta y salir de aquí.

—Ah. —Me paro en seco—. ¿Quieres que vaya contigo a algún sitio?

Pone los brazos en jarras y aparta algo que hay en el suelo de una patada.

—¿Te importa? Puedes ir con tu coche si te sientes más cómodo. Es solo que en la tienda de O'Doyle van cortos de personal y tengo que comprar varias cosas grandes, así que necesito que alguien me eche una mano. Me siento culpable cuando tiene que ayudarme alguno de los empleados mayores con aparatos ortopédicos en articulaciones varias y…

—No, no. No me preocupa ir contigo. No me siento incómodo —la interrumpo—. Siempre que no te haga sentir incómoda a ti, claro —añado con torpeza—. O sea, siempre que no te preocupe que esté yo.

Enarca una ceja y sonríe de un modo que me hace sentir que debería haber entendido el chiste.

—Me arriesgaré.



Capítulo 9

Sage

En cuanto oigo que llaman a mi puerta a las ocho en punto de la mañana, voy corriendo al baño a mirarme un momento en el espejo. Tristemente, no me he transformado en una irresistible sirena en la noche que ha pasado desde la última vez que vi a Fisher; la que veo en el reflejo sigo siendo yo. Puede que un poco más colorada que de costumbre… y con el estómago lleno de repugnantes mariposas.

—¡Adelante! —respondo, a sabiendas de que las ventanas están abiertas para que entre la brisa matutina—. ¡Ahora bajo!

Hacerme su amiga es una novedad emocionante para mí, aunque las circunstancias en las que dicha amistad se ha gestado no hayan sido precisamente ideales. Ayer, en el prado, era evidente que le pasaba algo, así que decidí no tomarme de forma personal el hecho de que saliera escopeteado para esconderse de mí. Me da la sensación de que le cuesta interactuar, así que tal vez solo necesitaba que lo dejaran en paz un rato. Lo cierto es que se me cruzó por la cabeza la posibilidad de rodearlo, poner cierta distancia de por medio y fingir que no lo había visto, pero entonces me percaté de la cola de Sinpatica serpenteando entre la hierba, como la aleta de un tiburón, y el saltito que daba al abalanzarse sobre su presa. Me acerqué a ellos despacio, por si Fisher conseguía quitársela de encima él solo, pero al final lo encontré ahí, tirado a mis pies, y me quedé atontada otra vez. Gracias a las garras de

Sinpa, se le había subido la camiseta y estaba tratando de librarse de ella con los ojos entornados en un gesto de frustración. Lo único que le habría hecho falta para lograrlo era ponerse en pie y moverse un poco para que la gravedad hiciera el resto, pero estaba tan agitado y obcecado con la situación que no se veía capaz de cambiar de plan.

Cada vez que nos vemos, siento por él una extraña mezcla entre la familiaridad y el misterio, como si fuese un rompecabezas que me muero de ganas de resolver.

Supongo que nunca se me ha dado muy bien reprimir mi lado más curioso. Y puede que no lo consiga nunca.

Cojo mis llaves y un poco de dinero del bolso que tengo en el pasillo antes de salir, pero me paro en seco al ver a Fisher, que está en mi cocina, de espaldas a mí. Cuando lo veo, esa sensación de tener el estómago lleno de mariposas se transforma en algo mucho más ajeno y disparatado, una sensación entre emocionada y cohibida, lo que no tiene lógica alguna. Ayer mismo pillé a este hombre huyendo con el rabo entre las piernas y, aun así, ahora mismo me arden las mejillas solo porque lo acabo de pillar examinando los huevos de mi caótica cocina. Camina unos pasos para echar un vistazo a la galería y la sensación se intensifica.

En realidad, no es gran cosa, pero está cubierta de ventanales por todas las paredes y el techo, con una puerta corredera que da a la cocina y una francesa para salir al jardín. En una esquina tengo un sillón enorme de color mostaza. Era de mi padre. Y al lado, un taburete lleno de libretas y libros de bolsillo que era de mi madre.

Ian siempre se quejaba de la galería. El suelo es de azulejos, así que decía que en invierno resultaba demasiado fría. Como todo era de cristal, entraba demasiado sol, y en verano hacía demasiado calor. Odiaba que la hubiese convertido en un salón, porque era demasiado pequeña para ser un salón de «verdad», ya que no podían sentarse cómodamente más que unas pocas personas. Se quejaba de la estantería que Ellis me instaló en uno de los ventanales, porque la tenía llena de cachivaches, plantas y macetas

graciosas hechas con bolas de discoteca en miniatura o latas de tomate *vintage* y varios recuerdos muy queridos. Pero Ian odiaba cualquier cosa que le pareciera desordenada y las plantas atraían bichos y «¿quién quiere eso al lado de la cocina?», decía. Siempre me dio la sensación de que todos los problemas que tenía con la galería eran los mismos que tenía conmigo. Yo tampoco era demasiado práctica, sino más bien frívola. Igual que pensaba que aquella estancia habría sido más útil si la convertíamos en un recibidor aislado, también quería convertirme a mí en algo que le pareciera más conveniente.

—¿Estás listo? —le pregunto, molesta por lo tímida que parezco de repente.

—Qué bonita —comenta él, mirando todavía a su alrededor.

Trago saliva con fuerza.

—Ya —contesto con voz ronca. Me esfuerzo por acallar a esa parte de mí que quiere contarle de inmediato lo preciosa que se ve por la mañana, cuando el prado todavía está cubierto de rocío, o cómo la acaricia la niebla durante las fiestas, cuando todo el mundo está aquí armando un escándalo, como si la casa misma acusara también los síntomas físicos de la felicidad. Pero entonces me obligo a recordar que se trata de casi un desconocido, alguien que solo va a estar aquí temporalmente y a quien, por lo tanto, no tengo que venderle las virtudes de mi galería.

Subimos a la camioneta en silencio y emprendemos el camino.

—¿Qué va a hacer Indy hoy? —le pregunto. Me parece una forma poco arriesgada de empezar la conversación.

—Hoy Indy ha vuelto a quedar con tu sobrino —gruñe, pero, por alguna razón, el tono refunfuñón me hace sonreír otra vez. No me entra en la cabeza que haya una sola persona en el planeta Tierra que sienta por Sam algo que no sea adoración.

—¿Qué pasó la otra noche? —le pregunto—. ¿Llegaron tarde, o algo así? La verdad es que no me lo explicaste.

Se remueve incómodo mientras giro hacia la carretera.

—Lo cierto es que no le puse a Indy una hora de llegada específica antes de que saliera. Y no hace falta que me lo digas, ya sé que ese fue mi primer error. —Me he dado cuenta de que, en lo que respecta a Indy, enseguida se culpa a sí mismo o se pone a dar explicaciones. Me pregunto si será consciente de lo protector que es.

—Me da miedo preguntar si eso tuvo algo que ver con el bocinazo —contesto mientras cambio de marcha—. Espero que nadie terminara debajo de una rueda en mitad del acto.

Me mira consternado.

—Para mi sorpresa, no. Fui yo, para avisarles de que me estaban obligando a ser testigo de su pasión en contra de mi voluntad. —Se me escapa una carcajada y él aparta la vista—. Me alegro de que te haga tanta gracia. —Hace una mueca, pero atisbo que la comisura de su boca se curva hacia arriba cuando niega con la cabeza—. Dios, no me entero de nada con ella. Voy dando palos de ciego.

No creo que me lo esté contando porque confíe en mí o porque se sienta cómodo conmigo, creo que es más bien porque, cada vez que nuestros caminos se cruzan, él ya se encuentra expuesto de un modo u otro. La primera vez, con su evidente vergüenza con el asunto del robot aspirador; luego, con su arrebato porque Indy llegó tarde a casa, y la última, en el prado… Sin embargo, esta pequeña confesión hace que se me encoja un poco el corazón.

—Por si te hace sentir mejor, así es como se sienten absolutamente todos los padres con los que hablo.

Contesta con un ruidito y se queda en silencio, mirando la carretera. Me llegan oleadas de su suave aroma. Huele a limpio, pero es también un olor cálido, mentolado y amaderado. Es adictivo por su sutileza, y me entran ganas de acercarme a él para buscarlo.

Al cabo de un rato, interrumpe el análisis de olores que estaba elaborando en mi mente cuando dice:

—Supongo que todo el pueblo sabe ya lo del aspirador.

Hago una mueca y contengo una carcajada.

—¿Quieres que te cuente alguna de mis historias más embarazosas? ¿Te sentirías mejor?

—Lo dudo mucho. Me da la sensación de que lo único que conseguiré será sentir vergüenza ajena, además de la mía propia —responde completamente en serio, dirigiéndome una mirada penetrante—. Aunque sería muy noble por tu parte.

De repente, veo que, por una vez, estoy conduciendo por debajo del límite de velocidad, de lo encantada que estoy de que esté charlando así conmigo.

—Bueno, a modo de prefacio, debes saber que mi madre murió cuando era pequeña. Tenía solo seis años, creo, y luego, cuando tenía doce, murió mi padre, lo que me dejó bajo la responsabilidad de mis tres hermanos. Ellis tenía dieciocho. —Esbozo una sonrisa al recordar con nostalgia lo caóticos que fueron aquellos tiempos—. Cuando empecé a… desarrollarme, sobra decirlo, me daba muchísima vergüenza decirle a mis hermanos que necesitaba comprarme un sujetador. Y había encontrado una revista guarra en la habitación de Micah en la que salían mujeres con esos adhesivos puestos… —Trazo una cruz en uno de mis pezones con el dedo, como si necesitara una demostración, y me pongo como un tomate al ver que observa el movimiento con mucha atención. Vuelvo a concentrarme en la carretera—. Bueno, resulta que… Me puse celo en los pezones y acabé arrancándome un trozo. Fue tan bestia que tuvieron que darme puntos —le suelto a toda prisa. Ay, Dios, ¿por qué le habré contado esa historia? Intento reconducir la conversación rápidamente contándole otra—. ¡Ah! Cuando tenía trece años, me tocó leer en clase en voz alta y leí sin querer «eyaculó» en lugar de «especuló» —le cuento. Cuanto más me esfuerzo por salir de este pozo de humillación en el que me he metido yo solita, más chillona suena mi voz—. En mi clase solo éramos once, así que todavía me lo recuerdan de vez en cuando. —¡SANTO DIOS! Esto es lo que he hecho, ¿no? Acabo de hablarle de pezones y luego de eyacular, una cosa detrás de la otra—. ¡¿De dónde eres?! —exclamo, tratando de catapultar esta conversación a un futuro en el que yo sea una persona un poco menos lamentable.

Tengo las palmas de las manos empapadas en sudor; noto cómo resbalan contra el volante.

Al ver que no contesta, me vuelvo hacia él solo para descubrir que se ha girado un poco en el asiento para ponerse de cara a mí y que está tratando de contener su expresión.

—Gracias por… todo eso —consigue decir al final, pero habla como si hubiese tenido que contener sus carcajadas hasta que se han convertido en vapor—. Técnicamente, soy de los Países Bajos, pero nos mudamos a los Estados Unidos cuando yo tenía dos años y mi hermana cuatro. Ahora vivo en Nueva York.

—O sea que eres chef en Nueva York pero trabajas aquí durante el verano.

Esboza una media sonrisa en un gesto irónico.

—Soy chef —repite—. Y, sí, mi socia capitalista compró un edificio aquí que están convirtiendo en un restaurante con un observatorio, y me pidió que viniera a hacer tareas de consultor sobre la disposición de la cocina y a crear la carta.

Es una respuesta rara, muy rígida y con unas palabras cuidadosamente seleccionadas, pero lo que llama mi atención es el dato que me acaba de dar y que no conocía.

—¡Un observatorio! —exclamo—. ¡Eso es lo que es!

Me mira con curiosidad.

—¿Qué creías que era?

Imito su expresión.

—Escucha, nadie estaba seguro de qué pensar. Solo sabíamos a qué nos recordaba.

—¿A qué?

—No hagas eso. No conviertas esto en el trayecto en el que he mencionado mis pezones, la eyaculación y una erección en forma de pene. Ya te he dado demasiado.

Suelta una carcajada y me permito mirarlo de soslayo otra vez. Es aún mejor que cuando me ha dicho que mi galería era bonita. Me gusta que, cuando se ríe, echa la cabeza hacia atrás y se lleva una

mano al pecho como si quisiese aferrarse a esa sensación. Se vuelve hacia mí, todavía apoyado en el asiento, y dice:

—Deberías ganar puntos extra por haber conseguido meter ahí la palabra «erección».

Como respuesta, le hago una pequeña reverencia acompañada por una floritura con la mano.

Después de eso, nos quedamos inmersos en un silencio cómodo durante un rato. Hoy el sol también se esconde a ratos, pero brilla lo bastante fuerte como para que el cielo esté pintado de color azul, en lugar de ese gris tan propio de Oregón. Los terrenos de Spunes son, en su mayoría, irregulares y escarpados, pero es ahora cuando están más exuberantes, con los estallidos de color de los lupinos y los irises silvestres que asoman por entre el extenso verde. Bajo la ventanilla y dejo que la brisa fresca se me cuele entre los dedos, que el viento frío golpee contra la palma de mi mano. Se me escapa una carcajada al ver que Fisher está haciendo lo mismo.

Cuando aminoro la velocidad para tomar la curva descendente desde la que se ve el pueblecito, le digo:

—No quiero asustarte, ni nada por el estilo, pero como echo una mano a los dueños de tu casa cuando no están, también sé que te vas a quedar aquí todo el verano.

—Doy por hecho que sabes mucho más que eso, Sage.

Lo miro confundida.

—¿Qué quieres decir?

Exhala un largo suspiro.

—¿Me vas a decir que no sabes nada más de mí? ¿Que no te has enterado de que la Coalición de Comerciantes de la Calle Mayor está en este preciso instante conspirando para acabar conmigo? —Hay un matiz cortante en su tono de voz, como si me estuviese desafiando a mentirle. Aprieta los dientes un instante fugaz.

No sé si debería insistirle si tengo en cuenta la contrariedad que emana de su voz, así que decido recurrir al humor.

—¿Han sido las películas del domingo por la tarde las que te han dispuesto en contra de los pueblos pequeños? Sé que a veces son

bastante realistas, pero…

Se limita a enarcar una ceja y a esperar a que prosiga.

Yo aprieto los labios y cojo una de las últimas curvas que faltan antes de entrar en el pueblo.

—Vale, pero te prometo que la única razón por la que sé algo de todo esto es porque mis hermanos son unos cotillas. —No menciono el hecho de que lo más probable es que sean los culpables de que más gente en el pueblo sepa ciertas cosas. Por alguna razón, quiero que le quede claro que no estaba tratando de meterme en sus asuntos a propósito. Salvo por esos días que lo estuve espiando, por supuesto—. Sé que Indy es tu sobrina, pero de eso me podría haber enterado por ella ayer, y no solo por los chismorreos de los vecinos y los rumores que corren por ahí.

Se hace un silencio. Me preocupa haberme pasado de la raya, pero entonces replica:

—Mi hermana murió hace tres años. Un accidente de coche.

Inhalo con fuerza, pero me pienso muy bien mi respuesta. No quiero reaccionar de un modo que lo haga sentir incómodo. Aunque, claro, tampoco me siento capaz de repetirle las mismas frases típicas que he oído un millar de veces. Al final, me decido por dar voz a mis pensamientos más directos, a contestarle sin filtros:

—Menuda putada más grande. Para ella, para Indy y para ti. Qué injusto.

Una chispa brillante y ardiente refulge en su mirada. Sigo notando sobre la piel el fuego que emana de ella cuando me vuelvo de nuevo hacia el parabrisas.

—Gracias —responde con voz ronca, apenas audible por encima de los ruidos del coche—. Y…, y sí. Estaremos aquí hasta finales de agosto.

Como presiento que necesita cambiar de tema, decido echarle una mano.

—Parece mucho tiempo para ayudar con la planificación de una cocina y diseñar una carta, ¿no? Porque… —Vacilo, preocupada por estar entrando en el territorio de los metomentodos.

—¿Porque te parece que son cosas que podría hacer en remoto? —termina por mí, y yo asiento. Se gira para mirar hacia la carretera, pensativo por unos instantes—. He tenido algunas dificultades… en el trabajo. Supongo que tengo la cabeza en otra parte y se nota. Hace tiempo que se percibe —confiesa—. Creo que esto es un intento de mi jefa para ayudarme a relajarme y recuperar energías, al tiempo que me da una oportunidad para volver a demostrar mi valía. Y supongo que sabía que Indy también necesitaba desconectar.

—Es bonito que tu jefa se preocupe así por ti, ¿no?

Niega con la cabeza y suelta un resoplido.

—Perdona, no, tienes razón —se apresura a matizar—. Es más de lo que merezco, eso seguro. —Suspira a regañadientes—. Carlie es buena gente. Y que yo lo haya pasado mal no es justificación para hundir a todo el mundo conmigo. No tiene por qué permitirlo solo por cómo era yo antes.

—El dolor te cambia —contesto de la forma más concisa de la que soy capaz—. Y, encima, debe de ser un poco más difícil concentrarse en…, no sé, en el *foie gras,* cuando también tienes que estar pensando constantemente en el bienestar de otra persona.

Pone unos ojos como platos un instante, como si le hubiese chocado que haya ido directa a hablar del dolor en lugar de irme por las ramas. Sin embargo, su expresión de sorpresa se esfuma tan repentinamente como ha llegado.

—Siempre que alguien hace alguna analogía con un chef recurre al *foie gras*. ¿Por qué?

—La pregunta es ¿qué es el *foie gras,* Fisher? —contesto. Puedo seguirle el rollo y hacer que la conversación sea más ligera.

Se ríe aliviado. Una mejilla se le realza más que la otra.

—Pensaba que sabías cocinar —dice.

—¡Has estado en mi cocina unos treinta segundos!

—Exacto.

He visto al Fisher tímido y avergonzado, al Fisher crítico consigo mismo… Y ahora empiezo a atisbar al Fisher más coqueto y seguro.

Parece una actitud genuina, y no un disfraz. Más bien una faceta que le pega. Y, que Dios me ayude, esta versión de él también me gusta, aunque me haga sentir como si estuviese haciendo equilibrios sobre las puntas de los pies.

Me obligo a girar y a concentrar mi atención en la carretera hasta llegar al aparcamiento.

—Pues sí que eres experto —comento.

—Lo creas o no, no le dan estrellas Michelin a cualquiera. —Me dedica una sonrisa radiante en cuanto lo miro, y, entre la frase que acaba de pronunciar y la potencia que irradia de su expresión, piso el freno con más fuerza de la que pretendía.

—Perdona, pero ¿qué? —Lo miro incrédula—. ¿Tienes una estrella Michelin?

Se sonroja un poco y aparta la vista. Veo en su expresión que se ha cerrado en banda.

—Técnicamente es el restaurante el que gana la estrella, pero…, sí —contesta, y entonces sale de la camioneta sin mediar palabra.

Miro a mi alrededor, aturdida todavía.

—¿Qué? —susurro para mí. Madre mía, ¿de verdad le he dicho que lo ayudaría con la carta? ¿Cómo es posible que no se riera en mi cara?

Salgo del coche tiesa como un palo y voy hacia el parachoques, donde me está esperando. Cuando paso junto a él, me coge del codo, y el tacto de sus dedos me calienta el brazo entero y el pecho.

—No fue solo el dolor —admite, soltando un suspiro de frustración—. Lo de antes. Cuando has dicho que el dolor cambia a la gente. Y tampoco fue porque tuviera que ocuparme de Indy inmediatamente después. Las cosas ya habían dejado de funcionar antes de que pasara todo aquello. Ya habían empezado a decaer antes del accidente. —Aparta la mano y se la mete en el bolsillo—. Sentía que te lo tenía que aclarar. Es, en parte, la razón por la que me han mandado aquí.

Tiene aspecto de quien acaba de confesar algo grave, como si se sintiera un poco avergonzado, pero sobre todo aliviado. Y, no sé por

qué, pero me da la sensación de que todavía hay más cosas que aún no está preparado para contar.

Respiro hondo. El olor de la hierba y la sal del mar se mezclan a mi alrededor con el aroma de Fisher, con esas notas embriagadoras que no deben de ser más que el desodorante, y no el aroma mítico que se están imaginando mis hormonas.

—Siento que fueras infeliz —le digo.

Se pone tenso y clava la mirada en el suelo.

—No era «infeliz». Simplemente… estaba fracasando.

Se me encoge el corazón otra vez.

—Bueno, Fisher, sé de buena tinta que no le dan estrellas Michelin a cualquiera —le contesto, ladeando la cabeza para dar énfasis—. Dudo mucho que estuvieras fracasando.

Intenta sonreír con todas sus fuerzas. Se pasa la mano por la mandíbula y presiona con los dedos las comisuras de su boca, como si quisiera fijárselas. El sonido de su piel contra su barba incipiente me despierta un cosquilleo y hace que se me endurezcan los pezones.

—Tendré que enseñarte algunas reseñas que defienden lo contrario —responde con voz inexpresiva.

—No creo que podamos basar nuestro éxito solo en las opiniones ajenas —repongo con una vehemencia desproporcionada. Creo que estoy proyectando en él mis propias inseguridades.

Se cruza de brazos y se apoya en el coche, dando un golpe sordo con su corpulenta figura.

—Opino que, cuando tu éxito depende únicamente de que alguien quiera lo que puedes darle, de que quiera gastarse dinero en ello, sí que podemos. —Suena a la vez resuelto y cansado.

¿Es esto una discusión? Ahora mismo me da la sensación de que sí lo es, pero me está mirando con una curiosidad inconfundible, así que tal vez solo quiera saber lo que pienso al respecto. Es una sensación embriagadora, y hace que quiera reconducir la conversación hacia un terreno más seguro.

—Escucha, soy profesora. —Levanto las palmas de las manos en señal de rendición—. Nadie quiere lo que yo vendo, solo encuentro formas de engañarlos para que lo compren.

Veo una chispa que no logro identificar en sus rasgos, pero se ríe, y luego esboza una sonrisilla.

—Quizá, de algún modo, eso es lo que hacía yo también —declara.



Capítulo 10

Sage

Cualquier malestar que le haya causado nuestra conversación parece quedar olvidado enseguida. Camina a mi lado mientras recorremos la tienda de O'Doyle, y se entretiene cogiendo algunos productos y enseñándomelos, como si no los hubiera visto ya un millón de veces. La conversación fluye de forma natural. Parece contentarse con escuchar, y cuanto más tiempo pasa, más se relaja. Le hablo de los laberintos dibujados sobre la arena cuando llegamos a una sección que está llena de imanes. Le explico que trazan caminos con formas enmarañadas, y que se supone que debe ser posible recorrerlos sin marcarse un principio o final definitivos. Le cuento que el pequeño grupo de artistas que los hace (y que algunos años está formado solo por un señor mayor llamado Amos y quienquiera que reclute en la playa) sobrevive solo a base de donaciones, y me explayo sobre cómo, aunque inevitablemente las olas los acaben borrando y a veces parezca un gran esfuerzo para algo tan fugaz, a la gente le resultan fascinantes y reconfortantes. Puede que me entusiasme demasiado mientras le explico cuánta gente los disfruta, o que me estoy poniendo demasiado sentimental con una tontería, pero él me sorprende metiendo un billete de veinte dólares en la caja de las donaciones.

Luego, mientras observa una figurita de dos nutrias llevando una canoa, me cuenta que se fue de casa a los diecisiete años para

acudir a una escuela de cocina en Nueva York, y que pasó dos años en París al principio de su carrera a los que atribuye gran parte de su éxito.

—Entonces, ¿tus padres siguen viviendo en Nueva York? —le pregunto. Reparo en que hemos llegado a la sección de ropa de mujer.

Frunce el ceño al ver un *negligé* con un estampado de vaca y me mira asustado.

—No he visto ni una sola vaca desde que he llegado, y aun así…

Decido tratar de seguir con el tema que nos ocupa. Ahora que parece sentirse generoso, estoy ávida por sonsacarle más información.

—Me niego a pensar que no venden lencería de temática bovina en un sitio tan grande como Nueva York, donde presumo que siguen viviendo tus padres.

—Sutil forma de reconducir.

—Gracias, lo sé —canturreo.

Da un paso hacia mí y exhala un largo suspiro al tiempo que ladea la cabeza y sonríe.

—No crecí en Nueva York, así que no, mis padres no viven allí. Crecí en Nebraska, que es donde viven ellos todavía. Y donde vivían también Freya e Indy. —Me mira como preguntándome si me he quedado satisfecha y decido que tendrá que ser así, al menos de momento.

—¡Nebraska! Madre mía, ¡entonces estás maz-orca de nosotros de lo que pensaba! —contesto, y él cierra los ojos como si ese chiste le hubiera causado dolor físico—. Seguro que encajas aquí.

Niega con la cabeza y me mira afligido.

—Tendrás que perdonarme, pero no siento gran estima por los pueblos pequeños, por muchos juegos de palabras que hagas con nuestra producción de maíz.

—Te lo repito, ¿han sido las películas de los domingos por la tarde? ¿Las de temática navideña? ¿Quién nos ha dado tanta mala fama?

—Tengo experiencia de primera mano.

Vaya.

—Bueno, quizá no seamos todos iguales.

Resopla un «ja» carente de alegría.

—¿Me estás diciendo que Spunes no es como las demás chicas? —pregunta en tono sarcástico, y no puedo evitar soltar una carcajada.

—Por desgracia para nosotros, eso seguro —respondo—. Este pueblo se ha construido con un fracaso encima de otro, y con unos pocos, o muy breves, encantos ocultos. Fracasó como pueblo maderero y como bahía de pescadores; hasta los mismísimos fundadores eran para echarles de comer aparte. Pero, durante un mes al año, podemos hacer como si fuéramos iguales que los demás. —Hace un ruidito de indiferencia y asiente. Me da la sensación de que lo que tenga que decirle sobre el pueblo no le interesa lo más mínimo, así que cambio de tema—. Y ahora pongámonos serios —prosigo, cogiendo lo primero que tengo a mi izquierda—. ¿Necesito esto para mi colección? —Me pongo la bata estilo kimono sobre el cuerpo. Tiene un estampado de dibujos de cocos y plátanos colocados de formas obscenas—. ¡Mira! —exclamo al levantar la vista y ver una camisa de hombre con el mismo estampado. Se la tiendo y él la sostiene a varios centímetros de su pecho, como un buen chico, mientras curva la boca hacia abajo en una mueca de disgusto.

—El amarillo no me queda bien —apunta con voz inexpresiva.

Lo evalúo con la mirada.

—Tienes razón. Además, no te va a ayudar a comerte menos el coco.

Suelta una risita.

—Qué graciosa.

—Gracias, ya lo sé. Yo… —Veo a Patricia Munty por detrás del codo de Fisher. O un trozo de Patricia Munty. Este año cumple los setenta y siete y sigue llevando la misma melena teñida de naranja

que le he visto toda la vida. Además, mide un metro cincuenta, si me apuras.

—Hola, señora Munty —la saludo con la voz quizá demasiado aguda—. Hum… Fisher, te presento a Patricia Munty. Hace todo lo que se vende en este departamento ¡a mano! —Lo miro con los ojos muy abiertos. «Por favor, sé amable», espero estar comunicándole.

La mujer lo mira, coqueta, con esos ojos enfermos de cataratas que asoman detrás de unas gafas de culo de botella. Los pendientes en forma de canoa —que sé que hizo la hermana de Athena Cirillo, Venus, para venderlos en el festival del año pasado— se mecen suavemente. Contemplo fascinada cómo interactúan, como si así pudiera hacer que fuese a cámara lenta para que no se me pase por alto ningún juicio que aflore en la expresión de él. Desde la bisutería hasta su vestido de flores, la señora Munty es la viva personificación de nuestro pueblo, y me doy cuenta de que necesito ver cómo reacciona ante ella.

—Llámame Patty, cariño —se presenta, tendiéndole la mano con recato.

Él me mira fugazmente y luego a ella, y después cuelga la camisa para así poder cogerle la mano arrugada con las dos suyas.

—Es un auténtico placer conocerte, Patty. —Y juraría que ella se queda totalmente embelesada. Cuando concentra toda la fuerza de su faceta más encantadora en una sola persona, Fisher es digno de ver. «¡Ha dicho que mi galería es bonita!», estoy tentada de decirle.

—Veo que no has tardado mucho en encontrar a nuestro tesoro oculto —añade la mujer con zalamería mientras me señala con la cabeza.

Él suelta una carcajada grave que hace que me ardan las orejas.

—En realidad, diría que ha sido ella quien me ha encontrado a mí.

Sé que solo es un comentario educado y que no debería afectarme tanto, pero eso no impide que se me seque la boca ni que sienta que se me han incendiado las mejillas.

Patty procede a señalar las camisas que cree que mejor le quedarían, que son prácticamente todas, según ella. Le habla de su

Eddie y de lo mucho que le gustaban los estampados graciosos, y le confiesa que necesitaba algo con lo que entretenerse durante el duelo y por eso decidió empezar a confeccionar ropa. Las batas eran las prendas que más fáciles le resultaban al principio, y luego ya nunca paró.

—Gracias a Sagey, el negocio va viento en popa. ¡A ella le encantan! —declara con orgullo y mi turbación, que acababa de apaciguarse, vuelve con todas sus fuerzas—. Madre mía, Sagey, ¿cuántas tienes ya? ¿Quince?

—No lo sé, señora Munty. —Veintiuna.

Al final, Patty se marcha y nos deja seguir a lo nuestro, y Fisher se vuelve hacia mí con los brazos cruzados y una expresión inescrutable.

—¿Qué? —le pregunto.

—Creo que ya sé de qué vas, eso es todo —contesta con arrogancia—. Eres la chica demasiado buena, ¿no? El ojito derecho del pueblo. Ese es tu rollo. —Me clava una mirada socarrona—. Los animales rescatados, esto de rescatarme a mí, todos esos consejos gratis, lo de comprar batas compulsivamente…

En este momento, en mi interior están ocurriendo dos cosas incongruentes. Lo primero es que me estoy dando cuenta de que, mientras yo trataba de conocer diferentes pedacitos de él, él también ha estado tratando de descifrarme a mí, y aunque eso me resulte emocionante, también me hace sentir un poco como cuando llegas a casa después de un día estupendo y descubres que tienes restos de espinacas entre los dientes o una de esas legañas gordas llenas de rímel en el lagrimal del ojo.

Y lo segundo es que con ese comentario ha metido el dedo en la llaga.

Que soy demasiado buena es justo lo que me diría Ian, y lo haría casi del mismo modo en el que lo acaba de hacer Fisher. Un modo que da a entender que, aunque es algo que al principio de la relación se dice de buen rollo y por chinchar, resulta ser un problema real más adelante. Nunca te lo dicen con la intención de sacarte un

defecto, pero, de algún modo, lo es. Ian empezó a decírmelo antes de seguir con otras reprimendas, como «Gastas demasiado tiempo/energía/dinero en cosas que no importan en lugar de gastarlo en algo que merezca la pena». «Podrías estudiar alguna otra cosa». «Podrías, deberías…». Me hacía de menos, me despreciaba a mí y la vida que he construido como si me faltara carácter, como si fuera imposible que me sintiera satisfecha viviendo como vivo. Puede que no viaje y que no me dedique a salvar vidas, y tal vez tenga ropa ridícula y gaste demasiado tiempo en mi poco práctica galería pintándome las uñas solo para que se me estropeen al día siguiente, pero…

Pero a la mierda. Pues sí, quizá sí sea demasiado buena. Estoy segura de que hay aspectos de mi vida en los que debería priorizarme más, pero, en este caso, si le compro «compulsivamente» ropa a esta mujer es por una causa válida.

Patty y Eddie Munty dejaban que mis hermanos y yo fuésemos a su casa después del colegio, cuando Ellis tenía que ir a trabajar y a formarse como técnico sanitario. Nos daban tostadas con mantequilla para merendar y nos enseñaron a jugar al dominó, y me importa un comino si alguien que está de paso en este pueblo piensa que mi kimono de codornices es lo más raro que ha visto en su vida, porque a mí me hace sonreír, y me encanta que lo haya hecho una persona a la que le importo. Sea una tontería o no, la felicidad que me genera es real.

—No soy demasiado buena —digo con firmeza—. Y te puedo asegurar que no soy el ojito derecho de nadie. Me gustan las cosas que hace porque… —Miro a mi alrededor con exasperación—. Porque la vida es muy corta, joder. Por eso.

Él retrocede un poco, visiblemente confundido.

—Sage, no tenía intención de ofenderte ni nada por el estilo, en serio.

—Ya sé que no, pero espera un momento y déjame terminar. —Respiro hondo. El corazón me martillea contra el pecho. No acabo de entender por qué es tan importante para mí que comprenda el

contexto de todo esto. Lo único que sé es que me ha dolido que viniera de él, porque no quiero que se me vuelva a retratar como a una mujer frívola, vacía e insignificante. No sé si será porque es nuevo aquí y no tiene ninguna idea preconcebida de mí, pero estoy desesperada por que me comprenda de veras—. Soy consciente de que cuando la gente dice que la vida es muy corta, suele referirse a una filosofía vital que tiene mucho que ver con la indulgencia, o con darse prisa por cumplir con algo o perseguirlo. En plan: «La vida es demasiado corta, así que tienes que hacerte un nombre, o ver mundo, o ese tipo de cosas». Pero, en mi caso, la vida ya se ha encargado varias veces de recordarme lo fugaz que es. —Acaricio con la mano uno de los remos que hay colgados en la pared. Noto el peso de su mirada sobre mí—. Y hace mucho tiempo que decidí que, como la vida es breve y escapa demasiado a mi control, he de dejar que las pequeñas cosas sean importantes. Al menos, para mí. Si nos encontramos frente a algo que a la mayoría de la gente le es indiferente, creo que significa que alguien tendrá que preocuparse por ello un poco más, ¿no? Mascotas abandonadas, flores bonitas… —Desvío la mirada hacia la sección de ropa de Patty—. Una niña zarrapastrosa que no llegará a hacer nada que cambie el mundo… —Nuestras miradas se cruzan, pero me obligo a no apartar la vista—. Así que no te pienses que elijo esas cosas porque soy demasiado buena. No lo soy. Soy perfectamente capaz de decidir que quiero hacer algo por cómo me hace sentir.

Tiene los labios entreabiertos y ha dado un paso hacia mí. Sus ojos recorren mi rostro como si no estuvieran seguros de dónde detenerse, como si estuviese buscando una grieta en alguna parte de mi razonamiento. Se le han marcado las arrugas del entrecejo, a pesar de que no tiene el ceño fruncido.

—Está bien —responde con sinceridad—. Tienes razón.

Aparto la mirada de su rostro, pero se me queda clavada en su cuello. Esa respuesta tan simple no hace sino impulsarme a llenar el silencio con más explicaciones.

—Cuando pierdes a alguien —empiezo a decir, y veo que se pone tenso al instante—. Cuando pierdes a alguien y te ves obligado a asimilar que no tienes ningún control sobre lo que pueda pasar… Creo que, frente a eso, es fácil que te parezca que nada tiene sentido. O sea, ¿de qué sirve la ropa bonita o un cielo perfecto lleno de estrellas o cualquiera de esas cosas insustanciales que nos traen felicidad? ¿Por qué debería importar algo cuando nos lo pueden arrebatar todo en un abrir y cerrar de ojos? —Me atrevo a buscar su mirada de nuevo—. Creo que o te pones en ese plan o… O decides que todo importa. Todo. Todas las cosas pequeñas. Todo lo que hay en el presente y cómo te haga sentir en esos momentos fugaces, porque es imposible saber cuándo lo habrás perdido para siempre. Si como resultado de esa visión del mundo soy demasiado buena, pues vale. Pero no me hace débil.

Él niega con la cabeza, tenso, aún con la misma expresión de perplejidad.

—No creo que seas débil, y, aunque eso no es lo que yo he dicho, reconozco que he sido un capullo por darlo a entender —se disculpa —. Pero también conozco gente que es así, que se preocupa por los demás como tú, y sé que hay quien se aprovecha de ella. Gente que nunca ha recibido nada a cambio. Ni de la vida ni de las personas que forman parte de ella. —Aparta la vista, pero enseguida me vuelve a mirar—. Mi propia hermana incluida. —Se masajea la mandíbula—. Y puede que sea porque no lo pedía, pero también porque nadie se ofrecía nunca. —Se mete las manos en los bolsillos y me clava esos ojos verdes y penetrantes—. Dime algo que pueda hacer por ti —me pide de repente. Y me parece que con un tono suplicante, aunque quizá me lo esté imaginando. Pero entonces añade—: Has dicho que querías que te ayudara con unas cosas. —Sus ojos continúan viajando por la superficie de mi rostro—. Pero debe de haber algo más que desees. Algo que yo pueda hacer por ti.

—No tiene por qué ser una transacción —contesto, algo perpleja por el cambio que acaba de producirse en la conversación.

—Yo también soy capaz de decidir cuándo quiero hacer algo, Sage, y puede que acabe de decidir que me gustaría ser atento y amable solo porque sí —responde con firmeza—. No hace falta que me contestes ahora mismo, pero piénsatelo. Puede que la primera vez que te lo ofrecí, la noche que nos conocimos, fuese por educación, pero esta vez te lo digo con total sinceridad.

Me aclaro la garganta y señalo una de las palas de remo que están más arriba.

—¿Me puedes coger eso? Es para lo que te he pedido que me acompañes. —La baja y me mira como si estuviese esperando mis siguientes instrucciones—. Otra más, por favor.

Coge otra.

—¿Para qué son?

—Para entrenar.

—¿Para qué? ¿Para eso? —Señala una de las pancartas que anuncian el festival.

—Sí. —No le doy más explicaciones. Es probable que sea la oportunidad perfecta para contarle más cosas sobre el evento, pero, ahora mismo, simplemente no me veo capaz. Tengo los nervios a flor de piel. Acabo de mostrarme demasiado vulnerable ante alguien que todavía debería ser un desconocido para mí. Siempre me he enorgullecido de mi habilidad para calar a la gente, y de saber encontrar los huecos donde encajar… Pero Fisher se las arregla para desconcertarme una vez tras otra.

Durante el resto del tiempo que pasamos en la tienda, consigo concentrarme más en mi tarea. Le pido que me ayude con varios sacos de fertilizante y con una maceta de cemento que me gustaría poner en la galería con un árbol decorativo.

—Bueno, retiro lo que he dicho antes de que eres el ojito derecho del pueblo —dice cuando llegamos a la caja registradora—, aunque insisto en que no tenía mala intención. —Me da un suave codazo amistoso—. Pero este cabrón sí que se cree el ojito derecho de todo el mundo, ¿no?

Sigo su mirada hasta la pared de las fotos de los ganadores.

—¿Quién? ¿Ian?

—Sí. El muñeco Ken a tamaño real que nadie quiso —responde, y no logro contener una carcajada.

—No es que se crea que es el ojito derecho de todo el mundo. Es que… lo es, por desgracia.

Noto que me observa mientras salimos para ir al coche.

—La otra noche, en mi casa, no pude evitar fijarme en que había una tensión extraña entre vosotros dos. ¿Os conocéis?

—Es difícil no conocer a alguien en un pueblo en el que la población no llega a las cuatro cifras —replico.

—Ya sabes a qué me refiero —insiste, mirándome sin pestañear con esos ojos inquisitivos.

Pero me vuelvo a sentir demasiado expuesta, así que le contesto:

—Cuidado, Fisher. Estás empezando a ser un poco metomentodo. Quizá encajes en el pueblo más rápido de lo que pensabas. —Concluyo el comentario con una carcajada irónica. Él no responde; se limita a apretar los labios en una breve sonrisa y a negar con la cabeza—. Estuvimos juntos cinco años —cedo—. Rompimos hace poco más de un año y él ya está comprometido con una vieja amiga del instituto que volvió al pueblo un poco antes de que me dejara. —Y, con la esperanza de ser capaz de disimular la amargura, añado—: Él también me decía siempre que era demasiado buena. Me hacía sentir como si fuese tonta. Creo que era demasiado pueblerina, incluso para él. Supongo que por eso he reaccionado antes así.

Él parece ablandarse, avergonzarse incluso, y he de contener las ganas de soltar algún comentario irónico y autocrítico, de decir algo que esconda mi franqueza tras un poco de superficialidad, que la haga parecer menos cierta. Pero, por una vez, me siento bien hablando con libertad. Me siento bien preocupándome algo menos por minimizar mis sentimientos solo para que otra persona se sienta menos incómoda. Tal vez mi monólogo anterior me haya hecho sentir demasiado expuesta, pero la verdad es que me ha sentado genial desahogarme.

Le quito el carro a Fisher y lo empujo hasta llegar a la caja registradora. Enseguida empiezo a charlar con Ransom Phillips, uno de los amigos de Sam, que está trabajando en la tienda durante el verano. No hace más que mirar de reojo a Fisher, que parece demasiado ensimismado en sus asuntos como para que yo le presente a alguien.

Continúa en silencio mientras nos dirigimos a la camioneta, y también mientras coloco en el maletero todo lo que acabo de comprar. Sin embargo, cuando cierro la puerta me para poniendo una mano encima de la mía y me suelta:

—Algo me dice que no sería capaz de descifrarte ni en una década, así que ni hablar de hacerlo en unos pocos días, Sage. Pero hasta yo me doy cuenta de que eres inmensa.

Qué estúpida y traicionera es la sangre que me corre por las venas, que ha tenido que revolucionarse y hacer que me ponga como un tomate.

—Gra… gracias —contesto con voz apagada, como si no fuese el mejor cumplido que me han hecho nunca.

—Encantado —responde. Esboza una pequeña sonrisa y me pregunto si se estará acordando de mi torpeza el otro día, cuando le dije lo de «encantada». Yo me acuerdo al instante.

Me echo a reír y recuerdo que tengo un recado más en mi lista.

—Oye, debo ir a devolver unos libros a la biblioteca, ya que estamos aquí. Si no te molesta.

—No hay ningún problema.

—¿Quieres venir conmigo? La biblioteca es casi tan interesante como la tienda de O'Doyle, te lo prometo.

Quizá la biblioteca también ayude a calmar su mente, igual que el jardín ayer. A mí siempre me aporta paz. Quiero que vea la pared de ventanales que dan al parque, desde los que se puede otear el mar.

Por no hablar de lo mucho que me gustaría contrarrestar el escepticismo que siente por los pueblos pequeños con uno de los únicos lugares de Spunes que son encantadores durante todo el año.

Sonríe con dulzura; uno de sus pequeños pendientes refleja un destello de luz.

—Claro. Pero quiero intentar llamar a Indy otra vez. Dime dónde nos vemos.

Le digo cómo llegar y empiezo a subir la cuesta. A pesar de lo escarpada que es, me siento como si estuviese flotando. El centro de Spunes está construido en una pendiente, mientras que las casas se encuentran en pequeños grupos en los acantilados en forma de dedo que se extienden hacia el exterior, o encima de la colina principal, donde se ubican la mía y la de los Andersen. La arquitectura es muy ecléctica, con una mezcla de estilos que van desde el victoriano a construcciones más sencillas, y la biblioteca es uno de esos edificios que se pueden clasificar sin lugar a duda en la primera categoría. Es el más alto del pueblo, y tiene, por lo tanto, los ventanales más grandes y el mayor número de escaleras. Cuando subo los escalones de la entrada, me arden las piernas y me siento rebosante de alegría y expectación. Este sitio, desde las barandillas a las molduras del techo, pasando por la mezcolanza de cuadros de las paredes, está lleno de detalles excesivos y llamativos. Me encanta. Siempre encuentro algo nuevo que mirar, por muchas veces que haya venido. Me gusta que siempre huela a humedad, o que haya recovecos en los que la temperatura es de diez grados más o menos que en el resto del espacio por culpa de alguna ventana o puerta viejas. Adoro pensar en la gente que ha acariciado antes los libros antiguos o que ha subido esas escaleras de caracol. Creo que es una de las pocas cosas verdaderamente románticas de este pueblo tan pequeño. Los números son asequibles. Puedo, y lo digo de verdad, imaginarme este lugar antes y después de mí.

La primera planta la renovaron cuando yo iba todavía al jardín de infancia. Me acuerdo del año porque venía aquí después de la escuela cuando mi madre estaba en sus últimas etapas de la enfermedad. Me sentaba con el *basset hound* de Venus, Tucker, e intentaba calmarlo, porque se asustaba con el ruido de las obras que subía de la planta de abajo. El perro aullaba con cualquier cosa, lo

que probablemente hizo que ese año aquella fuese la biblioteca más ruidosa de la costa oeste. Un día, en ese otoño, papá y Ellis vinieron a buscarme antes de tiempo y Tucker lloró un poco y me lamió la palma de la mano. Creo que, de algún modo, una parte de mi subconsciente supo que me estaba avisando de que me llevaban a despedirme.

Hace mucho tiempo que Tucker ya no está, aunque, cuando bajo de las ornamentadas escaleras de la tercera planta, quien me da la bienvenida ahora es la majestuosa *maine coon* de Venus. Cupido mueve los bigotes y la cola para mostrar su emoción.

Me suelto el pelo para aliviarme, porque me duele un poco el cuero cabelludo, y empiezo a dejar los libros sobre el mostrador, hasta que aparece Venus.

—Sage —saluda con su voz cantarina de bibliotecaria—. ¿Qué haces aquí? —Mira a su alrededor, nerviosa, y luego hace ademán de salir del mostrador para sacarme de allí.

La miro confundida y hago un puchero.

—Eh… ¿Devolver estos libros?

—¿Sage? —oigo a mi derecha—. Hola, Sage, ¿qué tal estás?

Siento como si me cayera encima un jarro de agua helada. Me vuelvo y veo a Cassidy, con Ian justo detrás de ella, saliendo de uno de los rincones de la biblioteca. Los conozco todos, y sé que en ese hay una mesita y una vidriera de unas sirenas de colores con ojos fantasmales. Cassidy se alisa el pelo oscuro y perfecto, que cae a los lados de su cara, también perfecta, y se tira de la camiseta, como si se la estuviera recolocando. Me quedo en blanco. Ya sabía que estaban juntos, por supuesto, y también me los he imaginado juntos, pero me las había arreglado para no tener que verlos con mis propios ojos en todo este año. Y, ciertamente, jamás me imaginé que me los encontraría aquí, en un sitio tan especial para mí.

Nunca había tenido que presenciar cómo Ian le deslizaba una mano en la cintura y la atraía hacia sí. Me está resultando difícil asimilar lo abierto que es al mostrarle afecto, ahora que apoya la cabeza en la suya y mira con anhelo la mesa en la que estaban.

Miro hacia donde está mirando él y se me cierra la garganta de golpe, como si estuviera intentando engullir una cucharada de miel fría. En la mesa hay copias de los registros históricos de Spunes, artículos viejos y fotos.

—¡Mira, cariño! —exclama Cassidy con voz dulce, y yo doy un respingo, como si me hubiera abofeteado—. ¡Está devolviendo el libro que estabas buscando! ¡Ahora nos lo podemos llevar! —Se vuelve hacia mí y rezo por ser capaz de manipular mis rasgos hasta lograr algo parecido a una sonrisa, pero noto que las comisuras de la boca me tiemblan de forma extraña—. ¿Tú también estás estudiando para la trivia? ¡Qué emoción! Ian trabaja a horas intempestivas, y me encantaría poder entrenar con alguien para la carrera. —Dios, es tan dulce y tan amable que odio no encontrar un motivo para no ser simpática con ella.

—Esto… Bueno…

—Cariño, no creo que Sage vaya a participar en el festival. Además, no querrás darle ventaja a nuestros contrincantes, ¿no?

—¡Calla! —le regaña ella. Le da un golpecito en los pectorales y deja la mano ahí, ya que él la retiene con la suya—. Además, ya sabes que ese no es el espíritu adecuado. —Vuelve a mirarme—. Sage, ¡qué emocionante que este año participes! —Me mira con entusiasmo, y de repente ya no me acuerdo de si he dicho o no que participaba. No lo he dicho, ¿verdad? Ella lo está dando por hecho porque me ha visto con estos libros y no le está haciendo caso a Ian, ¿o tengo alguna laguna?

Oigo unos pasos en las escaleras y siento que me invade el pánico al pensar que habrá más testigos de esta humillación. Siento que se me ha atrofiado el cerebro y, Dios mío, Dios mío, ¿tengo que decirles que no he conseguido encontrar un compañero? Tengo que inventarme algo. Cualquier cosa. Diré que me voy a Europa. Eso es. Eso voy a decir. «¡Vaya por Dios! Quería participar, por eso me veis aquí con todos estos libros relacionados con temas que tienen que ver con el maldito festival, pero eso fue antes de enterarme de que coincide justo con los mejores días en todo el año para visitar

Cannes y, claro, Cannes no puede esperar. Tengo muchas cosas que hacer en Cannes. Montones de cosas».

En ese momento, una mano áspera y cálida se desliza bajo mi pelo y se detiene entre mis omóplatos, y yo me derrito al instante, como si pudiera deshacerme en ella. Parpadeo cuando acaricia mi nuca y le da un suave apretón con los dedos.

—Aquí estás —me dice la voz grave de Fisher al oído. Me tiemblan las piernas. Me apoyo en él y me vuelvo hacia el lado. Está apenas a unos centímetros de mí, y mis ojos recorren el verde y el marrón de los suyos para luego llegar a un punto más oscuro en su barba de pocos días; ahora me doy cuenta de que es un hoyuelo. Podría ponerme de puntillas y lamérselo, si quisiera. Me vuelve a acariciar el cuello con los dedos y he de contener un gemido. La parte racional de mi cerebro, que ahora debería intervenir y recordarme que sea un poco más reservada, está secuestrada por otra que no hace más que reproducir el momento en el que me ha dicho que era inmensa. No pienso más que en la mano con la que me tiene cogido el cuello y quiero acurrucarme en su calor y derretirme. «Esto, esto es lo que puedes hacer por mí —quiero decirle ahora mismo como respuesta a la oferta que me ha hecho antes—. Puedes rescatarme, a mí y a mi orgullo».

—Quiero enseñarte una cosa —es lo que le digo en realidad, sin aliento.

Él sonríe. Siento la vibración de su risa sobre la piel.

—Y yo quiero verla —contesta, y, con eso, la parte racional de mi cerebro puede declararse oficialmente perdida en combate, porque creo que es lo más ilícito que me ha dicho nunca nadie. Siento como si mi sangre se parara de golpe y cambiase de dirección, y mi pulso se concentra en algún lugar de la parte baja de mi vientre—. ¿Dónde está?

«¿Qué es?» también sería una pregunta válida.

—Allí —contesto, señalando a cualquier sitio.

Cassidy suelta una risita falsa, pero yo sigo con los ojos clavados en Fisher.

—Soy Cassidy. Tú debes de ser el chef que se ha instalado aquí durante el verano —la oigo decir.

—Hasta luego, agente —se despide Fisher, sin siquiera molestarse en apartar su mirada de mí. Hay una chispa traviesa y complacida en su mirada, y me relajo un poco al pensar que él también se está divirtiendo con esto, aunque solo sea por fastidiar a Ian. Cuando por fin aparta la vista, les dedica la sonrisa más ancha que le he visto hasta el momento—. Un placer, Chastity. Que tengáis un buen día —añade, y entonces me coge de la mano y me aleja de ellos.



Capítulo 11

FISHER

He tratado de llamar a Indy varias veces para ver qué hace, pero lo único que recibo como respuesta es una retahíla de mensajes de texto llenos de fastidio.

Al parecer, uno de los gansos de Sage se ha escapado, ha cruzado el prado y ahora no deja a Indy y a Sam en paz. Me ha dicho que con ella no se muestra agresivo, pero que no hace más que atacar a Sam y que están intentando llevarlo a su casa.

Como no sé muy bien cómo aconsejarla en asuntos de gansos, voy hacia donde me ha indicado Sage. La veo a lo lejos, subiendo la colina a unos cien metros de distancia, así que acelero para alcanzarla.

Mientras tanto, rememoro las últimas horas y días. Pienso en la asertividad de Sage, en cómo ha tomado las riendas con Indy y también conmigo, tanto ayer como hoy, brindándome la oportunidad de ser útil. A veces todavía me siento un poco incómodo o agraviado porque una persona se meta en mi vida sin invitación —un viejo mecanismo de defensa mío que probablemente se haya agravado por estar otra vez en un pueblo pequeño—, pero ese rasgo de Sage hace que sea imposible no estar presente cuando está contigo. Es como cuando se te bajan los calcetines y se te meten por dentro del zapato y tu sistema nervioso es incapaz de centrarse en otra cosa.

Dudo que pudiera evitar que mi conciencia se centrara en ella aunque lo intentara.

De todos modos, creo que debería disculparme por lo de antes. A pesar de su sarcasmo, es evidente que le ha sentado mal que le haya dicho que era el ojito derecho del pueblo. Y, después de haberme enterado de lo de su ex, salta a la vista que, aunque el amor que hay entre ella y este pueblo es recíproco, todavía siente una cierta otredad, algo que la separa y la distingue de los demás, aunque creo que querría sentirse en sintonía con todos los que la rodean. Y esa debe de ser la misma razón por la que parecen fastidiarle mis comentarios sobre los pueblos.

Madre mía, quizá me convendría hacer otra sesión por videollamada con la doctora Deb. Creo que la terapia, en lugar de ayudarme a descifrar mis emociones, contribuye a que comprenda mejor las de los demás.

Cuando por fin llego a la puerta de la biblioteca, he de pararme a recuperar el aliento. Apoyo las manos en las rodillas y levanto la vista para mirar el edificio, que parece un castillo. Por su aspecto, encajaría más en Francia que en un pueblecito perdido de Oregón.

Subo las escaleras de caracol hasta que, cuando estoy entre la segunda y la tercera planta, atisbo a Sage a través de la barandilla de metal. Su expresión me hace pararme en seco.

Tiene los labios pálidos, los hombros encorvados y la barbilla gacha. Su mirada oscila a toda velocidad entre las personas que tiene delante, y trata de alzar las mejillas en una sonrisa una y otra vez, pero no acaba de conseguirlo. Es como si se produjera un fallo técnico y la pantalla se quedase encallada entre dos planos. Y, en ese momento, veo que la persona que tiene ante sí es el policía, que está de lo más acaramelado con una mujer a la que abraza contra su costado.

Y, de repente, caigo en la cuenta: sé por qué reconozco esa pequeña grieta de inseguridad en Sage, esa pizca de otredad que la hace sentirse aislada a pesar de lo mucho que se esfuerza por encajar en su entorno.

La reconozco porque es el mismo tipo de inseguridad que tengo yo, por mucho que odie admitirlo.

Y también recuerdo, una vez más, por qué detesto los pueblos pequeños: porque corres el riesgo de encontrarte a la misma gente por todas partes, todos los días, aquella que te ha catalogado, que te ha reducido a desempeñar siempre un mismo papel.

Me descubro subiendo el resto de las escaleras a toda prisa y acercándome a ella. Decido no analizar demasiado por qué descanso una mano entre sus omóplatos. Solo pienso que está muy tensa y que me gustaría ayudarla a relajarse. Se calma, inclinándose hacia mí en cuanto mi mano se desliza por la suave piel de su nuca, y me sobreviene una sensación tan punzante como tierna. Porque aunque esta mujer no tiene ninguna razón para confiar en mí, ni para hallar consuelo en mí, con facilidad o sin ella, lo está haciendo de todos modos.

—Aquí estás —le digo, dándole un apretón en el cuello para tranquilizarla.

—Quiero enseñarte una cosa —contesta aturdida al cabo de un par de segundos y, para mi alivio, recupera el color en el rostro.

—Y yo quiero verla. ¿Dónde está?

Señala hacia la biblioteca, sin decidirse por ningún punto en concreto, y yo sigo con la mirada clavada en su hermoso rostro como un idiota. La mujer que está con Ian se presenta.

—Hasta luego, agente —me despido, sin apartar la vista de Sage.

Cuando por fin levanto la mirada, dejo que la palma de mi mano recorra tanta piel expuesta como puedo, y miro a Ian a los ojos mientras lo hago. Acaricio la curva de su hombro con los dedos, trazo el largo de su brazo con los nudillos y, al final, entrelazo sus dedos con los míos—. Un placer, Chastity. Que tengáis un buen día —les digo antes de dejarlos atrás.

Entro en un pasillo cualquiera y la giro hacia mí.

—¿Estás bien? —le pregunto. Su expresión es extraña; tiene el ceño fruncido y parece confundida.

—Sí, es solo que… No quiero volver a hablar con ellos —susurra apartando la mirada. Tiene manchas de rubor en el cuello y las mejillas, y la piel de la base del cuello le palpita con fuerza.

—Es normal —contesto con la mayor firmeza que puedo infundirle a un susurro. Aunque, egoístamente, me alegre de poder ser yo quien la rescate a ella en un momento difícil, por una vez, odio que lo esté pasando mal. No la conozco muy bien todavía, pero sé que nadie debería sentirse incómodo en ningún lugar de este pueblo de mala muerte. Y menos ella, que hace gala de esa dicotomía entre amable y feroz. Que regala su tiempo, su hogar y su energía a todo tipo de criaturas heridas…, incluso a algunas de dos patas a quienes no conoce muy bien, como yo.

—Pero tampoco quiero irme —añade—. No quiero darle importancia.

—Claro que no. Además, no tendrías que sentirte obligada a marcharte de ningún sitio, y menos por culpa de ese capullo. —Me vuelve a asaltar la culpa, que me golpea como una patada en el pecho, al recordar lo mezquino que fui con ella la otra noche. Lo condescendiente que me mostré, joder.

—¡Qué vergüenza! —murmura—. Me he quedado paralizada. Nunca los había tenido que ver así, tan de cerca. —Suelta un gemido e intenta esconderse la cara tras las manos—. ¡Pero si no le quiero! ¿Por qué me importa? —sigue susurrando a toda velocidad—. Y, además, ¿quién es ese tío? ¡Si no soportaba las muestras de afecto en público! Ni siquiera le gustaba la biblioteca. Siempre decía que el polvo le empeoraba la alergia.

Estamos apoyados contra una estantería, y, de algún modo, nos hemos ido acercando.

—Creo que a veces la gente nos convierte en una versión distinta de nosotros mismos, aunque no lo hagamos de forma consciente.

Ella resopla.

—Ya, o sea que ella saca lo mejor de él.

—No, cariño. —Le pongo un mechón de pelo detrás de la oreja antes de que me dé tiempo a pensar por qué me siento cómodo al

hacer algo así—. Apostaría a que sabía que estabas muy por encima de él, así que intentaba rebajarte a su nivel. Te hacía pensar que las cosas que a ti te hacen brillar para él no tenían importancia. —Entreabre los labios y me clava una mirada penetrante—. A él no lo conozco, pero sé cómo son los de su especie. Además, a mí me ha dado la sensación de que intentaba ponerte celosa por todos los medios.

Se ríe y pone los ojos en blanco.

—Pues a mí me ha parecido que se comportaba con naturalidad, Fisher. No creo que Ian reconociera qué son los celos ni aunque lo atropellaran con un camión. Seguro que nadie lo ha puesto celoso en toda su vida.

Mantener esta conversación en susurros me acelera la sangre.

—Prueba conmigo —le propongo, porque sigo sin querer analizar la situación y hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan presente y tan despierto.

—¿Qué? —Esta vez, el murmullo es apenas más alto que su respiración. Estoy empezando a ponerme nervioso.

—Pues que podríamos intentarlo. Quizá te siente bien devolvérsela. Si quieres.

Su muslo choca suavemente con el mío.

—¿Cómo? —pregunta, cada vez más roja y con los ojos brillantes como el platino.

Señalo detrás de ella con la cabeza.

—Están ahí, en el rellano. Podría… O sea… —«A ver cómo se lo digo de la forma menos lujuriosa posible y haciendo que ella esté segura de que no se lo voy a reprochar si se niega, pero a la vez se dé cuenta de que estoy más que dispuesto»—. Si te beso, lo verán.

Traga saliva de forma visible y… ¿qué estoy haciendo? Veo cómo alargo los dedos y le acaricio el cuello con suavidad. Veo cómo la punta de mi dedo pulgar recorre su clavícula. Contengo una exclamación cuando levanta la palma de la mano hacia mi rostro y yo me acerco a ella.

Me da unas palmaditas.

—Eres un liante —susurra con voz cómplice.

Creo que sí lo soy. O soy un liante o estoy metido en un lío, una de las dos. Aunque debo reconocer que me molesta un poco que le resulte tan fácil rechazarme.

Qué va. No me lo creo. No me creo que sea tan virtuosa como para no querer hacer algo egoísta, aunque solo sea un instante; que no necesite una pequeña victoria.

—Vamos. ¿No dijiste que no siempre eras demasiado buena? —la desafío—. No me digas que no quieres hacerle un poquito de daño.

—Te lo repito: estás dando por hecho que le importa. —Su tono de voz es de indiferencia, pero detecto en él un matiz interrogante.

—Vale. Aunque no sea por él, ¿no te apetece hacer algo por ti? Tú misma lo has dicho. Esta es tu biblioteca.

—Bueno, no soy la propietaria.

—Pero has dicho que a él ni siquiera le gusta venir. Antes se te ha iluminado la cara como si estuviésemos en Navidad solo con mencionarla. Vamos, Byrd, ¿no te sentaría bien una pequeña victoria?

Frunce el ceño ligeramente. Se lo está pensando. Y entonces enarca una ceja oscura en un gesto desafiante.

—Explícame por qué besarte es una victoria para mí.

¡Dios!, me había olvidado de lo bien que te puedes llegar a sentir cuando tonteas con una mujer.

—Creo que te lo podría explicar mejor con una demostración.

Abre mucho los ojos y sonríe.

—Un liante —repite.

—También le demostraría que a ti no se te puede arrinconar. —Encima, ese labio inferior tiene una manchita en el medio que parece jugo de frambuesa, y tengo muchas ganas de descubrir si es igual de dulce.

—¿Estás seguro? —pregunta entonces, presionando justo en ese punto con los dientes. Noto un estallido de esperanza en el pecho.

¿Que si estoy seguro? No sé cuándo fue la última vez que estuve seguro de algo. Últimamente, mis pensamientos y emociones me

recuerdan a esquirlas de cristal. Están hechos pedacitos y repartidos por todas partes, y algunos fragmentos son tan diminutos y están tan escondidos que no los encontraré hasta el momento inevitable en el que me corte con ellos.

De lo que sí estoy seguro es de que, aunque no tenga ninguna razón lógica, me apetece darle un puñetazo a ese idiota en toda la cara. Estoy completamente segurísimo de que ahora mismo me pondría hasta un mono entero con estampado de cocos y plátanos si eso me diera la oportunidad de saborear sus labios. Y estoy bastante seguro de que le echan algo al aire de este lugar.

—Sí.

Y entonces lo hago. Lo hacemos. O, mejor dicho, ella lo hace.

Se pone de puntillas y hunde las manos en mi pelo de un modo que casi me hace ahogar un grito, pero enseguida me acaricia la boca con la suya. Al principio presiona ligeramente, y entonces yo atrapo sus labios entre los míos, primero uno y después el otro. Es suave y agradable, y el ligero entusiasmo que desprende me atraviesa con pasión. Tiro de su barbilla con suavidad para que abra más la boca rosada y, cuando la punta de su lengua roza tímidamente la mía, algo en mi interior se quiebra y se prende fuego. ¡Qué dulce es, cómo provoca a mi lengua con la suya! Ladea la cabeza para ofrecerme más y más, para adueñarse de todo. Me mordisquea el labio y suelta un pequeño gemido, un ruido que me electrifica, que casi me hace perder el control. Lamo ese sonido como si así pudiera suscitarlo de nuevo y ver a qué sabe, y justo entonces me agarra del pelo con fuerza. Retrocede, golpeándose con la estantería, y tira de mí para apretujarme contra ella. Entonces me quita las manos de la cabeza y las desliza por mi espalda, hasta agarrarme del culo y pegar las caderas contra las mías. De repente, ya no me parece que lo estemos haciendo por nadie que no seamos nosotros; no hay ni rastro de la timidez ni de las ganas de venganza que antes flotaban en el aire. Esto no es fingido.

Mierda. Mierda. Mierda. Es demasiado rápido. Es demasiado. Me estoy poniendo tenso y ella me está presionado contra esas partes

tan tiernas y dulces suyas, restregándose. Me aparto y la agarro de las manos para intentar recuperar el control. Le cojo las muñecas, se las separo y le subo los brazos por encima de la cabeza, y, ¡joder!, no sé cómo, pero es muy bueno y muy malo a la vez; o mucho peor, no puedo perder así los papeles en una puta biblioteca. Mi orgullo no será capaz de acusar ese golpe, pero con cada respiración el pecho se le pega más contra el mío y se le notan los pezones duros a través del top y…

Justo entonces, un largo aullido suena por encima de nosotros y nos separamos de golpe. Suelto un chillido muy poco viril cuando veo un par de descomunales ojos amarillos mirándome desde el estante superior. Me encorvo sobre ella, utilizando mi propio hombro como escudo.

—¡Santo Dios! ¿Qué es eso? —pregunto con los dientes apretados. He soltado las muñecas de Sage y ahora las tiene inmóviles a los lados de su cuerpo. Suelta un suave jadeo que aterriza sobre mi nuez.

—Bueno —dice, traga saliva y respira con dificultad–. Ahora mismo no me puedo dar la vuelta para asegurarme, pero supongo que es Cupido, la gata Cupido.

Respiro hondo, aunque no me muevo.

—Es que… Necesito un segundo. —Miro a la bestia con desconfianza—. ¡Madre mía! ¿Es un cruce de tigre? —Es el gato doméstico más grande que he visto en mi vida. Este pueblo parece un circo.

—No —contesta, aún mirándome a los ojos—. Tan solo es muy grande. —Y entonces se tapa la boca para disimular una carcajada. Se desternilla, y su cuerpo entero vibra contra el mío, lo que es una tortura hecha de puro fuego.

Me aparto un poco, pero apoyo la frente contra su hombro para contener también una carcajada, aunque no sé muy bien qué tiene tanta gracia.

—Chssss, ¡que nos van a echar! —susurra con voz aguda entre risas. Mis ojos se tropiezan con sus labios, esos que acabo de besar

una y otra vez, y he de obligarme a apartar la vista y concentrarme en el título de uno de los libros que tiene al lado de la oreja. *Pedos y credos. Cómo el arte de la comedia ligera te cambia la vida,* de Farley Jones.

Vuelvo a fijarme en Sage, que mira hacia un lado durante un rato y luego de nuevo al frente.

—No… No sé si ha funcionado o no. Creo que se han ido.

—Ah…

—No creo ni que se hayan dado cuenta —añade con el ceño fruncido.

Pero yo sí que me he dado cuenta. No puedo negar que así ha sido. De hecho, no puedo pensar en otra cosa.

—Mierda. Lo siento. —No lo siento en absoluto. Ni lo más mínimo.

Se ríe otra vez y esboza una sonrisa que podría guiar a un barco hasta el puerto.

—No lo sientas. Ha sido divertido. Ven, que te enseño mi sección preferida.

Y entonces me da un beso en la mejilla, como si fuese una amiga o una pariente, y se agacha para salir de la cárcel de mis brazos. Se aleja y me deja allí, estupefacto.



Capítulo 12

Fisher

Se ha recuperado más rápido del beso que yo del bocado de bollo de moras de esta mañana.

Tal vez a mí tampoco me guste esta biblioteca. ¿Qué narices hay aquí tan interesante como para que se haya distraído tan rápido? Y, maldita sea, ¿cómo ha hecho para clavárseme tan hondo con tanta rapidez? ¿Cómo he pasado de querer evitar la cursilería asquerosa, irritante y pintoresca de este sitio a toda costa a seguir a su vocera oficial como un perrillo?

Me lleva un poco más allá, hasta un rincón escondido que conduce a una sección más honda, con estanterías a ambos lados y unos ventanales de hierro que van del suelo al techo. Encima hay un arco de vidrio emplomado en el que se ve una canoa llena de flores de colores que parece que va a la deriva en el mar. La luz que se filtra por la cristalera arroja sobre el techo un resplandor de una miríada de colores. Me quedo mirando una trampilla de la que cuelga una cuerda.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Ten un poco de paciencia —me regaña con una expresión pícara —. Esa parte del *tour* la haremos otro día. —Aprieto los dientes y le dedico una mirada inexpresiva. Estoy demasiado alterado como para seguirle el juego—. Supongo que te habrás dado cuenta de que las canoas son un elemento recurrente en Spunes —comenta con gesto

resabiado. Yo gruño a modo de afirmación—. Bueno, ¿recuerdas que te dije que este pueblo se ha construido sobre fracasos?

—¿Me vas a hacer un examen?

—¡Oh, buena pregunta! ¡Solo si quieres! —La miro con el ceño fruncido en un gesto de confusión, y ella prosigue—: La historia cuenta que una pareja adinerada, Edmund e Ida Lee-Hughes, se instalaron aquí junto a sus familias en 1870 con la intención de construir un asentamiento maderero. Los orígenes de su fortuna son un misterio que ha inspirado más de una leyenda urbana, pero lo que sabemos seguro es que, aunque la fiebre del oro terminó en 1855, creían que podrían amasar aún más fortuna con la madera.

Doy un paso hacia ella.

—Sage, apenas conseguí graduarme en el instituto, no por falta de inteligencia, sino porque estar en clase hacía que me entrasen ganas de prenderle fuego a todo.

—Fisher, estaré encantada de escuchar la historia de tus orígenes más tarde, pero ahora mismo estamos hablando sobre canoas. —Gimo, molesto, y echo la cabeza hacia atrás en un gesto teatral—. Seré rápida, te lo prometo —me tranquiliza.

Y, como mi orgullo todavía está un poco herido, decido hacer un experimento.

—¿Y si no me gusta rápido, Sage? —le pregunto, atento a su reacción—. ¿Y si prefiero saborearlo? ¿Y si quiero que sea bueno y placentero, y que dure?

Se le dilatan las pupilas, veo que da un minúsculo respingo. Y entonces se le tiñen las mejillas de rosa. Ahí está. Resulta que no es tan indiferente a lo que acaba de pasar. Traga saliva. Parpadea. Y entonces neutraliza firmemente su expresión.

—Sin embargo, los Lee-Hughes llegaron demasiado tarde —continúa.

—¡Por Dios! —protesto—. Eres peor que tu gata.

—Acabaron arruinados y casi sin ninguna oportunidad de negocio, porque no tuvieron en cuenta que las condiciones del puerto no eran adecuadas para que atracaran buques de carga. Y, lo que es más

importante de todo… la cosa terminó con un montonazo de árboles talados.

—Fascinante.

—Encima, habían traído a muchos amigos y familiares con ellos, personas que habían montado sus propios negocios porque creían que en aquel pueblo pronto habría una próspera serrería que sería el epicentro de la economía local y que atraería a más gente a la zona.

Hago todo lo posible para resistirme, pero, igual que antes, cuando ha empezado a hablar sobre los laberintos y los caminos que la gente traza en la playa, empiezo a caer preso de su hechizo.

—Necesitaban encontrar un modo de recuperar algo de dinero, y rápido —prosigue—. Así que echaron un vistazo a lo que tenían y trazaron un plan.

—A ver si lo adivino. Tenía algo que ver con las canoas.

—Exacto. ¡Mírate! ¡El primero de la clase! —exclama, y me descubro pensando ansioso que, si ella me lo permitiera, yo también podría ser un profesor excelente y entusiasta—. La familia hizo unos panfletos llenos de embustes que repartieron por todo el río Columbia, en los que no solo hacían publicidad de este pueblo como un paraíso idílico, sino que tentaban a la gente a probar suerte en una carrera de canoas. Los premios serían diez parcelas de terreno distintas. —Sonríe, complacida al ver que ha capturado toda mi atención. Enarco una ceja animándola a continuar—. Tuvieron que pensar un modo de sacar beneficio de cada canoa, así que les pusieron un precio lo bastante bajo para que la gente las comprara, y establecieron ese precio como cuota de inscripción. Evidentemente, aquella cifra parecía una ganga al lado de las posibilidades de ganar una parcela de terreno. Y, aunque los Lee--Hughes tendrían que dividir su propiedad, poseían tantas tierras que no sabían ni qué hacer con ellas. Y no solo eso: además, se aseguraron de regalar las peores parcelas, los rincones más hostiles que tuvieran. En el pueblo, todo el mundo estuvo de acuerdo con la estafa, porque sabían que, si venía más gente (los participantes, los asistentes y todas sus familias), ellos también harían buen negocio.

—Saca un libro polvoriento y lo abre por una página llena de fotos en blanco y negro de gente muy enfadada en las canoas.

—Entonces, ¿funcionó?

—Sí. Aunque, por supuesto, la historia no termina aquí. Ocurrieron muchas más cosas los años siguientes. Avaricia, peligro, amor… —Levanta la vista del libro para mirarme—. Me voy a guardar los detalles para otro momento, pero ¿puedo contarte un secreto? —Se muerde el labio, como si estuviera nerviosa de verdad. Asiento—. Hoy en día, el festival que celebramos es distinto, claro. Tanto los premios como las competiciones han ido cambiando con el paso de los años. A nadie se le entrega una canoa ni nadie gana parcela alguna, pero, al final, es lo mismo. Lo hacemos por nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca ha vencido alguien que no sea de aquí. Nunca. Incluso en aquel entonces, cuando todo empezó y el premio era una parcela que no valía nada… Esa gente, al final, encontró el modo de sacarle provecho a la tierra y se la quedó. Ahora atraemos a los forasteros para que nuestros negocios saquen beneficios, les cobramos una cuota de inscripción lo bastante alta para compensar el dinero del premio y, al final, siempre lo acaba ganando uno de nosotros. O un par de nosotros, mejor dicho.

No soy capaz de contener una sonrisa.

—No sé si es tan turbio como lo pintas, Sage. Todas las trampas para turistas parten de la misma idea.

—Puede que no lo sea —repone, encogiéndose de hombros con aire inocente—, pero, en teoría, puede ganar cualquiera. Se celebran unos concursos con cuotas de inscripción que dan puntos y determinan el orden en el que empieza la carrera. Esos concursos los deciden los jueces a ciegas, y los temas que entran en la trivia son, técnicamente, de dominio público. —Devuelve el libro a su sitio con delicadeza y luego me dedica una sonrisa adorable—. Solo me parece interesante, eso es todo.

Lo que a mí me parece interesante es que, en las últimas veinticuatro horas, he estado tirado en un prado, comprando en una

tienda en mitad de ninguna parte y escuchando una clase de historia en una biblioteca y, aun así, ha sido el día más emocionante que he vivido en mucho tiempo.



Capítulo 13

Sage

Por fin he entendido lo que significa esa expresión que dice: «Se me ha parado el corazón». En realidad, no se para del todo, lo que pasa es que empieza a dar saltitos, igual que Dorothy en el camino de baldosas amarillas. Es como si se hubiera tomado un Red Bull. De hecho, la mañana después de haberme besado con Fisher, todavía hace volteretas en mi pecho y trata de recuperar un ritmo normal. Estoy desesperada por recuperar el control.

Mientras volvíamos de la biblioteca me las arreglé para hacer como si no hubiera pasado nada. Al llegar a casa, me despedí tímidamente. He abierto el buzón de correos para escribirle un extraño mensaje de agradecimiento noventa y siete veces, pero he conseguido contenerme y no darle al botón de enviar. Cada vez que lo pienso, gimo en voz alta y me tapo los ojos con un brazo.

Ese beso fue una imprudencia. Inocente de mí, estaba intentando comportarme como si tuviera los recursos necesarios para mantener la compostura y luego he estado a punto de derretirme ahí mismo. Era tan cálido, tan sólido, tan firme, tan grande… Su boca sabía dulce y a menta y me hacía preocuparme por cómo sabría la mía, aunque eso tampoco me inhibía lo suficiente como para no lanzarme al vacío. Me he perdido irremediablemente en las sensaciones que me provocaba, en los sonidos que hacía; y pensar en esa especie de

gemido ronco que me vibraba en los labios hace que algo se contraiga en mis entrañas.

No. No, me abrumé con demasiada facilidad y tuve que concentrarme en otra cosa, que es por lo que recurrí a la historia del pueblo. No podía arriesgarme a acabar bebiendo los vientos por él, como él probablemente daba por hecho que haría. Y aún menos cuando tal vez solo quisiera devolverme un favor.

Todavía son las horas más oscuras de la mañana, pero, llegados a este punto, lo de dormir ya es una causa perdida. Me paseo por la casa con la esperanza secreta de despertar al menos a uno de los animales un poco más temprano. Pero no hay suerte. ¿De qué me sirven estos «compañeros» si no pueden apoyarme con su compañía en un momento de necesidad? Alargo la mano hacia el teléfono y pido en silencio a los dioses de internet que me manden el algoritmo perfecto que me atrape en una espiral de distracciones pero, como, al parecer, la tecnología es ahora tan avanzada que se las ha arreglado para desarrollar la capacidad de sincronizarse con mi psique más profunda, los vídeos que encuentro consisten en cosas que devuelven mis pensamientos a territorio peligroso, es decir, hombres guapos y vídeos de cocina. A veces, los dos juntos.

Cuando cierro la aplicación me asalta otra tentación. Busco en Google antes de que me dé tiempo a disuadirme a mí misma. Si alguien tiene una estrella Michelin, imagino que tendrá también algún tipo de presencia *online*. Dejo el pulgar suspendido sobre el botón de «intro» tras escribir su nombre y hago una pausa. Voy a la cocina para darme tiempo para pensármelo un poco. Me he dado cuenta de que Fisher no estaba muy dispuesto a ofrecer muchos detalles de su vida, y que con algunos datos en concreto se mostraba evasivo o incluso celoso de su intimidad. Hasta me dio la sensación de que se ponía un poco a la defensiva. Y esto que tengo en mente no es lo mismo que merodear entre los árboles para echar un vistazo al otro lado de la propiedad, ni tampoco que preguntarle directamente a él. Esto es fisgonear, y a propósito.

Pero, claro, ¿qué mujer no buscaría en Google a un hombre antes de pasar tiempo con él?, que es lo que voy a hacer si le ayudo con la carta del restaurante y si consigo armarme de valor y pedirle que participe en el festival conmigo. Es más, la mayoría de la gente pensaría que, en cualquier caso, lo más prudente es echar un vistazo, teniendo en cuenta que vive aquí al lado. Me da la sensación de que es un poco tarde, porque ya hemos interactuado varias veces, pero mejor tarde que nunca, ¿no?

Me arrellano en el sillón de la galería y aprieto el botón de «intro».

Los resultados son todos positivos, al menos al principio. Hay un artículo que va acompañado de una foto suya de cuando era más joven. Llevaba el pelo algo más corto, aunque igual de alborotado, con una cinta atada en la cabeza para que no le cayera por la cara. Sale inclinado hacia delante, colocando algo en un plato, con una expresión que supongo que pretende ser atenta y concentrada, pero que a mí me parece una pose.

Encuentro una lista de premios. Otro artículo en el que lo adulan por ser, a los veintitrés años, uno de los chefs más jóvenes del país en obtener una estrella Michelin. Y un premio de la Fundación James Beard. Hay algunos blogs de críticos culinarios que se prodigan en halagos, seguidos de otros un poco más ambivalentes y reservados…, y luego otros que directamente están llenos de odio. En esos, parece que estén intentando avergonzar a cualquiera que haya disfrutado de su comida para que reconsidere su opinión, o que acusan a esas personas de haber mentido. Me descubro ofendiéndome por él, y todavía más por esas otras personas que lo elogiaron. Bueno, ¿y qué más da si cocinó las mismas recetas durante varios años seguidos? ¿No es lo normal? Quizá esa era la razón por la que volvían sus clientes. Quizá esos eran los platos preferidos de alguien y habría sido devastador para ese alguien que los quitaran de la carta. Quizá no disponía de esa clase de control creativo. Al fin y al cabo, el que gana la estrella es el restaurante. Quizá quien decide esas cosas sea el propietario.

Encuentro otro titular que dice: «Tuétano pierde dos estrellas y solo una de ellas es una Michelin». En él, detallan que a principios de año les quitaron la estrella Michelin y que, en consecuencia, despidieron al chef. Frunzo el ceño. Él no me ha contado que lo hayan despedido, pero supongo que no se puede decir que me haya mentido al respecto, y tampoco es exactamente algo que se cuente para romper el hielo. No dan muchos detalles de por qué el restaurante perdió la estrella, solo hay algunos comentarios y algunas citas de clientes anónimos en los que afirman que el precio no se correspondía con la calidad y que el servicio no era lo bastante entusiasta. Hacia el final del artículo, la autora confiesa que, personalmente, no le parecía que Tuétano mereciera perder la estrella, si bien plantea que podía ser que Fisher hubiese puesto el listón muy alto en un principio, que hubiese demostrado lo mucho que prometía y que por eso le habían «regalado» ese honor por traer algo nuevo y emocionante a la escena gastronómica, y que luego había dejado de hacer cosas nuevas e interesantes. Siento una chispa de indignación que hace que me arda la piel al leer lo de «regalado», como si no se la mereciera o no se la hubiera ganado. Sin embargo, la autora repite que, en su opinión, eso no era motivo para quitarles la estrella, y que cree que es una pena que lo hayan despedido, aunque también invita a que la gente opine en los comentarios después de ver el vídeo que enlaza al final de la página. Bajo hasta donde indica y lo veo: «Chef con estrella Michelin pierde los papeles con un crítico».

Contengo el aliento y clico. El enlace me lleva a un vídeo de mala calidad, que es evidente que grabaron con un móvil en un restaurante tenuemente iluminado a unas cuantas mesas de distancia. Fisher está sentado en su mesa y una vela le ilumina los rasgos duros del rostro mientras mira fijamente una especie de postre. Tiene un tenedor cogido con fuerza y está apretando los dientes, irritado. Se le nota en los músculos de la mandíbula. En la mesa hay otro hombre, de pie, al lado, que se encoge de hombros y habla animadamente gesticulando mucho con las manos, y que lo

mira ladeando la cabeza como un pájaro que observa un gusano. No se oye nada de lo que dicen, hasta que Fisher se levanta de golpe y le aplasta al tipo la tarta en la cara. Luego, lo único que se oye son los gritos ahogados y las exclamaciones y los murmullos del resto de la sala.

«No me conoces, así que no me hables como si así fuera —le espeta Fisher, señalando con el dedo la cara llena de tarta del hombre—. No solo te estás metiendo con mi trabajo, sino con el de muchas otras personas que se esfuerzan más de lo que has hecho tú en tu vida aporreando unas cuantas teclas con los dedos grasientos y el culo plantado en la silla. —Hace ademán de irse, pero se vuelve y añade—: Y me has interrumpido el postre».

Imagino que el otro tipo le dijo algo para provocarlo, pero exhalo con frustración de todos modos. «Ha empezado él» no me parece una justificación y, como la parte anterior de la conversación no se oye, lo que se ve en el vídeo puede interpretarse muy fácilmente: un crítico afable e inofensivo se encuentra a un chef en un lugar público, le habla con toda la educación del mundo y luego es agredido por dicho profesional.

Termino buscando el blog del crítico y no tardo en encontrar la reseña que explica el incidente.

La ira de Roth

El chef Fisher Lange: Quien bien empieza… mal acaba

> Hace diez años tuve el inmenso placer de cenar en el restaurante con estrella Michelin Deelane, el viaje inaugural de Fisher Lange como chef de cocina. Había oído rumores sobre una nueva revelación en los fogones, alguien que había hecho callo en algunos de los mejores restaurantes del mundo y que era considerado por muchos como la revelación entre todos los recién llegados al mundo de la alta cocina. Me dirigí hasta allí con cierto recelo, y, lo admito, con la intención de demostrar que aquella nueva estrella era mucho ruido y pocas nueces.

Y, en cambio, salí gratamente sorprendido. Cautivado, incluso. No hubo bocado que no estuviera delicioso. Los platos eran valientes, arriesgados… Hasta sexis, me atrevería a decir. La comida de Fisher Lange era la combinación perfecta de sabores audaces y reconfortantes. Aquel muchacho no servía la misma porquería que los demás restaurantes de la ciudad. No: en lugar de rebozarlo todo en trufas —el gran «movimiento» del momento, si es que se le puede llamar así—, el chef me sirvió unos ñoquis de calabaza especiados que todavía paladeo en sueños. En lugar de la misma crema de mariscos elaborada hasta la saciedad, Lange servía una crema de coliflor adelantada a su tiempo.

Pero me temo que las estrellas fugaces son exactamente eso: fugaces.

Lo admito: disfruté de la inauguración del restaurante actual del chef Lange, Tuétano, hace casi siete años, con el respaldo económico de la conocida familia Visconti. Técnicamente, todo era perfecto: los platos estaban elaborados con mimo y cocinados a la perfección. Me gusta pensar que mi entusiasmo y mi apoyo tuvieron algo que ver en que ganara una estrella Michelin por su trabajo allí (o, mejor dicho, que la ganara Tuétano).

Sin embargo, me duele informar de que ahora, casi siete años después, a pesar de que tanto la técnica como la carta son las mismas, mi disfrute… ya no lo es.

Me gustaría dejar clara una cosa: esta vez, cuando vi la carta, no iba predispuesto a la decepción. Al fin y al cabo, si algo es maravilloso, ¿cómo no vamos a querer experimentarlo otra vez? Así que decidí que me quedaría a ver si se había añadido algo emocionante a lo viejo. Además, en el primer artículo que escribí sobre él, dije que su comida sabía «a algo reconocible pero que sabes que jamás has experimentado: como un déjà vu reimaginado».

Pero lo único que he experimentado en Tuétano esta vez ha sido una amarga decepción. Damas y caballeros, este no es el mismo chef valiente y magnífico de antaño.

¿Mi principal problema? El riesgo brillaba por su ausencia. No había ni siquiera una nueva vuelta de tuerca a lo viejo. Comprendo que el propósito de la comida es, en esencia, nutrir y complacer. Sin embargo, con los

precios que se pagan en Tuétano, el umbral de la mera nutrición se cruza, y entras en el plano del arte más elevado.

«¡¿Qué ha pasado con la audacia?!», clamé. «¡¿Qué ha pasado con la personalidad?!», me lamenté. Simplemente… ¡¿QUÉ NARICES HA PASADO?!

No puedo más que especular que los rumores sobre la frialdad y la falta de personalidad de Lange son debidos no tanto a sus modales distantes, sino a la absoluta insipidez de su comida, propia de un cubito de hielo.

2,5 estrellas.

[ACTUALIZACIÓN: Tras la publicación de este artículo, me he enterado de que Tuétano ha perdido una de sus estrellas Michelin.
¡Qué sorpresa!].

Cierro el navegador del móvil y lo aparto, mientras los sentimientos se expanden por mi pecho como las olas del mar. Por supuesto que Fisher lo está pasando mal. Además de llorar a su hermana, también ha perdido aquello que lo definía, si he de guiarme por los premios y las alabanzas que había recibido a lo largo de su carrera.

Todavía es muy temprano, pero Sable ya se ha levantado de su cama y se ha venido abajo conmigo, así que me lo tomo como una señal de que puedo empezar con mi día. Primero le doy de comer, luego lleno el cuenco de pienso de Sinpa y lo dejo en el porche, ya que supongo que se ha ido de cacería mañanera. Cuando empiezo a caminar hacia el establo, me paro en seco al ver una imagen en la distancia, a mi derecha.

Fisher está intentando cruzar el prado con un cucharón en una mano, un cuenco en la otra y un pequeño recipiente en forma de cilindro sujeto a un costado. Se ve obligado a hacer una pirueta para esquivar a Sinpatica, que, por supuesto, se abalanza sobre su pierna en cuanto lo ve. Cada vez que maniobra, los líquidos varios que transporta se menean y salen volando por los aires, salpicando a su

alrededor. Tiene que darse prisa, porque Sinpa no para de atacarlo. ¡Dios! Esa gata es un peligro.

—¿Estás haciendo realidad tus fantasías sobre *Sonrisas y lágrimas*? —le grito cuando hace otra pirueta.

—¿Puedes llamar a la gata de las narices? —berrea.

—¡Es una gata! ¡No acude cuando la llamo! —Por lo que a ella respecta, solo estamos aquí para servirla en todo lo que guste.

Cuando ya está solo a unos pocos metros de distancia, Sinpatica por fin lo deja en paz y sale disparada en otra dirección, en busca de su próxima presa. Fisher baja la vista para mirarse. Se ha puesto perdido, y apenas logra reprimir su enfado. Empiezo a aplaudir.

—¡Bravo! —lo vitoreo con entusiasmo—. ¡Ha sido precioso!

—¡Me cago en todo…! —gruñe, pero entonces se ríe un instante y su expresión contenida se transforma en otra solo un poco demasiado seria—. Quería que probaras esto.

—Si me hubieras llamado, habría ido —contesto con una carcajada.

—No encontraba el móvil y, de todos modos, cuando se me ha ocurrido ya había llegado a la valla —se justifica—. Esto primero. —Me tiende el cucharón. Bajo la vista y veo que queda un poco de líquido de un vivo naranja, con unos persistentes trocitos de cebollino por encima. Me inclino y sorbo.

—¡Joder! —exclamo asombrada, llevándome los dedos a la boca. No sé muy bien qué me esperaba, pero, sin duda, no estos sabores que estoy experimentando. Es ligeramente dulce con un regusto picante que ha conseguido con alguna clase de pimiento.

—Es una idea de sopa para el restaurante —me explica entusiasmado—. Zanahoria y jalapeño. Un poco diferente pero no muy pesada. Y se puede tomar todo el año. Son sabores que van bien en verano y el picante también apetece en los meses más fríos.

—Está buenísima —es lo único que logro decir. Es fenomenal, pero me está costando mucho encontrar las palabras para describirla. Y ahora mismo parece estar muy concentrado, así que intento ponerme a su altura en lugar de confesarle que estaría

dispuesta a tomarme esa sopa servida en una bota sucia con tal de comer un poco más.

—Toma. —Esta vez me ofrece el cuenco. En el centro hay una bola blanca de queso con una mezcolanza de pedacitos coloridos a su alrededor—. Es *burrata* de una granja de la zona con manzana verde, miel, albahaca de tu jardín y *prosciutto,* que serviría con unos *crostini* de ajo clásicos.

Cojo la cuchara, que, por un milagro, sigue metida en el cuenco, y me llevo un pedazo a la boca. Se me ponen los ojos en blanco. Él se comporta como si todo esto fuese de lo más sencillo, pero yo nunca había probado nada tan rico. De todos modos, siguen siendo platos fáciles de comprender: la gente los entenderá cuando los lea en una carta y no se sentirá intimidada.

—Jooooder —es la crítica que se me ocurre para esta delicia. Me lo imagino con una rebanada de pan crujiente y se me escapa un gemidito. Miro a Fisher de reojo y veo una expresión… ¿engreída? No, creo que no es más que una pizca de orgullo. Orgullo mezclado con alivio. Como si se sintiera satisfecho y muy aliviado tras descubrir que todavía es capaz de tener buenas ideas.

—Y lo último… Al menos, por hoy. No puedes poner un restaurante al lado del mar y no servir algo de marisco, así que tengo unos mejillones al vapor en un caldo picante. —Lo dice casi a la defensiva, como si pensase que voy a discutirle la lógica.

—No he dicho que no se pueda servir marisco, Fisher. Es solo que sé que el caviar y el pescado estilo *sashimi* no van a tener mucho éxito por aquí. No quiero que pienses que estaba intentando insultarte o que me estaba comportando como si me creyera en posesión de la verdad absoluta. No tengo ningún reparo en reconocer que aquí el experto eres tú, y no yo. —Me da la sensación de que es importante aclarárselo, teniendo en cuenta todo lo que sé ahora sobre él.

Frunce ligeramente el ceño antes de responder.

—Ya lo sé. Pero tú eres la experta en Spunes, y das el perfil de comensal. —Se queda mirando lo que tiene en las manos antes de

volver a mirarme a mí a los ojos—. Quiero asegurarme de que todo te gusta.

Siento cierta timidez ante el modo en que me mira. Los recuerdos de ayer no habían acabado de aflorar porque lo he visto en plena danza de guerra mientras cruzaba el prado, pero ahora cobran vida en mi mente con todas sus fuerzas. Todavía noto la zona de mi barbilla en la que ayer se rozaba su barba incipiente. Me aclaro la garganta y cojo el cilindro. Saco un mejillón con los dedos y doy un trago de caldo.

Quiero comerme un cubo entero.

—¡Mmmm! Perfecto —declaro.

Asiente y luego me tiende el cuenco con la *burrata* para que me lo lleve junto al cilindro con los mejillones.

—Toma, quédatelo todo, como agradecimiento. Dentro de un rato te traigo también la sopa.

No tengo reparos en aceptar regalos comestibles, así que cojo de buen grado ambas cosas y le contesto entusiasmada:

—¡Gracias! —Y entonces se me ocurre una cosa—: Un momento, son las seis de la mañana. ¿Qué haces levantado cocinando? —Me echo a reír.

—No lo sé muy bien. Quizá ayer sentí demasiadas emociones. —Se encoge de hombros.

No puedo evitar pincharlo un poco, a ver qué le saco.

—Claro, a mí la historia de Spunes también me quita el sueño.

Esboza una media sonrisa y se mete la mano, que ahora ya tiene libre, en el bolsillo de los pantalones negros de chándal. Creo que la camiseta blanca no tiene arreglo, con la cantidad de manchas de comida que lleva ahora. E, incluso así, hecho un desastre, sucio y con un cucharón en la mano, me entran ganas de retorcerme un mechón de pelo en el dedo y reírme como una niña tonta.

—Creo que, hasta ahora, esa es mi preferida —dice. Señala a algún lugar cercano a mi pecho con la barbilla antes de dar media vuelta y echar a andar hacia su casa.

Bajo la vista y suelto un gemido al ver la bata. El estampado es de canoas y tiene un emblema en un lado, a la altura del pecho con dos remos cruzados y un texto que reza: «¡AL AGUA, BARCOS!».



He guardado estas delicias en casa y he despachado las primeras tareas del día, no son ni las siete de la mañana, y todavía tengo una energía desbordante que se asemeja mucho a los nervios y la ansiedad. No sé si será por los acontecimientos de ayer, por el encuentro de esta mañana o por todo a la vez, pero llego a la conclusión de que necesito hacer algo físico, algo para canalizar este exceso de energía y, como no tengo más planes para hoy, decido ir a hacer un poco de *paddle surf.* Esta temporada, Silas y Ellis han estado demasiado ocupados con los incendios para ayudarme a cargar mi pequeña canoa a nuestra parte del estuario, y no soy tan tonta como para intentar llevarla yo sola por el camino del acantilado. Cargar con la tabla de *paddle* será un poco engorroso, pero soy capaz de hacerlo sin ayuda.

Me embuto el traje de neopreno y salgo al aire fresco del amanecer haciendo equilibrios con el remo y la tabla sobre la cabeza.

Es una de esas mañanas mágicas en las que el agua parece más azul y la hierba húmeda como musgo que crece en las orillas brilla de un verde más intenso. Está todo cubierto de una neblina silenciosa, como si estuviera esperando a que el amanecer le diera la bienvenida al día. Me hace pensar en el cuadernito de consejos que me hizo mi madre antes de morir, lleno de sus lemas famosos preferidos y de pequeñas recomendaciones que en su vida le habían parecido útiles y que, en su ausencia, quería transmitirme. Hay una nota a la que siempre vuelvo que dice: «Siempre que el mundo no te parezca gran cosa, piensa que, en algún lugar, hay algo o alguien que está esperando a darse a conocer». Creo que debe de derivar

de una frase famosa, pero su versión me gusta más. Es una de esas cosas que me traen paz a la vez que me hacen sentir curiosidad.

Paso remando junto a un par de nutrias y casi chillo de felicidad, pero luego me descubro mirando a mi alrededor, pensativa, como si estuviera buscando a alguien con quien compartir mi emoción. Me asalta una punzada de vergüenza que convierte esa felicidad en amargura, como cuando comes algo demasiado dulce que te deja un regusto empalagoso en la boca.

Busco a mi alrededor con el ceño fruncido, confundida, y trato de descifrar por qué me acaba de sobrevenir esa sensación y por qué me resulta tan molesta.

Creo que culpo a Fisher. Lo culpo porque, de repente, estar sola se me antoja más semejante a sentirme sola, y porque, de repente, el contraste de estar así con el de tener a alguien cerca es demasiado acusado. Era bonito que alguien me pidiera opinión, o, sencillamente, tener un compañero para las cosas más superfluas, como hacer recados sin importancia o recibir un beso para hacerme sentir poderosa y que este, en cambio, me hiciera sentir vulnerable. Creo que me había olvidado de lo bonito que era.

Solo ha sido una pequeña reflexión y, como es lógico, sé que no debo obcecarme en ella. Sin embargo, hay una voz grave y lúgubre en mi mente que me dice que este sentimiento es peligroso e importante, y que no debería tomármelo a la ligera. Que unos pocos días con alguien al lado no deberían haber producido ya esa clase de respuesta en mí.

También pienso que esta debe de ser la razón por la que no cogí al vuelo su oferta ni le pedí de inmediato que fuese mi compañero en el festival. Es como si mi subconsciente velara por mis intereses y se mostrara vacilante ante la perspectiva de fortalecer mi conexión con él a sabiendas de que solo puede ser temporal.

Sin embargo, no hago más que rememorar el cumplido que me hizo, su mirada de esta mañana, el momento en que me ha hecho probar su comida y lo mucho que me divierto con él. Hasta cuando refunfuñaba por la clase de historia en la biblioteca me resultaba

encantador, porque si hay alguien que sabe cuándo un alumno no está prestando atención, esa soy yo. Y él estuvo atento todo el rato. Como cuando sugirió que colaborásemos para diseñar la carta del Entre Estrellas y cuando me besó; me doy cuenta de que ese hombre me hizo esa oferta tan abierta porque quiso.

Cuando vuelvo, la temperatura ha subido lo suficiente para saber que si pospongo las tareas del jardín para más tarde el calor será insoportable, así que hago todo lo posible para dejar atrás este estado de ánimo sombrío tan extraño y ponerme manos a la obra.

Pero se me resbala el cubo de la mano y ahogo un grito al ver la estampa.

—No —susurro horrorizada—. No, no, no… —Suelto un grito desgarrado al ver que el tallo de una de mis dalias se cae, flácido, encima de un montón de sus difuntas hermanas. En ese momento, otra de ellas empieza a temblar, y no puedo más que observar con impotencia cómo lo que debería haber sido una preciosa dalia del tamaño de mi cabeza cae a cámara lenta, desplomándose como un soldado abatido.

Y entonces lo veo. Atisbo su horrorosa cabeza peluda y sus ojos negros demoníacos. ¡Topos!



Capítulo 14

FISHER

Puede que sea demasiado temprano para decirlo, y lo último que quiero es gafarlo, pero me parece que últimamente a Indy y a mí nos va mejor. Desde que llegué a casa y me la encontré bajando la celosía con Sage, hace algunas noches, noto menos tensión en general. Hoy, además, me he levantado más ligero, aunque no me resulta muy fácil explicar o determinar por qué. Lo único que sé es que es la primera vez que me he levantado emocionado ante la perspectiva de cocinar. Hasta tengo algunas ideas sencillas con las que me apetece experimentar.

Todavía era de noche cuando he entrado en la cocina y he empezado a preparar brebajes como un científico loco. Un par de horas después, he atisbado la silueta de Sage en la distancia y he decidido que necesitaba su opinión en ese preciso momento y en ese preciso lugar, así que he salido trastabillándome de casa cargado hasta las cejas.

Tengo claro que he de ponerme un poco más firme con mi autocontrol en lo que respecta a Sage. Entre el beso de ayer y los ruiditos que hacía hace un rato cuando probaba mi comida, corro peligro de convertirme en un adicto a estar cerca de ella.

Anoche, Indy me pidió que le preparase el pollo *satay* preferido de Freya, y esta mañana, cuando se ha despertado, me ha preguntado si podía hacerle una tortilla de espinacas y beicon. Que

me pida cosas concretas me ha animado tanto que me he tenido que contener ambas veces para no pasarme de entusiasta.

Nos queda un poco más de una semana antes de empezar a trabajar con los obreros en el Entre Estrellas, que es justo cuando Indy comienza la escuela de verano, así que siento que tengo que aprovechar ahora.

—¿Hay algo que te apetezca hacer hoy? —le pregunto mientras termino de recoger la cocina. Es increíble lo largo que ha sido el día solo con lo de esta mañana. No son ni las nueve todavía. Quizá esto sea otro punto a favor de los pueblos pequeños y de esa forma más lenta de vivir.

Indy me mira con cierta tensión en el rostro y se levanta de la encimera de la cocina.

—La verdad es que tengo planes con Sam y sus amigos —dice.

Me siento como si me acabara de estampar contra un cristal.

—Ah… esto… Vale, no pasa nada —contesto. Y, algo incómodo, añado—: Pero la próxima vez mejor pregúntame primero, ¿vale? Después de lo que hiciste la otra noche…

—¿Qué hice?

—Lo de no comunicarte conmigo y llegar a casa más tarde de tu hora.

—No sabía que tenía una hora de llegada y te acabo de comunicar cuáles son mis planes para hoy —responde con el mismo tono de voz que esa chica de la familia Addams.

—Indy… —Me suena el teléfono y, al ver en la pantalla que es Carlie, levanto un dedo para pedirle a mi sobrina que espere. Ella se mete su móvil en el bolsillo y se va hacia la puerta con una agilidad pasmosa, pero decido dejarlo estar por el momento.

Contesto a la llamada e infundo a mi saludo una penosa cantidad de alegría.

—Hola, Carl.

—¿A quién has cabreado? —pregunta.

Me arriesgo a adivinar.

—Hum… ¿a ti? Por tu tono de voz. —Pero también a Indy, a esa tal Martha y a mí mismo.

Ella suspira al otro lado de la línea.

—Nos acaban de notificar que nos han suspendido la licencia de obra hasta septiembre. Al parecer, han presentado una nueva petición.

Martha.

—¿Qué motivo han alegado?

—Ninguno. Han dicho que no hemos hecho la inspección previa necesaria, y ahora no podemos seguir hasta que no consigamos que vengan para que la pasemos, lo que, por supuesto, aseguran que no podrán hacer hasta septiembre. He tenido que investigar y amenazar por mi cuenta para enterarme de la verdadera razón.

Me froto las sienes.

—¿Qué necesitas que haga? —le pregunto.

—Necesito que, por favor… —dice con tiento—. Que seas amable. Que veas si hay alguna forma de sortear este problema. Esto me ha costado un riñón, Fisher. ¡He puesto un puto observatorio, por el amor de Dios! —Suelta un resoplido—. No quiero perder dos meses de posibles avances. Sé que se suponía que tendrías unas semanas para instalarte y relajarte un poco, pero, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, esperaba que pudieras echarme una mano un poco antes. Me gustaría mucho que esto estuviera terminado para cuando empiece el festival, con el fin de que podamos capitalizar el negocio que supone para el pueblo.

Si fracaso también en esto antes de haber tenido la oportunidad de empezar… No puedo permitirlo. Indy empieza a sentirse cómoda aquí, lo noto. Le gusta ir a la casa de al lado a visitar a los animales, y por fin estamos mejorando también en nuestras dinámicas. No pienso permitir que ni mis limitaciones ni un pueblucho aburrido y con ínfulas se interpongan en mi camino, así que recojo como buenamente puedo lo poco que me queda de orgullo.

—Me las arreglaré —le aseguro—. Sé a quién pedirle ayuda.



Cojo el resto de la sopa que he hecho esta mañana y emprendo el camino hacia casa de Sage, aunque vacilo unos instantes al ver algo raro a lo lejos. Junto a la valla del campo de pastura, están Bud, el caballo, Sable, la perra y Sinpatica, la gata. El gato está sentado a lomos del caballo y el perro está a sus pies. Los tres miran hacia el mismo sitio.

Cuanto más me acerco, más ruido oigo en la zona en cuestión. Suelto una carcajada, perplejo al escuchar una ristra de maldiciones tan explícitas que hasta un carretero se pondría colorado.

—¿Sage? —doblo la esquina y me la encuentro medio agazapada, yendo de un lado a otro como Gollum. Se gira de golpe, trazando un círculo, y le veo la cara llena de polvo y churretes de sudor. Lleva un traje de neopreno a medio poner, colgado de la cintura, y tiene los hombros y el pecho rojos de furia—. ¿Qué… qué está pasando?

Doy un respingo cuando Indy aparece a mi lado de la nada y dice:

—Está así desde que he llegado.

—¡Dios! ¿Qué haces tú aquí?

—Estoy esperando a Sam. —Uno de los gansos aparece a sus pies y suelta una especie de bramido.

—¿Es normal que esté suelto?

Ella pone los ojos en blanco.

—No pasa nada, no se aleja mucho de mí.

Me vuelvo hacia Sage y la veo dando brincos de forma caótica, pateando con violencia la tierra de varios agujeros.

—¿Tienes alguna idea de lo que ocurre? —le pregunto a Indy.

—Cuando me ha visto, ha gritado «topos» y ha seguido haciendo eso.

—¡Voy a gasear a este hijo de puta! —grita Sage—. No… Lo voy a hacer salir y lo voy a atrapar vivo. ¡Lo voy a despellejar y a

desmembrar, y luego dejaré su cuerpo a la vista como advertencia para los demás!

Indy y yo intercambiamos una mirada, asustados.

—Ind, ¿qué tal si vas a esperar a Sam al porche delantero? —le sugiero con recelo.

—Buena idea.

Cuando Indy está a una distancia segura, me acerco a Sage, que sigue hecha una fiera.

—¿He oído algo sobre un topo?

—Sí —contesta con brusquedad, pero le tiembla peligrosamente la voz. Se pone recta, se lleva una mano a la frente y echa un vistazo al jardín destrozado—. Ya he puesto una de las bombas de gas por ese agujero, pero no creo que la haya puesto bien, o quizá no la haya metido lo suficientemente hondo, porque el humo ha salido hacia arriba, y… —. Oh, no. Su voz tiene esa cualidad tensa y aguda que anuncia un llanto inminente—. No lo entiendes, Fisher. Se ha comido… más de la mitad de mis tubérculos. ¡Los ha aniquilado! Cuesta mucho cultivarlos, ¡y por fin lo había conseguido! —Mierda. El primer sollozo violento hace acto de presencia. Sage empieza a juntar todas las palabras, sin hacer pausas—. ¡Lo quiero ver muerto! —Cae la primera lágrima—. ¡Quiero a toda su familia muerta! ¡Quiero que sufran y quiero dolor, maldita sea! ¡Mucho dolor!

Tengo las manos flácidas a los lados del cuerpo. No sé qué clase de consuelo ofrecerle ni cómo detener el llanto, pero entonces ella esconde la cara entre las manos y se apoya en mi pecho de golpe, chocando justo con el centro. Sus dedos quedan apretujados entre los dos y, de la sorpresa, se me escapa una carcajada imposible de contener.

He conocido a mucha gente que muestra sus sentimientos sin tapujos, pero esta mujer no se contenta con eso. Me han bastado un puñado de encuentros con ella para darme cuenta de que lleva el corazón al descubierto, preparada para entregarlo cuando haga falta.

Le froto la espalda en círculos y trato de no pensar en que la lleva casi desnuda, salvo por la cuerda del bikini.

—Shh, tranquila, asesina —la consuelo, con la boca cerca de su cabeza—. No se me habría ocurrido jamás que tuvieras tanta sed de sangre.

—¡No me hace sentir precisamente bien! —grita entre lágrimas.

—No me había dado cuenta. —Contengo una sonrisa—. De todos modos, antes de recurrir a las torturas medievales y las ejecuciones, ¿qué te parece si probamos una cosa?

Da un paso atrás, se sorbe la nariz y me mira a los ojos. Las lágrimas le han teñido los iris de azul aguamarina.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta mientras se enjuga una lágrima rebelde. Ya quiere ponerse manos a la obra.

—Bueno, en primer lugar… Mierda.



Capítulo 15

Sage

—¿Cómo que mierda?

—Me refiero a mierda, literalmente. Mejor si es de perro o de caballo, diría yo —explica. Se ha afeitado esta misma mañana y tiene las mejillas un poco coloradas; los hoyuelos están al aire, cumpliendo perfectamente su función y… tiene una mancha mojada en la camiseta blanca. Supongo que de mis mocos. Y, a pesar del tema de conversación, esa sonrisa torcida hace que me arda tanto la sangre que se pone a hervir, por razones completamente distintas.

—He ido a hacer *paddle surf* —le explico como una tonta—. Por eso llevo el traje de neopreno. Cuando he vuelto, me he puesto a trabajar en el jardín y… —Cometo el error de mirar la tierra revuelta y el montón de tallos rotos y he de contener otro sollozo.

—Y la rabia se ha apoderado de ti, lo he visto —contesta con un gesto de comprensión fingida—. La sed de sangre. La saña. Las ansias de asesinar. —Me empieza a temblar la barbilla de culpa, y él enseguida cambia de expresión y se ríe—. Es broma, Byrd. Ven aquí. —Me rodea los hombros con un brazo y me conduce lejos del jardín.

Al final, me quito el traje de neopreno y Sam e Indy renuncian a sus planes para pasarse casi toda la mañana ayudándonos a Fisher y a mí a llenar los agujeros de los topos de estiércol. Hay una parte importante de mí a la que le gustaría aclararle a Fisher que esto no tiene absolutamente nada que ver con las bonitas cosas de pueblo a

las que él daba por hecho que lo arrastraría, pero este asunto me tiene demasiado alicaída y todavía no le encuentro la gracia.

Cuando Indy y Sam se marchan, ya es por la tarde. Fisher y yo nos quedamos a solas, terminando esta especie de proceso de fortificación. Luego me dice que necesitamos los altavoces más grandes que encontremos, así que después de mandarles el mensaje de rigor para pedirles permiso, cogemos los de los Andersen de su garaje y los instalamos con un montón de alargadores.

—¿Música? ¿En serio? —pregunto.

—Es posible que tengas que volver a recurrir a la violencia, pero un montón de ruido alto y algunas pruebas irrefutables de la presencia de otros animales por la zona harán que estar por aquí les resulte menos atractivo —me asegura.

—Vale. —Me encojo de hombros. Supongo que no perdemos nada por intentarlo. Cojo mi móvil, pero antes de que me dé tiempo a mirar qué opciones de música tengo, veo que he recibido varios mensajes. Una cantidad sorprendente de ellos y de algunos nombres también relativamente sorprendentes.

¿Un «Bien hecho, nena», de Bea Marshall?

Una serie de signos de interrogación y exclamación de Wren.

Uno de mi hermano Micah con un meme de un lagarto con la boca abierta en el que solo pone: «Jaja. Guay».

Y, para acabar, uno de Athena Cirillo: una captura de pantalla de una conversación entre Venus y ella en la que hay una foto con *zoom* en la que aparezco saliendo del pasillo de la biblioteca con los dedos en los labios, y Fisher detrás de mí con el ceño fruncido en una expresión inescrutable.

El estómago me da un vuelco cuando sumo dos más dos. Dan por hecho que Fisher y yo estamos retozando por ahí con regularidad, en lugar de habernos besado solo en la biblioteca… como dos adultos que han dado su consentimiento tienen todo el derecho de hacer. Es evidente que esta gente ha sacado conclusiones de lo más precipitadas, pero, por Dios, ¿por qué me gusta que se sientan así por mí? Es como si estuvieran orgullosos y emocionados en lugar de

mostrarse comprensivos, preocupados o condescendientes conmigo. Al principio, la misma Venus parecía horrorizada cuando me vio entrar en la biblioteca, y solo porque sabía que me encontraría con Ian y Cassidy. Y, vale, supongo que se preocupó con razón, porque la verdad es que casi me dio un parraque cuando los vi, pero ¡es que era la primera vez que me los encontraba! ¡Cualquiera se habría sentido incómodo! Y no hablemos de lo raro que es que no me los hubiera cruzado hasta ahora. Este pueblo es demasiado pequeño para que eso sea una coincidencia, así que seguro que no lo era. Y luego está lo de Savannah y Wren, que han estado a punto de negarse a hacerles la tarta de boda, y el hecho de que mis hermanos hayan puesto fin a su amistad con él.

Supongo que me hace sentir bien que todos me animen, o que se emocionen por mí por alguna razón, aunque se estén entusiasmando por nada.

Me pongo nerviosa de nuevo al recordar que Fisher está aquí, esperando a que ponga algo de música. Suelto una carcajada para llenar el silencio, aunque me sale entrecortada y un poco rara, y empiezo a valorar mis opciones.

—¿Qué crees que odiarán más los topos? ¿El *smooth jazz*? —Quizá algo de ese estilo ayude a mi corazón a volver a palpitar a un ritmo saludable.

—Ten en cuenta que nosotros también sufriremos lo que pongas.

—Entonces está claro: Kenny G, ¿no?

Se limita a reírse. Pongo una radio de música instrumental al azar y le hago un gesto para que me siga al interior.

—Déjame ofrecerte algo de comer, al menos —le digo cuando ya estamos lo bastante lejos de algo que suena como la banda sonora de *Los Bridgerton* y ya podemos oírnos al hablar—. Para agradecerte que me hayas ayudado. —Y, tal vez, también para ganar un poco de tiempo para que se me ocurra un modo de avisarle de los rumores que circulan por el pueblo.

Espero que se resista o que rechace mi ofrecimiento sin más, pero me sorprende.

—La verdad es que me apetece comer algo.

Saca una de las sillas de la mesa de la cocina y se sienta frente a mí, con un antebrazo apoyado en la mesa y las piernas abiertas, totalmente dueño de sí mismo. Me hace sentir como si me hubiese tragado algo con burbujas. O quizá como si me hubiesen arrojado un Mentos en esa efervescencia que ya intentaba aplacar en mis entrañas. Debe de fijarse en la cara que pongo, porque añade:

—¿Qué? Eres tú la que me dijo que aquí no se lleva lo de los gestos vacíos, así que acepto tu ofrecimiento. —Y mi mente elige este instante tan inoportuno para ponerse a reproducir una y otra vez el momento en el que dijo: «¿Y si quiero que sea bueno y placentero, y que dure?».

Dios, se me va a salir el corazón por la boca. Necesito reconducir esta conversación.

—Bueno, ¿cómo sabías algo acerca de… todo eso? —pregunto señalando el jardín antes de volverme hacia la nevera. No tengo ni la menor idea de qué prepararle a un chef con estrella Michelin. No puedo darle de comer sus propias sobras.

—Francia —explica—. Cuando viví allí con mi mentor, me alojé en su granja. No sé si aquello eran topos exactamente, pero había bastantes roedores diferentes. Me hacía salir al campo con un tambor para aporrearlo un poco cada noche, aunque, ahora que lo pienso, quizá lo hacía para divertirse él. ¿Quién sabe? —Se echa a reír. Tiene la mirada perdida—. Cuando se trataba de su jardín, era un capullo miserable.

Me río, probablemente demasiado fuerte y de forma muy poco natural, pero todavía estoy tratando de recuperar la compostura.

—Oye, no seas tan duro con él. La creación es un trabajo muy exigente.

—Él también tenía complejo de Dios, como tú. —Me mira con las cejas enarcadas.

Le lanzo un tomate cherry, que atrapa con la boca, como todo un experto, y mastica con una sonrisa chulesca. No debería ser legal ser tan sexy.

—Sí, vale. Me habría cargado a todos esos pequeños bastardos si hubiera podido —admito, avergonzada todavía—. Este año esas dalias prometían por fin. —Saco varias cosas para picar antes de ir a la mesa junto a él. Unas *crackers,* quesos, embutidos y frutas.

Él suelta un gruñidito de satisfacción al meterse una mora de Marion en la boca. El otro día emitió el mismo ruidito al morder el bollo, y me pregunto si será consciente de cómo reacciona a la comida. Por alguna razón, esa observación me ayuda a acabar de calmar los nervios. Creo que puedo sentirme cómoda con esta persona. Ya nos las hemos arreglado para sobrevivir a bastantes momentos de vulnerabilidad el uno frente al otro. Aunque siga sin ver los pueblos pequeños con buenos ojos, no creo que me vaya a echar a mí la culpa sobre el rumor ni que se vaya a enfadar.

—¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Por qué flores? —inquiere, interrumpiendo mis cavilaciones.

Termino de tragar lo que estaba masticando.

—¿Qué quieres decir?

Se recoloca un poco en la silla.

—Quiero decir que… Tienes montado un buen tinglado para un simple *hobby*. Y la mayoría de los jardineros aficionados pierden la chaveta con los tomates y los calabacines. Prefieren cultivar cosas que puedan comer.

—¿Qué pasa, que como no puedo comérmelas, cultivarlas es una pérdida de tiempo? —Hasta yo me sorprendo por lo cortante que suena mi tono de voz.

Ahora me mira con una sola ceja enarcada, como si acabase de dejar al descubierto algo que no pretendía revelarle.

—Yo no he dicho eso —me aclara—. Lo que quiero decir es que cultivan cosas que les reportan algún beneficio. Solo me gusta saber cómo funciona tu mente, eso es todo.

Vaya.

—Lo siento. Creo que todavía estoy un poco… —Sacudo los brazos en lugar de terminar la explicación. Él se limita a asentir y espera a que continúe y supongo que, de perdidos, al río… Entre lo

de besarlo en la biblioteca, lo de llorarle con la cara pegada a su camiseta y las cosas sobre mí misma que le he vomitado sin pensar, no veo por qué no puedo contarle la verdad—. En realidad, empecé con un huerto —admito—. Pero leí que los pepinos crecen mejor cuando se plantan al lado de los girasoles. Los tallos son una buena estructura para que la planta del pepino trepe, y la flor los protege con su sombra. Y había otras cosas así: por ejemplo, las fresas hacen un buen tándem con las borrajas, porque las flores atraen a las abejas y a otros insectos polinizadores. Al principio me resultaba muy difícil. Tuve que aprender a no regar en exceso, compraba todo tipo de suplementos para las plantas y me pasaba, la verdad. —Me río y hago una pausa al ver que su sonrisa se ensancha unos instantes, antes de volver a la normalidad—. Pero, en realidad, creo que… Bueno, no lo creo, sé que la primera vez que conseguí cultivar algo fue la primera vez que me sentí… —Intento dar con la palabra adecuada.

—¿Poderosa? —sugiere Fisher—. ¿Omnipotente?

—Eso también —bromeo—. Pero también sentí que no era un completo desastre —contesto con sinceridad, y a él se le borra la sonrisa. Adopta una expresión ceñuda—. De pequeña siempre sentía que no era gran cosa. No era ni muy lista ni muy tonta, ni muy atlética ni muy torpe, ni muy extrovertida ni muy tímida. Creo que eso también se manifestaba en mi aspecto físico. —Suelto una carcajada—. ¿Soy rubia o morena? Estoy en el medio. No soy alta, pero tampoco baja. No tengo muchas curvas, pero tampoco soy delgada. Soy muchos «noes». —Aunque noto su mirada fija sobre mí, y siento que me arde la piel, sigo hablando—: Nunca pensé que haría algo extraordinario. Mis hermanos y yo solo intentábamos salir adelante y descubrir nuestros sueños por el camino. Lo único que sabía era que los pocos recuerdos que tenía de mis padres, sobre todo de mi madre, estaban aquí, y que quería quedarme cerca de ellos. —Supongo que es la misma razón por la que ninguno de mis hermanos quiso esta casa. Creo que sus recuerdos son más vívidos aquí y se lo hacían todo más difícil, mientras que yo, que no tengo

tantos, siento la necesidad de aferrarme más a ellos—. Pero… la primera vez que conseguí que brotara una simple florecilla sentí que podía contribuir al mundo con algo hermoso de verdad, con algo que sí estaba a mi alcance. Aquí mismo, en las puntas de mis dedos. —Me atrevo a mirarlo a los ojos—. También me gusta pensar dónde pueden terminar las flores. A veces son ese toque de belleza en un momento muy triste y difícil, como en un funeral. A veces tratan de expresar algo para lo que las palabras resultan inadecuadas, como cuando se regala un ramo. —Fuerzo una carcajada y cojo un trozo de queso—. Ahora, casi todas las mías terminan en las tiendas de Spunes gratis, o las vendo en los mercados orgánicos de aquí o en la bahía de Yoos.

—¿Y eso? ¿No debería pagarte por ellas?

Parpadeo varias veces.

—O sea… No es… No me importa. Me gusta regalarlas. Disfruto mucho cultivándolas. Tampoco es que la gente a la que se las regalo por aquí necesite las flores.

—¿Por qué? ¿Porque las flores no les nutren como los calabacines o los tomates? —me desafía, recurriendo a mi propia lógica para replicarme—. Que sea algo que te encanta hacer no significa que no merezcas que te lo respeten o te lo reconozcan. Y a veces eso se hace con una compensación económica.

Estoy tentada de responderle con algún cliché, como que el dinero no compra la felicidad, o que quizá me guste hacerlo solo por gusto y porque me enorgullece, pero me doy cuenta de que, en este caso concreto, no sería del todo sincero. Me encantaría que esta fuese mi profesión. Si pudiera, me gustaría dedicarme a cultivar flores. Y que se me diera genial y tener bastante éxito como para ganarme la vida con ello.

Sin embargo, es aquí donde todas mis convicciones empiezan de inmediato a tambalearse, y donde empiezo a mantener a raya esto de soñar despierta para que no se vaya de madre. Porque ¿quién soy yo para desear más, cuando siempre me han hecho sentir que las cosas que amo son frívolas? Incluso decir que me gustaría

ganarme la vida cultivando flores me suena poco profesional, porque enseguida me remito a las cosas que valora la gente como Ian, las que utilizan para valorar lo competente que es una persona. No tengo una carrera en horticultura ni en botánica, ni tampoco idea sobre cómo empezar o dirigir un negocio. Mi mente se llena de los ecos de la voz de Ian cuando me decía que tenía que hacer cosas que merecieran la pena.

Pero esos derroteros son peligrosos para mí, así que busco un modo de reconducir la conversación.

—Tal vez tengas razón, pero, mira, ¡una noticia interesante! Resulta que Venus, la bibliotecaria, te pilló besándome —le confieso. Estaba buscando un modo de cambiar de tema y en lugar de eso me he lanzado al vacío. Él se atraganta con la comida y empieza a toser, así que le acerco el vaso de agua e intento suavizar un poco lo que le acabo de contar—. La verdad es que creo que podemos considerarlo una buena noticia. Seguro que ahora ya no recibes más visitas —le explico—. Lo único bueno de ser el personaje trágico del pueblo es que nadie va a intentar interponerse entre mí y un poco de diversión.

Me fulmina con la mirada sin dejar de toser, pero enseguida se recupera.

—¿Eso es lo que soy en esta situación? ¿Un poco de diversión? —Vuelve a toser en la mano una última vez—. Y, por cierto, me parece que recuerdo, con una claridad pasmosa, que tú también me besaste a mí. —Se pone la mano bronceada en el muslo, encima de los vaqueros, y se inclina hacia mí con una expresión severa, así que aparto la vista de su cara y la fijo en su mano. Es una mano estupenda, la verdad. Con sus venas, con esos dedos gruesos que terminan en puntas redondeadas, con las uñas cortas y limpias… Tiene los nudillos un poco más oscuros que el resto de la piel, como si se los hubiera frotado hasta dejarlos en carne viva muchas veces. Veo unas cuantas cicatrices difuminadas.

—Eh, pajarillo —me dice, mirándome como si fuese un azulejo, o un mirlo, o alguna especie de ave exótica que acaba de descubrir. Y

así, sin más, se convierte en el único sobrenombre que me ha gustado alguna vez en mi vida.

—¿Qué? —pregunto, desconcertada.

—Te has quedado en Babia un segundo. —Niega con la cabeza y se aparta el pelo de la cara—. ¿No te molesta que la gente piense que te has liado con un forastero?

Ay, mierda. No, a mí no me molesta, pero tampoco se me ha ocurrido que a él pudiera importunarle.

—Espera, ¿estás saliendo con alguien en Nueva York o algo así? No se me ha ocurrido que esto pudiera complicarte la vida amorosa que puedas tener allí, pero, tranquilo, no le he confirmado nada a nadie, te lo prometo. Puedo aclarar las cosas si es necesario.

—¡Dios, no!, en Nueva York no me espera nadie —replica—. Pero, si fuera así, meterte la lengua en la boca me habría convertido en un novio de mierda. —Traga saliva de forma visible, y siento que yo hago lo mismo—. Y no, por impactante que parezca, no tenía esperanzas de ligar en estas pequeñas vacaciones de mi vida real, así que no me importa que en Spunes se piensen que estoy pillado. Es más… —Se levanta de la silla, se dirige a la nevera y la abre con confianza, como si nos conociéramos de toda la vida, en lugar de hace solo unas semanas—. ¿Tienes cerveza? —Empieza a recolocar las cosas en la puerta. Fascinante.

—¿Cervezas buenas de Oregón? Sí, al fondo —contesto. Él sigue trasteando en la nevera, así que me levanto a ver qué hace, pero entonces termina y coge una de las botellas heladas de un cajón—. Dame una a mí también.

Cierra la puerta con el pie y se vuelve hacia mí con una cerveza en cada mano.

—¿Abridor? —pregunta.

Cojo una de las botellas y me acerco a la encimera, esperando que él retroceda un poco. Pero, en lugar de eso, siento el calor que irradia de él por todo mi costado. Mientras utilizo la encimera misma para quitarle el tapón a la botella, veo cómo su pecho sube y baja por el rabillo del ojo. Le doy la cerveza y cojo la otra por el cuello,

rozándole la piel con el dedo meñique. Luego abro la mía y nos miramos a los ojos antes de dar cada uno un largo trago.

—En realidad, he venido para ver si podías echarme una mano con una cosa —confiesa—. Creo que… Puede ser que esto —nos señala— nos sirva de ayuda. —Da otro largo trago.

Contemplo cómo sus ojos verdes recorren mi rostro con un gesto nervioso. La música se oye en la distancia.

—Cuéntame más —le pido, como si no estuviese ya tratando de contener los saltos de alegría que estoy pegando interiormente.

Fisher

Le cuento a Sage todo lo que Carlie me ha dicho por teléfono sobre la licencia de obras denegada y el retraso en el proyecto. Ella me escucha en silencio; de vez en cuando, se aparta el pelo del cuello, se lo recoge en la nuca y asiente, pensativa.

Antes, cuando hemos entrado en su casa, se ha quitado las botas y los calcetines. Ahora, al mirar el llamativo azul de las uñas de sus pies y cómo tamborilea con el talón, me pregunto si es demasiado tarde para preguntarle si yo también debería haberlo hecho. Además, de repente me he dado cuenta de lo fácil que me ha resultado colarme aquí dentro y ponerme cómodo, dejar que me dé de comer, rebuscar en su maldita nevera…, madre mía. Y ahora he tenido el morro de pedirle un verano entero de su tiempo.

—Va a ser fácil, Fisher. No te preocupes —me asegura, disipando de un plumazo la ansiedad que me nubla la mente.

—Entonces, ¿estás dispuesta a ayudarme a convencerlos de que nos dejen terminarlo todo? Y la verdad es que, para que lo sepas… Por lo que tengo entendido, ya han finalizado las partes más tediosas. La estructura, los cimientos… Por lo menos.

—El altar al órgano reproductor masculino…

—El observatorio —la corrijo con una carcajada.

—Sí, estoy de acuerdo: lo más duro ya está puesto.

—¿Otro chiste de pollas? —pregunto, y ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe, encantada, y el sonido me pone la carne de gallina.

—La verdad es que no lo era, pero, madre mía, ese sitio va a ser una fuente inagotable de alegrías. —Esboza otra sonrisa radiante—. Lo que quiero decir es que lo más difícil ya está hecho, o sea, que ahora, como estás conmigo, tienes una infiltrada. Porque ya se creen que estamos juntos. Sé qué puedes ofrecerles y qué cosas servirán para convencerlos, y no tenemos que inventarnos nada raro para dejarles claro que estamos juntos. Lo único que tenemos que hacer es perpetuarlo un poco, si no te parece mal todo lo que eso implica.

Se pone de pie y empieza a llevar los restos de comida al fregadero y a meter lo que ha sobrado en bolsas para luego guardarlas. Yo cojo las botellas de cerveza vacías y la ayudo a recoger.

—¿Como qué? —le pregunto. Abro el grifo y lavo uno de los platos que esperan en la encimera. Me inunda una especie de nostalgia. Cuántas conversaciones importantes he mantenido al lado de un fregadero…

Ella se encoge de hombros.

—No sé. Supongo que tendremos que mostrarnos afectuosos el uno con el otro cuando estemos en la calle, ¿no? —Me mira. Se le han puesto coloradas las puntas de las orejas. Cuando se muerde el labio inferior, casi se me resbala el plato de las manos.

Vuelvo a frotar con el estropajo y asiento con decisión.

—No tengo ningún problema con eso —contesto—. ¿Y qué tipo de cosas ayudarán a convencerlos para que permitan que los trabajadores de Carlie terminen?

—Asegúrate de contratar a gente de por aquí para lo que queda de la obra, en la medida de lo posible —sugiere—. La primera fase fue bastante intensa y nadie conocía ni a uno solo de los trabajadores que faenaban por allí. —Me pasa otro plato con una sonrisa dulce. Me gusta que no le moleste que le friegue los platos. Me gusta ser útil—. Y que estemos juntos es una ayuda de base.

Será como si fueses del pueblo por asociación. —Cuanto más se explica, más aliviado me siento. Casi embriagado de tanto alivio. No me había dado cuenta de lo mucho que me preocupaba cagarla, no ser capaz de dar la talla, por Carlie y quizá incluso por mí mismo—. Aunque tengo algunas condiciones —añade Sage—. Y me gustaría pedirte algo como compensación. Sé que se supone que no tienes que dar con la intención de recibir algo a cambio, pero…

—Pero nada. —Me río—. A ti no te hace falta darme nada, Sage. Te ayudaré encantado con lo que sea. —Es más, como ella me está echando una mano a mí, me hará sentir mejor.

Termino de secar el plato que tengo en la mano y vuelvo toda mi atención hacia ella. Está jugueteando con uno de sus anillos.

—Quiero competir en el festival de este año —afirma mirándose la palma de la mano—. Me gustaría que seas mi compañero.

—¿Te refieres a la carrera de canoas? —pregunto desconcertado.

—Sí, pero es más que una carrera. ¿Te acuerdas de que te hablé de las competiciones con cuotas de inscripción?

—Sí, las mencionaste.

—Bueno, si queremos la mejor posición de salida posible, tendremos que intentar quedar bien en las dos. Una es una trivia, cuyas preguntas siempre están basadas en la historia del noroeste del Pacífico, con un subconjunto de preguntas centradas en Spunes.

—¿Y la otra?

—La otra… es un concurso de cocina —confiesa, con una expresión a medio camino entre una mueca y una sonrisa—. Un concurso de cocina que utiliza un recurso específico de Spunes cada año. Como en *Masterchef,* solo que nos dan un ingrediente y tenemos que usarlo en los tres platos.

Ahora mismo, me parece que eso tiene el potencial de convertirse en una pesadilla.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué un concurso de cocina?

—Al principio, era una forma más de recuperar más dinero —contesta apretando los labios—. El ingrediente era un producto específico que necesitaban vender.

—O sea, que generaban la demanda y luego se ofrecían a vender el producto. —Me echo a reír. Quizá en Spunes sí que son un poco tramposos.

—Más o menos.

Esto es más de lo que me imaginaba, pero no por ninguna de las razones que ella parece pensar. Evidentemente, no voy a negarme a hacer lo único que ya sé realizar, en lo que respecta al concurso de cocina, al menos, y tampoco me asusta en absoluto el trabajo duro que implicará el entrenamiento para la carrera.

Sin embargo, que seamos compañeros de manera oficial, y lo que presumiblemente va a implicar eso de perpetuar nuestra unión romántica ante los ojos de los demás, me provoca una ansiedad de cojones. Cada vez que estoy con Sage, me descubro queriendo verla a todas horas, y creo que estoy un poco más jodido cada día. Es como si me invadiera una especie de anhelo por la siguiente vez que vaya a verla antes siquiera de que el encuentro actual haya llegado a su fin, a pesar de lo mucho que intento luchar contra esa sensación. Esta mañana he salido corriendo en cuanto la he visto al otro lado del prado. Sé a qué sabe su boca y las cosas fascinantes que pueden salir de ella.

Se me está empezando a dar mejor esto de gestionar las emociones, y empieza a quedarme claro que no puedo seguir anestesiándome ante todo lo que me rodea, por mucho que quiera. Y no creo que sea muy inteligente ponerme en una situación en la que estaré sujeto a esta atracción que siento por ella, si tenemos en cuenta que, al final, esto no puede llegar a nada.

Aunque supongo que puedo tratar de saborearlo hasta entonces. Divertirme un poco mientras tanto.

—Me dijiste que te sabes todo esto de memoria, ¿no? —le pregunto al cabo de unos instantes—. O sea, que conoces todas las reglas retorcidas que hay y por dónde nos pueden salir…

—Todo —confirma.

—Bien, porque, si vamos a hacer esto, te juro por lo más sagrado que no pienso perder.

Suelta un grito de alegría y se lanza a mis brazos de un brinco.

—Tendremos que hacer un horario de estudio y entrenamiento —afirma emocionada, zarandeándome un poco por los hombros.

—Sí, claro —contesto. No puedo evitar devolverle la sonrisa—. Se supone que tengo que empezar con lo mío en el Entre Estrellas la semana que viene. Bueno, se suponía, al menos, antes de que nos notificaran lo del retraso. Así que imagino que cuanto antes descubramos qué pasa con eso, antes sabré cuál es mi horario.

—Ah, no te preocupes, seguro que conseguimos que siga adelante. Ya sé cómo lo vamos a hacer.

—¿Ah, sí?

—Sí. No te va a gustar un pelo —declara alegremente.

No me cabe duda de que tiene razón y, aun así, no puedo parar de sonreír.



Capítulo 16

Fisher

—Estas cosas crean una sensación de confianza y comunidad —me asegura Sage, que está a mi lado. Solo han pasado tres días desde que cerramos nuestro trato, pero ya se las ha arreglado para organizar una asamblea municipal a la que ahora mismo nos dirigimos cogidos del brazo—. Dan pie a que se produzcan debates inteligentes que nos ayudan a seguir prosperando. No son tan cutres como te imaginas.

—¿Ah, no? Supongo que por eso ese hombre se ha traído a su conejillo de Indias en el bolsillo —contesto con voz inexpresiva, señalando a la persona en cuestión, que espera junto a las puertas de la biblioteca.

—Ese es Walter. Es el dueño del bar, pero este año se retira. O eso dice. Lleva ya varios años diciéndolo.

—¡¿El tipo del jerbo trabaja en restauración?! —exclamo.

—¡Calla! Pegasus es una chinchilla —me corrige—. Y tampoco es que la lleve en el bolsillo cuando está trabajando. —No se me pasa por alto que no me ha dicho que se deje la rata en casa, pero tomo la decisión consciente de no preguntárselo.

Entramos en lo que funciona como ayuntamiento del pueblo —que, al parecer, no es más que la planta baja de la biblioteca— y buscamos dos asientos delante, cerca del atril. Hoy Sage se ha puesto un vestido veraniego negro con flores blancas que se le

ajusta a las curvas y cuya falda ondea de forma muy tentadora, y se ha pintado las uñas de rojo fuego. Como siempre, lleva anillos en todos los dedos, aunque creo que hoy se los ha puesto de otra manera, o quizá se los haya cambiado por otros que todavía no le había visto, no lo sé.

Sigue entrando gente. Reconozco algunas caras, entre las que se encuentran la peluquera, la veterinaria y Martha O'Doyle, con su expresión engreída de siempre. Atisbo a los hermanos que conocí la noche del incidente del robot aspirador y me acerco a Sage para susurrarle al oído:

—No se van a poner raros por lo nuestro, ¿verdad? —pregunto, señalándolos con la cabeza.

Mi mirada se detiene en algo que resplandece sobre la piel de su clavícula justo en el momento en el que ella suelta otra de sus carcajadas, esas que hacen que una especie de lava caliente se deslice por mi espina dorsal, y me obligo a apartarme. Nunca la risa de alguien me había provocado una reacción tan visceral. Una simple risa.

—Si intentan hacer de hermanos sobreprotectores, estaré encantada de recordarles que solían atarme un casco y convencerme para jugar a darme cabezazos con las cabras y que, por lo tanto, no tienen ningún derecho a comportarse como si estuvieran velando por mis intereses o mi bienestar. —Suspira con una sonrisa—. La mayor parte del tiempo son personas absurdas, pero no son unos misóginos. No controlan con quién salgo.

Más gente que no reconozco empieza a sentarse, y luego entran el policía y su prometida. Una mujer que recuerdo vagamente de haber visto en la biblioteca se acerca al frente de la habitación, sonríe y me guiña un ojo. Es Venus, creo. Además de darme consejos específicos y sugerirme asuntos a tratar, durante los últimos días, Sage ha intentado que me aprenda los nombres de los personajes que aparecen en su vida con más frecuencia.

—Vale, no te olvides de mencionar tu plan de contratar a tanta gente de la zona como puedas, ni del plan de emergencia que tienes

pensado si el restaurante no está listo antes de que empiece el festival —susurra Sage—. Athena dará inicio a la asamblea explicando lo que ocurre y luego dejará que O'Doyle intervenga primero.

—Vale.

—No te pongas nervioso.

—No estoy nervioso —replico, nervioso.

—Solo tienes que hacer que se sientan importantes e incluidos, y estarán encantados de apoyarte a ti también, te lo prometo. Ahora voy a besarte y a ser afectuosa contigo.

—¡¿Qué?! —exclamo, perplejo.

—Que voy a comportarme como si nunca hubiera sido tan feliz y como si todo el mérito fuese tuyo. Para hacerte ganar algunos puntos, ¿entiendes? Como si me lo estuviera pasando mejor que nunca. Como si estuviera bien abastecida de orgasmos.

¡Por el amor de Dios!, ¿acaba de susurrar la palabra «orgasmos» en mi puto oído? Me aprieta el bíceps con la mano y se acerca a mí.

Alguien ha empezado a hablar delante de toda la sala, pero yo estoy oficialmente demasiado distraído.

—¿No lo estás? —pregunto con voz ronca. Bajo la cabeza hacia ella y veo cómo frunce el ceño, confundida.

—¿Si no estoy qué? —inquiere con los ojos muy abiertos, enmarcados por las pestañas oscuras.

Insistirle me hace sentir como si estuviera pervirtiendo a una dulce e inocente muchacha, pero ha sido ella la que ha sacado el tema, así que…

—¿No estás bien abastecida de orgasmos? —Creo que esta voz ronca que me ha salido debería avergonzarme un poco. Ella se pone roja como un tomate.

—Llevo soltera un año, más o menos.

—¿Eso es un no?

Suelta una exclamación, escandalizada, pero esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Me esfuerzo yo solita todo lo que puedo, aunque supongo que siempre podría trabajármelo un poco más.

En fin, me ha salido el tiro por la culata. Ahora soy yo el que se ha quedado tonto perdido, porque no puedo pensar en otra imagen que no sea la de ella «esforzándose solita todo lo que puede».

Se ríe con voz ronca y me da un beso en la parte inferior de la mandíbula. Creo que la muy descarada sabe perfectamente que me acaba de poner en un apuro. Le doy un apretón en el muslo, justo por encima de la rodilla, y no me molesto en apartar la mano. En ese momento, Martha O'Doyle se pone tras el atril.

—Walter —gruñe. El hombre levanta la vista de su roedor y la mira con el rostro inexpresivo—. ¿No te acuerdas o qué? ¡El proyector!

Walter se levanta de inmediato y le tiende a Pegasus al hombre que tiene al lado, como si fuera una patata caliente, para ir corriendo hasta el fondo de la sala. Sus zapatos rechinan contra las baldosas. Vuelve torpemente con el proyector en cuestión, bufando, silbando y respirando con dificultad durante todo el camino. Yo, por más que lo intento, soy incapaz de comprender a qué viene tanta prisa.

—¿Lo has enchufado? —le pregunta O'Doyle justo cuando él se sienta de nuevo. Encorva los hombros a modo de respuesta.

—¡Ya lo hago yo, Martha! —contesta alguien. Me vuelvo y veo que se trata del agente Carver, por supuesto. El puto ojito derecho del pueblo. Cuando su mirada se cruza con la mía, le sonrío de un modo que espero que sea engreído y beligerante. No me devuelve la sonrisa.

—¡Las luces! —añade O'Doyle.

Tras apagarlas, la mujer se acerca a la pantalla, pero, justo al proyectarse la primera imagen, la puerta se abre de golpe y la sala se inunda de nuevo de luz.

—¿Quién es? —grita Martha, observando al intruso con los ojos entornados—. ¿Quién llega más de diez minutos tarde?

La culpable es una mujer con curvas vestida con un delantal y con un moño despeinado de rizos rubios en lo alto de la cabeza.

—Esa es Wren —me susurra Sage al oído, erizándome todos los pelos de la nuca—. Es mi mejor amiga y la madre de Sam.

Lo cierto es que me sorprende. No parece mayor que yo. No sé, pero había dado por hecho que Ellis si lo era. Wren ve que Sage está sentada a mi lado y la saluda con la mano con aire cómplice.

—Muy considerado por tu parte que hayas venido, Meridian —declara O'Doyle con voz inexpresiva. Wren no le hace caso, pero alguien responde en voz baja desde la otra esquina de la sala—. ¿Disculpa? —grita—. ¿Alguien más tiene algo que decir antes de que empiece?

—¡He dicho…! —contesta la voz, esta vez más alto, y todas las cabezas se vuelven hacia Ellis—. ¡Que sigue siendo una Byrd! —termina. Sage me clava los dedos en el brazo y Wren cierra los ojos, como si acabaran de pellizcarla.

Sage da un brinco en la silla.

—¡Bueno, gente, sigamos! —interviene, dando una palmada para atraer la atención hacia ella.

—Gracias, Sage —dice O'Doyle. Wren se sienta con sigilo en la silla libre que hay al otro lado de Sage y le da un rápido apretón en la mano a modo de agradecimiento.

Un «zas» repentino hace que todos los presentes den un respingo a la vez. Martha acaba de dar un golpetazo a la pantalla del proyector con la vara que usa para señalar.

La primera diapositiva es una foto borrosa de una pareja rodeada por filas y filas de canoas. Martha empieza a contarnos la historia entera de Spunes, mostrando años y años de fotografías entre las que se encuentra, por supuesto, la del viejo almacén de ladrillo rojo que albergará el Entre Estrellas. Cuando apenas hemos llegado al siglo XX, le susurro a Sage:

—¿Está tratando de someternos a base de aburrimiento? ¿Qué tiene todo esto de relevante?

Alguien suelta un fuerte ronquido, como si me estuviera contestando.

—¡Vale! —exclama Martha—. Perdonadme por intentar que tengáis una panorámica completa para comprender el desastre que nos espera si no posponemos este proyecto. —Apuñala el mando con el dedo para pasar a la siguiente diapositiva. Una foto reciente, con todo el césped lleno de gente, vendedores y sus puestos, todos con las típicas carpas plegables—. Voy a ir directa al problema que nos ocupa. Para que no nos quiten los permisos necesarios para acomodar a toda esta gente, necesitamos tener los baños adecuados. —Me señala con el puntero—. Este hombre nos ha arrebatado los baños y ha disminuido el espacio disponible con ese…, ese… observatorio —termina con desdén.

—Acabo de llegar, como quien dice —contesto indefenso. Sage me da unas palmaditas en el hombro—. No os he arrebatado nada.

—¿Puedes garantizarnos que los aseos que hay a ambos lados de este edificio, incluyendo el acceso a ellos desde el exterior, estarán terminados a tiempo? —Me pregunta Martha directamente, meneando de nuevo el puntero.

Me lo tomo como una oportunidad para empezar mi intervención, así que me pongo de pie con vacilación.

—Esto… Hola a todos. Yo solo soy una parte muy pequeña de este proyecto, pero tengo permiso para hablar en nombre de la propietaria, al menos en una serie de aspectos. —La gente me mira impertérrita. Sage me dedica una sonrisa radiante para animarme a seguir—. Aunque no os puedo asegurar que los nuevos aseos exteriores estén acabados a tiempo, sí os puedo garantizar que, en el caso de que no fuera así, abriríamos el patio exterior para instalar baños portátiles y así compensar la falta de espacio que se va a destinar al observatorio. —Miro de nuevo a Sage, que asiente—. Esto… ¿Walter? —Miro al hombre y a su chinchilla, que me contemplan con expresiones idénticas—. Tengo entendido que tienes un sobrino en Gandon que dirige una empresa de baños portátiles, ¿verdad?

Enarca una ceja, sorprendido.

—Pues sí, es verdad.

—Sé que el jefe de obra querrá tener unos baños durante lo que queda por hacer. Y, para compensar las molestias, querrían hacerse cargo de los gastos de instalar algunos de esos baños aquí para el festival, aun si los servicios del edificio están terminados.

—Eso sería… ¿fantástico? —duda Walter, mirando a su alrededor en busca de confirmación.

Sage hace un gesto en el aire para recordarme el siguiente punto a tratar.

—También me han pedido que os pregunte a todos acerca de los otros puestos que hay que cubrir para el proyecto, así que cualquiera que tenga recomendaciones puede venir a pasármelas al final de esta asamblea, que yo las recibiré encantado —prosigo—. La única condición es que tendrían que estar disponibles para empezar de inmediato. —Sage me mira y levanta el pulgar.

—Un peligro más —grita O'Doyle. Pasa a la siguiente diapositiva, en la que aparecen colillas de cigarrillo tiradas por el suelo, basura y clavos. Sale de detrás del atril, donde estaba agazapada, preparándose para asestarme el golpe definitivo—. Esto… —Le da otro golpetazo a la pantalla—. ¡Ha ocurrido en cuestión de solo tres meses! Lo que menos necesitamos es la carga de trabajo de limpieza adicional que supone mientras nos preparamos para el festival. Me he pasado incontables noches limpiando todo lo que veis en estas fotos, ¡y no pienso volver a hacerlo!

—Creo que, de ahora en adelante, implicar a la comunidad tanto como sea posible, ya sea con un representante que haga las veces de contacto principal… —Hago una breve pausa para que Martha tenga tiempo de asimilar lo que estoy diciendo—, o, tal vez, organizando un horario de reuniones periódicas para debatir sobre los avances del proyecto, sería algo que serviría para mejorar muchos de estos problemas. —Sage fue la que escribió esta solución para mí, y estoy orgulloso de haberla memorizado—. Me han sugerido que os pida disculpas en nombre de la dirección del

proyecto por todo este desorden y que os diga que prometen que, de ahora en adelante, van a estar más atentos a estas cuestiones. —Al ver que todo el mundo guarda silencio y que intercambian miradas, decido que es el momento de esgrimir mi argumento final —. En resumen, nos comprometemos a asegurarnos de que la situación respecto a los baños sea más que adecuada, y prometemos mantener a la comunidad más implicada en las fases que quedan del proyecto, y me han encargado que os pida educadamente, por respeto hacia este pueblo, permiso para que se retire la suspensión de la licencia de obra. ¿Cómo deberíamos votar? —Me atrevo a dedicarles una sonrisa confiada.

—¿Habrá noche de tacos en el restaurante? —grita alguien al fondo.

—Eh… —contesto—. Todavía no lo sé.

—¡Nos han dicho que eres el que se ocupa de la carta! —interviene otra persona.

—Sí, pero…

—¡Creo que debería haber una noche de tacos!

Me encojo débilmente de hombros.

—¿Alguna preferencia por el tipo de taco?

—¡Ve cambiando! No hay razón para que sean los mismos cada semana. —Me vuelvo y veo que quien ha hecho esta última sugerencia es Wren.

—Vale. Aprobamos la noche de tacos —acepto. Supongo que tengo la autoridad necesaria para hacerlo oficial, al menos.

—¿Y los postres? —pregunta Venus, la bibliotecaria. Ahora ya la reconozco.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, algunos de los postres que se sirvan en el restaurante deberían ser proporcionados por la panadería Savvy's, creo, por solidaridad entre vecinos —opina Athena, y se oyen murmullos de conformidad por toda la sala.

—Sí, claro. Eso suena genial.

—¿Y qué pasa con el *brunch*?

—A la m… —Me muerdo la lengua con fuerza para no contestar lo que la mayoría de los chefs pensamos sobre el *brunch*.

—¡El *brunch* es un no, gente! —interviene Sage a mi favor—. De todos modos, ¡ya tenemos el Cafecito y Savvy's para las pastas! —Se oye un gruñido colectivo.

—Supongo que no tardaréis en pedir los muebles para el restaurante… —interviene O'Doyle, intrigada. Por fin parece haberse alejado de la senda de la guerra.

—No —contesto con una sonrisa de alivio. O sea, creo que no. Me encargaré de que así sea si es lo que hace falta para que el proyecto siga adelante.

—Pues entonces hablemos de las mesas, de las sillas…

Sage

Salir de la biblioteca de la mano de Fisher me provoca unas sensaciones embriagadoras y de lo más peligrosas. Las sonrisas de orgullo que me dedican Bea y Serena son tan poco sutiles que, para eso, bien podrían venir a chocar los cinco directamente. O'Doyle sigue con la misma cara avinagrada de siempre, pero parece satisfecha, al menos por el momento. Hasta Walter y Pegasus me miran y asienten, como si estuvieran impresionados. Y Wren está rebosante de entusiasmo, a pesar de lo incómodo que le resulta coincidir con Ellis en público.

—Vas a pasarte por la panadería esta semana, ¿verdad? —me pregunta, clavándome en los ojos una mirada penetrante.

No lo tenía pensado, pero soy capaz de pillar la indirecta. Los últimos días no la he tenido muy informada.

—Sí. Luego te llamo —le prometo. Ella me da un abrazo rápido y se marcha.

Tengo prisa por sacar a Fisher al aparcamiento para evaluar lo cabreado que está por todas las promesas extra que se ha visto obligado a hacer aquí dentro, como darle voz a Martha respecto a la decoración y recurrir a uno de sus parientes para los muebles o

permitir que el pueblo alquile el espacio para celebrar grandes eventos, pero veo que Silas está esperando a interceptarnos. Nos llama en cuanto ve que trato de llevarme a Fisher hacia otro lado.

—Mierda —susurro.

—¿Qué? Pensaba que te daba igual lo que pensaran —responde Fisher cuando ve hacia donde estoy mirando.

—Y me da igual. Solo intento ahorrarte más… No sé cómo llamarlo, ¿intrusiones? Pensé que con la asamblea habrías tenido más que suficiente.

Se ríe, suspira y niega con la cabeza.

—Está todo bien, Byrd. En serio.

Parece sincero. No obstante, tengo la sensación de que yo estoy sacando más beneficios de este trato que él.

Sin embargo, no logro decir nada más al respecto porque alguien nos planta un teléfono en medio.

—Silas, ¡¿qué narices haces?! —le espeto al pedazo de bufón que lo tiene en la mano.

—Micah quería verlo —me explica.

—¿Tienes a Micah en FaceTime? ¡Qué bonito! O sea, que no te molestas ni en contestar mis mensajes, pero a Silas sí que lo llamas por FaceTime, ¿verdad? —protesto mientras clavo los ojos en el dorso del teléfono, como si fuese mi hermano, ese cachorrillo adorable. Silas le da la vuelta para poner la pantalla orientada hacia mí, apenas a diez centímetros de mi cara.

—Al menos, objetivamente, está mejor que Ian —opina Micah a modo de saludo.

—¡Te está oyendo! Y lo has visto exactamente dos segundos, Micah. —Silas gira el móvil hacia sí mismo y cuelga sin decir adiós. No tiene modales y, como de costumbre, sí una extrema falta de tacto.

—No veo la hora de contarle a mis sobrinos y sobrinas que fui yo quien os juntó —fantasea mientras nos mira a los dos con una sonrisa.

Yyyy con eso he llegado a mi límite.

—Estás muerto para mí —gruño, tratando de llevarme a Fisher hacia la camioneta.

—Aunque supongo que fue más bien cosa del robot aspirador, ¿no? —añade Silas.

Voy a acabar con él. Le afeitaré una línea en mitad de la cabeza mientras duerme, como él le hizo a Micah cuando tenía trece años. Le…

Un momento.

Miro a Fisher, ahora que nadie le está tirando de la mano para llevárselo, y veo que está… riéndose. A carcajadas. Se está desternillando de risa, con sus hoyuelos y sus arruguitas en las comisuras de los ojos. La última hora debería haber sido su peor pesadilla. Una asamblea municipal de las de verdad. Negociaciones duras con metomentodos y cotillas. Miembros sobreprotectores de mi familia sobrevolando su cabeza. Y, sin embargo, nada de esto parece molestarle demasiado.

Me suelta la mano con gentileza y la alarga hacia Silas para darle un apretón de manos.

—Me alegro de volver a verte… Silas, ¿no?

—Sí. Y tú eres Fisher Lange. Te he buscado en Google —anuncia mi hermano. Porque, al parecer, nada en esta vida le gusta más que incomodar a la gente.

Fisher no da muestras de inmutarse, pero noto que se pone rígido.

—¿Encontraste algo interesante? —pregunta. Sé que Silas se está dando perfecta cuenta de que lo estoy atravesando con una mirada fulminante, pero no me hace caso.

—Pues la verdad es que eres todo un pez gordo. —Enarca las cejas—. Demasiado gordo como para quedarte mucho tiempo por aquí.

Fisher continúa estrechándole la mano. Los dos están apretando tanto que se les han puesto los nudillos blancos.

—Gracias por hacérmelo saber —responde Fisher como si nada.

La expresión de Silas se endurece ligeramente. Me siento como si fuera testigo de una conversación codificada.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto al cabo de otro incómodo segundo.

Silas es el primero en romper la tensión con una de sus amables y recurrentes sonrisas.

—Absolutamente nada, peque. Me alegro de que tengas a alguien con quien pasar el rato este verano. Con tanta sequía, creo que la temporada de incendios va a ser de las complicadas, así que sospecho que a Ell y a mí no nos vas a ver mucho el pelo.

Inspecciono el rostro de mi hermano con atención para intentar descubrir lo que me estoy perdiendo. Es el único de nosotros que sacó los ojos color turquesa claro de papá y su pelo rubio oscuro y ondulado, que lleva cortado con un estilo que a mí me gusta llamar con cariño un «*mullet* moderno». Es, de lejos, el más guapo, temperamental e impulsivo de todos los hermanos.

—Ve con cuidado —le digo, como hago siempre. Normalmente, me da el gusto de contestarme que sí, que lo tendrá.

Esta vez, enarca una ceja y me replica, tajante:

—Ve con cuidado tú, Sage.



Conseguimos llegar a la camioneta sin que nos pare nadie más, pero antes de que pueda soltarle ninguna de las muchas disculpas que estaba preparando mentalmente, me pregunta:

—¿Te importa si conduzco yo?

Suelto una risita extraña y repentina, y me hago la ofendida.

—¿Es que no te gusta cómo conduzco?

—No, es solo que prefiero tener las manos ocupadas —admite.

¿Está intentando provocarme? Cada vez que me dice algo así, he de hacer un esfuerzo hercúleo para no deshacerme en risitas como una idiota. Debo de tener la misma libido de uno de esos albañiles

que le dicen guarradas a las mujeres que pasan, porque mi mente grita: «¡Yo sí que te voy a dar algo para que tengas las manos ocupadas!».

Me limito a tenderle las llaves y hacerlas tintinear, y él me arranca un grito ahogado cuando me coge de la muñeca, tira de mí y me pega contra su pecho.

—Gracias —dice, con una sonrisa que podría pertenecerle al mismísimo demonio. Trago saliva con tanta fuerza que resuena en mis oídos—. Mejor será que vendamos lo nuestro tanto como podamos, ¿no?

—¿Qu… qué? —tartamudeo, pero entonces se inclina y me da un beso en la comisura de los labios, rascándome con la barba incipiente, y justo en ese momento veo a Ian y a Cassidy por encima de su hombro. Después me quita las llaves de la mano y se dirige al lado del conductor.

Decido relajarme en un silencio cómodo durante el trayecto de vuelta, pero casi ni hemos salido del aparcamiento cuando le suelto:

—Siento lo de Silas. Ha sido muy raro y poco propio de él. Bueno… —me corrijo—. Lo de ser así de chulo no, eso es bastante propio de él, pero esa actitud rara y desafiante no lo era.

—Esto no va a ser nada divertido si te pasas la vida disculpándote, Sage.

Contemplo su perfil, que se recorta sobre las vistas de la costa escarpada que pasan tras él a toda velocidad.

—Entonces, ¿estás intentando divertirte con esto? ¿No te molestan tantas excentricidades? —pregunto esperanzada. Y caigo en la cuenta de que se está saliendo por la tangente con gran maestría, así que añado—: De todos modos, ¿de qué iba esa conversación muda con mi hermano?

Flexiona el antebrazo para girar el volante.

—Creo que solo quería dejar claro que es consciente de que mi estancia aquí es temporal.

Ah. Supongo que por eso me ha hecho esa advertencia tan inquietante.

—Pero ¿puedo decirte una cosa? —añade Fisher, con un tono un poco triste.

—Claro.

—Ver cómo os chinchabais ha provocado que eche de menos a mi hermana. Me arrepiento de las veces que no contesté a sus llamadas por FaceTime. —Carraspea.

Se me encoge el corazón por él. Me clavo los dedos en los muslos para aguantarme las ganas de darle un abrazo y apretarlo contra mi pecho.

—Tu hermana sabía que la querías. Estoy segura, Fisher. Los hermanos lo sabemos, creo.

—Eso espero —responde con voz cansada y gruesa—. La verdad es que no siempre fui un buen hermano. Ni un buen tío, ya puestos. Tengo que hacerlo mejor.

Se me encoge de nuevo el corazón porque, en este asunto, tal vez yo sí pueda ayudarlo. Sería una manera de asegurarme de que ambos saquemos los mismos beneficios con este acuerdo.

—Yo puedo echarte una mano con Indy —le suelto. Intento no parecer muy desesperada—. O sea, ahora mismo no se me ocurre nada concreto, pero sé que puedo ayudar tanto como cualquiera. No sé por lo que está pasando ella exactamente, pero al menos estoy al tanto de lo que implica ser una adolescente sin madre.

Su boca se curva en una sombra de sonrisa.

—Gracias. Necesito todos los consejos sabios que puedan darme.



Capítulo 17

Fisher

—¿En serio? —pregunta Indy—. ¿No podemos ir al pueblo de al lado y ya está? ¿O todo lo lejos que sea para encontrar vida inteligente y un supermercado decente?

Enciendo el motor del coche en el aparcamiento de la tienda de O'Doyle y dirijo a Indy una mirada penetrante a través del retrovisor. Sage me ahorra tener que hablar primero.

—Aunque estoy segura de que tienes razón en dar por hecho que ambas cosas son mutuamente excluyentes, necesitamos un traje de neopreno para tu tío y tus cosas para el colegio. Y este es el único sitio lo bastante raro como para tener todo eso —responde como si nada.

Indy se limita a reírse y parece quedarse satisfecha con su respuesta, lo que me hace pensar que necesito una libreta de apuntes. Anoche le pregunté a Indy si Sam era su novio y, por el resoplido nasal asqueado y horrorizado que recibí como contestación, cualquiera diría que mi pregunta era mucho más invasiva. Así que anoté mentalmente: «La adolescente solo responde bien al sarcasmo».

Pero, por supuesto, poco después tengo la prueba que contradice esa afirmación. Con Sage, no se limita al sarcasmo. Indy responde a sus preguntas más genuinas con la misma franqueza y naturalidad. Charlan y bromean sin que haya ninguna acritud por parte de Indy, y

también se alían para chincharme y meterse conmigo por una amplia variedad de cosas.

De todos modos, aunque Indy y yo todavía no nos sentimos tan cómodos el uno con el otro como ellas dos, verlas interactuar me da esperanzas.

Después de las compras, terminamos pidiendo unas hamburguesas y unas patatas fritas en el bar de Walter y nos las comemos en el parque de al lado del Entre Estrellas, tal y como nos sugiere Sage. Allí, a veces con silencios cómodos, y dando tragos a las bebidas, la conversación fluye con naturalidad.

Cuando Indy empieza a interrogar a Sage acerca de sus varios *piercings* en las orejas, empiezo a divagar y a pensar en comida, aunque estoy tan lleno que he tenido que reclinarme hacia atrás para estar cómodo. Creo que voy a intentar volver a la tienda para comprar más moras, aunque ninguna de las que compro o pruebo están tan ricas como las que había en casa de Sage. He empezado a experimentar con una salsa de chipotle y moras para añadir una hamburguesa a la carta del Entre Estrellas, pero también estoy dándole vueltas a un pastel tipo pudin de limón que hacíamos en Tuétano. En lugar del ruibarbo que solíamos usar para acentuar su sabor, creo que me inventaré algo con esas moras cuando encuentre la variedad que busco…, quizá junto a un cremoso de chocolate blanco.

Mientras deconstruyo mentalmente los postres, Sage me pregunta:

—¿Cuánto tiempo hace que llevas pendientes?

Parpadeo unas cuantas veces, saliendo de mi ensimismamiento. «¿Cuándo fue la última vez que soñé despierto con cocinar algo así?», pienso.

—Desde que tenía quince años —contesto con una carcajada—. ¿Por qué lo preguntas?

Sage aparta su refresco y apoya los codos sobre la mesa de pícnic.

—Supongo que me parece una elección bastante específica. Normalmente, donde hay *piercings* también hay tatuajes y esas cosas.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde están tus tatuajes? —pregunto, señalando con la cabeza los cuatro o cinco pendientes que lleva en cada oreja.

—*Touché*.

—Mamá me contó que de pequeño se metían contigo por tus orejas —interviene Indy, y abre mucho los ojos por un instante, como si se sintiera mal por haber hablado más de la cuenta.

—Pues sí —respondo enseguida, con la esperanza de que esto no la desaliente—. Ya tenía las orejas así de grandes al cumplir nueve años. Ahora me parece una tontería, pero supongo que en aquellos tiempos fue mi forma de decirle a esos críos que se fueran a la mierda.

—Si lo llevas por bandera, no te puede hacer daño —comprende Sage. Me clava una mirada que me hace pensar que ve hasta lo más profundo de mi ser, quizá más allá de que se metieran conmigo por tener las orejas grandes. Me muevo incómodo en la silla.

—Y, por cierto, ¿cómo sabes que no tengo ningún tatuaje? —pregunto, saliéndome por la tangente para tratar de esquivar el significado de esa mirada—. Puede que estén en partes que no has visto.

Indy hace un ruido con la nariz.

—¡Qué asco! Guárdatelo para cuando yo no esté delante, por favor —se queja.

Ayer, a Sage se le ocurrió incluir a Indy cuando me pidió que la ayudase a cosechar sus tulipanes. Se inclinó hacia mí por encima de la bandeja en la que estábamos poniendo los bulbos —tenía una mancha de tierra en la mejilla— y me dijo que «cuando le das confianza a alguien, a menudo tú también te la ganas». Indy se mostró indiferente ante la sugerencia. «En fin, supongo que el trabajo es trabajo…», contestó encogiéndose de hombros.

—Voy a ir a la panadería a saludar a Sam. ¿Puedo? —me pregunta.

—Claro. Sí, por supuesto. Sin duda —respondo, obviamente conmovido porque me lo haya preguntado siquiera. Veo a Sage esbozar una sonrisilla por el rabillo del ojo—. Nos vemos aquí, o donde sea. Acércate en un rato.

Indy aprieta los labios y asiente antes de irse hacia la panadería. Yo me vuelvo hacia el rostro cómplice de Sage.

—¿Quieres dar un paseo? —me pregunta.

—Claro.

Recogemos los restos de basura de la mesa de pícnic y la sigo hasta la barandilla que rodea el parque. Hoy lleva la mitad de la melena recogida, aunque el viento no hace más que robarle mechones al pasador para azotarle con ellos el rostro y los hombros bronceados y llenos de pecas. Pero a ella no parece importarle: sigue sonriendo para sí misma, entretenida con su propio subconsciente. Sin embargo, yo sigo pensando en lo mismo: me maravilla que se las haya arreglado para hacerse un hueco tan grande en mi interior, tanto en mi mente como en otras partes igualmente vitales, y no puedo evitar preguntarme cómo es posible que yo también proyecte ese efecto en ella. Pero son pensamientos plagados de culpa, porque ¿de qué serviría? No me puedo olvidar de que, cuando todo esto acabe, me marcharé.

—Te has vuelto a cambiar el color del pintaúñas —observo. Un comentario inofensivo para llenar el silencio. Ella extiende una mano, como si quisiera comprobarlo. Hoy las lleva pintadas de naranja claro.

—¿Te has fijado?

—Te las cambias muy a menudo, ¿no? —contesto encogiéndome de hombros. No obstante, al ver que su sonrisa se ensancha, siento que mi pecho se expande con el mismo entusiasmo que sus labios.

—Pues sí —responde—. Wren piensa que estoy mal de la cabeza, pero creo que me las pinto unas tres veces por semana. Me relaja.

—¿Las de los pies también?

—¿Eres fetichista de los pies? —replica, entornando los ojos en una expresión adorable de fingida desconfianza.

«Tú eres mi fetiche», pienso. Por suerte, consigo reprimir la respuesta antes de que se me escape.

—Solo tengo curiosidad por ti, eso es todo. —«Sigue dejándome entrar en esa cabeza tuya. Me da la sensación de que es un lugar divertidísimo».

—Casi siempre, sí —contesta—. También las de los pies. —Me roza el brazo con el hombro y el calor ligeramente pegajoso añade una fricción que hace que mis sinapsis se precipiten al vacío—. También leo y escribo un diario. ¿Qué haces tú para relajarte?

«Se me ocurren varias cosas que me gustaría hacer».

—Ejercicio, sobre todo. Ver la televisión. Lo normal.

—¿Programas de cocina? —pregunta.

Me estremezco como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—No —contesto con pesar al tiempo que reprimo un escalofrío.

—¿Tan malos son? —se ríe—. Supongo que es como que los cirujanos vean series dramáticas de médicos. ¿No soportas ver cómo los demás lo hacen mal?

Hemos llegado a la parte del paseo que se bifurca hacia la fachada del Entre Estrellas, y decido ir en esa dirección. De repente, estoy ansioso por entrar y darme un respiro del viento y del sol. Le he dicho que tenía curiosidad por saber más sobre ella y, no sé cómo, se las ha arreglado para volver a darle la vuelta a la tortilla y centra la conversación en mí. Mientras saco las llaves, carraspeo y trato de explicarme.

—A veces es eso, pero no es porque alguien haga algo particularmente poco realista. Tampoco suelen ser apuestas muy arriesgadas, como harían en una serie de médicos. Es solo que… —Frunzo el ceño y me seco las cejas—. Yo no hago nada que sea muy importante, así que suena ridículo, pero los programas de cocina me producen… ansiedad. —El repiqueteo y los chirridos del metal, los gritos, el calor, el humo y el vapor… Cuando estoy en el trabajo me anestesio y me aíslo todo lo que puedo, ¿por qué querría

experimentarlo también durante mi tiempo de ocio? Noto sus dedos fríos en el antebrazo y me estremezco.

—¿Cómo que no haces nada muy importante? —pregunta con una expresión de preocupación.

Fuerzo una carcajada justo cuando llegamos a la puerta.

—No me dedico a salvar vidas, Sage. Y tampoco estoy en peligro real. Me dedico básicamente a hacer mierdas pretenciosas con métodos más complicados de lo necesario.

Parece desolada ante mi respuesta, y no soy capaz de decidir si quiero decir algo sarcástico para quitarle hierro al asunto o enterrar la cara en su cuello y dejar que me consuele.

—Todos los acontecimientos relevantes de la vida se celebran con comida, todos, literalmente. ¿No te parece importante?

—Pero yo no hago «comida». No hago lo que necesitas para nutrirte.

—Puede que no, pero, en el fondo ¡así son las cosas! Hay mucha gente que no busca comer sin más. Hay quienes queremos que nos nutran de… No sé, de otra cosa, cuando vamos a esos sitios —insiste con entusiasmo. Abro la puerta del Entre Estrellas y se la aguanto para que pase. Ella da un paso hacia mí y me sostiene la mirada con fervor—. ¿Cómo puedes decirme todas esas cosas sobre cultivar flores, ¡flores!, y no pensar lo mismo sobre lo que haces tú? Sobre todo cuando has demostrado con creces que lo haces muy bien. ¡Has ganado premios, Fisher!

Suelto un gemido.

—¿Me has buscado en Google? —Me preocupaba que lo hubiera hecho después de que su hermano sacara el tema el otro día.

Se sonroja.

—En fin, qué más da… Pues mira, sí, claro que te he buscado. Después del día de la biblioteca. —Abre los brazos en un gesto de frustración y luego deja caer las manos sobre sus muslos con un manotazo. Mientras tanto, yo trato de reconciliarme con el hecho de que, sin duda, eso quiere decir que ya hace algún tiempo que también está enterada de toda la mierda. ¿Y nunca me lo ha echado

en cara?—. ¡¿El chef más prometedor según la revista *Food & Wine* a los veinte años?! ¡Ni siquiera era legal que bebieras alcohol!

—«Legal» es la palabra clave aquí —mascullo.

—¡¿Un premio de la Fundación James Beard a los veintidós años?! ¡Y tienes tres putas estrellas Michelin, por cierto!

Cruzo la puerta de entrada, aunque lo que en realidad estoy buscando es una forma de dejar de hablar de esto.

—Exacto. Y no.

—¡¿Exacto qué?! —Ella me sigue, vociferando, y me coge otra vez del antebrazo con suavidad, lo que me obliga a girarme hacia ella. Tiene los ojos brillantes y una vena muy marcada que le palpita en la frente. Me siento confundido y sin rumbo. He empezado una conversación con la esperanza de conocer más sobre ella y he acabado así, abierto en canal y con el alma desnuda. No tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí, pero el corazón me late desbocado por tenerla tan cerca, y creo que puede que se lo diga y ya está. Le voy a confesar lo que pienso y voy a permitirme parecerle tan patético como me siento.

—Lo que quiero expresar es que esa es justamente la razón por la que no tengo motivos para sentirme tan condenadamente desgraciado. Conseguí lo que quería. Cumplí mi puto sueño y luego me quedé vacío. Y encima fui y lo jodí todo. —Respiro hondo varias veces antes de añadir—: No sé cuánto habrás leído, pero supongo que descubriste que también perdí una de esas estrellas.

La tensión se deshace visiblemente en ella, y todo se suaviza. Y entonces hace algo que no me esperaba. No intenta decir nada que me tranquilice o que le quite hierro a lo ocurrido, no me presiona para que le dé más información ni tampoco me da la razón. Simplemente, su ceño fruncido se suaviza, desaparece, y entonces da un paso al frente y me abraza.

Es una desgracia. Una agonía. Una dicha suprema. ¿Por qué cuando alguien te abraza e impide que te derrumbes puede hacerte sentir, al mismo tiempo, que estás a punto de romperte en mil pedazos?

Sus brazos rodean mis costillas y se cruzan en mi espina dorsal. Noto que cierra las manos en sendos puños y que los presiona con fuerza contra mí, como si estuviera haciéndome una especie de maniobra de Heimlich, pero a la inversa.

Yo exhalo despacio y me abandono a su abrazo y apoyo la mejilla en lo alto de su cabeza. Su aroma invade todos mis sentidos. Es cítrico y dulce, como esas nubes de malvavisco ridículas que hicimos para una serie de *s'mores* en mi primer trabajo como *sous-chef*. Recuerdo las nubes cuadradas de malvavisco con pétalos de naranja mojadas en chocolate y luego espolvoreadas con pistachos machacados.

—Gracias —le digo con la boca pegada a su pelo y la voz ronca.

Responde con una carcajada que me hace vibrar por todas partes.

—¿Por qué?

—Por el abrazo —contesto—. Y por no decirme que soy un capullo llorica y desagradecido que no es consciente de su privilegio.

Levanta la vista para mirarme, aunque su pelo se queda enganchado a mi barba de pocos días.

—No pienso eso. No lo pienso en absoluto, Fisher.

Le aliso la arruguita que tiene entre las cejas con aire juguetón. Me siento tentado de acariciarle el labio inferior. Cada parte de mi cuerpo se siente tentada de tocarla en algún lado. La miro a la boca unos segundos de más, y siento que contiene el aliento. Pienso en ello. En besarla. Lo pienso un instante, y ese momento se alarga y se alarga…, pero no. Me estaba reconfortando, y me niego a malinterpretarlo o a arriesgarme a aprovecharme de ella. Me separo con suavidad, le dedico una sonrisa de agradecimiento antes de perder la compostura todavía más y me vuelvo hacia la sala.

—¿Quieres echarle un vistazo conmigo? —pregunto, tras señalarlo con el brazo.

Una expresión que no logro descifrar se adueña de sus rasgos.

—Vale.

El restaurante principal sigue siendo como un lienzo en blanco. La estructura y los tabiques ya están terminados, pero el sobrino de Walter es albañil y esta semana va a empezar a trabajar en las partes de ladrillo visto que se tienen que reformar. Carlie ha contratado a uno de los hermanos de Martha O'Doyle para los trabajos de fontanería y a su hermana para pintar el interior. Me ha dicho que lo único que está casi completo es la cúpula del observatorio, porque necesitaban trabajadores más especializados.

—Al parecer, en Bend hay una cervecería artesana con uno de estos —le digo a Sage, y señalo uno de los marcos de las ventanas de la torre—. Carlie bromea con que quizá le dieron algún *brownie* psicodélico cuando fue, pero que se trató de una experiencia inmersiva como pocas. «Buena comida, amigos y un viaje a través del tiempo y el espacio» —la cito.

—Me cae bien. Parece inteligente —contesta Sage.

—Tú le encantarías, eso seguro —repongo. Luego señalo el observatorio con la cabeza—. ¿Quieres subir? El ascensor todavía no funciona, pero podemos ir por las escaleras.

Salimos y subimos por las escaleras de caracol que envuelven la torre por el exterior. Hacemos una pausa al llegar a la plataforma de la segunda planta para admirar las vistas. Sage esboza una amplia sonrisa para sí misma al contemplarlo todo. Quizá, donde yo veo una bonita estampa del océano y los campos de césped, ella vea recuerdos y muchas otras cosas.

—Y tú intentando decirme que el pueblo no tiene encantos ocultos… —bromeo, mientras observo su expresión. Ella sí que es encantadora.

—Vaaaale —admite—. Puede que sí que haya alguno que otro. —Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Por qué los odias?

—¿Odiar el qué? ¿Los pueblos pequeños?

—Sí. —Ladea la cabeza y me mira de forma inquisitiva, con los ojos muy abiertos.

—Puede que «odiar» sea una palabra muy fuerte.

Al ver que no digo nada más, me hace un gesto para que continúe, pero, en lugar de eso, me palmeo los vaqueros para encontrar el móvil y busco el código de la puerta para que podamos entrar.

Dejo que se me acostumbre la vista a la luz del interior. El suelo es de azulejos brillantes negros y azules, y da paso a las paredes decoradas a juego, con formas laberínticas pintadas por todas partes.

—Quizá sí que había tomado drogas psicodélicas cuando decidió hacer esto —murmuro, con la esperanza de distraerla unos minutos con este intento de chiste. Sin embargo, Sage sigue mirándome con una expresión astuta, así que suspiro y vuelvo al tema que nos ocupa—: No odio los pueblos pequeños. Lo que pasa es que creo que tienen un lado oscuro que la mayoría de la gente no conoce.

—¿Me explicas lo que quieres decir?

«No». Estoy a punto de contestarle eso. Pero ¿qué más da? Al fin y al cabo, ya me he abierto del todo a ella.

—Supongo que empecé a pensarlo de joven, cuando comencé a fijarme en ciertas cosas, como… Por ejemplo, cuando todavía era pequeño, mis padres abrieron una bocatería en el pueblo. No era un restaurante de una cadena ni nada por el estilo, solo un pequeño local familiar. Mi hermana y yo hacíamos galletas de caramelo en casa, con mi madre, y llevábamos una hornada recién hecha a la tienda cada día. —Me está mirando como si ya supiera cómo va a terminar la historia, con los labios apretados en un gesto comprensivo. Se la sigo contando de todos modos—: Pero nadie quería darle dinero a unos forasteros. Hasta un adolescente del pueblo les destrozó el local una vez. —Me río con amargura—. Mis padres no pretendían hacer fracasar el negocio de nadie. Solo querían compartir con el pueblo algo que amaban hacer y ganarse la vida con ello. Te puedo asegurar que no estaban tratando de establecer un monopolio en la América más desabrida. Sin embargo, cualquiera diría que era lo que pretendían, teniendo en cuenta lo escasa que era su clientela. Y todo porque ya había otra familia que

tenía una bocatería a unas manzanas de la suya. —Acaricio la tela protectora que cubre uno de los telescopios—. Quebró en menos de un año.

»Después de aquello, creo que siempre me sentí separado de los demás, o algo así. Vi que los sitios pequeños pueden ser muy cerrados, y las mentes también. En el colegio se metían conmigo; me costaba mucho hacer amigos. No quería ser un idiota que no se dedicaba más que a comer maíz y a destacar en deportes de equipo; quería una vida más allá del instituto, así que sobra decir que no encajaba mucho —añado con amargura. Me muerdo la lengua antes de contarle también la historia de Freya. Antes de narrarle que ver cómo la maltrataban a ella me hizo odiar todavía más aquel lugar.

—¿Por eso fuiste a la escuela de cocina? —pregunta Sage.

—Supongo. Allí no había muchas opciones para cenar bien, si se tiene en cuenta que hasta las posibilidades más sencillas eran limitadas. —He recorrido toda la sala circular y he vuelto hasta donde está Sage. Ahora nos hallamos cara a cara—. Recuerdo que… Recuerdo que me creía mejor que ellos. Que yo era especial. Y también estaba seguro de que sería más feliz que ellos.

Se oye un ruido tras la puerta que llama nuestra atención. Indy, Sam y otro amigo entran en la sala. Doy por hecho que Sam también puede ver dónde está Sage en su móvil, lo mismo que ella lo supo la otra noche, cuando yo los estaba buscando. Indy me presenta a Blake, a quien Sage ya conoce, pues es un antiguo estudiante suyo.

—¿Puedo pasar el resto del día con ellos? —pregunta Indy.

—Claro. —Ojalá conociera una forma de decirle que estoy orgulloso de ella por adaptarse tan deprisa para hacer nuevas amistades, pero me imagino que solo conseguiría ganarme una de sus miradas fulminantes y avergonzadas—. Pero no vuelvas tarde, ¿de acuerdo? Los dos empezamos mañana temprano y necesitamos dormir.

—¡Exacto! —interviene Sage con su característica sonrisa radiante —. Vosotros empezáis la escuela de verano y nosotros empezamos

oficialmente nuestro entrenamiento.



Capítulo 18

Sage

En un giro dramático de los acontecimientos, vuelvo a estar despierta antes del alba. Hoy, sin embargo, creo que es de pura emoción.

No puedo decir lo mismo de Fisher.

Mientras me tomo el café, atisbo su silueta cruzando el prado, con el traje de neopreno colgando de un brazo y los andares más desanimados que le he visto nunca. Sable empieza a bailar claqué con las uñas sobre las baldosas de la galería en cuanto lo ve. Abro la puerta lateral antes de que le dé tiempo a llamar, y él parpadea como si acabase de alumbrarlo en la cara con una linterna.

—¿Por qué no estás vestido? —Pretendía preguntárselo en voz baja, pero, en el silencio de la mañana, mi voz tiene la misma sutileza que una bocina.

—¿Café? —Es su única respuesta. No sé si era una pregunta o un prerrequisito para interactuar. En cualquier caso, lo llevo a la cocina, saco una taza y se la paso mientras trato de armarme de paciencia. Me quedo al lado de la encimera, pero él se arrastra hasta la mesa y se sienta en una silla, frente a mí.

Guardo silencio hasta que casi se lo ha terminado, y entonces decido tantear de qué humor está y expreso un poco el mío.

—Todo esto es precioso por la mañana —comento, con la voz henchida de emoción—. Es como si emanara vapor de todas las

superficies, como si los dragones también se estuvieran despertando, o algo así. —Suspiro feliz—. El silencio es casi completo y todo está muy tranquilo, y el agua… Bueno, el agua está fría como un témpano, pero también te refresca, ya lo verás. En el sitio adonde iremos hoy hay focas por todas partes, y el otro día vi un par de nutrias. Va a ser maravilloso, Fisher. —Él exhala, cansado, y se ríe. Se pasa las dos manos por la cara antes de coger su taza vacía y volver al lado de la cafetera—. No eres muy hablador por las mañanas, ¿eh? Supongo que el día que me trajiste la comida fue una excepción —canturreo—. No pasa nada. Puedo esperar. Una cosa más con la que ganarme tu favor.

Se las arregla para mantener el contacto visual mientras se bebe la segunda taza de café entera. Y me parece que es casi injusto que hasta estar cansado e hinchado le siente tan bien. ¿Cómo es posible que sea guapo incluso tan temprano, cuando está así de malhumorado? Lo único que consiguen las suaves ojeras que le enmarcan los ojos es hacerlo parecer más real, más presente. Está aquí, en persona, en mi cocina, con la cabezota de mi perra justo debajo de las costillas. Mientras la rasca entre las orejas, Sable lo mira como si le fuese a regalar la luna, con una adoración tan descarada en su carita perruna que creo que debería darnos vergüenza a las dos. La lengua le cuelga por un lado de la boca y yo reprimo el impulso de poner los ojos en blanco.

—¿Qué llevas debajo de eso? —me pregunta, y su voz adormilada me eriza la piel al instante. Cuando se da cuenta de que lo estoy mirando perpleja, suelta una especie de gruñido soñoliento y se frota los ojos—. O sea, ¿solo el bañador? —aclara, y levanta su neopreno en el aire—. No sabía qué tenía que ponerme debajo.

—¡Ah! Sí. Tienes que llevar la menor cantidad de ropa posible. —Y entonces, gesticulando de forma agresiva con los brazos, añado—: O sea, para que estés cómodo, quiero decir.

—Claro.

—Claro —repito como un loro.

Y, porque los milagros existen, conseguimos evitar intercambiar más frases incómodas con posibles dobles sentidos sexuales y, una vez se ha cambiado, vamos al establo a buscar la canoa. Es bastante fatigoso, pero, con algunos descansos, conseguimos bajar con ella por el sendero.

—Muy bien —digo cuando ya la tenemos varada en la orilla—. Esta es Connie.

Enarca las cejas en una expresión divertida.

—¿La canoa?

—Todo barco merece un nombre. Connie será nuestra canoa oficial en la carrera, así que tenemos que tratarla bien.

—Sí, mi capitana —contesta con ironía, rematando la analogía de los piratas. Ahogo una risilla nerviosa.

Entre que nos hallamos al lado del agua y la expectación que siento por estar a punto de hacer esto por fin, mi mente entra en un estado de hiperconcentración, así que empiezo a darle las instrucciones que ya había planificado mentalmente. Cuanto antes lo ponga al día, antes podremos entrenar en serio.

—Hoy cubriremos todos los aspectos básicos —le informo—. Primero, las cuestiones de seguridad; luego, donde va cada cosa, cómo nos moveremos, cómo trabajar con ritmo, los golpes de pala del otro, etcétera.

Él me lanza una mirada torturada y luego se encoge de hombros con aire indefenso.

—Por supuesto —murmura mientras toquetea su chaleco salvavidas, con la luz naranja del alba a la espalda.

—Espera —le digo. Le aparto las manos de un manotazo y termino de subirme mi chaleco antes de encargarme del suyo, liberando la cremallera de donde se ha quedado enganchada y subiéndola con un único movimiento fluido. Al ver que se pone rígido cuando lo toco, intento atarle las hebillas lo más rápido posible, pero termino pellizcándome la punta del dedo con las prisas—. ¡Ay! —protesto con una mueca. Me meto el dedo en la boca. Veo por el rabillo del ojo que Fisher traga saliva, pero cuando levanto la vista él

aparta la mirada. Puede que la cafeína todavía no le haya hecho efecto, o quizá sí, y por eso está tan agitado.

En cualquier caso, yo sigo a lo mío. Estoy demasiado emocionada como para entretenerme.

—Primero hablaremos de las palas de remo —prosigo. Pongo mi voz de profesora; es inevitable—. Estoy segura de que también los has oído llamar remos, pero, técnicamente, esto es una pala. Los remos están enganchados a la canoa y la propulsan en la dirección opuesta hacia la que está mirando el remero, como en las regatas de remo. En nuestra carrera solo se permiten palas de una sola hoja, así que los dos estaremos mirando hacia delante y nos impulsaremos del mismo modo. Aunque las canoas ya no tienen que estar hechas completamente de madera, en honor a la tradición, las palas sí. —Espero a que asienta para confirmarme que lo ha entendido antes de continuar. Cojo mi pala y se la muestro, aguantándola entre los dos—. Esta parte de aquí, de arriba del todo, se llama pomo. Siempre tendrás una mano en el pomo y la otra aquí, en la pértiga.

Se ríe secamente echando la cabeza hacia atrás, como si estuviese escudriñando el cielo.

—Byrd, salgamos de una vez, por favor —protesta con voz ronca —. Soy más de aprender con la práctica.

Si cree que con su enfado me va a intimidar, está muy equivocado. Con tres hermanos mayores, puedo asegurar que tengo mucha experiencia siendo un fastidio para otros e insistiendo contra viento y marea.

Sin embargo, aparto el resto de mi lección (por el momento) y lo sigo, porque ya va camino de la canoa dando fuertes pisotones. Y, sobre todo, no me quedo mirando sus firmes (y sorprendentemente macizos) muslos, ni el culo, que se le aventura igual de duro debajo del traje de neopreno.

—Vale, está bien. Soy flexible —canturreo.

—Seguro que sí —gruñe él.

Deslizamos la canoa en el agua, nos colocamos en nuestros sitios designados sin más berrinches y, sin volcarla, arrancamos, por decirlo de algún modo.

Yo empiezo a parlotear sobre las distintas partes de la embarcación y le explico que he colocado los asientos de modo que estemos cara a cara solo para esta clase en particular. Hoy, yo remo desde la popa, mientras que él va en el asiento de proa. Cuando llevo unos veinte minutos de lección, salta a la vista que lo estoy sacando de quicio otra vez.

—Tenemos que cambiarnos de sitio o algo así —me interrumpe de repente, mientras le enseño con cuánta fuerza hay que coger la pala y cómo de lejos se debe mantener del cuello—. Contigo ahí, remando, me da la sensación de que solo me falta un parasol —protesta.

—¡¿Un parasol?! —Me echo a reír—. ¿Así vestido?

—¡Ya sabes a qué me refiero! Tendría que ser yo quien debería estar dándote… ¡Joder! ¡Lo que quiero decir es que debería ser yo quien debería estar dándole a la pala! —grita, y luego esconde la cara entre las manos.

—Está bien, está bien. De todos modos, es el momento perfecto para la clase de vuelque. Lo primero que hay que aprender es cómo recuperarse si volcamos.

Baja las manos con una exasperación casi palpable.

—Supongo que ahora dirás algo sobre que yo te vuelque a ti, ¿no? —gruñe.

Frunzo el ceño y me pongo tiesa al oír su tono de voz.

—Bueno, imagino que puedes, si quieres. O te puedo volcar yo a ti, o ¿quizá podamos hacerlo juntos?

—Ah, no, Sage, el que te va a volcar voy a ser yo.

—¡Estupendo! Estoy lista cuando tú lo…

El impacto del agua fría siempre me coge por sorpresa. El aire se me congela en los pulmones y el océano helado se me pega a la piel desnuda de las mejillas. El agua que consigue colarse dentro del

traje de neopreno no tarda en atacarme también, aunque enseguida empieza a calentarse.

Salgo a la superficie riéndome y busco a Fisher, pero no lo encuentro, ni a él ni a su pala.

—¿Fisher? —lo llamo.

Oigo unos ruidos amortiguados en el interior de la canoa volcada y voy nadando hacia ella, cogiendo mi pala por el camino. Aquí, en el estuario, las aguas están calmas y su profundidad máxima debe de ser de unos tres metros. Me sumerjo de nuevo, paso bajo el costado de la canoa y, cuando salgo, lo encuentro allí, tal y como esperaba, con su pala flotando al lado de su hombro. No parece sorprenderse de que lo haya descubierto.

—¿Te escondes de mí? —le pregunto, y mi voz reverbera por el casco que nos cubre.

Él sonríe y niega con la cabeza.

—Sabía que me encontrarías.

Su mirada se detiene sobre mi boca justo antes de recorrer el resto de mi rostro, de un modo que normalmente me ruborizaría, pero que, ahora, solo hace que se me erice la piel. Me arde el cuero cabelludo, a pesar de lo helada que está el agua. Además de los sonidos de nuestra respiración y de los que hacen las suaves olas al besar la canoa, aquí dentro estamos en silencio. El ruido del exterior no nos alcanza. Me da la sensación de que estamos resguardados en un rinconcito del universo, como si aquí pudiésemos decir y hacer lo que nos diera la gana, y olvidarnos de todo lo demás. Olvidarnos de todo el ruido, quizá, incluso del clamor de nuestro interior.

—Pues sí, te he encontrado —respondo, con la voz apenas más alta que un susurro. No le digo que me alegro de haberlo hecho también la noche que llegó, o que me alegro de que él me encontrase a mí en la biblioteca ese día, pero algo me dice que sabe a qué me refiero. Ninguno de los dos parece ser capaz de dejar de encontrar al otro.

La humedad hace que se le ricen las puntas del pelo contra el cuello, y sus pestañas mojadas parecen espinas alrededor de sus

ojos oscuros. Mi cuerpo se ha deslizado hacia el suyo sin que yo me haya dado cuenta. Y, cuando baja otra vez la mirada a mis labios, lamo una gota de agua salada que hay en ellos.

—Sage… —susurra con voz tensa, con la mirada clavada justo en ese punto.

En este espacio cerrado, hasta el sonido más diminuto reverbera por todas partes: mi respiración, cada vez más acelerada, su ligera vacilación antes de tragar saliva, el golpeteo húmedo del agua contra la madera, que va al mismo ritmo que mi pulso. Mi chaleco salvavidas choca contra el suyo, y entonces me agarra de la cadera con una de sus manazas por debajo de la superficie, presionando con el pulgar esa carne blanda que hay justo en el interior del lugar donde despunta el hueso. Y todo el calor de mi cuerpo se concentra ahí, en esa zona, y las pequeñas perturbaciones de nuestros movimientos hacen que las olas golpeen más rápido contra la falúa.

Es como el día de la biblioteca otra vez: lo segura que me siento con él es, de algún modo, un peligro, algo irresistiblemente tentador. La diferencia es que esta vez no tenemos ninguna excusa; aquí no hay nadie, salvo nosotros dos. No lo estoy reconfortando, ni necesito una victoria porque sí.

Solo está el deseo. Lo único que soy es deseo. Hay pensamientos que intentan abrirse paso en mi mente, palabras que debería decir y que… Y sé que más tarde tendré que reflexionar, pero quizá ahora debería seguir mi propio consejo y vivir por completo el presente. Él también me desea. Lo veo en ese color irresistible que asoma a sus mejillas, en sus pupilas, que se dilatan. Lo siento en su ritmo al flotar en el agua, que es errático y cambiante. «Quizá puedo hacer algo así —pienso—. Quizá puedo tener un rollo sin compromiso». Ya pasamos mucho tiempo juntos tal y como están las cosas. Ya somos un equipo gracias a este acuerdo, y quizá esto podría ser, simplemente, una ventaja añadida.

Una ventaja añadida y nada más, porque no puede ser ninguna otra cosa.

En cuanto me doy cuenta de que todo el ruido de mi interior está ganando volumen, es como si el deseo quisiera convertirse en algo vivo, como si quisiera gritar más que todo ese ruido. Me acerco más a él. Nuestras narices se rozan, y los dos inhalamos con brusquedad ante el contacto repentino. O tal vez solo hayamos sido mi eco y yo. Respiro su aroma un momento más, esperando una razón lo bastante poderosa que me disuada, o su rechazo. Pero, en lugar de eso, su aliento cálido se posa en mi mejilla y su mano se aferra a mi cadera con más fuerza, y decido acallar todo el ruido y acercar mi boca a la suya.

Él emite ese sonido ronco y profundo —el mismo que hace cuando come algo delicioso— y se enrosca mis piernas a sus caderas, haciendo que el agua chapotee y se mueva con frenesí a nuestro alrededor.

—Agárrate de mi cuello —me dice mientras él trata de cogerse de los bordes de la canoa para mantenernos a flote.

Yo obedezco, atrapada en una especie de trance que me lleva a inclinarme hacia él para lamerle el hoyuelo y acariciarle la mandíbula con los dientes. No sé cómo, pero sé que, de ahora en adelante, su sabor y el del agua salada serán lo que evoque siempre que piense en el sabor del verano.

Se me escapa un gemido cuando él recorre mi cuello con los labios, de arriba abajo; el agua fría que le gotea del pelo me hace cosquillas y su sombra de barba me rasca la piel sensible.

—Joder —me susurra al oído—. Qué dulce, Sage…

Me vuelvo hacia él y de nuevo captura mis labios con los suyos, mordisqueándomelos suavemente, como si quisiera saborearme. Mis caderas van por libre y se frotan contra él, instigadoras, anhelantes; ahogo un grito cuando las suyas también acuden al encuentro, embistiéndome. Me valgo de los talones para apretujarlo más contra mí, para restregarme contra su dureza, atrapada entre los dos.

Esto es imposible. Insano. Así no podemos llegar a ningún sitio. Mi mente impaciente empieza a trabajar por sí sola con todo su empeño, buscando un escenario plausible en el que podamos

quitarnos estos trajes de neopreno y tocarnos sin barreras, pero se da de bruces con la logística, que no nos lo pone fácil.

De repente, algo duro me golpea en la cabeza, tan fuerte que veo puntos blancos detrás de mis párpados.

—¡Ay! —me quejo. Alargo los dedos hacia la superficie dura que tengo encima y me inclino para ver qué es.

Ay, mierda. Me aparto de Fisher como si acabaran de prender fuego y busco mi pala a mi alrededor, presa del pánico.

—¡La ventosa! —le grito enseguida.

—¡¿UNA OSA?! ¿DÓNDE? —grita, pataleando y golpeándose la cabeza contra uno de los travesaños de la canoa.

Estoy segura de que dentro de un rato me hará gracia, pero ahora mismo creo que se me va a salir el corazón por la boca.

—¡No! ¡No hay ninguna osa! —exclamo—. ¡Lo que te estoy diciendo es que tenemos que romper la ventosa y darle la vuelta a la falúa antes de que se hunda más en el agua y tengamos que abandonarla! Tenemos que salir, y tienes que usar tu pala e intentar meterla por este lado. ¡YA!

Me obedece enseguida. Ambos nos sumergimos en el agua y nos dirigimos a la popa. Cuando salgo a la superficie, veo que ya está más hundida que ninguna de las veces que he tenido que recuperarla, pero me niego a aceptar la derrota todavía. No corremos riesgo de morir por hipotermia y somos dos personas fuertes.

—Vale, una vez consigamos que deje de hacer ventosa, tenemos que levantarla por este lado y hacerla rodar hacia allí —le explico—. En proa hay una bolsa estanca enganchada al asiento. Tienes que desengancharla y empezar a achicar toda el agua que puedas antes de que le demos la vuelta del todo.

Asiente y se pone manos a la obra.

Entre los dos, conseguimos romper el efecto de succión y levantar un lado de la canoa entre gruñidos y resoplidos. En cuanto logramos ponerla de lado, él coge la bolsa estanca corriendo y empieza a sacar agua del casco. Yo la aguanto con una mano y con la otra

intento vaciar agua también. Cuando por fin se halla en un estado que nos permite volvernos a subir, los dos estamos sin aliento, respirando con dificultad.

—Espera —digo, sin aire—. Necesito recuperar el aliento y luego… —Toso—. Luego te enseñaré cómo volver a subir.

Él también respira con dificultad a mi lado.

—¿Estás bien? —me pregunta, con el ceño fruncido de preocupación.

Lo miro a los ojos, pero enseguida aparto la vista. Necesito no pensar en lo que estábamos haciendo o nos quedaremos aquí atrapados aún más rato, mientras yo trato de recuperar el equilibrio.

—Sí, estoy bien —contesto, fingiendo haber recuperado la compostura. Fuerzo una sonrisa—. ¿Y tú?

—Sí, estoy bien —repite.

Le enseño cómo impulsarse para subir y a quedarse bien pegado al lado mientras lo hace, sin ponerse de rodillas, porque así solo conseguiría que la canoa se le deslizara por debajo y acabaría en el lado opuesto. Cuando lo ha conseguido y se encuentra estable dentro, alargo una mano y dejo que me aúpe. Esta vez, me aseguro de que esté en proa y yo le doy la vuelta a mi asiento de popa para que no estemos cara a cara. Le voy dando instrucciones vagas mirando atrás; le digo que observe cómo remo y que intente imitarme mientras volvemos a casa.

Ahora que estamos aquí, en el exterior, fuera de la seguridad de nuestro pequeño mundo del revés, las inquietudes han vuelto, aullando con todas sus fuerzas. Remo cada vez más rápido, al compás de la ansiedad que ha embargado mis pensamientos. ¿Qué quiero de él? Y, lo que es más importante, ¿qué puedo esperar de él? Además de su amistad y de que sea mi compañero este verano. No soy tan tonta como para no ser consciente de la atracción que sentimos el uno por el otro, pero también soy incapaz de mentirme a mí misma, y lo cierto es que nunca, en mi vida, he tenido una relación sin compromiso. Nunca he funcionado así, y no sé si soy capaz de hacerlo. Clavo mi pala con torpeza en el agua al pensarlo.

La boba, blanda y demasiado buena de Sage. ¿Por qué no podría ser capaz de pasármelo bien y ya está? ¿De aceptar algo que quiero por lo que es y tener un verano candente lleno de sexo sano y diversión?

Si él también está dispuesto, claro.

Ese es el único espacio que puedo darle a una persona como Fisher. Al final, la gente como él siempre se aburre de la gente como yo. Cuando acabe agosto, saldrá de aquí escopeteado de vuelta a su realidad. Al fin y al cabo, así es como llamó a este verano, ¿no? Unas «vacaciones» de su vida.

Puede que a mí también me gustara tomarme unas vacaciones de la mía. El truco estaría en mantener los límites bien definidos, en no profundizar demasiado. Aunque, teniendo en cuenta lo mucho que nos hemos abierto ya el uno con el otro, retroceder en esto tal vez resulte difícil.

Dios, esto me saca de quicio. El primer amigo que he hecho en años, una persona que me está ayudando a hacer por fin algo que he querido durante mucho tiempo, y voy y me cuelgo de él como una tonta.

Remamos hasta casa en silencio, con este estúpido traje de neopreno y un nudo en las entrañas que está más apretado con cada segundo que pasa. Cuando por fin llegamos a nuestro trocito de playa en forma de medialuna, me bajo de la canoa casi de un salto.

—¡No hace falta que la volvamos a subir! —le informo, mientras cojo uno de los travesaños para arrastrarla hacia la orilla, sin mirarlo a los ojos.

—Sage…

—Tengo un escondite ahí detrás donde puedo guardarla. Aquí no viene nadie más, así que está segura.

—¡Sage!

Cierro los ojos y hago acopio de coraje antes de, finalmente, mirarlo. Se me cae la mandíbula al suelo al ver que se ha quitado la mitad superior del traje de neopreno.

—Lo siento —se disculpa, con ese pecho desnudo y mojado—. Tenía mucho calor y me estaba apretando mucho —explica rápidamente antes de añadir—: Debemos hablar sobre ese beso, ¿verdad?

Miro al cielo para evitar mirarle el torso y el pelo que le salpica los pectorales y que se transforma en un camino que baja por su abdomen.

—No pasa nada, Fisher. No hace falta. Probablemente ha sido una mala idea.

—Eso no lo dudo —coincide, y vuelvo a mirarlo a los ojos.

—Ya —contesto enfadada—. Pero, solo por curiosidad, solo por saberlo… ¿Por qué, exactamente, te parece una mala idea?

Se frota la nuca, y los bíceps se le tensan, firmes, con el gesto.

—Porque, Sage… Soy un puto desastre.

Maldito sea por ello. Por cargarse él con la responsabilidad en lugar de ponérmelo fácil y decir algo del estilo de «Porque, mi dulce pueblerina veraniega, sé que acabarías sintiendo algo por mí, y soy un tipo decente que no quiere hacerte daño».

—Todos somos un desastre, Fisher. Pero mira, en serio, no pasa nada. No tienes que preocuparte de que vuelva a confundir todo esto otra vez, ¿vale? —le contesto, señalándonos a los dos—. Somos amigos. Solo me he dejado llevar un momento. En fin… qué se puede esperar de una chica de pueblo con chiribitas en los ojos y todo el rollo.

—No hagas eso —replica con dureza—. No te puede hacer daño si lo llevas por bandera, ¿no? Eso es lo que dijiste el otro día. —Su expresión se suaviza—. Como «amigo» tuyo que soy, he que decirte que no me gusta nada que trates de hacerte de menos. Y lo siento mucho si te he menospreciado alguna vez. Estaba equivocado. —Resopla, frustrado—. Pero no sé cómo defenderte de ti misma, Sage.

Observo su rostro en silencio, perpleja. Él recorre parte de la distancia que nos separa.

—Soy un puto desastre porque estoy sin rumbo. He pasado demasiado tiempo apretando los dientes y tragando mierda, y ahora

estoy tratando de descubrir por qué. Estoy cuestionando mi carrera, una carrera que ya no tengo, Sage. Será mejor que aclare esta cuestión para no dejar lugar a dudas: me despidieron. También estoy cuestionando muchas de las decisiones que he tomado en esta vida y, por si con todo eso no tuviera bastante presión, ahora tengo a mi cargo a una chica de quince años que depende de mí y a la que ya he fallado de una forma terrible.

—Fisher…

—Lo siento, pero debo desahogarme y poner todas las cartas sobre la mesa antes de volver a cagarme de miedo, ¿vale? —me interrumpe, con un gesto de dolor en la boca. Cuando asiento, prosigue—: Además, soy su padrino. Se me nombró oficialmente para ser su tutor y toda la pesca. El día que mi hermana me llamó para pedírmelo, tenía prisa por colgar. Y no me acuerdo de por qué tenía prisa, claro, pero sí que recuerdo todas y cada una de las palabras que me dijo durante aquella conversación. ¿Y sabes qué ocurrió cuando llegó el momento y se suponía que tenía que hacerme cargo de Indy? —Las emociones le endurecen el rostro—. La abandoné, joder. —Se le rompe la voz, y siento una absoluta desesperación por abrazarlo—. Mis padres se ofrecieron a cuidar de ella, y yo se lo permití, sin más. Y no lo hice porque estuviera luchando contra algo como una adicción, o porque no fuera capaz de afrontarlo económicamente. Fue porque no sabía cómo hacerla encajar con la carrera de la que, de todos modos, ya estaba medio desenamorado. Porque me daba la sensación de que no sabía lo que estaba haciendo, pero todavía me aferraba a aquella mi vida con todas mis fuerzas, y me aterrorizaba que entrase algo más que escapara a mi control. Y ¿adivinas qué? Ninguna de esas cosas ha cambiado. Supongo que lo que estoy haciendo, por fin, es enfrentarme a la verdad e intentarlo. Esto que ves soy yo, intentándolo, y sigo siendo un desastre. —Me mira a los ojos, primero a uno y luego al otro—. A veces me siento tan perdido dentro de mi propia cabeza que tengo que acordarme de que debo respirar, Sage. Yo… Hasta que empecé a pasar tiempo contigo, era

como si me hubiera olvidado de cómo estar presente. —Se ríe de la forma más triste que he visto nunca—. Pero creo que tú haces que sea difícil no estar presente. —Lo miro boquiabierta, estoy segura, pero él sigue hablando—: No es mala idea que seamos amigos. Me alegro de que podamos contar el uno con el otro, y de que estemos haciendo esto. Aunque me tenga que levantar a una hora criminal. —Se le marca un músculo en la mandíbula y exhala despacio por la nariz—. Y no te voy a mentir, Sage. Te deseo. Más de lo que debería, creo, pero desear me hace sentir bien. —Una sombra del más puro anhelo se le dibuja en el rostro—. Sin embargo, no sé qué puedo ofrecerte más allá de lo que podamos ser el uno para el otro durante unos meses. Amigos, compañeros de equipo. Amigos con derecho a roce, por falta de un término mejor que ese. Y estoy cansado de decepcionar a la gente, Sage. A mí mismo incluido. —Me lanza una mirada fugaz a la boca, pero la aparta igual de rápido—. Aunque te prometo que no te decepcionaría en todo. —Esboza una sonrisilla y me muerdo el interior de la mejilla para tratar de contener las mariposas que revolotean en mi estómago. Se pone más serio—. Pero sé que sí te decepcionaría si te diera esperanzas.

Básicamente, ha confirmado lo que ya sabía, pero escuchar su explicación, comprender que se siente igual de inseguro… Me hace pensar que corre tanto riesgo como yo de hacerse daño.

No me sorprende que no hagamos más que encontrarnos el uno al otro. Estoy empezando a comprender que es bueno querer algo más para mí y para mi vida, desear lo nuevo y lo desconocido, y él está tratando de aprender cómo aferrarse menos a las cosas. Tratando de aprender a soltar amarras. A dejar de tener el control, a dejar ir el arrepentimiento y la vergüenza.

—Creo… —digo—. Creo que lo mejor es que nos obliguemos a esperar. Solo para asegurarnos de que esto no haya sido algo fortuito provocado por un entorno tan romántico. —Porque, pase lo que pase, si damos ese paso, en la hipotética mañana de después las cosas serán incómodas. Nos queda casi un verano entero al que tenemos que sobrevivir, y yo necesito mantener el romance a raya.

Él no logra contener una sonrisa.

—No hay nada más romántico que sumergirte en agua helada en el gélido Pacífico antes de las siete de la mañana, siempre lo he dicho.

Me río.

—Es un dicho bastante específico.

Da un paso hacia mí.

—No creo que haya sido algo fortuito. ¿Sabes por qué? —me pregunta.

—¿Por qué?

—Porque ha pasado hace al menos media hora —contesta, acercándose a mí peligrosamente, tanto que la temperatura cambia al instante— y todavía la tengo dura.

El deseo hace una voltereta y sube por mi espalda, húmedo, una y otra vez. Bajo la vista para ver si me ha dicho la verdad, pero la parte superior del traje de neopreno que cuelga me lo impide. Y, de todos modos, él me alza la barbilla para que lo mire.

—¿Puedes hablar tanto rato y seguir teniéndola dura? —pregunto como una boba.

—Cariño, empiezo a darme cuenta de que, cuando se trata de ti, no sé de qué soy capaz, pero me gustaría descubrirlo. —Sonríe—. Haré lo que tú me pidas. Y nuestro acuerdo sigue en pie, decidas lo que decidas.

Intento tragar saliva, aunque tengo la garganta seca.

—Vale —contesto con voz temblorosa, y entonces me doy la vuelta y me aparto.



Capítulo 19

FISHER

Hace cuarenta y ocho horas de nuestra primera clase de canoa y todavía no he sabido nada de Sage. Intento no darle demasiadas vueltas. Puede que fuera demasiado sincero, o quizá… ¿La habré ofendido al proponerle que seamos amigos con derecho a roce?

Supongo que es lo mejor. Tampoco creo que lanzarme a sus pies sea lo más inteligente por mi parte. Lo único que sé es que lo deseaba.

Pero el deseo no es siempre la razón más sabia para tomar una decisión, y no quise dejar de mencionarlo.

De momento, las cosas con Indy siguen yendo bastante bien. Creo que hoy le ha molestado que fuese a buscarla a la escuela de verano en lugar de dejar que Sam o Blake la llevaran a casa, pero lo ha disimulado bien. A pesar del ligero malestar que he sentido durante todo el día por cómo están las cosas con Sage, Indy y yo nos las arreglamos para pasar una tarde agradable. Ella hace sus deberes en la isla de la cocina mientras yo preparo una *panzanella* y me bebo una jarrita de vino.

Después de cenar, nos sentamos en el sofá del salón a ver reposiciones de *Friends* y, justo cuando noto que me empiezan a pesar los párpados, me pregunta:

—¿Te contó mamá alguna vez lo de los turnos del coche?

Me incorporo y busco entre mis recuerdos.

—Creo que no.

Niega con la cabeza.

—Esos grupitos de madres estúpidas… Fueron siempre unas zorras con ella. Cuando yo era pequeña y jugaba al fútbol, nunca la dejaban participar en los turnos para llevarnos en coche.

Al volver a pensar en ese pueblo y esa gente, siento que la ira me abrasa el pecho.

—Perdona por no haber estado ahí, Indy. Con las dos.

Frunce el ceño y se acurruca más en el sofá, sentándose encima de sus pies.

—No tienes la culpa de que fueran unas capullas descerebradas.

—¿Debería decirte que no digas palabrotas o…? —La verdad es que no tengo ni idea, si soy sincero.

Ella se limita a encogerse de hombros con los brazos cruzados, y descansa las manos en los costados de su cuerpo.

—¿Sabes qué? La madre de Sam también lo tuvo con dieciséis años. Pero, por lo que veo, no parece que aquí le colgaran la letra escarlata.

La tristeza que me atraviesa el pecho me golpea con tanta fuerza, de un modo tan certero, que me entran ganas de clavarme las uñas en la carne y arrancármela. ¿Cómo se atrevía esa gente, que no valía nada, a tratar a Freya así, como si fueran mejores que ella, como si merecieran siquiera respirar el mismo aire que ella, que era buena en exceso?

—La madre de Sam ya debía de ser una de ellos —deduzco—. Ya sabes que los pueblerinos protegen a los suyos.

Al cabo de unos segundos de silencio, dice:

—Creo que todavía estoy enfadada con ella. Nunca entenderé por qué se empeñó en que nos quedáramos allí.

El dolor se me clava tan hondo que me lo puedo imaginar estrujándome los huesos.

—A mí también me gustaría saberlo —confieso con voz ronca—. Tampoco sé por qué el abuelo y la abuela siguen allí. —Al fin y al

cabo, ellos fueron los primeros parias. Los que acabaron obligados a buscar trabajo a dos pueblos del lugar.

—Supongo que porque, a estas alturas, ya están adoctrinados —contesta con amargura—. La yaya tiene un grupo con el que va a jugar a los dados y todo.

—¡Te estás quedando conmigo!

—Ya me gustaría —contesta, rabiosa.

No sé qué hacer con esa información, así que no intento ofrecerle ninguna explicación ni hago ningún comentario.

—Lo siento, Indy —opto por decir. He tratado de disculparme de forma indirecta muchas veces, pero siempre en conversaciones tensas en las que me dedicaba a exponer todas mis excusas y justificaciones. «Pensaba que sería lo mejor para ti. Pensaba que los abuelos lo harían mejor que yo». Ahora que parece que vamos descubriendo cómo salir adelante sobre la marcha, me arrepiento de los años que he perdido, cuando podríamos haber estado haciendo lo mismo—. Debería haber estado a tu lado. Es lo que tu madre me pidió, y siento mucho no haberlo hecho.

Se limita a mirarme durante varios segundos.

—Me alegro de que estemos juntos ahora —dice.

—Yo también.

Esbozamos la misma sonrisa de labios apretados a la vez, esa tan típica del Medio Oeste, y nos echamos a reír de inmediato. Y luego nos envuelve un silencio cómodo, una vez más, y seguimos sentados ante el brillo de la televisión.

Cuando se acerca el final de otro episodio, Indy dice:

—¿Sabías que el día del accidente mamá volvía a casa de una de esas reuniones de *marketing* multinivel que en realidad son estafas piramidales? Mira que hay cosas estúpidas en este mundo. Es como si hubiera muerto tratando de encontrar a su gente. Tratando de encontrar algún sitio en el que encajar de una vez.

Una lágrima rueda en silencio por su mejilla. El parecido con Freya es insoportable. Contengo el impulso de esconderme de mi propio dolor, una estrategia a la que he recurrido durante mucho

tiempo. Demasiado. Si Indy puede ser tan valiente como lo está siendo ahora mismo, yo también puedo. Dejo que se apriete aún más el nudo de mi garganta y me rindo ante mis lágrimas, que aparecen en silencio.

—Cuando era más pequeña, pensaba que quizá nos podríamos mudar a Nueva York algún día, para estar cerca de ti —admite—. Pensaba que si conseguía salir de allí, podríais acabar siendo, no sé, como Ross y Monica. Como si ella pudiera ir a una cafetería, sentarse en un sofá y encontrar una nueva vida para las dos, así, milagrosamente. —Se ríe de forma poco convincente, como si no quisiera que yo pensara que habla en serio, o como si quisiera darme a entender lo ridícula que le parece ahora esa pequeña soñadora—. Y que yo fuera la niña con la madre adolescente o la que no tenía padre habría dado igual, porque habríamos vivido en un mundo completamente distinto, ¿sabes? No habríamos sido las mismas personas intentando cumplir los mismos sueños vacíos, mediocres y provincianos de sus padres en el mismo puto sitio, todo el mismo tiempo.

Me rompe el corazón que ella vea las cosas así, pues yo siempre las he visto del mismo modo. Sin embargo, no sé si contarle mi experiencia desde aquí, desde el otro lado, ayudaría mucho a su cinismo, teniendo en cuenta cómo me está yendo a mí.

Pienso en Sage y en su incansable determinación por hacer algo hermoso con lo que está al alcance de su mano, a pesar de las tragedias que han marcado su vida. Si puedo ayudar a Indy a conseguir esa mentalidad, creo que las cosas le irán bien, sin importar dónde acabe.

—En mi opinión, encontrar a la gente adecuada, a tu gente, puede ser lo que hace que te sientas en casa, sea donde sea —apunto.

Selecciona el siguiente episodio sin mirarme.

—O puedes aprender enseguida que no existe ninguna persona que tenga ese poder. El poder de hacerte feliz. Así que descubres qué es lo que quieres tú y dónde lo quieres, y vas a por ello. Como

hiciste tú. —Otro latigazo de dolor—. Y, quizá, tu gente sea la gente que encaje ahí.

Me descubro reflexionando sobre eso hasta mucho después de que se quede dormida. Sobre cómo, aunque logré irme a vivir a Nueva York y cumplí lo que pensaba que era un sueño, no conseguí ser feliz. Lo cierto es que tampoco encontré a mi gente. Con Carlie y su familia tengo una relación cercana, en cierto modo, pero soy su empleado. Y entonces me doy cuenta de que he dejado que sean otras personas las que dictaran en qué dirección iba mi vida, aunque estuviera en la otra punta del país.

La determinación que siento ahora es más tranquila, es una sensación madura y calma. La próxima vez, lo haré por mí de verdad. Para demostrarme que soy capaz, y para demostrárselo también a Indy. Viviré la vida que tengo al alcance de mi mano y haré algo con ella. Pasaré más tiempo con la gente fuera del trabajo. Contestaré con un «sí» cuando me inviten a salir a tomar algo, y llevaré a Indy a ver espectáculos en Broadway. Me pararé a escuchar a los músicos en el parque, por una vez. Emularé lo que parece guiar la vida de Sage, y saborearé esas pequeñas cosas que te hacen feliz y a las que yo casi nunca hacía caso.



A la mañana siguiente, Indy me vuelve a preguntar si puede irse con sus amigos después de clase, y esta vez acepto. El día se me presenta como un lienzo en blanco, o quizá, más bien como un vacío. No tengo trabajo con el que distraerme o en el que encontrar consuelo. No hay mucho más que pueda hacer por el Entre Estrellas hasta que Frankie venga mañana para que empecemos con la siguiente fase de la obra. Ya he hecho los esbozos de los cambios que sugeriré para la disposición de la cocina. Y, de todos modos, creo que me gustaría hacer algo que no fuese trabajar, así que trajinar con ideas para la carta tampoco me apetece.

Saco el móvil y contemplo la posibilidad de escribirle un mensaje a Sage. No podemos evitarnos eternamente… A no ser que sea lo que quiere. ¿Será eso? Puede que, como diría Indy, «le haya cortado el rollo» y ahora prefiera echarse atrás en nuestro trato y ya está. Aunque, en realidad, yo ya he recibido mis beneficios. ¿Por qué no iba a querer que la ayudase a conseguir los suyos?

Mierda. ¿Habré malinterpretado algo? No me parece del todo inconcebible.

Lo que no puedo hacer es quedarme aquí sentado y seguir torturándome por esto; de eso sí que estoy seguro. Repaso mentalmente qué más podría hacer para ser productivo. ¿Y si empezase a estudiar para la trivia? El problema es que no tengo ni idea de qué estudiar, así que para eso también la necesito a ella. Y hoy preferiría no «practicar» para el concurso de cocina preparando tres platos para mí y solo para mí. Además, todavía no me ha dado los detalles de esa parte. ¿Hay alguna restricción para cocinar cada uno de los platos? ¿Cuáles son los límites de tiempo?

Es hora de poner en práctica lo que decidí anoche: encontrar algunas pequeñas alegrías que me hagan feliz a mí. Me cuesta una cantidad de tiempo alarmante decidirme por el ejercicio físico. Y supongo que, al fin y al cabo, tiene bastantes ventajas. Aunque no sea ir en canoa, sigue siendo una especie de entrenamiento y, en lo que respecta a la mente, las endorfinas nunca vienen mal.



Capítulo 20

Sage

Tres días después de besar a Fisher (otra vez), estoy paseándome de un lado a otro de mi galería con el cuaderno de consejos de mi madre en una mano y el móvil en la otra, siguiendo el camino oscilante que traza el ventilador que he enchufado. Estoy bloqueada en uno de los apuntes de mi madre, en el que dice: «La gente no puede seguir tus normas si no las dejas claras. Esto se puede aplicar a todas tus relaciones, ya sean familiares, amorosas o de amistad. Si no le dices a la gente lo que te parece bien y lo que no, no tienen forma de saberlo».

Por fin, tras escribir «puede que necesitemos poner unas reglas básicas», pulso el botón de enviar y me obligo a sentarme.

Me vuelvo a levantar en cuanto me doy cuenta de que debería explicarme mejor. «Para nosotros», le pongo, también de forma prematura. Maldigo entre dientes. «Para nuestro… potencial… acuerdo… con derecho a roce». Hala. Así debería quedarle claro. Estoy siendo respetuosa y la mar de tranqui con esta situación.

Ayer por la mañana fui a ver a Wren a la panadería, antes de que abriera, para ponerla al día en persona sobre todo lo que está pasando, en lugar de intercambiar varios mensajes anodinos en algo parecido al juego del teléfono escacharrado. A ambas se nos da tremendamente mal eso de mantener conversaciones profundas y continuadas por mensaje, y quería consejos a tiempo real.

—A ver, ¿de qué tienes miedo exactamente? —me preguntó cuando le conté lo que Fisher me había propuesto.

—Es que, de todos modos, esto tampoco puede llegar a algo —le contesté—. Solo va a estar aquí durante el verano. Es temporal.

—Te repito la pregunta —insistió ella mientras sacaba cosas de la cámara refrigeradora y las iba poniendo en la vitrina—: ¿De qué tienes miedo? Sé concreta.

Me di impulso para sentarme en el mostrador.

—¿No es evidente? —pregunté, molesta conmigo misma—. Tengo miedo de engancharme.

Ella asintió, pensativa, y vino a apoyarse en la encimera, a mi lado.

—¿Alguna vez te he contado que fue Ellis quien me ayudó a perfeccionar los bollos? —preguntó, y yo la miré con el ceño fruncido y negué con la cabeza—. Me pasé semanas probando y modificando la receta. Sam tenía tres años, y nos acabábamos de ir de vuestra casa para instalarnos en aquel pisito en los bajos de la casa de mis padres. Y, te lo juro, Sage, creo que lo obligué a comerse cientos de bollos conmigo. Yo quería mi propia receta, que hubiera algo mío en la carta. No era importante, pero sí lo era para mí, ¿lo entiendes? —Se aclaró la garganta—. Y, como recordarás, tampoco es que en aquel entonces tuviéramos dinero ni nada por el estilo, pero en cuanto perfeccioné la receta, Ellis se fue y pagó la fianza de la amasadora industrial que todavía tenemos. Cualquiera diría que tendría que haber estado contento por no tener que comer más bollos, pero, en lugar de eso, me compró una máquina para que hiciera hornadas enormes de ellos. —Me miró y, en voz baja, añadió —: Cada vez que uso esa cosa, lo recuerdo con Sam en brazos por aquella cocina que teníamos, absurda de lo pequeña que era, sin camiseta, comiéndose mis ingredientes y metiendo los dedazos en mis masas. Y me acuerdo de lo bien que me sentía. —Se encogió de hombros y suspiró—. ¿Que hace que ahora todo esto me duela más? Pues a veces sí. Casi siempre. —Suspiró otra vez—. Siempre. Pero…

Aun así, no cambiaría nada de todo aquello. Es un cliché, pero es así.

Y luego me dijo que, si ella fuese yo, intentaría establecer algunas normas básicas para mitigar el potencial dolor. Como, por ejemplo, no hablar de detalles demasiado íntimos muy a menudo, o limitar los roces a una o dos veces por semana. Todo me parecía poco natural, pero supuse que al menos podía conversarlo con Fisher.

Lo único que me parece natural de todo esto es el deseo.

Pego un chillido cuando alguien llama al cristal.

—¡Joder!

—Perdona. —Fisher se ríe, apoyándose en el marco de la puerta —. Justo volvía por el sendero cuando he recibido tu…, eh…, tu mensaje, así que he pensado en pasarme por aquí. —Está sin aliento.

—¿Por qué estás tan sudado? —pregunta mi boca sin consultárselo antes a mi cerebro. Suena a acusación.

Esboza una media sonrisa y el corazón me da un vuelco de inmediato.

—He ido a la playa a correr y luego he hecho unas flexiones y toda la pesca. Pero si lo que me estás preguntando es por qué he hecho eso… Pues no sé. Supongo que porque estoy en un viaje de sanación y autodescubrimiento y me parece que es el tipo de cosas que se hacen en expediciones como esa.

La estruendosa carcajada que suelto como respuesta se corta de golpe cuando se levanta la camiseta para secarse la frente. Atisbo la línea de vello que baja por su barriga, una vena que asoma por encima de los pantalones cortos. Me doy la vuelta y me entretengo dejando el móvil sobre la mesa y guardando el cuaderno de mi madre.

—Qué bien —contesto—. O sea, va bien para la carrera. —Me doy la vuelta otra vez y me lo encuentro un par de metros más cerca, jugando con las hojas de uno de mis lirios de la paz.

—Sí —coincide—. ¿Todavía quieres que entrenemos esta semana?

Me atraviesa una punzada de nervios y expectación.

—Sí. ¿Por qué no iba a querer?

Se encoge de hombros con aire inocente.

—Solo quería asegurarme. Los únicos días en los que no puedo son los miércoles.

—¿Y eso? —pregunto, aunque enseguida me echo atrás—. Mierda, no me hagas caso. No me tienes que dar explicaciones.

Se cruza de brazos antes de alzar una mano para frotarse el cuello.

—Es que…

—No, Fisher, no hace falta. No me tienes que dar explicaciones. De verdad.

—Esto, yo… Tengo cita con mi terapeuta todos los miércoles por la mañana. Empecé a verla hace unas semanas, cuando Indy se presentó en casa. Ella también va, por separado.

Siento un impulso tan repentino de abalanzarme sobre él que me tengo que agarrar a la ventana más cercana para contenerme. No sé por qué, pero ese esfuerzo constante que dedica a hacer las cosas bien con Indy todo el tiempo, y que ni siquiera se haya dado cuenta de que lo hace, es como una especie de interruptor que va directo a mi libido. Me siento como si estuviera enferma de los nervios. Noto espasmos y un cosquilleo por todas partes. Puede que lo que me convenga sea abalanzarme sobre él de verdad y en realidad no haga falta que hablemos de algo antes.

—Yo siempre le digo a la gente que necesitamos que algún terapeuta abra consulta en Spunes —apunto con voz temblorosa.

—Sage… —contesta, y ¡oh, no! ¡Se está acercando! Se está acercando, y lo huelo. Y, por supuesto, huele aún mejor que de costumbre, porque, aunque esté todo sudado, en mi cuerpo hay cero unidades de lógica; soy todo hormonas y una nube de lujuria—. ¿No decías que querías que habláramos de las normas?

Normas. Sí, normas. Que no haya normas. La palabra me empieza a sonar más extraña cuanto más me la repito. Hay un término para eso, creo. Saciedad semántica. Vaya, de eso sí me acuerdo, pero de las reglas… Soy incapaz de recordar ninguna.

Noto el ardor de su mirada sobre mi boca. Me apoyo en el cristal que tengo detrás; siento que las palmas de las manos se me empiezan a calentar cuando lo toco. Él coloca una mano detrás de mi oreja y se inclina, avecinándose sobre mí. El pecho me sube y me baja de un modo casi cómico, como si fuese una damisela en apuros atrapada en un corsé, pero, en realidad, lo único que me tiene atrapada es mi propia piel y mis huesos, que están desesperados por fusionarse con los suyos. Se muerde el labio inferior, como si estuviera tratando de no sonreír.

—Debe de ser una lista bastante larga —adivina, ladeando su rostro y su sonrisa.

—¿Lista? —repito aturdida.

—La de las normas que te has inventado —aclara—. Si has tardado tres días enteros en hacerla, supongo que será larga. —Desliza el dorso de los dedos por encima de mi camisa, a la altura de la cintura, y luego sobre la cadera, por encima de la falda larga y ancha que me he puesto esta mañana—. ¿Cuál es la primera, Byrd? —pregunta en voz baja, ronca, y Dios, que caiga muerta ahora mismo, pero soy incapaz de que se me ocurra una sola norma. Mis habilidades cognitivas desaparecen en cuanto engancha la punta de un dedo en la cintura de la falda. Su pecho sube y baja con tanta fuerza que roza el mío—. ¿Te voy a tener que provocar hasta que me la digas? —pregunta, y su voz hace que me vibre el cuerpo entero. Pero, antes de que pueda responder, añade—. No, no creo que te guste que te provoquen.

—¿No? —Trato de no sonar incrédula ni de gritar algo que no tenga sentido, como «¡Sí, venga!».

—No, Sage. Creo que responderás mejor si te excito bien, de manera intencionada. ¿Quieres que te cuente cómo? —Espero que mi respuesta, un asentimiento, sea más discreta que lo que estoy sintiendo ahora mismo—. Primero te preguntaría si incumplo alguna norma si te digo que llevo pensando en tu sabor desde el día de la biblioteca. —Desliza ese mismo dedo de lado a lado, trazando un camino sobre mi piel desnuda. Trago saliva con dificultad y me

muerdo el labio para reprimir el ruido de mi respiración, que empieza a parecer un jadeo. Ambos contemplamos cómo su mano sigue moviéndose entre los dos—. Y también necesitaría saber si hay alguna norma sobre si puedo o no descubrir en qué otras partes tienes pecas —añade. Cojo aire con fuerza cuando su erección me roza la cadera—. ¿Tengo permiso para descubrir todo lo que te gusta? ¿Lo que hace que te pongas de este color tan bonito? —Pasa la mano por el cristal y me acaricia debajo de la clavícula con el pulgar, como si estuviese pintando con él mi rubor—. ¿Lo que hace que te mojes?

Se me escapa un gimoteo vergonzoso desde lo más hondo de la garganta. Sin embargo, cuando arqueo la espalda y alzo las caderas hacia él, a él también se le escapa un gemido corto y entrecortado.

—Bésame —le pido, y suena a «por favor, por favor, por favor».

Pone las palmas de las manos sobre mis costillas y baja hacia mí con una lentitud insoportable. «Pues menos mal que no me ibas a provocar», pienso.

Los dos gemimos cuando nuestros labios se encuentran por fin. Desliza la lengua contra la mía y sonrío al sentir un alivio abrumador. Lo atraigo más hacia mí. Ese alivio no tarda en convertirse en una avidez salvaje; la piel de la parte alta de mi espalda rechina abruptamente contra el cristal. Me toca los pechos y gimo, tratando de arquearme más hacia él.

—Dime lo que quieres, Sage —me pide, mordisqueándome el punto sensible del cuello.

—Eso. Que tú me digas lo que quieres. —Aprieto los muslos cuando responde con un gemido—. No quiero pensar —añado. Lo que quiero es perseguir este placer hasta que sienta que me está atravesando.

Se aparta un segundo para mirarme; tiene los ojos vidriosos y las pupilas dilatadas. Me alzo y le mordisqueo la oreja, jugueteando con el metal. Él me aprieta contra la pared de cristal y me recompensa con un beso ardiente.

—Sujétate la falda —ordena con la boca pegada a mis labios, y empieza a subírmela por las piernas, sin despegarse de mi boca. Cuando llega a la parte alta de mis muslos, agarro la tela con dedos temblorosos y lo observo arrodillarse ante mí, aunque siento que me van a fallar las piernas—. Ay, pajarillo… —Suelta una carcajada áspera—. Por mucho que me gusten tus batas disparatadas, creo que esto me gusta aún más. —Desliza el pulgar dentro del tanga de algodón.

Y, no sé por qué, pero me ruborizo aún más cuando me alaba el gusto por las batas.

—Sí, pero… —Exhalo entre dientes cuando empieza a mordisquear y a besarme el muslo, acariciándome arriba y abajo con las palmas de las manos. Ansío soltarme la falda y acariciarle el pelo con los dedos—. Una no puede ir a hacer la compra en ropa interior.

Hace caso omiso de la broma; está concentrado en el resto de mi cuerpo. Me acaricia las pantorrillas con las manos ásperas y su boca encuentra un punto sensible en mi rodilla que casi hace que me caiga. De repente, siento celos de todo el que alguna vez lo haya visto cocinar, si cuando lo hace se le ve la mitad de concentrado, devoto y apasionado de lo que se le ve ahora.

Empiezo a temblar y a agitarme desde el primer instante en que sus labios cálidos me presionan por encima de la tela. Sigue la estela de su boca con el pulgar, con el que empieza a trazar círculos. Luego, me baja el tanga por los muslos con suavidad, con paciencia, y me levanta con dulzura un pie y luego el otro para quitármelo.

—¿Bien? —pregunta con voz ronca.

No. Siento que estoy cambiando de forma irrevocable. Estoy más que bien, o de alguna forma distinta a «bien».

—Sí —contesto.

—Si algo no te gusta… —Me da un beso en el hueso de la cadera — me lo dices.

—Sí.

Me abre con los pulgares y desliza la lengua a través de mí, dándome un lametón caliente que casi me arranca un sollozo.

—Y si algo te gusta, dímelo también —añade, como si los sonidos que me está robando no fueran prueba suficiente.

No hay prisa alguna, ni tampoco medida, en la forma en la que me saborea después de eso. Cuando intento seguir con torpeza cierto ritmo, se pone mi pierna encima del hombro y toma las riendas. Hace ese ruido que me vuelve loca con la boca pegada a mí, y me siento como si lo tuviera dentro. Lo que noto es pura euforia. Lame mis terminaciones nerviosas hasta que ya no sé si me estoy acercando al clímax o reponiéndome de él, hasta que al final son las dos cosas, hasta que las sensaciones se adueñan de mí y me hacen flotar, hasta que estoy exhausta, sin aliento y palpitante de pies a cabeza.

En algún momento, he soltado la falda y me he agarrado a su pelo, así que aflojo las manos y le acaricio la cabeza. Él apoya la frente sobre mi barriga y vuelve a subirme la ropa interior por las piernas temblorosas. Luego, presionamos nuestros pechos en un fuerte abrazo y me doy cuenta de que le cuesta respirar tanto como a mí, de que el corazón le late igual de desbocado. Lo beso con suavidad por la mandíbula y empiezo a tocarle, vacilante, por encima de los pantalones. Él jadea de repente, respirando de forma entrecortada.

—No esperaba que pasara esto —reconoce entre dientes antes de adueñarse de mis labios—. Es casi la hora de que Indy llegue a casa. No… —Otro beso—. No tenemos tiempo.

Siento una punzada tras el esternón, pero sonrío.

—Yo tampoco te esperaba hoy —contesto—. Quédate —añado antes de que me dé tiempo a pensármelo mejor, y me froto contra su erección, de un tamaño considerable, como si no pudiera evitarlo —. Deja que…

—No —susurra con voz ronca, pero me sonríe—. No, lo que quiero decir es que no pasa nada. Tenemos tiempo, Sage. —Traga saliva de forma visible—. Quiero tomarlo con calma.

En la resaca efervescente del orgasmo, sus palabras me causan una tristeza inexplicable. Tenemos tiempo, pero ¿cuánto?

—Aun así, quédate, o… ¿y si vienes a cenar? —le propongo—. Esta noche ceno con mis hermanos; lo hacemos una vez al mes. Sam también viene, así que Indy no se aburrirá como una ostra. —No sé muy bien por qué este ofrecimiento me hace sentir tan vulnerable cuando hace unos instantes tenía su lengua dentro de mí.

Veo un destello blanco entre sus labios cuando me sonríe con dulzura.

—Vale —acepta, y entonces vuelve a besarme con brusquedad, como si no pudiera contenerse—. ¿Qué me vas a cocinar?



Al final, preparamos juntos unas pizzas que hacemos a la brasa con la masa precocinada que tengo en la nevera y una mezcolanza de verduras de mi jardín que Fisher me convence para combinar.

—¿Seguro que quieres pizza? —le pregunto mientras me ayuda a preparar las cosas—. Imagino que habrás probado algunas de las mejores del mundo. ¿No te parecen insulsas las cosas más sencillas?

Coge mi copa de vino blanco barato y le da un buen trago. Puede que antes me haya conducido a un clímax liberador, pero, no sé por qué, es él al que se le ve más relajado. Se mueve por mi cocina con la confianza de quien tiene el control, de quien entre fogones se siente como en casa.

—Creo que la mejor pizza que he comido nunca fue la de la noche del baile de graduación en mitad de ninguna parte, en Nebraska —dice con una carcajada—. El queso era gomoso y la salsa de tomate estaba ácida, y la masa estaba quemada por los bordes y cruda en medio.

—Suena a que estaba asquerosa.

–Sí. Pero… había una chica. —Me dirige una mirada ladina. Parece un bucanero canalla, con la frente bronceada del sol, los labios húmedos, la sombra de barba y el pendiente brillante. Me pregunto si tendrá algún tatuaje escondido en algún sitio.

—Pues claro que había una chica.

—Mis padres me habían insistido para que fuera al baile, aunque no tuviera pareja. Dios, esto es vergonzoso… pero creo que mi madre me compró una flor para la solapa y todo. —Hace una mueca —. Pero esta chica… Había sido malísima durante la escuela primaria, y un monstruo en el instituto. Además, era la reina del baile. Lauren Chilton. Se hacía llamar L. C. Su pareja, el rey del baile, también era un capullo de los que hacen historia. El caso es que en la fiesta lo pilló enrollándose con la capitana del equipo femenino de *lacrosse* y empezó a tontear conmigo.

—¡Ajá! Así que ya tienes un historial de poner celoso al ex de alguien, ¿eh? —le provoco con aire juguetón.

—Como decía —prosigue, haciendo caso omiso de mi comentario —, intenté permanecer impertérrito toda la noche en lugar de comportarme como si todos mis sueños adolescentes se estuvieran haciendo realidad. Me pidió que la llevara a casa y quería que, de camino, paráramos en la gofrería del pueblo. Sin embargo, sin el gimnasio oscuro, la música o el baile, yo estaba tan nervioso que era incapaz de comer delante de ella. Tenía el estómago en un puño. —Suelta una carcajada—. Cuando llegamos a su casa, se enrolló conmigo durante siete segundos enteros y me tocó por encima de los pantalones por un nanosegundo, hasta que mi estómago empezó a dar un concierto de ruidos estruendosos y ella perdió el interés enseguida. —Se mete una mora de Marion en la boca—. Así que paré en la primera tienda que vi y me compré un trozo de pizza que debía de llevar diez horas debajo de una lámpara de calor. Y esa es la historia de mi primer beso.

Conque esa pizza asquerosa fue la mejor por el recuerdo que iba asociado a ella. No me sorprende que piense que su valor depende de lo bueno que sea en su profesión. Para él, la comida tiene que ver con sus experiencias.

—Oye, antes de que me olvide de preguntártelo, ¿de dónde sacas estas moras? —me pregunta mientras se come otra—. Las mías no saben igual.

—Estas crecen aquí mismo, en la parte trasera de nuestras fincas. Son moras de Marion. Seguramente estés comprando moras normales.

Frunce el ceño y fulmina la baya con la mirada, como si lo hubiese hecho sentir estúpido. Yo me echo a reír y le doy un beso en la barbilla.

Silas, Ellis, Sam e Indy aparecen poco después. Nos sentamos bajo el sol de las últimas horas de la tarde y comemos, bebemos y reímos. Silas y Ellis se dedican a contar historias vergonzosas mías, y yo contraataco recurriendo al arsenal de las que guardo. Al cabo de un rato, Sam e Indy nos dejan y se van a dar un paseo por el sendero. El sol empieza a ponerse y el cielo se tiñe de rosa.

—Ese chico está metido en un buen lío —comenta Silas, señalando con la cabeza a Sam, en la distancia.

Ellis frunce el ceño en una expresión severa.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto. Empiezo a recoger las botellas de cerveza vacías, pero Fisher coloca una mano en mi hombro para obligarme a sentarme de nuevo y se pone a hacerlo él.

—¿Alguien quiere algo más? —pregunta.

—Pues sí —contesta Silas—. Quiero que cocines tú para nosotros. Y quiero cosas locas. Algo con espumas y burbujas de azúcar, hielo seco y toda esa mierda.

—Por Dios, Silas —protesto.

Fisher le responde con un gesto y se lleva la basura adentro.

—¿Por qué has dicho eso sobre Sam? —le pregunto a Silas otra vez, dándole un manotazo en el hombro por si acaso.

—Porque se le ve igual que Ell cuando estaba con Wren. Y mira cómo terminó.

—Cierra el pico, Silas —le espeta Ellis, aunque sin acritud.

—Según Indy, solo son amigos —contesto. Lo que hagan entre bambalinas no es asunto nuestro—. Wren y Ellis estaban enamorados.

—¿Podemos hablar de otro tema? Cualquier otra cosa, en serio —protesta Ellis.

—Lo único que digo es que han pasado cuatro años —insiste Silas —. Va siendo hora de moverse un poco.

Y este es el punto en el que siempre se termina la conversación. Porque no todos los corazones se rompen de la misma manera ni se curan igual. Ellis entretejió su vida con la de Wren de demasiadas formas como para no seguir hecho polvo aunque haya pasado tanto tiempo.

Fisher me da un apretón en la nuca al volver. Oigo una voz lejana, en una habitación remota de mi mente, que me susurra de nuevo: «¡Peligro! ¡Has volcado y el agua te llega al cuello! ¡No te acomodes mucho en tu mundo del revés, no sea que no puedas volver al que está derecho!».

Y la sigue otra de las frases de mamá: «Que no te preocupen tanto las nubes como para no ver las flores que hay a tus pies».

Las flores se marchitan, pero creo que voy a disfrutar de ellas mientras estén aquí.



Capítulo 21

FISHER

El día que Frankie llega al pueblo, me da la sensación de que el tiempo empieza a coger carrerilla.

Lo cierto es que no tengo ninguna experiencia en el tipo de trabajo que hay que hacer ahora en el Entre Estrellas. Soy más bien un intermediario o un cabecilla con el que todos los implicados tienen que tratar. Pero, en general, los trabajadores de la zona que hemos contratado se llevan bien con Frankie y su equipo, y todo el mundo va cumpliendo con lo que le corresponde, lo que, por lo que me han contado, es una rareza para un proyecto de construcción. Martha O'Doyle es casi parte del mobiliario de la obra, aunque creo que a estas alturas ya sé de qué va.

—¡¿Le has pedido opinión a esa mujer?! ¡¿En serio?! —susurra Sage desde el otro lado de la mesa de la biblioteca en la que nos hemos instalado. Se ha enrollado un lápiz en el pelo y tiene una sonrisa de horror pintada en los labios—. Eres un sádico. —Por estúpido que suene, me siento tímido cuando me acaricia la pierna con el pie por debajo de la mesa.

Desde aquella tarde en la galería, el jueves pasado, hemos estado atrapados en una especie de limbo. Al día siguiente tenía que ir temprano al Entre Estrellas porque venía el fontanero, y ella se ha pasado el fin de semana en el mercado de productos orgánicos con Indy. Esta semana, de lunes a jueves, he estado absorbido con

cosas del restaurante, tratando de ponerlo todo al día en la medida de lo posible, lo que significa que hoy, viernes, es la primera vez que estamos a solas desde entonces. Acordamos que los viernes por la tarde los dedicaríamos a estudiar para la trivia y para las clases de cocina, cuando llegue el momento. Aun así, la tarde del otro día no se ha esfumado de mis pensamientos. Ni su piel sedosa, ni su sabor, ni cómo le empezó a sudar la rodilla contra mi hombro, ni cómo rotaba las caderas cuando estaba al borde del clímax…

Joder, si sigo así, no voy a tardar más de unos segundos en rogarle que me deje meterme debajo de esta mesa para devorarla otra vez. Pero sé que el otro día la distraje antes de que estableciera sus normas, y no quiero arriesgarme a volver a presionarla en ese aspecto. He de encontrar el modo de mantener mis pensamientos a raya.

Y recordar que nuestro tema de conversación en este momento es Martha O'Doyle parece bastar.

—Es cierto, pero adivina quién estaba tan ocupada comprando obras de arte locales que hoy todavía no ha venido a gritar o a controlar los camiones —contesto—. Además, me da la sensación de que es un método que he aprendido de ti.

Ella se pone la palma de la mano en el pecho con gesto inocente y dice en voz baja.

—¿De mí?

—Sí, de ti. —Le doy una patadita en el pie—. No creas que no me he dado cuenta de cómo nos dabas «cosas útiles» que hacer a mí y a Indy.

Sonríe con picardía y vuelve a estudiar el libro de texto que tiene delante. Me cuesta tanto concentrarme que me siento como un niño pequeño tratando de aguantar la vertical. Exhalo un suspiro dramático.

—¿Crees que sabes todo lo que necesitas sobre la historia del noroeste del Pacífico y el auge y la caída de su industria maderera? —pregunta, enarcando una ceja oscura.

—Define «necesitas» —contesto apesadumbrado. Con este cerebro mío, no tengo ni idea de cómo me gradué con los métodos educativos tradicionales.

—Si eres capaz de estudiar activamente diez minutos más, te enseñaré el ático.

Intrigado y motivado, me concentro en el despliegue de libros.

En un abrir y cerrar de ojos, mientras estoy metido hasta las cejas en el drama de las guerras de la madera, Sage alarga una mano desde el otro lado de la mesa y me acaricia el brazo con la punta de un dedo, dejándome todos los pelos de punta a su paso.

—Buen chico —me dice. Y creo que estudiar juntos nunca volverá a ser un problema. Cuando se pone de pie y empieza a meter nuestros libros en su mochila, la imito. No soy capaz de quitarme esta expresión de tonto que sé que llevo pintada en la cara y, si tuviera cola, la estaría moviendo como un perrito.

Me lleva al mismo rincón que visitamos la primera vez que vinimos, pero esta vez abre la trampilla, baja las escaleras que llevan al ático y me conduce hasta arriba.

—No es un ático de verdad, ni nada por el estilo —admite—. Solo es un espacio extra con el que supongo que no supieron qué hacer.

Es más pequeño de lo que esperaba, con una vidriera circular que hace que la salita parezca el interior de un caleidoscopio. Está inclinado, pero incluso su parte más alta es demasiado baja como para ponerse de pie. Hay una caja grande llena de ropa, juguetes y lo que parece una mezcolanza de objetos de otras épocas marcada con un enorme cartel delante en el que se lee: «Objetos perdidos». Hay un rincón de la sala al que parece que le han dado un uso más intencional, con una librería bajita llena de libros cubiertos de hombres con el pelo largo y el pecho desnudo, varios dibujos colgados de un hilo que claramente ha hecho un niño y un peluche que ella trata de apartar de una patada para esconderlo sin que yo me dé cuenta. Es dolorosamente íntimo, como si me estuviera mostrando su cápsula del tiempo personal.

—Aquí fue donde me di mi primer beso —confiesa. La miro y la descubro sonriéndome con timidez—. Venus me empezó a dar permiso para subir aquí arriba cuando tenía siete u ocho años, pero no dejaba subir a nadie más, a no ser que vinieran conmigo. Creo que se dio cuenta de que necesitaba algún tipo de espacio privado, lejos de mis hermanos. En cualquier caso, mi primer beso me lo di aquí, con Shiloh Wilson. Tenía trece o catorce años y estaba jugando a la botella con unos siete adolescentes más. —Suelta una carcajada musical.

—¡Qué sórdido! Shiloh y Sage. Quedaría bien escrito en una servilleta.

—¡Uf! —Resopla—. Creo que ahora vive en una yurta, en algún lugar de Washington.

—Le rompiste el corazón hasta ese punto, ¿eh? —Me río—. Pobre Shiloh.

—Muy atrevido por tu parte dar por hecho que no soy yo la que se ha quedado aquí abandonada, tratando sin éxito de olvidarlo.

Por alguna razón, eso me parece imposible, pero…

—Es verdad. No te imagino dejando nada más herido o más roto que como lo encontraste.

Un destello de tristeza ensombrece su sonrisa, pero enseguida me coge de la mano. Nos sentamos el uno al lado del otro un rato, tranquilos, con los dedos entrelazados y sin mediar palabra, entre todos esos colores y el polvo brillante suspendido en el aire. Es como si el tiempo y las preocupaciones se quedasen detenidos durante un rato.

—¿Cómo te sentiste cuando te enteraste de que te habían dado una estrella Michelin? —pregunta—. La primera, quiero decir.

—No sé si me permití disfrutarlo —admito—. Me sentí como si la presión se hubiese instalado del todo porque sabía que tendría que conservarla. Sobre todo tuve miedo, o pánico. —Busco el malestar o el disgusto en su expresión, cualquier pista de que se haya decepcionado al enterarse de que no me sentí inmediatamente rebosante de orgullo o de gratitud, pero lo único que veo en sus ojos

es curiosidad—. Creo que mi visión sobre la adrenalina está un poco distorsionada —añado con una carcajada.

—¿Fue a peor con las demás?

Asiento.

—El día que descubrí que me habían dado la tercera, provoqué un pequeño incendio. Ni siquiera recuerdo cómo sucedió. Pero sí verlo arder y pensar que era la prueba de que yo era un fraude, y… Y no sé por qué, pero, de algún modo, me aliviaba. Supongo que cuando perdí la tercera ya estaba tan distanciado de aquello que lo vi más como una confirmación.

—Te las merecías. Lo sabes, ¿no? Trabajaste muy duro y nadie te las regaló.

Le doy un beso rápido en los nudillos.

—Sí, ahora lo sé. Es una de las cosas buenas de que te despidan, supongo. Con todas las veces que mi cerebro lo ha repasado todo para ver qué fue mal, también me he acordado de todo lo que fue bien.

La felicidad que veo en su rostro me pone hambriento.

—¿Cómo eran tus padres? —le pregunto. Puede que hacernos tantas confesiones sea peligroso, pero tengo la sensación de que me ha invitado a un lugar que es más que el ático de una biblioteca pública, y es como si cada pedacito de ella que me revela me hiciera sentir famélico, desear más. Quiero saber si fue a su baile de graduación, adónde ha viajado o si tiene ganas, cuál es su plato preferido y si hay alguna razón por la que sea el que más le gusta.

Me gustaría ser quien le prepare su plato preferido. En realidad, tengo tantas ganas que hasta me duele la barriga. Y sé que es porque deseo impresionarla. Sí, lo admito, también quiero seducirla. Y cocinar para ella.

—Mis padres… —empieza a decir. El rostro se le ilumina con una sonrisa soñadora—. Mis padres se criaron aquí. Eran vecinos y se cayeron fatal durante la mayor parte de su vida. Hasta el último año de instituto y todo. Mi padre se fue a la universidad en otro estado y mi madre se quedó aquí. —Cuanto más sonríe, más me aprieta la

mano—. Antes, durante el festival, la gente se disfrazaba de época, así que mi madre y un montón de personas más se vistieron con trajes del periodo de la regencia y tuvieron que pasarse el día entero metidos en el personaje. Me da pena que ya no lo hagan, porque creo que se me daría genial. Pero, bueno, a lo que iba: mi padre acababa de volver a casa para el verano, y tengo entendido que la ex a la que acababa de dejar plantada se presentó en el pueblo buscándolo.

—¿La ex no era de aquí?

—No. —Se ríe—. Era del condado de al lado. Y tampoco es que mi padre fuera inocente en esta historia. Al parecer, se habían conocido en la universidad a finales del semestre y, aunque mi padre había salido con ella unas cuantas veces, supo desde el principio que no iba a funcionar. Pero ella le había comentado que su familia iba a salir en una casa flotante el 4 de Julio en uno de esos lagos tan grandes de su condado. Y, para que lo entiendas, aquí no se hace nada en esa fecha, y es un asunto delicado para nosotros. —Exhala, a medio camino entre una risa y un suspiro—. Quería ver los fuegos artificiales y también una casa flotante, así que utilizó a la chica, más o menos. Rompió con ella en cuanto volvieron a tierra. —Hace una mueca. Yo niego con la cabeza y chasqueo la lengua—. Sí, yo pienso lo mismo. En cualquier caso, según lo contaba él, esta chica se presentó en Spunes hecha una furia, y mi padre huyó despavorido, tratando de encontrar algún lugar donde esconderse. Hasta que vio a mi madre, con su vestido de época y aquellas faldas gigantes. —Parece incapaz de contener la sonrisa—. Debía de estar realmente desesperado, porque se las arregló para convencerla de que lo escondiera bajo sus enaguas.

—Esa sí que es forma de conocer a una mujer. Muy hábil.

—¿La mejor manera de conocer a una mujer es dejar que te rescate? —pregunta encantada—. Sí, supongo que a mí también me parece un buen modo. —Me río suavemente y ella continúa—. A nosotros no nos tuvieron hasta mucho después, y… No sé. Por todo lo que recuerdo de ellos, tenían muchísimas ganas de vivir. Todo les

interesaba, no hacían más que ir de un lado a otro y luego volver. Viajaban mucho, y los dos probaron suerte en varias profesiones antes de volver a Spunes e instalarse aquí definitivamente. —Hace una pausa y prosigue—: Creo que mis rarezas y manías para el aprendizaje las saqué de mi padre. Por ejemplo, a veces leo algo sobre un cierto periodo de tiempo y me encuentro con una palabra o una expresión raras, y termino yéndome por la tangente y aprendiendo todo sobre el argot de la época. O leo que los pepinos crecen mejor si los plantas al lado de los girasoles y, cuando me quiero dar cuenta, ya tengo una operación floral completa en marcha.

—Eso me gusta. Que quieras aprender cosas nuevas y te lances de cabeza.

—¿A ti no?

—Creo que lo que a mí me gusta es ser experto en algo —admito —. Lo paso mal cuando siento que algún tema no se me da bien, y me cuesta lanzarme a hacerlo si no siento que puedo controlar cómo me va a salir.

—Siempre me dio la sensación de que cocinar se aprendía de forma más orgánica.

—Sí. Es un camino absolutamente creativo y puede ser el tipo de arte más abstracto que te encuentres. Pero también es algo muy medible. Si aprendes a manejar los ingredientes y cómo crecen, cómo se preparan, qué cantidades usar o de qué tamaño cortarlos… Es como un rompecabezas muy complicado, pero al final lo puedes controlar.

Ella se ríe.

Al cabo de un minuto de silencio contenido, le digo:

—Hablando del 4 de Julio, Indy me ha preguntado si puede irse de *camping* a Gandon con su amigo Blake y su familia ese fin de semana. Si acepto, no estaría diciendo que sí a alguna cosa rara y patriótica rollo Burning Man, ¿verdad?

—Blake es un buen chico. Y no, es todo de un rollo americano muy sanote y familiar. Rarito, pero en el buen sentido. Pocas drogas

psicodélicas. —Me da un codazo y me dedica una sonrisa amable—. Y es donde estará casi todo el mundo. Esto parecerá un pueblo fantasma.

—¿No quieres ir a ver los fuegos artificiales ni nada por el estilo? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza con gesto despreocupado.

—¡Qué va! Me cuesta demasiado salir de aquí, con los animales y lo demás. Todo el que podría venir a cuidarlos tiene planes.

—Quizá… —Mierda, me arden tanto las manos que creo que me van a salir ampollas, y de repente, me martillea el pulso—. Si te apetece, puedo cocinar para ti, o algo así.

Se inclina hacia mí y me besa.

—Claro. Y también estaría interesada en el «algo así». Peeeero… —Levanta una pierna y se sienta en mi regazo, y siento que el deseo me retuerce las entrañas—. Aunque mi querido Shiloh siempre habrá sido el primero, tenía la esperanza de tentarte para que mi mejor beso aquí arriba fuese contigo.

He de respirar hondo tres veces antes de alargar la mano para acariciarle el labio inferior con el pulgar, pero me quedo sin aliento cuando se inclina hacia delante y se lo mete en la boca caliente.

—Joder —susurro, arqueando las caderas contra ella. La cojo de la nuca y acerco su boca perfecta a la mía—. Deja que te coma otra vez —le ruego—. Te daré cualquier cosa que quieras. Memorizaré ese libro de historia entero, si me lo pides.

Un sonido suave trepa por su garganta. Clava las rodillas a los lados de mis caderas, como si estuviese tratando de estrujarme con ellas. Cuando la miro, siento algo parecido a la desesperación, y no sé qué parte me gusta más, si sus mejillas sonrojadas y llenas de pecas o esos ojos grises y brillantes, con sus largas pestañas. O sus labios, que siempre parecen un poco manchados de frambuesas. Por Dios, hasta su nariz me parece sexy.

Su respiración es tan irregular como la mía.

—Lo que quiero —empieza a confesar, y traga saliva, como si estuviera nerviosa, o cortada— es que esta vez me enseñes tú a mí

cómo te gusta que te toquen. —El pulso le palpita en la base del cuello. Creo que esta es la única vez que Sage se ha mostrado remotamente tímida en lo que respecta a su lado sexual, y me parece que la curiosidad y el deseo la han alentado.

Oigo que la sangre me zumba en las venas mientras, como respuesta, corre directa a un sitio en concreto.

—Eso lo puedo hacer —contesto. Quiero que se sienta lo bastante cómoda para tocarme como ella quiera, y cuando quiera.

Emprende el proyecto de bajarme los vaqueros hasta las rodillas. Me los desabrocha y baja la cremallera despacio. Cuando me la agarra con la mano, ya estoy jadeando, apretando con los puños la tela de su vestido. Ver sus bonitas uñas azules rodeándomela me hace gemir.

—Dios —dice, mirándome la polla con la boca abierta. En algún lugar, mi ego llora una lágrima de orgullo.

—Mójala —le ruego. Y se me escapa un sonido ronco cuando veo que me escupe en el miembro, antes de tirar de ella despacio y con suavidad—. Puedes hacerme un poco de daño, cariño —le pido. Le envuelvo la mano con la mía y le enseño cuál es la presión que me gusta, y gruño de placer cuando sigue subiendo y bajando de esa forma ella sola. Me observa con calma, con atención, y eso me hace acelerarme demasiado, llegar a ese punto muy rápido—. No voy a durar mucho —admito, aunque gruño más que hablo.

—Avísame —me pide, y, en un rincón alejado de mi mente, comprendo que es probable que algún idiota no lo hiciera.

Cuando aparto la vista de su mano y encuentro su rostro de nuevo, me mira a los ojos. El tirante del vestido se le desliza por el hombro mientras se mueve y un mechón de pelo le cae por la cara. Oh, Dios, ya estoy a punto; suelto un gemido profundo y roto. Ella gime al oírme; el vestido se le sube por las caderas y atisbo un pedazo de algodón rosa y húmedo.

—Me voy a… —empiezo a decir, inclinando la cintura para apartarme hacia un lado.

Sin embargo, ella me empuja para dejarme donde estoy y me posee con la boca, y me atraganto con una avalancha de sonido que quiere estallar en mi pecho. Se me nubla la vista de placer. La abrazo y la estrecho con fuerza contra mí mientras mi corazón intenta recuperar su ritmo normal.

—Ha sido… No tengo palabras, Sage —le digo. Ella se ríe en voz baja—. Creo que me encanta esta biblioteca.



Capítulo 22

Sage

Creo que estoy empanada.

Me acuerdo de cuando éramos más jóvenes y los chicos todavía hacían deportes de equipo. Cada vez que daban un estirón o pasaban por alguna fase extraña que perturbaba su funcionalidad habitual, se les empezaban a caer los balones o se tropezaban con cualquier cosa. Errores estúpidos, absurdos. Y, cuando les pasaba eso, decían que estaban empanados.

Era parecido a lo que me está pasando a mí ahora. El sábado se me cayó una bolsa entera de pienso para gallinas en el garaje, se me enganchó el cinturón en la manija de la puerta tres veces, pisé un rastrillo delante del establo de Bud y me di un golpe de narices. Al nivel de *Los tres chiflados*. El domingo, cuando Indy y yo llegamos al mercado de productos ecológicos, me di cuenta de que me había olvidado las docenas de huevos que tenía pensado llevar y la cuerda para atar los ramos de flores, y también me olvidé de poner agua en el cubo de las hortensias. Por suerte, Indy se dio cuenta de la última cagada a tiempo. En el puerto, corrimos al puesto de limpieza del pescado, llenamos los cubos y fuimos derechitas a meter las hortensias dentro para revivirlas.

Esta mañana he llevado flores a la panadería para sus tartas estivales: las capuchinas, las violetas y los acianos que ponen en la cobertura de los bizcochos porque mantienen mejor su color. Y ahí

estaba yo, tratando de tener un momento alegre y bonito con la propia Savannah, con la que estaba charlando sobre el verano y sus vivos sabores…, cuando se me ha ido la pinza mientras acariciaba el crujiente de miel y le he soltado no sé qué bobada sobre las semillitas y de dónde vienen los bebés. He contemplado horrorizada su expresión de fascinación y he salido escopeteada de allí.

Creo que gasté todas mis posibilidades de seguir por la vida con dignidad cuando le dije a Fisher que estaba interesada en «algo así». Ahora le he puesto fecha a eso y he creado unas expectativas en lugar de dejar que las cosas pasen, sin más. Es que allí, cuando estábamos sentados en el ático, juntos, me sentía muy cómoda y muy tranquila, y ahora tengo que sobrevivir una semana más sabiendo que está en la casa de al lado, imaginando cómo me sentiré cuando vuelva a tener su cabeza entre mis piernas o su erección entre mis manos o recordando sus gemidos al llevarlo hasta el clímax. Su sabor. Nunca había tenido una relación en la que me sintiera lo bastante segura para ser sexualmente curiosa y aventurera.

Nuestro «horario» de entrenamiento tendrá que ser flexible. Nos hemos dado cuenta enseguida. Anoche me mandó un mensaje para preguntarme si me importaría posponerlo a la tarde porque por la mañana tenía una reunión telefónica con Carlie, Frankie y el sobrino de Walter, el dueño de la empresa de baños portátiles. Y me ha venido muy bien, porque necesitaba tiempo para ordenar mis pensamientos y decidir cómo afrontar con éxito el resto del verano.

Creo que me gustaría seguir su consejo e intentar controlar los ingredientes que conforman este acuerdo como buenamente pueda. Suena un poco frío en teoría, pero creo que al final será lo más inteligente. Nada de liarnos cuando entrenemos y limitar el número de veces que nos enrollamos a una vez por semana.

Sin embargo, dudo de mi sabiduría en cuanto Fisher aparece en la playa, donde hemos quedado, otra vez con el traje de neopreno a medio poner y el pecho desnudo. Está tan guapo que me entran ganas de darle un mordisco.

—¡Hola! —me saluda alegremente. Está tan moreno que se le ven los ojos más claros.

—¡Viva! —Mierda. Maldito sea el empanamiento mental—. O sea, ¡hola! —Creo que necesito un descanso.

Él se ríe.

—¿Preparada?

—Normas —digo. Lo juro por Dios, es como si necesitara que me abanicaran y me dieran a oler sales—. Creo que deberíamos establecer algunas reglas para el entrenamiento. Porque… el otro día no llegamos a definir ninguna.

Se pasa una mano por el pelo y me mira con los ojos entornados. Se me nubla un poco la vista cuando me doy cuenta de que le falta un pendiente y empiezo a preguntarme si lo perdió cuando estaba conmigo, la última vez que intenté tener esta conversación con seriedad.

—Sí, perdóname por eso. Me dejé llevar demasiado.

—¡No! —grito—. No, no te disculpes. —«Y ni te atrevas a replanteártelo», quiero añadir—. A mí me pasó lo mismo en la biblioteca. —Noto que me arden el cuello y la cara. El recuerdo de su rostro con los ojos entornados se cuela en mis pensamientos—. Pero creo que lo más inteligente sería que, cuando estemos entrenando, nos limitemos a eso. A entrenar. Y quizá podríamos limitar… las otras cosas… a una vez por semana. —Mientras decía todo esto, he evitado mirarlo a la cara, pero pego un brinco al darme cuenta de que he elegido hablar mirándole el pezón. Le fijo en su mano, pero entonces la cierra, y decido que tampoco es una opción segura, así que bajo la vista a sus escarpines. Vale, menos mal. No existe mundo alguno en el que los escarpines me turben en este sentido.

—Durante los entrenamientos, nos limitaremos a entrenar —acepta—. Pero no creo que pueda acceder a esa sugerencia de una vez por semana —añade con calma.

Frunzo el ceño al ver su plácida expresión.

—¿Y a qué accederías?

—Soy un hombre adulto. Soy capaz de controlarme y de ocuparme de lo que me compete mientras estemos trabajando con un objetivo en mente. Pero, al margen de eso, creo que el número de encuentros… debería ser ilimitado.

Toso sorprendida.

—O sea, ¿que no y ya está? —No sé por qué, pero esperaba que esto fuese más bien un debate.

—Bueno… —Se apoya en su pala de remo—. «No» es una frase completa. —Se muerde el labio y sonríe—. Pero he accedido a la primera de tus normas y te he propuesto que con la segunda seamos más flexibles. —Echa a andar hacia la canoa—. Te conviene tanto como a mí, Byrd.

Resoplo, boquiabierta.

—¡Menudo ego!

—Sí, es grande —declara. Tan displicente, tan guapo hasta decir basta y tan consciente del doble sentido de lo que acaba de decir—. Ah, por cierto, se te está saliendo un pezón de la parte de arriba del bikini. —Entra en el agua mientras yo vuelvo a cagarme en todo por culpa del canguelo y me recoloco el sujetador—. Con el calor que hace hoy, y aun así…



Al final, es él quien hace que el entrenamiento salga adelante, a pesar de mi exhibición de aureola accidental. Remamos durante dos horas con pocos descansos, hasta que nos pesan los brazos como si fuesen de plomo y estamos cubiertos de sudor y demasiado exhaustos como para que yo me preocupe siquiera por la posibilidad de que nos sintamos mínimamente incómodos. Metemos la canoa en su escondite y subimos el acantilado, lo que, unido a que nos estamos recuperando del esfuerzo, no nos deja mucho margen para charlar.

Cuando llegamos al prado, veo a Indy y a Gary tumbados en la hierba de su gallinero.

—Pues, para comportarse como si fuera una plaga, va mucho a visitarlo —comento.

—No voy a fingir que la entiendo —replica él.

Me encojo de hombros.

—Lo estás intentando; eso cuenta.

Él levanta los hombros, como si no estuviera muy seguro.

—Esto… ¿Quieres cenar con nosotros esta noche? Seguro que tenemos de sobra.

Sinpatica aparece de no sé dónde y empieza a restregarse contra las piernas de Fisher. En la distancia, oigo el gracioso aullido de Sable. De repente, se me antoja que es un mal presagio. Tengo miedo de que nos sintamos demasiado cómodos con todo esto.

Puede que Fisher no esté de acuerdo con establecer unas restricciones firmes, pero a mí me parece prudente que haya algunos límites, al menos por mi parte.

—No, no hace falta, gracias —contesto.

Asiente, y creo que me ha entendido. Luego se da la vuelta para irse a su casa.

El martes, durante el entrenamiento, volvemos a limitarnos a entrenar. No es maleducado, ni tampoco se muestra frío exactamente, pero tampoco se puede decir que sea amable y cercano. Parece tener prisa y me da la sensación de que evita mirarme a los ojos. Me río al ver un par de leones marinos tumbados panza arriba y soltando sus berridos ridículos, y su única respuesta es una sonrisa tensa y breve.

El miércoles le mando un mensaje para preguntarle si quiere que le enseñe dónde puede coger las moras de Marion. Me contesta con una foto de su cara, tan guapo y desaliñado como siempre, medio escondida detrás de un cuenco a rebosar de moras. Debajo se lee: «Las encontré. Gracias». Cuando le respondo preguntándole qué tiene pensado hacer con ellas, me deja como «leída», no responde. Al final de la tarde, cuando baja el calor y decido ir a quitar malas

hierbas, lo descubro junto a la valla, dejando que Sinpa frote su cabecita contra su barba. Me río y me vuelvo para ir hacia él, y entonces levanta la cabeza, me ve, me saluda con la mano, se da la vuelta y entra en su casa corriendo. Paso lo que queda de tarde en el jardín, perpleja y desconcertada tanto mental como emocionalmente por culpa de la situación, arrancando yerbajos de forma agresiva cada vez que me vienen a la cabeza estos pensamientos tan perturbadores. Odio haber adquirido esta conciencia tan aguda de su distancia. Arranco. Odio haber rechazado cenar con él. Arranco. Odio haber tenido ganas de invitarlo a casa desde entonces. Arranco. Odio saber que esta es precisamente la razón por la que lo mejor es que no lo haya hecho. Arranco, arranco y arranco.

En un momento de la noche, Sable quiere salir, y yo debería sospechar, pero estoy demasiado dormida para pensar con claridad. Vuelve aullando, atragantándose y apestando a mofeta una barbaridad. Necesita múltiples baños de varios pasos con peróxido de hidrógeno, bicarbonato y lavavajillas. La experiencia no mejora mi estado de ánimo.

Unas horas después, el jueves por la mañana, me despierto alicaída, con los músculos doloridos e inflamados por culpa de tanto entrenamiento y de una falta de sueño reparador. Me empeño en ponerme el traje de neopreno, lo que no es nada fácil, y acabo perdiendo la última gota de motivación que me quedaba para todo el día. Le envío un mensaje a Fisher y le digo que queda liberado de su compromiso.

Un rato después, estoy con la mirada fija en el sofá, buscando algún tipo de inspiración que me ayude a afrontar la odisea de quitarme el neopreno para poder volver a la cama. En ese momento, Sable suelta un ladrido emocionado y empieza a corretear.

Oigo entrar a Fisher por la puerta de la galería y venir hasta la cocina. Cuando me encuentra en el salón, se apoya en el marco de la puerta con un brazo.

—¿Estás enferma? —pregunta.

—No.

Me mira impertérrito, sin parpadear. Le cae un mechón de pelo sobre la frente.

—Entonces, ¿qué quieres decir con eso de que quedo liberado de mi compromiso?

—Quiero decir exactamente eso. Que hoy no hace falta que entrenemos.

Parpadea, planta los pies en el suelo y se cruza de brazos.

—Escucha, Byrd… No soy un tío muy acuático.

—Pues claro que no —contesto enfurruñada—. Si fueras acuático, tendrías branquias y membranas en los pies, como Kevin Costner en la película esa. *Waterworld*.

—Exacto —replica, sin amilanarse—. Y lo cierto es que tampoco me gustan mucho los barcos. Pero lo que sí soy es un tío ganador. Te dije que si nos metíamos en esto no querría perder. Podemos tomárnoslo con calma, pero creo que deberíamos ir.

Hay algo muy decidido en su expresión. Y en su postura, y en esa chispa de determinación que le brilla en los ojos. Me ayuda a recordar que si yo quería hacer esto era por mí, y que ni su ternura ni su apatía deberían interponerse en mi camino.

—Tienes razón —afirmo—. A navegar. —No sabía si iba a decir «a remar» o «a ganar», y al final he dicho «navegar». Qué ridícula. Pongo los ojos en blanco. Puede que esto de decir cosas raras sea algo innato si eres de Spunes.

De todos modos, sigo molesta con él por tener esa clase de poder sobre mí. Y aún más molesta conmigo misma por sentirme así. Vuelvo a ser Sage la tonta, Sage la blanda. Pero dejo que el enfado me dé fuerzas y me concentro en la tarea que me ocupa.

Cuando ya llevamos una hora remando, sigo molesta, aunque contenta porque él haya insistido en venir. Es como si mi cerebro se hubiese limitado a concentrarse en el presente otra vez, en la sensación de la pala al cortar el agua, en el sudor que hace que me escuezan los ojos, obligándome a parpadear, y en el aire que entra y sale de mis pulmones. Me duele la columna y tengo las manos

irritadas, y el clima me hace sentir como si estuviese dentro de una lasaña congelada que se está cocinando en el horno, con puntos fríos extraños en mitad del calor.

—Creo que se acerca una tormenta —consigo decir entre jadeos cuando hacemos el último descanso. Estoy sin aliento.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta desde su asiento, detrás de mí, jadeando con tanta fuerza como yo—. No veo nubes por ningún sitio.

—Lo sé y punto.

Se ríe y eso me irrita. La mezcla entre la adrenalina, el agotamiento y la inseguridad se convierte en una sensación amarga.

—¿Qué? —le espeto con voz cortante al tiempo que me giro—. ¿Te parece que estoy diciendo tonterías otra vez? —Corrijo el tono lo suficiente hacia el final como para que se pueda interpretar como una broma, pero él alza la barbilla, sorprendido.

—¿En qué momento he dicho que digas tonterías? —pregunta con las cejas enarcadas.

Me siento tan frustrada y avergonzada que se me hace un nudo en la garganta. La única que se dice eso soy yo. Él ya se disculpó por aquellos comentarios de hace semanas y por cómo se podían interpretar. Ahora está a mi lado, y está cumpliendo con su parte del trato. Soy yo la que está angustiada. Esto me lo estoy haciendo yo solita.

—Nunca —admito con voz inexpresiva—. Perdona. Estoy… —Inhalo de forma temblorosa—. Tengo un día un poco raro. Volvamos, ¿vale? —No lo miro. No quiero que vea lo desgraciada que me siento porque seguro que lo llevo escrito en la cara.

—Vale —contesta en voz baja.



Como si tuviésemos un acuerdo tácito, durante el trayecto de vuelta nos lo tomamos con calma, y dedico ese tiempo a poner mis

pensamientos en orden. Lo que está pasando aquí es que no soy capaz de ser reservada y mantener las distancias. No lo he sido nunca. Mi madre se dio cuenta de esto antes de que cumpliera los seis años. Hasta lo escribió en su cuaderno de consejos sabios. «Nunca he visto a nadie que se lance de cabeza a las cosas tanto como tú —escribió—. Al caminar, al nadar… Nos costó la vida enseñarte a usar los cubiertos porque siempre intentabas comer como los perros, amorrándote directamente al plato. Cuando vi a tu padre enseñarte a nadar, me generaste una pesadilla muy específica en la que te tirabas de cabeza en aguas poco profundas. No te voy a decir que no te tires nunca a la piscina, pero, por favor, tírate de pie en lugar de hacerlo de cabeza».

Puede que aquello lo escribiera en un sentido más bien literal, pero es una de esas cosas que me parece que puedo aplicar a mi vida a menudo.

Remamos hasta la orilla en silencio, sacamos la canoa del agua y la arrastramos hasta el escondite.

—Lo siento —le repito—. Creo que estoy peleada con mi cerebro. —Me encojo de hombros a modo de disculpa.

—¿Ah, sí? ¿Qué te está diciendo ese capullo? —contesta. Me parece juguetón y amable que siga el hilo de mi analogía, y no puedo evitar sonreírle agradecida. Así, hablar se me hace más fácil.

—Está confundido, preocupado y cansado. —Me río—. Anoche Sable salió y a la una de la madrugada la atufó una mofeta. Ha sido una noche muy larga.

—Eso explica el hedor —bromea, haciendo una mueca con los ojos muy abiertos—. Pero ¿qué te preocupa exactamente?

Me tiro a la piscina… pero de pie.

—Esta semana estás… distinto. Ya sé que te dije que quería que nos limitáramos a entrenar, pero… Casi no me miras a los ojos, y me preocupa que, desde que rechacé ir a cenar a tu casa estés…, ¿evitándome? Al margen de esto, claro. —Señalo el agua—. No haces más que girarme la cara cuando me río. —No pretendía decir eso último, y ahora soy yo la que aparta la vista.

Noto que da un paso hacia mí, pero me quedo muy quieta.

—Mírame —me pide.

Cuando lo hago, veo que luce una expresión severa y concentrada, y creo que lo he sacado de quicio oficialmente. Pero entonces alza la mano hacia mi cuello y me lo acaricia, trazando una línea hasta mi barbilla.

—En primer lugar, me siento mal hasta por haber llamado «capullo» a tu cerebro. Lo retiro. Me encanta tu mente —dice—. Y, en segundo, me tiré el pisto hablándote de mi concentración… —Suspira con esfuerzo—. Y resulta que hasta las cosas más insignificantes que haces me parecen eróticas de cojones. Es una tortura. Estoy en la cuerda floja, tratando de no caerme, pero es mucho más difícil de lo que pensaba. —Se me ilumina el rostro con una sonrisa radiante, y él me devuelve el gesto—. Me alegra que disfrutes tanto de mi dolor, pero te estoy hablando en serio. Por un lado está lo evidente: los jadeos, esos soniditos más vocales que haces del esfuerzo… El ruido de la cremallera del puto traje de neopreno, que llevas pegado como una segunda piel. —Le da un golpecito con la punta del dedo—. Y luego está lo absurdo. Anoche salí a sacar la basura y te vi en la galería, con las luces encendidas, pintándote las uñas de los pies y te juro, Sage, que, aunque no haya ninguna razón lógica para ello, me pareció pornográfico. Y eso que estaba a casi cincuenta metros. —Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada, y él asiente con entusiasmo—. ¡Estuve a punto de llamar a la policía! Por escándalo público o algo así. Pero entonces me acordé de que uno de los policías es tu ex y me dio un arrebato de celos por eso. Por una situación que me había imaginado, Byrd.

¡Ay! Ahora me estoy apretujando contra él, indefensa, sin poder evitarlo. Los dos tenemos dos enormes sonrisas estúpidas pintadas en la cara.

—Y tu risa es… —prosigue—. No sé qué tiene, Sage, pero tu risa… —Noto que se le tensan los músculos de la espalda bajo mis

manos, y que los de su abdomen se contraen y se relajan contra mí —. Creo que tu risa podría servirme hasta de desfibrilador.

Ay, no. Casi oigo la alegría y el aturdimiento zumbando por mis venas, aunque todo esté en silencio. El silbido que se oye cuando saltas al vacío y todo lo demás se queda en silencio, lejos, por encima de ti.

Entonces me besa, muchas veces, saboreándome y provocándome.

—Por favor, deja que mañana cocine para ti —me pide, acariciándome la nariz con la suya. No puedo responderle, porque vuelve a adueñarse de mis labios con urgencia, casi con brusquedad.

—Sí —le digo, pegada a su boca. Extiende una mano y me presiona la espalda, clavando las caderas contra las mías. Cuando se separa de mí, me siento abandonada.

Arruga la nariz y me mira como si sintiera dolor.

—Mañana —confirma, y creo que es una promesa tanto para mí como para sí mismo. Y entonces se da la vuelta y se va.



Capítulo 23

FISHER

Retiro lo que dije sobre que el tiempo estaba cogiendo carrerilla. Esta semana ha alargado al máximo cada segundo que he tenido a solas. El viernes por la mañana, cuando abro los ojos, todavía está oscuro. Mi cuerpo empieza el día antes de que mi cerebro haya sido informado de ello. Repaso todo lo que tengo pensado cocinar, preparo todo lo que puedo y luego me paseo por la casa en círculos, sin rumbo alguno.

En el cuarto se me ocurre una idea. Miro el reloj y, al ver que todavía no son ni las seis, el plan se cimenta. La familia de Blake no vendrá a recoger a Indy para el fin de semana hasta las primeras horas de la tarde, y he quedado con Sage más tarde. Ayer, cuando fui a la tienda, vi un panfleto que anunciaba que hoy sería el primer día para ver las formas dibujadas en la arena.

Le dejo una nota a Indy, cojo una chaqueta y las llaves y me voy directo al Mirador de los Fundadores.

Soy el primero en llegar al aparcamiento de la playa, salvo por un anciano vestido con una sudadera de colores desteñida que parece estar preparándolo todo. Hay un montón de carteles a lo largo de las escaleras de madera que bajan por un pequeño acantilado en los que se lee que, hasta que el laberinto esté terminado, los visitantes deben limitarse únicamente a observar.

—¡VEN AQUÍ! —le grita el hombre a alguien, pero sigue caminando en varias direcciones, agachado sobre la arena como si estuviese inspeccionándola o buscando algo.

Entonces, el hombre se detiene y se vuelve hacia mí.

—¡BAJA! —grita.

Miro a mi alrededor para ver a quién le está gritando.

—¡¿Yo?! —le contesto, gritando también.

Asiente con vehemencia hasta que me ve bajar las escaleras, aunque lo hago con vacilación. Lo único que quería era ganar un poco de tiempo, no quería que me dieran… trabajo.

—Coge un rastrillo —me ordena el viejo cuando llego hasta él. Veo que tiene un montón de rastrillos con cabezales de metal distintos y palos envueltos en cintas decorativas diferentes—. El de colorines.

—Ay, no —contesto, moviendo las palmas de las manos en el aire —. No podría. —Me he acordado de que Sage me habló de estos laberintos que dibujaban en la arena y se me ocurrió que sería bonito verlo. Me los pintó como algo… No sé. Transformador—. No quiero cagarla —le explico.

—No puedes —contesta—. La entrada y la salida estarán la una al lado de la otra, y siempre empiezo cada laberinto con una primera curva a la izquierda. Cubriremos toda la arena posible que esté expuesta ahora mismo. Venga. Dentro de poco vendrá más gente a ayudar.

Entrecierro los ojos por lo chillones que son los colores del tipo, en medio de todo este gris que nos rodea. El aire se siente denso; tal vez Sage tuviera razón y se avecine una tormenta.

—¿No hay más instrucciones? ¿Ni consejos? ¿Nada que deba tener en cuenta? —pregunto con brusquedad.

—Pues no. Si te gusta algo, no sé… Si te gusta mirar a esa roca de allí, la isla de Bannet, como la llaman los de Spunes… —Señala un montículo alto y serrado que está dentro del agua, a unos cincuenta metros—. Bueno, que si te gusta mirar eso, pues que tu camino vaya por ahí. Y si quieres mirar al suelo, o a tus putos pies y

que el camino de marras dé vueltas y vueltas en un millón de circulitos, como para volverte loco… A mí me da igual. Hazlo y punto.

La sorpresa me arranca una carcajada.

—Pensaba que los viejos capullos vestidos de colorines eran amables, y no sé… un poco más sociables.

Se yergue y se mira la sudadera con el ceño fruncido.

—Una chica del pueblo me la compró el año pasado —admite con timidez—. Creo que se supone que es irónica.

Todo esto me parece graciosísimo.

—¿A que adivino quién? —le digo.

—¿Fisher?

Y, como si la hubiese invocado pensando en ella, me vuelvo y me encuentro con Sage, que me sonríe como una aparición. La más bienvenida de todas las apariciones. Tiene la punta de la nariz rosada por culpa del aire fresco matutino.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con una sonrisa.

—Me he acordado de lo que me contaste y he querido venir a verlo. Me ha gritado —protesto, señalando a su gruñón amigo. Ella suelta una carcajada y, casi por instinto, la abrazo y la traigo hacia mi costado.

—Amos. —Chasquea la lengua y me señala con la barbilla—. Sé bueno con él. Amos se pasa el verano conduciendo por la costa Oeste para visitar a su familia, que es un poco excéntrica, y luego… ¿Qué hiciste el año pasado? —pregunta.

Amos pone los ojos en blanco y exhala un suspiro ronco.

—Tengo un hermano que tiene un huerto de manzanos en el sur de California y una hermana *hippie* en la bahía. Visito a unos y otros y luego no me queda otra que desestresarme, intentando entrar en un estado meditativo, repetidas veces.

—¿Le has dado mi rastrillo? —le regaña Sage.

—Me ha parecido un tipo adecuado para el palo multicolor —contesta con aire ingenuo.

Sage coge el tercer rastrillo y contempla la vasta extensión de arena que se extiende ante nosotros.

—¿Cómo se hace? No quiero estropearlo —le pregunto con la esperanza de que sea más clara. Creo que no me gusta no tener instrucciones precisas de en qué dirección ir, o sobre el tamaño que deberían tener los círculos.

—Yo tampoco estoy segura nunca. Creo que tienes que hacer lo que te parezca y ya está.

No debería ser tan difícil llevarlo a cabo de forma instintiva. Solo hay que trazar un camino circular a través de la arena, así que me esfuerzo al máximo para… hacerlo y punto. Pero, al cabo de unos minutos, termino encerrado en mi propio laberinto. Le hago gestos a Amos y Sage para que me ayuden a desenredarme, ya que no tengo forma de continuar sin pasar el rastrillo por encima de algunas de las otras líneas que he dibujado.

—Déjalo así —dice Amos—. A veces, el camino debe terminar ahí. —Me da la espalda y echa a andar, dejando un nuevo sendero tras él a medida que se aleja—. La marea se lo lleva todo.

Miro a Sage.

—¿No te parece un poco triste? ¿Hacer todo esto solo para que la marea lo borre? —Creo que llamarlo «inútil» sería demasiado cruel.

—No lo creo —contesta—. No es triste si eres capaz de aceptar su fugacidad. A veces, la gente escribe cosas que le preocupan. Las llevan consigo al laberinto y les resulta terapéutico dejarlas ahí. Dejarlas atrás. Otras veces se trata de disfrutar del viaje de una forma un poco más tangible que cuando lo lees en esas típicas frases pegadizas. Aunque… —Contempla todos los caminos que he dibujado y me mira a los ojos—. Aunque te haga dar vueltas en círculos que no te llevan a ningún sitio en particular. Aunque al final no vaya a ninguna parte. Cuando aceptas que es fugaz, te das permiso para disfrutarlo.

Noto una punzada de dolor justo en el plexo solar. Ahora mismo está tan hermosa que me siento cercano al pánico; el corazón me late de forma estruendosa, errática. Suelto el rastrillo, la cojo de la

chaqueta y la abrazo de nuevo contra mí. Le acaricio las pecas con el pulgar antes de inclinarme para besarla en los labios. Solo una vez. Solo una, para saciar esta especie de sed que se ha adueñado de mí.

Cuando nos separamos, una colección de momentos compartidos pasa ante mis ojos. Ella me agarra de la camiseta con los puños cerrados, y me mira a los ojos. Creo que este mes hemos construido algo, algo cuya fugacidad quizá podamos aceptar y que podamos disfrutar mientras dure.

Seguimos trazando nuestros caminos. Decido continuar con uno más recto, cuyos bordes se curvan ligeramente. Sage es más atrevida: dibuja curvas exageradas y cambia de dirección en múltiples ocasiones. No sabría decir cuánto tiempo tardo, pero, al final, encuentro el modo de hacerlo y ya está. Las líneas empiezan a conectarse las unas con las otras, como si aquella hubiera sido su intención desde el principio. Al cabo de un rato, Amos se acerca y nos dice que encontremos un modo de fusionar nuestros caminos y conectarlos con el que él ha creado para la salida. Doy una vuelta, casi hasta llegar al agua, y me encamino hacia ella. El camino de Amos se entremezcla con el borde del que ha hecho Sage y, luego, ella y yo trazamos los bordes que terminan la última parte de la senda.

Después, los tres damos un paso atrás para contemplar las magníficas formas que se extienden ante nosotros. Hasta las curvas que he trazado que me parecían más discordantes acaban convirtiéndose en algo mejor.

Empiezan a llegarnos voces con la brisa. Ya hay gente paseando por la arena.

—¿Quieres quedarte un rato? —le pregunto a Sage.

—No —contesta, feliz—. De momento, he dejado atrás lo que necesitaba abandonar.

Como yo.



Capítulo 24

Sage

Esta mañana, trazar el laberinto ha aliviado algo en mi interior, pero no por ello he encontrado la calma. Supongo que una puede estar emocionada ante cada subida y bajada de una montaña rusa y, aun así, no poder evitar una reacción física o que se te ponga el estómago del revés.

Paso casi toda la tarde preparándome, agobiada por mis absurdeces de siempre. Le mando a Wren fotos de unos once atuendos distintos antes de decidirme por un conjunto de falda y top azul grisáceo que deja al descubierto una coqueta franja de piel en la cintura. Luego me pongo nerviosa y decido cambiarme el color de las uñas en el último segundo, pero calculo mal el tiempo y termino dejándomelas sin pintar. Me pongo todos mis anillos preferidos y un sencillo par de sandalias, le doy un beso de despedida a los animales y salgo al prado.

Tengo los sentidos agudizados y alerta. El final de la tarde me envuelve con su aliento, como si la hierba calentada por el sol también estuviera emocionada. Los últimos nervios se me derriten y me calientan la sangre en las venas.

Cuando llego a la puerta principal de los Andersen, entro sin llamar. Me recibe un aroma que a punto está de arrancarme un gemido. Encuentro a Fisher en la cocina y me paro para contemplarlo.

Domina por completo el espacio que lo rodea. Lleva una camisa verde de manga corta que ondea al compás de sus movimientos, y todavía tiene el pelo húmedo de la ducha. Da un trago de una botella de vino que tiene cerca y, cuando lo veo, siento un cosquilleo en el pecho.

—Hola —me saluda al verme. El rostro se le ilumina con una ancha sonrisa, más marcada en un lado que en el otro. Rodea la isla y se encuentra conmigo a mitad de camino para darme un casto beso en la comisura de la boca. Huele mejor que la comida, y, por un segundo, contemplo la posibilidad de apartarlo. Sin embargo, si pienso en todo lo que nos hemos confesado mutuamente, me da la sensación de que, una vez más, está mostrándome una parte íntima de sí mismo.

Hay un altavoz en alguna parte que reproduce versiones acústicas y sencillas de canciones famosas. Me siento en un taburete junto a la barra para observarlo trabajar. Me cuenta que me ha preparado una cena de cuatro platos, pero que servirá porciones pequeñas para que no sea demasiado. Charlamos de cosas triviales, y me río cuando me cuenta lo nerviosa que se ha puesto Indy cuando le ha preguntado si este fin de semana vería a Sam en Gandon.

—Solo espero que no sea demasiado dura con el chico, la verdad —apunta—. Sé que tendría que ser más sobreprotector y alegrarme de que se muestre un poco distante, pero… —Se interrumpe y apoya las manos en la tabla de cortar—. Mi hermana era muy joven cuando la tuvo. Y la gente fue cruel. —Alza una mano para detenerme antes de que le diga lo mucho que lo siento—. No pasa nada. Ella estaba bien. Creo que yo me tomaba las cosas más a pecho que Freya, pero también que, como resultado, Indy es muy independiente. No dedicará tiempo a nada que se interponga en su camino o que le suponga un lastre. Yo antes era así.

Ladeo la cabeza y lo observo con atención.

—¿Y ya no lo eres?

Echa un vistazo a una de las sartenes y la mueve con precisión. Los omóplatos se le marcan por debajo de la tela.

—Estoy llevando a la práctica algunos de tus sabios consejos y cada vez me resulta más fácil. Cuanto más confío en ella, más confianza me da —dice, y luego vuelve su atención hacia otra tarea —. Solo tengo que seguir siendo un pilar para ella.

Joder, es perfecto. No, es aún peor, porque es imperfecto y sincero y se merece mucho, muchísimo amor. Esto es una maravilla para mí. Y un espanto.

—Lo estás haciendo muy muy bien, Fisher.

—Gracias —contesta en voz baja y ronca.

Y entonces se pone a trocear con la precisión y la concentración de un cirujano, poniendo esa mirada tan peligrosa y apasionada que sabía que pondría. Mi memoria se tropieza con el recuerdo de cuando esa concentración estaba en mí, cuando el objeto de su devoción era mi placer. Y entonces la imagen se desvanece, pero con la misma deliciosa intensidad. Doy un paso más allá y me permito imaginar cómo me sentiría expuesta ante él como un festín, gozando de nuevo de toda su atención.

—¿Tienes hambre? —pregunta, levantando la vista hacia mí.

—Estoy famélica.

—Esto… —dice, deslizando un cuenco poco profundo con el borde ancho hacia mí— es un carpacho de rape escalfado en hibisco. Estoy utilizando el término «carpacho» de una forma un poco libre, pero si tuviera que poner este plato en una carta, lo llamaría así. Por encima hay una variedad de melones de temporada marinados con hierba, limón y lima *kaffir,* y, para unificar todos los sabores, una vinagreta de langosta.

No tengo ni idea de lo que acaba de describir, pero no se puede negar que es bonito. Es colorido, brillante, exótico… Me lo como con los ojos antes que con la boca. Me llevo un bocado a los labios y se me escapa un gemido espontáneo casi de inmediato. Me tapo la boca y lo miro conmocionada.

Él aprieta los dientes.

—Me moría por descubrir qué más necesitaría para que gimieras así otra vez.

Siento que me arde la piel, que el calor se me acumula en la cara interna de los codos y las rodillas.

Cuando llega el segundo plato, me cambia la copa de vino por otro distinto. «Ahora viene la pasta», me dice.



—En realidad, casi siempre odio trabajar con masas —reconoce mientras me pasa el plato—. Pero esto son unos *gnudis* de polen de hinojo salvaje con chili calabrés y… —Dejo de escucharlo en cuanto el bocado empieza a danzar en mi lengua. No sé qué me está haciendo esto en la boca, pero es todo un espectáculo.

Cuando consigo apartar la vista del plato, lo descubro mirándome, haciendo caso omiso del suyo. En su rostro hay un matiz crudo, vulnerable y expectante. Parece tan esperanzado que casi se asemeja a un muchacho, y me entran ganas de coger la comida con las dos manos y gritarle: «¡Eres maravilloso, eres maravilloso, eres increíble, maldita sea! Eres mejor que todos los demás y también más valiente, y ¿por qué narices dejarías que alguien te hiciera sentir como si valieras menos?».

Pero, en lugar de eso, doy un traguito de vino y le digo:

—Esto es, sin duda alguna, lo mejor que he probado en la vida, Fisher. Es… —Me veo obligada a taparme la boca de nuevo y soltar una exclamación. Está claro que mi sistema nervioso está procesando algo que le es totalmente ajeno.

Rodea la isla en varias ávidas zancadas y, abrazándome de esa forma que hace que se te derritan los huesos, me besa despacio.

—Me alegro —responde, y, una vez más, el deseo de que pare y me haga suya ahora mismo lucha contra la parte de mí que no ve la hora de experimentar su siguiente creación. Puede que con el postre tenga que ir al hospital.

El tercer plato es un solomillo de ternera que está de escándalo, y no sé qué ha hecho con unos espárragos, de entre todas las cosas,

pero me tienen extasiada. Es casi demasiado para mis sentidos. Ha sido una buena idea que las porciones sean pequeñas, porque, si tuviera la barriga llena, ahora mismo estaría en una especie de coma.

Sin embargo, más que tranquila y arrullada, me siento como si hubieran zarandeado mis terminaciones nerviosas hasta convertirlas en una especie de espuma, como si pudiera desmoronarme con la más ligera caricia. Los olores, los sabores, verlo a él y cómo mueve los antebrazos, con los tendones y las venas trabajando por debajo de la piel… Ese testarudo mechón de pelo que se empeña en caer sobre su frente. Se lo pone detrás de la oreja y me levanto, arañando el suelo con las patas del taburete.

Me ve ir hacia él y supongo que debo de llevar el deseo escrito en el rostro con letras luminosas, porque pregunta:

—¿Postre?

—Luego.

—Gracias a Dios… —susurra con los dientes apretados, tira el trapo que lleva en la mano y viene a por mí. Me coge de la cintura, me sube a la encimera y se pone entre mis piernas, lanzándose a por mi cuello como un hombre muerto de hambre. Noto el frío de la hebilla de su cinturón contra la piel sobrecalentada de mi muslo; mis manos se mueven por todas partes, tocando allá donde pueden. Desliza los dientes contra mi clavícula y la aspereza de su barba incipiente me rasca con suavidad la parte superior de los pechos. Busco su boca con la mía y meto las manos entre nosotros, intentando dar con los botones de su camisa.

Un fugaz momento de conciencia se cuela en mitad del frenesí cuando atisbo el robot aspirador de los Andersen por el rabillo del ojo.

—Fisher —le interrumpo con voz ronca, y la última sílaba se transforma en un gemido, porque justo entonces noto cómo me desliza la lengua por el cuello—. Fisher, vamos a mi casa —consigo decir.

—¿Qué? —dice.

—No quiero follar en casa de los Andersen. —Me echo a reír—. No podré volver a mirar a Nina a la cara.

Él gruñe, con la cabeza enterrada en el valle de mi pecho, pero me baja de la encimera y tira de mí hacia la puerta, casi corriendo. Antes de abrirla, se vuelve hacia mí con una mirada salvaje y nuestros labios se encuentran, sin por ello dejar de sonreír, y nuestras lenguas se saborean la una a la otra. Risas cortas e idénticas se nos escapan de repente, como burbujas de champán. Siento que me domina la lujuria cuando veo que tiene que recolocársela en los pantalones antes de irnos.

El cielo interrumpe el momento cuando salimos al porche. Unas gruesas y pesadas gotas de lluvia resplandecen a nuestro alrededor como haces de luz a pleno sol. Nos miramos sorprendidos y echamos a correr.

Chillamos y reímos mientras cruzamos el prado, deteniéndonos solo para saborear la lluvia en la piel del otro. Me pellizca un pezón por encima del top y me hace ahogar un grito, mirando al cielo. Me subo la falda para que pueda cogerme de los muslos y llevarme en brazos lo que queda del camino.

Cuando llegamos a la galería, Sable ladra con alegría, pero enseguida se quita de en medio. Desenrollo el colchón que guardo aquí antes de cerrar y, cuando me vuelvo para mirarlo, me estremezco.

—Estás temblando —observa, acariciándome la cara y los brazos con las palmas de las manos y, probablemente, limpiándome el maquillaje corrido de debajo de los ojos—. ¿Estás bien? —El rostro se le arruga de preocupación. Me inclino sobre la palma de su mano y lo cojo de la muñeca, dejando los dedos sobre su pulso, e intento acompasar mi respiración.

—Sí. —Asiento. Simplemente, sé que nunca volveré a ser la misma. Pero quiero seguir adelante de todos modos.

Me acaricia la cara mientras yo desabrocho los demás botones, para luego empujar la tela sobre sus hombros y quitársela. Levanto los brazos para que pueda despojarme del top y el sujetador, y los

tiro encima de su camisa, que está arrugada y mojada. Traga saliva con dificultad y, al ver cómo me mira, se me seca la boca.

Después, voy a por su cinturón, y a por el botón de sus vaqueros, que descansa sobre el bulto de su enorme erección. Se quita las botas con tanto entusiasmo que se me calman un poco los nervios. Me hace reír.

—Me encanta tu sonrisa —me alaba de repente, como si le hubieran arrancado las palabras. Y a mí me encantan tantas cosas de él… Su sonrisa torcida, sus orejas un poco demasiado grandes, su pelo alborotado, ese ego que sale a relucir de vez en cuando. Me encanta ver lo mucho que se esfuerza. Cómo intentó entenderme y descubrir cómo era desde el momento en que nos conocimos, incluso cuando todavía estaba tratando de discernir entre sus propias suposiciones y sus intentos por mejorar. Cómo siempre trata de ser honesto y de hacer lo que dice que hará. Y cómo reconoce cuándo no ha podido o no ha sabido hacerlo.

—Hay tantas cosas que me encantan de ti… —decido decirle. Me sale en forma de susurro, y no sé si me ha oído por encima de la lluvia.

—¿No se te ocurre nada concreto? —intenta bromear.

Niego con la cabeza.

—Son demasiadas —admito.

Coge aire con fuerza y asiente, como si lo entendiera, como si a él le pasara lo mismo.

Presiono los labios contra su pecho cálido y se me ponen los pezones duros cuando rozan la piel de su torso. Desliza las palmas de las manos por mi falda, por detrás, y entonces la coge para bajarla despacio, con suavidad, hasta quitármela. Me mantiene muy cerca de él y, acorralándome, me lleva hacia el colchón. Cuando me tumbo a sus pies, no deja de mirarme a los ojos. Se quita los vaqueros y los calzoncillos a la vez y sonríe con suficiencia cuando casi me atraganto al verlo desnudo.

Se tumba a mi lado y se concentra únicamente en mi cuerpo. Veo que observa el rubor que se me extiende por la piel. Ambos

contemplamos cómo su mano traza círculos alrededor de mi ombligo y luego baja, dibujando un camino fantasma para juguetear con la tira del tanga.

—¿Puedo? —pregunta.

—Por favor.

Cuando me toca donde más lo necesito, se le cierran los ojos. Y, cuando suelto un gemido entrecortado, me apoya la frente en el hombro. Abruma mis sentidos. La vista, cuando veo su mano moverse bajo la tela de algodón; cuando se frota contra mi cadera como si no pudiera hacer nada por contenerse; su pelo, que me hace cosquillas en la barbilla, tanto como su aliento cálido en el pecho. Mientras tanto, oigo el golpeteo de la lluvia, que difumina el cristal que hay sobre nosotros. Todo se tensa de una forma imposiblemente rápida y me lleva hacia el borde del clímax. Pero entonces saca la mano y, con los dedos brillantes, me pinta alrededor de los pezones para luego lamer mi piel. Empiezo a gemir sin medida, su nombre y «por favor», y «gracias», y «sí, sí, sí». Me lleva más y más lejos, hasta que me retuerzo, olvidándome de todo, hasta que me froto contra la palma de su mano y presiono su cabeza contra mi pecho, revolviéndome, desatada.

—Así, Sage. Deja que llegue, cariño. No te resistas.

Y sus palabras acaban de desmadejarme. Me desmorono por completo, y el clímax se adueña de mis brazos y mis piernas y estalla en una luz cegadora. Se me escapa un sollozo de alegría nacido en lo más profundo de mi pecho, mientras sigo cayendo y cayendo al vacío, inmersa en este torbellino de placer hasta que mi cuerpo queda exhausto, agotado, hasta que veo que usa esa misma mano consigo mismo, moviéndola con brusquedad. Mi corazón, que aún se está recuperando, salta con violencia dentro de mi pecho.

—No hace falta que hagamos nada más —dice, como si no estuviese palpitante y dolorido, como si yo no pudiera notar la gota de humedad que me ha dejado sobre la pierna.

—Sí que hace falta —le contradigo con voz ronca, alargando las manos hacia él—. Creo que yo no podré llegar otra vez pero quiero…

Quiero ocuparme también de ti. —De repente, por una razón incomprensible, me embarga la timidez. He estado con la friolera de tres personas, y ni siquiera en los cinco años que estuve con uno de ellos sentí algo tan abrumador como lo que he sentido con Fisher.

—Sí que puedes. —Aprieta los dientes con fuerza, deteniendo mi mano—. Puedo ponerte a punto otra vez.

Y solo con esas palabras se desata de nuevo mi urgencia, mi ansia. Persigo su boca, toda lengua, dientes y jadeos.

—Tomo la píldora —le digo.

—Hace mucho tiempo que no estoy con nadie. No tengo nada que comentar —contesta con una sonrisa dulce. Me descubro imitando su expresión, agradecida por su confianza, por su tranquilidad.

Se incorpora para sentarse, se apoya en un lado del sillón amarillo y me sube a su regazo, de forma que quedo a horcajadas, con las rodillas a los lados de su cuerpo. Me estremezco ante su descarada falta de pudor, sus muslos musculosos y separados, y su erección, pegada a su vientre. Él se da cuenta, y coge una manta del cesto y me rodea la parte baja de la espalda con ella en un gesto amoroso, para luego frotarme los brazos. Me besa las palmas de las manos y luego se las pone en el cuello.

Me coge de las caderas y me aparta el tanga al tiempo que suelta un murmullo alentador y entrecortado, y luego me frota sobre su erección. Me muerdo el labio, tratando de contener un grito ahogado cuando me atraviesa de nuevo una ola de calor, dejando un deseo sordo a su paso. Maldigo entre dientes cuando lo hace otra vez y curva la boca en una sonrisa torcida. Qué hombre más arrogante. Sigue levantándome y frotándome a un ritmo lento e hipnótico. Su forma de utilizar mi cuerpo, sin estar ni siquiera dentro de mí, es sucia, visceral, y tan voraz… Joder. Tiene la mirada clavada en el punto en el que nos encontramos el uno contra el otro. Otro nudo de tensión empieza a formarse, a moverse, a tirar de mí desde lo más profundo de mis entrañas, y, de forma instintiva, busco más: me arqueo en la cima del contacto para que su ancha cabeza se

deslice dentro de mí, y ahogo un grito. Solo la punta ya me está estirando de una forma deliciosa. Él suelta un gruñido áspero y entrecortado y me clava los dedos en la piel, inmovilizándome. Me preocupa haberle hecho daño, o haber hecho algo mal, y estudio su rostro, atribulada.

—Lo siento, yo…

—No. O sea, sí, pero no. No te disculpes. —Jadea; su pecho sube y baja. Tiene los ojos entrecerrados. Me fijo en la pátina de sudor que le humedece las sienes y el pecho—. Es que no quiero que termine. Es demasiado bueno. Solo quiero hacer que dure.

Siento que las emociones se me retuercen en la garganta, porque yo tampoco quiero que nada de esto termine. Ni el verano, ni esta hora, ni este minuto.

—Piensa en el presente —susurro, besándole la cara por todas partes, besándole por la oreja, por el cuello—. Deja que te disfrute ahora —le pido.

Su respuesta es hundirme más en él. Me quedo sin respiración. He de parar un momento, ajustarme, acostumbrarme. Cuando me hundo más, él entierra un gemido en mi piel. Me levanto despacio antes de hacerlo mío por entero, de clavármelo en un lugar hondo que se me antoja nuevo y esencial.

No sabría decir cuánto tiempo pasa. Nuestros movimientos se enlentecen; nos balanceamos y nos mecemos juntos. Creo que nunca había sonreído tanto durante el sexo, creo que nunca lo había disfrutado así. Me embarga una dicha perturbadora cuando me doy cuenta de que voy a estallar de nuevo de placer, teniéndolo a él dentro, y debajo, y a mi alrededor. Él me anima de nuevo, me dice que puede sentirme cuando me tenso, me dice lo guapa que estoy y lo mucho que le gusta.

—Nunca había sido así. —Esa verdad se me escapa antes de que pueda detenerla.

—Ya lo sé. Nunca —contesta él de inmediato, soltando un gemido torturado, y me besa—. Siento cómo me aprietas. Voy a hacer que te corras otra vez, ¿verdad?

Nunca había estado con nadie que me hablase en momentos como este, que se las arreglara para estar tan dentro de mi cabeza como de mi cuerpo. Baja una mano y empieza a acariciarme trazando círculos pequeños mientras me mira a los ojos, con una concentración carnal, al tiempo que yo me froto contra él. Empezamos a acelerar, a movernos con más violencia; los ruidos que hacemos son más entrecortados y las embestidas más desesperadas. Cuando por fin llego al clímax, doy una palmada contra el cristal empañado y enseguida se me resbala la mano por él. Esta vez ha sido duro, rápido, incendiario. Me aferro a él con toda la fuerza que me permiten mis miembros saciados cuando nos damos la vuelta, y él se pone encima de mí.

—Sage… —gime con los dientes apretados cuando también llega al borde del abismo, y entonces colapsa entre mis caderas, pesado, agotado y extático. Su pecho vibra contra el mío, feliz.

Me deja unos instantes para ir a buscar una toalla y me limpia con devoción. Cuando vuelvo del baño, me colma de besos dulces y luego me da dos lametazos ardientes en los pechos y dice:

—Solo se me ocurre una cosa que puede mejorar este momento.

—¿Qué? —pregunto, aunque sé de inmediato lo que va a decir.

—El postre.

—Vamos a por él —contesto entusiasmada, y apenas logro reprimir un chillido.

Le lanzo otra manta, me envuelvo en la mía y salimos de nuevo a correr bajo la lluvia.



Capítulo 25

FISHER

—Estate quieta —la regaño.

—Es más difícil de lo que crees —protesta ella.

No tiene ni idea. La he convencido para que me deje pintarle las uñas de los pies, una tarea que ya es de por sí bastante difícil, si soy sincero. Pero resulta que soy un sádico, porque también se me ha ocurrido que sería muy divertido que ella estuviera desnuda mientras yo hacía esta incursión en el mundo de las manualidades. Tengo una de las sillas del comedor a los pies de su cama, su pie entre mis muslos y el resto de su cuerpo a apenas un metro de distancia, desnudo bajo la sábana. Cada vez que se mueve, atisbo partes de ella que amenazan con desarmarme por completo.

Después del postre —una *madeleine* de fresa y ruibarbo con cremoso de vainilla y toques de limón—, volvimos corriendo a su casa, sin ser capaces de quitarnos las manos de encima. Esa vez, conseguimos llegar a su cama, solo para quedarnos dormidos de inmediato en el sueño más reparador que recuerdo. Me he despertado con los ruidos que hacía al moverse por la habitación, con el repiqueteo de las botellitas mientras rebuscaba entre su colección. Después de lavarnos los dientes y cubrir las necesidades humanas básicas, hemos terminado.

Creo que, inconscientemente, pensaba que con la intimidad física esta sensación se calmaría un poco, pero siento que estoy cayendo

irremediablemente preso de una adicción. Sage es sincera, curiosa y vivaz en todo lo que hace. Cada vez que trato de tentarla, es ella quien arrasa conmigo. Es como si, para ella, fuera algo natural.

Me roza por encima de los calzoncillos con el talón que tiene libre. Parece que me leyera el pensamiento.

—Quédate quieeeeta —la regaño de nuevo. Ella baja la barbilla con aire inocente—. No creo que pueda pintarlas otra vez. —Le soplo los pies para acelerar el secado. Son magenta, del color de una mancha de moras de Marion.

—¿Qué quieres hacer hoy? ¿Indy vuelve mañana?

No se me ocurre nada que me apetezca más que esto.

—Esto —admito mientras le doy la última capa a la uña del dedo meñique—. Hablar, comer, estar tumbados… —Muevo las cejas—. Comer otra vez. Feliz 4 de Julio, por cierto.

—Los fuegos artificiales son inminentes —contesta.

Contemplo sus ojos risueños y se me hace la boca agua. No podría ser más cautivadora. Recién levantada, y todavía despeinada por la noche (y parte del día) de ayer. Parpadea y se calma cuando ve el cambio que se produce en mi expresión.

—Dime en qué piensas —me pide.

Pienso que el destino es cruel y maravilloso a la vez. Que estoy completamente perdido en este laberinto y que no quiero que la marea se lo lleve.

—Que eres preciosa, Sage. Preciosísima. —Se ruboriza, lo que no hace sino confirmar lo que acabo de decir.

Un teléfono empieza a sonar en la planta inferior.

Carraspea, cohibida de repente.

—Será mejor que conteste. No se me ocurre quién me puede estar llamando.

—¡No! —Y, con más calma, añado—: Ya voy yo a buscarlo. No quiero que se te estropeen las uñas.

Aproximadamente una hora después, estoy cruzando la frontera de Spunes con el coche, con una Sage exultante en el asiento del copiloto.

—¿Estás nerviosa o emocionada? —le pregunto, fracasando estrepitosamente al tratar de contener una carcajada—. No lo sabría decir.

—Las dos cosas —contesta, apretándose las manos en el regazo —. Necesito que me ayudes a no perder el control, Fisher. No puedo hacerme cargo de muchos más. No debería hacerme cargo de ninguno más.

Aprieto los labios para contener una sonrisa.

—Todo irá bien, cariño.

—¡Lo digo en serio, Fisher! —exclama—. No me dejes salir de ahí más que con un gato. Un perro de tamaño normal como mucho, ¿vale? No necesito más mascotas grandes. Y, por todo lo sagrado, a pájaros y hurones ¡ni acercarme!

Quien ha llamado a Sage era la doctora Serena, para informarla de que una granja de recreo de fuera del pueblo ha quedado abandonada tras la repentina muerte de su propietario. La familia no sabe qué hacer con los animales, así que Serena le ha pedido a Sage que se pase a ver si tiene sitio para alguno. Ha sido sospechosamente vaga a la hora de determinar la variedad de especies, y Sage está hecha un manojo de nervios desde entonces.

—¡No lo entiendes! —se lamenta—. Es como si algo me poseyera. Te lo juro por Dios, Fisher, si lloro, que no se te ocurra reírte.

Me señala con el dedo con gesto violento, y yo se lo cojo y se lo muerdo para ver si así alivio un poco su ansiedad. Al ver que no funciona, la cojo de la mano y se la presiono contra el muslo.

—Oye… —le digo, y espero a que me mire—. Sabes que nadie puede obligarte a hacer algo que no quieras, ¿verdad? No pasa nada si no puedes adoptar otro animal. Podemos dar media vuelta ahora mismo sin que eso te convierta en absoluto en una mala persona.

Golpea el respaldo del asiento con la cabeza con tristeza.

—Ese es el problema. Que sí que quiero. Los quiero todos. Siempre los quiero —admite, derrotada.

Ese algo que se me alojó dentro el día que se echó a llorar sobre mi pecho se enraíza un poquito más.

—Bueno, tampoco es que tengamos un remolque, así que no podemos llevarnos nada muy grande —repongo.

Ella me mira como si ya se estuviese disculpando.



—Dios mío, Fisher —se lamenta Sage—. Tócame la frente.

—Yo…, espera —contesto asustado. Llevo una cabra nigeriana enana bebé debajo de cada brazo. No tenía ni idea de que eran tan diminutas. Alguien debería haberme avisado. Me caben enteras en la palma de la mano. Estaba totalmente indefenso. Las sostengo las dos con un solo brazo y le pongo los nudillos en la frente—. ¿Por qué?

Me mira con ojos brillantes y una expresión traviesa y alocada.

—Creo que tengo algún tipo de fiebre.

No la he notado caliente, así que deduzco que se refiere a ese espíritu que la ha poseído cuando se ha visto en mitad de todo ese ganado bebé. El problema más grave es que ni yo mismo parezco capaz de controlarme. Suelto un suspiro tembloroso mirando a Epi y a Blas. Al menos ya están destetados. He conseguido convencerla para que no se llevara a los emús, y el mapache doméstico no podía acabar en una casa con gatos. Tengo la sensación de que tanto mi suerte como mi determinación decrecen por momentos.

—Este es Romero. Y este, Jengibre —declara Sage emocionada. Me conduce a mí y a los pequeños a un establo y se dirige a un box que parece vacío.

—No veo nada. —Mierda, quizá esté poseída de verdad.

—Mira detrás de la puerta, Fisher.

Cuando lo hago, lo primero que pienso es que al menos cabrán todos en la camioneta.

—A ver… —le digo—. Se llaman Romero y Jengibre. Tiene que ser una señal cósmica del universo.



—¡¿Burros en miniatura?! —dice Indy al día siguiente, al volver. Lleva en casa cuatro minutos y ya tiene un pie fuera.

—Y un par de cabras —contesto, riéndome de lo intensa que se ha puesto—. Pero ¡espera! Cuéntame cómo te ha ido el fin de semana. ¿Te lo has pasado bien?

—Ven conmigo —replica, molesta, mientras baja corriendo las escaleras del porche—. Y sí, ha estado bien. Hicimos *s'mores* y vimos los fuegos artificiales. Lo normal. Nada inapropiado. —Cruza el prado en un santiamén a grandes zancadas—. ¿Y a ti cómo te ha ido el fin de semana?

—Bien —contesto, con la voz una pizca demasiado aguda—. Cociné, quedé con Sage… —También hubo fuegos artificiales, pero de una clase muy distinta. No tengo ni idea de por qué quiso celebrarme con tanto fervor anoche, cuando, técnicamente, la decepcioné en eso de ayudarla a controlarse. Trago saliva al recordar el momento en el que me sentó en el sillón de la galería y me bajó los pantalones. Luego se puso de rodillas y me rodeó con esa boca alborotadora y caliente—. Nada inapropiado. —Indy me mira con los ojos entornados y una expresión astuta y desconfiada. Lo sabe todo; se le ve en la cara. La adelanto y entro en el establo —. Tienen que quedarse aquí unos días, en cuarentena, antes de que Sage se los presente a Bud —le explico. Sage está allí, en el box. Nos sonríe; la cabecita llena de manchas marrones y blancas de Jengibre asoma en su regazo—. Esta es Jengibre, y aquella, Romero. Son madre e hija.

Indy pone una expresión de lo más extraña.

—¿Romero es la madre?

—Sí. Pasa, si quieres.

—Son muy monas —añade Sage.

Indy abre el pestillo de la puerta del establo y entra con cautela. Se acerca a Sage y se sienta a su lado. Ahora, mientras acaricia el pelaje suave de la barriguita de Jengibre, me parece otra vez joven y feliz.

Romero deja de comer y se acerca a Indy con tanta cautela como ella cuando se ha acercado a su bebé. Se miran a los ojos unos instantes, y entonces Romero agacha la cabecita, como presentándole una ofrenda. Mi sobrina presiona la frente contra la suya y cierra los ojos.

Y los recuerdos me golpean con violenta claridad.

Cuando Freya tenía diecisiete años y yo dieciséis, aún vivía en casa. Indy solo tenía unos meses. Veo a Freya meciéndola en su regazo mientras la bebé se mordisqueaba el puño regordete.

«Estamos solas tú y yo, pequeña —le dijo Freya con la frente apoyada en la suya—. Y supongo que, a veces, también tu tío».

Cuando a Indy le regalaron su primera bicicleta, una Navidad, se resbaló en una placa de hielo y se hizo un arañazo en el brazo.

«No pasa nada. No pasa nada —la calmó Freya, con la frente apoyada en la suya para consolarla—. Estás bien. Y ahora te vas a subir a esa bici otra vez y vas a ir a casa pedaleando. ¿Sabes por qué? Porque montar en bici es una de las mejores cosas que hay. Puede que en algún momento te vuelvas a hacer daño, pero antes de que eso pase te vas a divertir muchísimo. Lo importante es tener coraje y volver a intentarlo. ¿Y qué es el coraje, Indy?». La pequeña se sorbió la nariz, y, con su vocecilla, contestó. «El coraje es un músculo». Y se fortalece con el uso.

Ahora, Indy se vuelve hacia mí, pero, mientras yo suelto una risita húmeda y nostálgica, a ella se le contrae el rostro en algo cercano a la rabia. Su mirada va de un lado a otro, y está abrumada con lo que deduzco que serán recuerdos parecidos. Parpadea y mira a su alrededor, como si estuviese despertando de un trance, y entonces

lo veo aflorar en su cuerpo y su lenguaje corporal: el sentimiento de ira e indefensión que la embarga al recordar a su madre y lo injusto que es el mundo, el miedo de sentirse demasiado atada a algo que le suponga un lastre. Se pone de pie, luchando por no perder el control, y se va corriendo.

Sage se me queda mirando, perpleja. Yo la miro a ella, con la esperanza de hacerle entender con ese gesto que se lo explicaré más tarde, y salgo detrás de Indy.

En casa, intenta cerrar de un portazo, pero yo sujeto la puerta a tiempo y la cierro con suavidad.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me grita—. Es evidente que hay algo entre Sage y tú.

—Indy…

—O sea, estás perdido y tienes un montón de mierda con la que lidiar, y ahora ¿me vas a decir que vas a abandonar tu vida entera y renunciar a todo para irte a malvivir a una granja? —me espeta—. Menudo cobarde.

—¡Ya basta! —Estoy hecho una furia—. Está bien que me digas lo que piensas, pero no te atrevas a faltar el respeto a esa mujer, que no ha sido más que amable contigo desde el primer día.

Suelta un resoplido y empieza a pasearse de un lado a otro.

—No puedo, Fisher. Aguanté tres años en ese sitio sin mamá. Sin nadie. He sido el ejemplo aleccionador toda mi puta vida. No me hagas ser otra historia trágica en otro pueblo de mierda. No me hagas cambiar uno por otro. —Y entonces, con más vehemencia, añade—: ¡Ya me has apuntado a la escuela de verano! ¡Estoy haciendo todo lo que tengo que hacer! ¡No quiero quedarme aquí atrapada!

Más recuerdos. «Puta» pintado con grafiti en la entrada de casa con grandes letras rojas. Freya, después de conducir tres horas para llevarme al aeropuerto más cercano, despidiéndose con la mano con una pequeña Indy en brazos. La sensación me embargó cuando el avión despegó, como si por fin pudiera respirar.

—Pensaba que estabas pasando un buen verano, Indy. No sé… Me da la sensación de que has hecho amigos.

Me mira entre indignada y asustada.

—¡Estoy intentando sacarle provecho! ¡¿Por qué no lo iba a hacer?! ¡Solo estoy llevando a cabo lo que se espera de mí! —Solloza.

Le doy un fuerte abrazo, aunque siento que yo también me estoy desmoronando.

—No te vas a quedar aquí atrapada, Indy —le aseguro. Porque sé que tiene razón. No puedo abandonar mi vida. Ya lo hice una vez. La abandoné dos veces y ahora he de ser un pilar para ella. Se lo merece. Merece sentir que hay alguien que quiere ayudarla a conseguir lo que quiere. Que hay alguien que la entiende y la pone por delante de todos los demás. Y yo todavía quiero recuperar mi carrera. Sobre todo ahora que estoy mejor, mentalmente—. Cuando acabe el verano, volveremos a Nueva York. Te lo prometo.

Y así, de repente, el mar se lleva parte de la arena, y con ella un pedacito de mí.



Capítulo 26

FISHER

Las siguientes dos semanas, a Sage y a mí nos cuesta mucho seguir adelante con el entrenamiento. Ella se concentra en que todos se acostumbren a sus nuevas rutinas y organiza desparasitaciones y comidas, además de su trabajo diario en el jardín. El topo ha vuelto y está causando unos estragos considerables.

En la industria de la construcción, todo parece o ir con retraso o estar pendiente de reposición, así que también nos hemos visto obligados a cambiar el plan oficial. La obra debe avanzar lo suficiente para que el Entre Estrellas tenga unos baños y unas zonas abiertas funcionales que no sean una monstruosidad ante los ojos de los asistentes al festival. Mi trabajo se ha reducido, básicamente, a aplacar y lamerle el culo a Martha O'Doyle en días alternos mientras le aseguro que el edificio no se va a desmoronar y que tanto la zona del patio como la del césped estarán limpias de escombros, además de que prepararé una carta que será «tan accesible como deliciosa» con la ayuda de Sage.

Los momentos en los que Sage y yo nos las arreglamos para escabullirnos a solas, me parece inviable concentrarme en nada que no sea ella, pero lo conseguimos. Al menos, casi siempre. Ninguno de nosotros parece muy estresado por la parte del concurso de cocina, aunque cuando soy testigo de sus habilidades con el cuchillo me tiembla un ojo. Pero, por fin, mi creatividad está empezando a

fluir, así que casi todos los días encuentro el modo de llevarle algo. Así me ahorro volver a enfrentarme a la imagen atroz que me encontré la semana pasada: ella cortando chapuceramente cebolla morada. Estaba inclinada sobre la tabla de cortar con unas gafas protectoras y los codos abiertos de una manera… Si la hubiera visto, a mi mentor le habría dado un arrebato de ira. Tampoco es que sea un acto completamente altruista, porque su forma entregada de aplaudirme y halagarme empieza a ser adictiva. Hace cinco días, me vio venir por el prado con un plato en la mano (perritos de langosta con *rémoulade* de limón en conserva y una salsa de mantequilla tostada, mostaza y miel para mojar) y estuvo a punto de bajar de su tractor cortacésped de un salto sin apagarlo siquiera. Corrió hacia mí con los brazos extendidos, vestida con una camisetita rosa diminuta con el dibujo de dos colibrís delante y unas letras muy pequeñas en las que se leía: «ME ENCANTA ZUMBAR». Cuando terminé de darle de comer, me enseñó a usar el cortacésped y me dejó terminar en su lugar.

Estoy decidido a disfrutar de lo nuestro por el momento, pero he de reconocer que no dejo de pensar en que hay una cuenta atrás sobrevolando nuestras cabezas. Eso me deja en un estado de pánico controlado que solo mengua fugazmente cuando estoy con ella. Dentro de ella. Al lado de ella. Hablando con ella. Concentrado en ella.

Sin embargo, se ha producido un problema más serio que nos afecta a todos y que escapa todavía más a nuestro control.

Hay un incendio descontrolado en la frontera con California. Es tan grave y está tan extendido que la calidad del aire alcanza cotas de inseguridad. Algunos días el humo es tan denso que ni siquiera alcanzo a ver la casa de Sage al otro lado del prado.

Uno de los días en los que la humareda es más irrespirable, cuando la climatología es tan terrible que hay una neblina naranja y no es seguro que los trabajadores estén en la obra, paro delante de casa de Sage cuando vuelvo de dejar a Indy en la escuela y entro sin llamar. Me siento atrapado por culpa de estas nubes de ceniza;

estoy inquieto, frenético y sin aliento. Creo que me molesta que todos estos problemas estén recortando nuestro tiempo juntos. Acaricio a Sable ente las orejas y luego sigo adelante, buscando a Sage con desesperación.

La encuentro en el salón, sentada en su sofá verde, acurrucada con el diario con el que a menudo la hallo últimamente. Levanta la vista y me mira con los ojos muy abiertos. Se fija en que estoy abriendo y cerrando las manos y viene corriendo hacia mí. Cuando se arroja a mis brazos rodeándome las caderas con las piernas, suelto un gemido salvaje.

—¿Puedo ser brusco? —le pregunto mientras la llevo a la planta de arriba, con la voz áspera y susurrante.

—Creo que lo de pedirme permiso le quita un poco de credibilidad a eso de que vas a ser brusco —contesta con una sonrisa y me besa con pasión. Se me escapa otro gemido ronco cuando me mordisquea el cuello—. Pero sí, por Dios.

Cuando llegamos a su dormitorio, me bajo los pantalones y ella se quita los suyos en un abrir y cerrar de ojos. Se sube en la cama, apoyada en los codos, boca arriba, pero yo la cojo de los tobillos y la atraigo de nuevo hacia mí. Me arrodillo y me pierdo entre sus muslos hasta que me está empujando la cabeza y le tiemblan las piernas violentamente contra mis orejas.

—Uno más. Dame uno más —le ruego, y voy a por ella desde otro ángulo, hasta que creo que está tan desmadejada como lo estoy yo y pronuncia mi nombre de una forma que me hace pensar que debería ser el único que diga nunca, maldiciendo, gimoteando y restregándose contra mi cara. Sus piernas caen al suelo con suavidad cuando se las suelto, pero las cojo y las subo de nuevo a la cama, besando y saboreando ese pecho ruborizado y lleno de pecas. Y entonces le doy la vuelta.

—Levanta el culo, cariño —le pido, mientras le abro bien las piernas. Cuando me obedece, le pongo un cojín debajo de las caderas y contemplo cómo desaparezco en su interior. Siento como si ella se estuviera aferrando a mí, como si me mantuviese anclado,

enraizado, por mucho que se suponga que soy yo quien tiene el control. Extiendo la mano sobre la suya y entrelazamos nuestros dedos, aferrándonos ambos a las sábanas. Entierro el rostro en su cuello para respirar su aroma, pegando mi cuerpo al suyo todo lo posible, para sentirla en todas partes.

Y, en lugar de hacérselo duro y deprisa, al final lo que quiero es que dure, posponer lo inevitable y saborearlo tanto como pueda.



Capítulo 27

Sage

Mientras Fisher y yo esperamos a que lleguen días más despejados, nos concentramos en estudiar para la trivia y empezamos a dar unas clases básicas de cocina. Soy consciente de que mis habilidades con el cuchillo le parecen atroces, pero se muestra paciente y… alentador.

Además, he descubierto que cuando digo «Sí, chef» con la entonación justa puedo hacer que se sonroje, y me estoy regodeando en abusar de ese poder.

—Hace días que te quiero decir una cosa —le confieso un viernes por la noche que Indy se ha quedado a dormir en casa de Blake. Desde el día que conoció a los burros, solo ha venido a ver a Gary una vez, aunque me sigue ayudando todos los fines de semana en el mercado de productos ecológicos. Y, a pesar de que la noto un poco incómoda, veo a Fisher casi todas las tardes y he ido a cenar con los dos varias veces.

Esta noche hemos bajado una silla plegable al estuario y la hemos colocado en la dirección correcta para ver el difuminado atardecer, ya que por fin el humo se ha disipado lo suficiente, y tal vez consigamos disfrutarlo. Compartimos una manta y una botella de vino. Sus piernas son terriblemente cómodas.

—Dime —me responde al oído, mientras me acaricia el cuello con la nariz.

—Me he enterado de cuál es el ingrediente secreto para el concurso de cocina. —Le paso la botella y le dedico una sonrisa ladina. Él me pone un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿En qué clase de entramado de espionaje estás metida? —pregunta, fingiendo asombro—. ¿Y cuál es?

Muevo las cejas arriba y abajo.

—Tengo un amigo granjero al otro lado del pueblo. Ya sabes que entre granjeros nos apoyamos.

—Por supuesto. La lealtad que se profesa la gente que se mueve en esos círculos es *lechendaria* —replica.

—¡Oh, no! ¡Te han contagiado a ti también! —murmuro.

—No, ahora en serio. Lo entiendo. Es fácil hacer buenas migas con alguien que trabaja en tu mismo campo.

—Dios mío, eso ha sido otro juego de palabras, ¿verdad?

—Me gusta que mis juegos de palabras sobre el mundo de las granjas y la jardinería sean sutiles —afirma—. Para que puedas leer entre surcos. —Cierra la boca para contener una carcajada y yo me río.

—Esa última ha sido atroz, Fisher.

—Recoges lo que siembras, Sage. Anda, dime cuál es el ingrediente secreto. —Secuestra mi boca en un beso de lo más entretenido. Creo que es lo que más le gusta hacer, darme esos besos inesperados que me dejan descolocada.

Sonrío pegada a su boca.

—Creo que imaginarte buscándolo es mi nueva cosa preferida —contesto—. Y te va a encantar. ¡Moras de Marion! —Y resulta que las últimas semanas hemos hecho todo tipo de platos distintos con ellas, tanto primeros y segundos como postres.

Una sonrisa se extiende poco a poco por su rostro. Me recuerda al caramelo caliente que gotea por encima de un postre.

—Esto está hecho —afirma, y siento una emoción embriagadora, porque creo que tiene razón.

Pero la emoción no dura mucho. No sé si habrá sido por una exposición demasiado prolongada al humo, o si lo habrá causado

otra cosa, pero noto que empiezo a ver borroso mientras subimos a mi casa por el sendero. El pánico se adueña de mí cuando comprendo que la migraña es inminente; la primera que he tenido en dieciocho meses. En el corto trayecto que va desde el principio del sendero a la entrada de la galería, paso de pensar que quizá pueda tomarme algo de tiempo a estar totalmente rendida a las náuseas y el dolor.

Fisher intenta convencerme para que vayamos a Urgencias, pero yo entro en modo aislamiento total. No quiero ni gota de luz ni de sonido, y, sobre todo, no quiero ir en coche a ningún sitio. Lo único que quiero es cerrar los ojos y despertarme cuando haya terminado. Cuando era más joven me pasaba más a menudo, pero me da la sensación de que, a medida que me he ido haciendo mayor, aunque se han ido espaciando más en el tiempo, lo compensan con una mayor intensidad.

Intento convencer a Fisher para que se vaya a casa. Hasta le digo, con los ojos medio cerrados y los dientes apretados, que me encontraré mejor si se marcha, que no me sentiré cohibida además de sufrir de dolor. Pero, aunque me recluyo en mi dormitorio, sé que se queda aquí, porque no oigo a Sable ni a Sinpa ni una sola vez en toda la noche. Y porque, cuando me oye vomitar en el baño de la planta de arriba, viene corriendo a sujetarme el pelo. Cuando termino, me vuelve a meter en la cama y me arropa, y luego se pasa la noche poniéndome compresas frías en la frente mientras yo duermo a ratos, en un sueño agitado y con interrupciones constantes.

A la mañana siguiente, al abrir los ojos, siento que el suplicio sigue conmigo, aunque se ha convertido en un dolor sordo y continuo. Soy capaz de tolerar un poco de luz y algunos sonidos, y las náuseas se han calmado. Empiezo a levantarme y a tratar de arreglarme, porque se supone que he quedado con Indy directamente en el mercado y todavía he de cargar todos los productos.

Cuando Fisher me ve entrar en la cocina, se pone en pie de golpe desde la silla en la que estaba sentado, haciéndola chirriar contra el suelo. Me estremezco y me agarro la cabeza con las manos.

—Joder, Sage —protesta enfadado, pero, por suerte, en voz baja —. Por favor, vuelve a la cama.

—Estoy bien. Hoy tengo mercado. Necesito café y comida. —Se me entrecierran más los ojos con cada palabra que pronuncio.

—Ya le he dicho a Indy que yo iría al mercado.

Parpadeo confundida.

—No, es que lo que voy a hacer allí es trabajar —le aclaro.

Me coge la cara con ambas manos.

—Ya lo sé, y ya he visto todas las cosas que tienes en la nevera del garaje. Yo mismo lo cargaré todo en la camioneta y me encontraré con Indy en el mercado —me explica enseguida, con la voz apenas más alta que un susurro—. Lo que tú necesitas es volver a meterte en la cama.

Joder, me voy a echar a llorar, lo que solo va a servir para que me duela todavía más la cabeza.

—Animales —recuerdo.

—Ya les he dado de comer y los he sacado.

Eso me obliga a abrir más los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Y lo he regado todo también. Está hecho. ¿Puedes irte a descansar, por favor?

—¿Cómo sabías dónde estaba todo? ¿Y cuánto darle a cada uno? ¿Bud estaba bien?

Se echa a reír, pero frunce el ceño en un gesto comprensivo.

—He prestado atención, Sage —contesta, y se encoge de hombros como si, para él, hubiera sido lo más sencillo del mundo, como si no acabara de dejarme vislumbrar cómo sería tener un compañero de vida en realidad. Me siento como una bebida carbonatada a punto de descorcharse—. Te preparo algo para comer si te vuelves a la cama —insiste.

Yo niego con la cabeza, testaruda como una niña pequeña.

—Quiero ver cómo cocinas. —Creo que el dolor me ha robado el filtro y el instinto de supervivencia.

Él suspira, resignado.

—Ve a sentarte ahí. Ahora vuelvo.

Me lleva al sillón de la galería y sale para cruzar el prado, que todavía está cubierto de niebla. Enseguida lo veo volver corriendo con un montón de bolsas en los fuertes brazos. Lo primero que hace es acercarse a mí y sacar un par de auriculares de una de las bolsas. Me los pone con cuidado en la cabeza.

—Son canceladores del ruido —me explica, y luego aprieta un botón que lo deja todo en silencio.

Lo veo preparar una tortilla con tanto mimo que me siento como si estuviera viendo otra cosa. Quizá sea por el silencio, que parece realzar cada uno de sus movimientos, pero me siento como si fuese un ritual en sí mismo. Ya sabía que era capaz de cascar los huevos con una sola mano, una habilidad que me despierta una envidia enorme. Pero entonces pasa los huevos por un colador de malla, rascando y batiendo constantemente mientras los cuela, y sé que el ruido del metal contra el metal debe de ser insoportable fuera de mi refugio silencioso. La curva de su codo, donde se encuentran el bíceps y el antebrazo, se convierte en la parte de su cuerpo más fascinante para mis ojos.

Una vez ha terminado de colarlos del todo, sigue batiéndolos en el cuenco, moviendo el batidor en círculos y comprobando la consistencia hasta que, desde aquí, parece agua. Se ha traído una de sus sartenes. La pone al fuego y le echa un poco de mantequilla y, cuando por fin vierte los huevos, los condimenta y se limita a mirar, sin apartar la vista en ningún momento. Coge una espátula de silicona que también se ha traído y la enrolla cuidadosamente antes de deslizarla con suavidad en un plato y pintarla con un poco más de mantequilla. Cuando se inclina hacia delante, el mechón de pelo rebelde le cae sobre su frente. Corta rápidamente un poco de cebollino y lo espolvorea por encima.

Al traérmela, casi me da apuro comérmela. ¿Cómo voy a masticar y tragar algo que ha hecho con tanto mimo? Pero, una vez me la ha dado y me ha puesto un tenedor en la mano, vuelve de inmediato a la cocina y empieza a limpiar. Me llevo un pedazo a la boca con el tenedor, temblorosa, y, por supuesto, resulta ser la tortilla más deliciosa que me he comido jamás, aunque solo lleve huevos y mantequilla.

Luego me trae un vaso de zumo y no me da margen para discutir ni para insistir, porque de inmediato me informa de que se va a cargar las cosas del jardín y al mercado.

Cuando se ha marchado y tengo la barriga llena, dejo que mis débiles piernas me arrastren de nuevo al dormitorio. Admito que tenía razón cuando me ha dicho que necesitaba descansar más. Puede que la migraña haya aflojado un poco las garras, pero, al tumbarme, todavía tengo ganas de llorar. He pasado mucho tiempo de mi vida observando a los demás, tratando de aprender todo lo que aún no sabía, luchando por volverme importante para ellos, y ahora, este hombre al que conozco desde hace un mes se ha convertido en tan poco tiempo en alguien crucial para mí.

Lo último que pienso antes de quedarme dormida es que estoy bien jodida.



Capítulo 28

Sage

Tres días después de la migraña, por fin cambia el viento. Parece que la semana que viene el cielo estará lo bastante despejado para que retomemos el entrenamiento, pero eso también significa que el fuego se extenderá en otra dirección, y Silas y Ellis están entre los cientos de equipos de bomberos a los que han llamado para que colaboren. La noche antes de que se marchen, la penúltima semana de julio, organizo una cena en casa para ellos dos y para Fisher. Indy decide quedarse en casa, y Sam está en la de Wren. Y, aunque la noche es relativamente alegre, salvo por algunas quejas de Silas porque Fisher no haya hecho de chef, cuando es hora de que se marchen tengo un mal presentimiento.

—Tened cuidado —le pido a Silas —. Por favor.

Frunce el ceño al notar que me tiembla la voz y me apretuja en un fuerte abrazo.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja—. Se está portando bien contigo, ¿verdad? —insiste en el porche, apartándome de Ellis y Fisher de un modo nada discreto.

—Sí, sí —respondo, tratando de tragar saliva, a pesar del nudo que tengo en la garganta—. Es muy bueno conmigo. —Estoy hasta las trancas.

Aunque todo parezca ir mal, aunque tenga migraña, mis flores estén luchando por sobrevivir en este aire tan contaminado, lo del

restaurante esté tardando más de lo que nadie esperaba y vayamos con retraso en el entrenamiento… Estoy enamorada hasta niveles de delirio. Cuando estamos a solas, hace las tonterías más sublimes imaginables. Pone voces para hablar con los animales, es juguetón… Esta mañana, se ha metido conmigo en la ducha y ha empezado a trazar formas por encima de todas las partes en las que tengo pecas. «Dios, Sage —ha dicho, hechizado—. Quiero contarlas todas».

Yo he resoplado, incrédula y crítica conmigo misma. He cerrado el grifo y me he tapado a toda prisa con una toalla. «Eso te haría perder todo el día».

«Se acabó —ha contestado él—. De rodillas».

Me he quedado boquiabierta y he soltado una carcajada, aunque la excitación me ha atravesado el cuerpo entero como un rayo. Él seguía mirándome a los ojos sin vacilar, mojado, poderoso y tan guapo que dolía verlo.

«¿Por qué? —le he preguntado—. ¿Porque reconocí que me preocupaban mis habilidades con la boca? ¿Quieres ver si era falsa modestia?». Le he confesado todo tipo de cosas que jamás creí que le contaría; por ejemplo, lo insatisfactoria que era mi vida sexual con Ian. También, que siempre sentía que algo fallaba en mí cuando no lograba llegar al orgasmo lo bastante rápido, que me sentía cohibida para comunicarle lo que quería y acababa refrenándome cada vez que lo intentaba. Que todo lo que no fuera sexo con penetración siempre quedaba en un segundo plano. En cambio, como he visto, Fisher trata cada cosa como si fuese un plato especial.

«No —ha contestado él, agarrándome de la barbilla—. Ya sé que tu modestia está… mal direccionada. Es solo que hay muchas cosas bonitas que me gustaría decirte ahora mismo, y desearía que tuvieras la boca llena cuando lo haga. —Sonríe con todas sus ganas al ver el cambio en mi mirada—. Así tendrás que escucharme sin protestar».

Doy un respingo al darme cuenta de los derroteros que han tomado mis pensamientos, con mi hermano delante. Me está

mirando con una expresión interrogante.

—No hagáis ninguna estupidez y ya está —le digo antes de despedirme.

Y cuando saca medio cuerpo por la ventanilla del coche para saludar mientras este se aleja, caigo en la cuenta de que, de nuevo, no me ha dicho que tendrá cuidado.



Más tarde, esa noche, atisbo la primera estrella que despunta en el cielo en semanas. Le mando un mensaje a Fisher para ver si está dispuesto a venir y le digo en broma que me traiga un aperitivo de medianoche. Llega a casa a las 00:01.

Cuando entra por la puerta de la galería, me encuentra en el colchón, esperándolo. Suspiro de forma audible al verlo, iluminado por la luz de la luna, y a él se le ensombrece el rostro. Deja el bocadillo que me ha traído sobre la mesa y se lleva una mano al pecho, como si lo hubieran golpeado.

—¿Qué tienes? —le pregunto.

Él se apoya en la puerta. Está demasiado lejos.

—Creo que… —dice, y entonces tose para aclararse la garganta—. Me estaba preguntando si no deberíamos empezar a alejarnos.

Ahora soy yo la que se siente como si la hubieran golpeado. Apedreado. Mi corazón hace algo en el interior de mi pecho que no puede ser sano.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

Me mira con una expresión de pura angustia.

—Creo que ya sabes por qué.

Oh. Pues claro, se ha dado cuenta. Claro que sabe que estoy coladita por él y quiere ahorrarme el sufrimiento que pueda. Noto un desagradable desgarro en la garganta, como si unas manos tiraran de una cuerda. Echo la cabeza hacia atrás y le pido, le imploro a la gravedad que haga que las lágrimas tarden en brotar.

Se acerca a mí y se arrodilla.

—Estoy totalmente prendado de ti, Sage —reconoce con voz ronca. Bajo la cabeza de golpe—. Yo… No sé qué debo hacer. Intento que todo salga bien. Se lo prometí a Indy, y no tiene a nadie más. Ya la decepcioné una vez, y creo que necesita que alguien la priorice a ella y… Lo siento. Piensa que una vida más excitante es sinónimo de una vida mejor, y yo tengo que apoyarla y dejar que aprenda. Y quiero recuperar mi estrella. No quiero volver a decepcionar a Carlie, pero lo que más deseo es ver si soy capaz de volver a hacerlo, ¿sabes? Y lo siento muchísimo, Sage. Sé que tú no querías esto. Se suponía que teníamos que aceptar la fugacidad de lo que hay entre nosotros y simplemente disfrutarlo, pero no hago más que hundirme en lo que siento por ti, y ahora me ahogo, Sage. —Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Fisher… —La primera lágrima y, cuando le acaricio la cara con manos temblorosas, las otras no tardan en seguirla—. Para mí ya es demasiado tarde. Yo ya estoy hundida del todo —confieso. Él me pone una mano en la nuca con afecto. También está temblando—. Quiéreme hasta entonces, al menos —le pido—. Por favor.

Se acerca a mí con desesperada ternura, tan perfecto que me duele. Y me hundo todavía un poco más.



Capítulo 29

Fisher

No sé cómo he llegado tan lejos sin darme cuenta de que estaba enamorado hasta las trancas. Creo que sí sabía lo mucho que la deseaba; eso era evidente. Y, durante el tiempo que pasamos juntos, me descubrí tomando la decisión de que encontraría el modo de conservarla como amiga, al menos, de que lograría mantener la relación de algún modo cuando me marchara. Pero entonces me encontré con ella en su galería aquella primera medianoche. Ella se incorporó al verme, y la luz de las estrellas brillaba a través del cristal. Estaba envuelta en una sábana y me sonrió como si yo le llevara la cura para algo horrible, en lugar de un bocadillo de lo más básico en un puto plato de papel. Y, justo en ese momento, justo en ese lugar, ese puñal que llevaba alojado en el pecho acabó de clavarse del todo. Fue entonces cuando me di cuenta de que el enamoramiento era aquella falta de aire, aquella adrenalina, la idea de que no podríamos ser amigos sin que eso me matara día a día.

De que el amor es esto. De que el amor es respirar. Un alivio dulce, profundo y doloroso. Y, no sé cómo, pero todavía más desconcertante.



Nos lanzamos a entrenar cada minuto que tenemos, totalmente entregados a la causa. Sage se vuelve especialmente militante al respecto. Nos quejamos de que sentimos como si nos hubieran arrancado los músculos de los hombros y los hubieran vuelto a recolocar un centenar de veces, pero me da la sensación de que nuestra determinación se fortalece junto a ellos.

No le doy voz al pensamiento y ella tampoco, pero creo que los dos albergamos la esperanza de que esa magia que hace que el ganador del festival se quede en Spunes funcione también con nosotros.

Lo que sí hago, no obstante, es hablar de ello con mi terapeuta. Tengo la esperanza de que me diga lo que quiero oír: que no pasa nada por hacer un gran cambio de vida justo después de otro cambio colosal, que está incluso recomendado. Fantaseo con que me aconseje que me baje de un salto de la escalera de la industria culinaria que tanto tiempo he invertido en subir, que me olvide de recuperar la estrella y que arrastre conmigo a Indy, lo quiera o no.

Pero la doctora Deb no me dice nada de todo eso. Tampoco me dice que no esté bien, que es una de las cosas más molestas de hacer terapia, si me preguntas a mí. Pero, mientras me expreso, me doy perfecta cuenta de lo que parezco. Sé que estoy en ese punto de los inicios del amor en el que todo el mundo se ha encontrado alguna vez. Ese en el que crees que nunca nadie ha sentido por alguien algo tan intenso como lo que tú sientes ahora. Te convences de que contigo será diferente, de que conseguirás que funcione a pesar de la distancia o los obstáculos.

«Porque es ella», me dice mi fuero interno. Es Sage.



Ir a su casa alrededor de la medianoche y quedarme con ella hasta las tres o las cuatro de la madrugada se ha convertido en una rutina. Luego me vuelvo a la mía. Nunca había estado tan agotado,

pero son unas pocas horas más a las que podemos sacarle juntos el jugo. Es irónico que el que haya acabado escapándose de casa por la noche sea yo.

La velada anterior a nuestro primer entrenamiento en el circuito en el que tendrá lugar la carrera, una semana antes del día en cuestión, me despierto y me encuentro el lado de la cama de Sage vacío. Bajo las escaleras y voy a la galería, donde la encuentro acurrucada en el sillón, leyendo.

—Te pillé —le digo en voz baja.

Se sobresalta de todos modos, pero luego exhala y sonríe.

—¡Qué susto! —protesta.

Me siento en la otomana y me pongo sus pies sobre las piernas.

—¿Qué lees?

Ella lo aparta.

—Nada, es solo… Es solo un cuaderno. Notas, y cosas así.

—¿No podías dormir?

Niega con la cabeza.

—Ya es casi la hora de que vuelvas.

Creo que se refiere a casa, esta noche, pero se me corta la respiración de todos modos.

—Vale —contesto. Las cosas que no nos decimos se quedan entre nosotros, flotando en el éter. Ninguno de los dos ha pronunciado las palabras directamente, pero trato de decírselo de todas las formas posibles. Le hago el amor tanto como ella me permite. Intento infundírselo a cada caricia—. Nos vemos en un rato —le digo antes de darle un beso de despedida.



Unas horas después, me reúno con ella junto a su camioneta con un café y un *bagel*. Atamos la canoa en silencio y conducimos hasta la otra punta del pueblo, con las manos entrelazadas, apoyadas en el asiento del medio. El circuito de la carrera baja por el río, cerca de la

frontera más oriental de Spunes, pasa por debajo del puente principal y sale a la bahía, donde da la vuelta, para terminar en el Mirador de los Fundadores. Eso significa que la corriente irá a nuestro favor durante el recorrido, pero también que tendremos que enfrentarnos a aguas más agitadas y puede que a algunas olas.

Cuando llegamos al punto de salida, descubrimos que no estamos solos.

—Hola, Sage —nos saluda el agente Carver. Su prometida está a su lado, subiendo y bajando en el agua—. Hola —me dice, y asiente a modo de saludo.

—Hola, Ethan. —Contesto con el mismo gesto.

—Ian —me corrige. Finjo no haberlo oído. Me reservo la madurez para la gente que me cae bien. Nunca he tenido más celos de este tipo ni me ha caído peor que en este momento. Tuvo a Sage mucho más tiempo y antes que yo, y seguirá formando parte de su entorno cuando yo me haya ido.

—¡Deberíamos hacer una carrera! —grita Cassidy—. Así practicamos, ¿verdad, cari?

—Por mí sí —responde él.

Miro a Sage, que luce unas ojeras oscuras y ha apretado la mandíbula en un gesto terco.

—Vale —afirma. «Esa es mi chica», pienso yo. Así me gusta. Que ejercite el músculo del coraje.

Cassidy enseguida encuentra a una transeúnte inocente para que se encargue de la cuenta atrás. Nos ponemos en la línea de salida y Sage y yo intercambiamos una mirada. Ganaremos a estos dos aunque sea lo último que hagamos.

—¿Preparados? —dice la señora que estaba haciendo su caminata matutina con un caniche tembloroso en brazos—. ¿Listos? ¡Ya!

Sage y yo salimos con una destreza absoluta: la canoa casi ni se mece cuando nos alejamos de la orilla. Remamos rápido al principio y luego, cuando ya les hemos adelantado una distancia de un barco entero, cogemos un ritmo más firme. Nos centramos en nuestra respiración, en remar al mismo tiempo y en mantener la cadencia.

Ejecutamos todo lo que tanto nos hemos esforzado en aprender, y ninguno de los dos miramos atrás ni una sola vez. Ni cuando ya no los oímos detrás de nosotros ni cuando cruzamos por debajo del puente en la mitad del recorrido; ni siquiera cuando hacemos la última curva y vemos la isla de Bannet asomando entre las olas.

Remamos los veinticinco kilómetros que nos separaban del Mirador de los Fundadores en menos de dos horas, solo un poco más que la marca ganadora del año pasado.

Sage levanta su remo en el aire y chilla de júbilo. No sé de dónde saca las fuerzas, pero de repente tiene energía hasta para correr en círculos.

Me deja sin aliento (del que ya no me quedaba mucho) cuando se abalanza sobre mí para abrazarme.

—¡Lo hemos conseguido, joder! —exclama, con el pelo mojado de sudor y agua salada pegado a las sienes.

—Lo hemos conseguido, joder —repito, y decido renunciar al poco aliento que me queda y gastarlo en besarla.

Y puede que sea mezquino, o propio de unos capullos, pero no esperamos a que ellos lleguen. Cogemos la canoa y nos vamos con las cabezas bien altas. Observo la postura de Sage en el asiento del copiloto, con la barbilla alzada y una sonrisa de satisfacción, la ventanilla bajada y el viento alborotándole el pelo. Nunca, jamás, me había sentido tan orgulloso de nada.



Al principio, me quedo impactado con la cantidad de gente que se reúne en el parque que rodea el Entre Estrellas la semana del festival. Ya hay varias caravanas aparcadas en casa de Martha; las sillas plegables han conquistado la acera y el humo de las barbacoas portátiles se eleva en el aire. La veo echarle la bronca a una pareja desaliñada cuando sale de su furgoneta camperizada y señalarle el estacionamiento para largas estancias. En la distancia veo también a

Amos, que levanta la mano y me saluda con desgana. Una señora pasa por mi lado y me pregunta cómo llegar a la biblioteca, y tardo unos segundos en comprender que se ha pensado que soy de aquí. Y, será una idiotez, pero me lo tomo un poco como un cumplido.

Después de darle las indicaciones y de recomendarle algunas paradas por el camino, sigo llevando las cosas de los trabajadores al interior del Entre Estrellas antes de cerrar. No abrirá en toda la semana. Es un trabajo mecánico, y me entretiene mientras repaso mentalmente las tareas que me quedan. Aún hay algunos cabos sueltos por atar, aunque lo que estoy haciendo me recuerda más a coser una herida.

Esta mañana, cuando hemos vuelto a cambiarnos y Sage se ha ido para empezar con su día, por fin he quitado la tirita y he llamado a Carlie. Hemos hablado sobre Tuétano y sobre cómo han ido las cosas mientras Archer ha estado al frente. Me resulta muy extraño, y no soy capaz de determinar en qué momento ha pasado ni cómo, pero me siento como si ese otro mundo me resultara mucho más ajeno que todo esto, a pesar de que solo llevo aquí nueve semanas.

«Bueno —me ha dicho Carlie—. ¿Qué necesitas de mí?».

«¿Qué quieres decir?», le he preguntado, confuso.

«O sea, ¿quieres cambiar la carta de Tuétano? Te ayudaré en todo lo que pueda. Recuperaremos la estrella y nos volveremos a ganar a los blogueros».

Pero entonces he pensado que no, que no quiero nada de todo eso, y he tenido que sofocar de inmediato la punzada de culpa que acababa de sentir y buscar la gratitud porque quiera devolverme mi trabajo. Pero siento que para mí ya no es como antes. Y que no lo va a ser. No creo que quiera anestesiarme, difuminar todo lo que me rodea mientras lo hago. Sé que puedo volver a divertirme haciéndolo, quizá porque ahora mi valía ya no depende de él. No es una cuestión de vida o muerte, solo es algo que hay entre ambos extremos y que está de puta madre.

Le he dicho que en el futuro quería tener la potestad de cambiar o modificar partes de la carta semanalmente, según los productos de

temporada disponibles o cualquier cosa interesante que encontrase, y me ha asegurado que le parecía bien. Siento que ha sido un paso en la dirección correcta, sea cual sea esta.

Walter, el del bar, viene a ayudarme a poner las lucecitas que le prometí a O'Doyle para el festival, y luego me invita a comer en su bar. Me sirve una hamburguesa con queso que está sorprendentemente buena y unas patatas fritas. Por otra parte, me alegra informar de que no veo a Pegasus, la chinchilla, en ninguna parte de su cuerpo ni tampoco en su restaurante. En realidad, no encuentro ni una sola cosa que esté fuera de lugar.

Recuerdo la bocatería diminuta y ordenada de mis padres, que tenía unos asientos mullidos de vinilo, muy parecidos, y que el joven Fisher habría matado por que recibieran algún tipo de validación.

—Oye, Walter —lo llamo, mirando a mi alrededor—. Este sitio está muy bien.

Se le hincha el pecho de orgullo. Y entonces suena el teléfono.

Cuando veo que se le borra la sonrisa y le oigo decir: «Sí, está aquí» a quienquiera que esté al otro lado de la línea, se me cae el alma a los pies.

—¿Dónde está tu móvil? —me pregunta.

—¿Qué ha pasado? —contesto, ya corriendo hacia la puerta. Me lo debo de haber dejado en el Entre Estrellas—. ¿Indy? —Siento que se me nubla la vista de puro terror.

—Indy está bien. Está con Wren. Ve a buscar a Sage.



Capítulo 30

Sage

Lo sabía. Sabía que iba a pasar algo. La última semana, me he despertado casi todas las noches con la necesidad de apretar las sábanas con los puños para no aferrarme a Fisher como si estuviera cayéndome al vacío. Casi todas las noches, he tenido que levantarme y bajar a leer o a escribir en mi diario. Y esta tarde me he despertado de la siesta ahogando un grito, como si un hilo conectado a mi pecho estuviera tratando de tirar de mis pulmones.

Silas se separó de los demás bomberos en la cresta de una montaña y se cayó ladera abajo. Está vivo, pero tiene quemaduras graves en el veinte por ciento de su cuerpo, además de las lesiones respiratorias por inhalación de humo. Le han inducido un coma para tenerlo conectado a un respirador y poder controlar su dolor.

Cuando Fisher llega a mi casa, no dice ni una palabra. Al subirme a su camioneta, también en silencio, se limita a darme la mano. No sé cuántas normas de tráfico incumple durante las cuatro horas de trayecto, pero sé que tendríamos que haber tardado unas cinco para llegar al hospital donde Silas está ingresado.

Mientras recorro el pasillo del hospital, me da la sensación de que todas las voces me llegan desde muy lejos. Sigo con los labios pegados, con los dientes apretados. Hasta que veo a Ellis.

Ellis, con la cabeza enterrada entre las manos. Ellis, que se esfuerza tanto por protegerlo todo y a todo el mundo que no ha

dejado ningún hueco para sí mismo. Ellis, que tuvo que hacerse hombre cuando era demasiado joven, que lleva todo el peso del mundo sobre los hombros desde los trece años. Que me dijo que mamá había muerto cuando ni mi propio padre era capaz de pronunciar las palabras. Levanta la cabeza y me mira, y veo que su rostro se mancha de algo parecido a la vergüenza. Sin embargo, enseguida se recompone con un control férreo, como si no quisiera cargarme con el peso de sus demonios.

Y Silas… No sé cómo, pero sé que Silas se pondrá bien. Encontrará el modo de convertir las cicatrices en historias. Pero, Dios, Ellis…

Me abraza con fuerza y, sin soltarme, me acaricia la espalda suavemente con el puño.

—Cuando lo sacamos de ahí —me dice—, lo primero que dijo antes de desmayarse fue: «Al menos la cara está intacta».

Y yo me pongo a sollozar y a reír como una histérica.



Capítulo 31

Sage

Paso las siguientes cuarenta y ocho horas inmersa en un torbellino de confusión. Al ver que Silas no da muestras de tener ninguna infección y que sus signos vitales tienen buena pinta, los médicos nos informan de que le van a retirar el respirador y lo van a sacar del coma.

El tercer día es cuando, por fin, veo llorar a Ellis, que no se aleja del banco que hay junto a la puerta de la habitación de Silas. No sé ni si duerme. Sin embargo, cuando llega Wren, acompañada de Sam e Indy, y se lo lleva, se permite por fin derrumbarse entre sus brazos.

Por cómo se comporta Silas, en cambio, cualquiera diría que lo que le ha pasado no ha sido más que un tropiezo, en lugar de un accidente que lo ha dejado con una pierna entera y una buena parte del costado cubiertas de quemaduras de tercer grado. Soy consciente de que está drogado perdido, pero es como si estuviese tratando de provocarnos a propósito para evitar nuestra lástima. No hace más que tontear incansablemente (aunque con gran torpeza) con todas sus médicas y sus enfermeras; les enseña los vendajes encantado y deja que lo pinchen y lo manoseen con una sonrisa amodorrada.

En el cuarto día, Fisher me arrastra con gentileza a una de las habitaciones de hotel que ha reservado por aquí cerca, y procedo a

ducharme y a caer en mi propio tipo de coma, acurrucada y segura a su lado. Sé que, si tuviera la energía necesaria, me aterrorizaría que tuviéramos que pasar algunos de nuestros últimos días así.

Cuando me despierto sola en la habitación al quinto día, descubro que me ha traído una mochila llena de cosas de casa, entre las que están mi diario y varios libros que tenía en la mesita de noche. Un amasijo de emociones revolotea bajo mi esternón. Me propongo encontrarlo de inmediato, y, como si su química se hubiese alterado para atraer a la mía como un imán, mis pies me llevan directos a la tumbona junto a la piscina en la que está dormido. Lo lleno de besos hasta que se despierta poco a poco.

—¿Dónde está Indy? —le pregunto.

—Wren se la ha llevado, y a Sam también —contesta—. Pensó que el festival los distraería un poco.

Se me encoge un poco el corazón cuando caigo en la cuenta. A estas alturas, ya nos hemos perdido las dos competiciones previas. La carrera es mañana, pero al lado de todo lo ocurrido parece insignificante. Sin embargo, me tiembla la barbilla de todos modos.

Me recuerdo que esto es absurdo, que la vida no funciona como una meritocracia. Que hacerlo todo bien no quiere decir que todo vaya a salir perfecto al final, por mucho que sepas que te lo mereces. O que cumplir un sueño no signifique que te vaya a hacer feliz para siempre. Hay personas maravillosas que caen enfermas y, a veces, a otras que han sido horribles contigo les sale todo como ellas quieren. En realidad, lo que importa es cómo te lo tomas, lo que cuenta es lo que te llevas contigo a la cama por la noche. Intento recordarme que yo sé que soy capaz de hacerlo, que incluso lo demostré el otro día. Ahí tuve mi victoria.

Entonces, ¿por qué me sigo sintiendo como si estuviera perdiendo mucho?

—Oye… —me dice Fisher con dulzura. Se apoya mi cabeza en el pecho y me acaricia los hombros, dibujándome patrones laberínticos en la piel—. Tranquila. Necesitas descansar un poco más. Deja que te lleve de vuelta a la cama.

—No —contesto—. No quiero dormir. Pero sí que me lleves a la cama.

«Quiéreme, quiéreme, quiéreme —le ruego en silencio—. Antes de que se nos acabe el tiempo».



Es el sitio menos bonito donde hemos hecho el amor, pero hacemos que esa habitación parezca un lugar sagrado. Llevamos al otro al límite una y otra vez, hasta que ya no distingo si son exigencias o súplicas desesperadas.

Enreda las manos en mi pelo mientras saboreo su piel en un trayecto descendente, y cuando lo provoco arrastrando los labios sobre sus muslos, me lo agarra con el puño, acompañando el gesto con una letanía de mis súplicas roncas preferidas.

A cambio, sus manos juegan conmigo sin descanso, calentándome poco a poco hasta que me abrasa la piel. Sigue la estela de cada respuesta sutil, susurra maldiciones y palabras de aliento, y, con gesto cómplice, me dice: «todavía no, todavía no», de un modo que sabe que hará que mi cuerpo se apresure aún más. Antes de que me dé tiempo a recuperarme de la primera vez, me pone de lado, me levanta la rodilla y entra en mí de costado, dejando que apoye la cabeza en la cara interna de su brazo. Mientras me estira y me llena, desliza la mano por mi cadera hasta el punto en el que nos unimos, hasta que, por imposible que parezca, vuelvo a estar a punto, hasta que un gemido profundo y roto en mi oído me hace alcanzar el paraíso una vez más.

Es como si con cada clímax lo necesitase con más desesperación. Cuanto más se acerca, más cerca lo quiero. Cuando no creo poder aguantar más, me pone bajo él y me acaricia una cadera con la mano. Espera a que lo mire a los ojos y, justo al tiempo que me penetra, me dice:

—Te quiero.

—Yo también te quiero —le contesto en susurros, con la voz rota, intensa.

Cuando terminamos, una lágrima cae rodando por mi sien.



Capítulo 32

Sage

—¿Qué coño haces aquí?

Así es como me saluda Micah a la mañana siguiente, cuando me ve en el pasillo, frente a la habitación de Silas. Da igual que haga casi cinco meses que no nos vemos.

—¡Micah! —exclamo y, llorosa, lo abrazo.

Murmura un «encantado de conocerte» por encima de mi hombro, mirando a Fisher, pero enseguida me coge por los hombros y me zarandea con suavidad.

—¿Por qué estás aquí?

—Esto… —contesto, visiblemente molesta, separándome de él— ¿Porque nuestro hermano se ha prendido fuego, tal vez?

—¡Me caí por una montaña! —grita Silas con voz ronca—. ¡No te cargues mi reputación!

—¡Se supone que no puedes gritar! —le chillo.

—Y se supone que tú tendrías que estar en la carrera —dice Micah—. Aquí no haces ninguna falta. Tienes que irte.

—No, Micah.

—¡SÍ! —exclaman Micah, Silas y Ellis, que acaba de llegar.

—Ya nos hemos perdido las previas —respondo, y entonces me arriesgo a echarle un vistazo al reloj. La esperanza que empezaba a removerse en mi pecho se desinfla de inmediato—. Y ahora ya no llegamos a tiempo. No… No serviría de nada.

—Sage… —interviene Fisher, rodeándome un brazo con su mano cálida—. Vámonos. Te mereces participar en esa carrera. Nos lo hemos ganado, joder.

Se me llenan los ojos de lágrimas que amenazan con caer.

—Pero no podemos ganar. No tenemos forma de hacerlo —le digo. De poco serviría negarlo.

—No importa; hagámoslo de todos modos —contesta con firmeza —. Merece la pena.

Y sé que también se refiere a nosotros.



Capítulo 33

FISHER

No soy de los que rezan, si bien me paso el trayecto de vuelta a Spunes haciendo todo lo posible para invocar a alguna deidad. La que sea. Sage me ha dado muchísimo este verano, y he de intentar devolverle a ella lo que se merece, sea como sea.

Veo aproximarse en el reloj la hora de salida de la carrera, y la veo pasar. El mapa todavía nos dice que nos quedan dos horas para llegar.

—Puede que no haya sido puntual —sugiere Sage—. Nunca se sabe. Quizá haya habido retrasos de algún tipo.

—Esas cosas pasan todo el tiempo —respondo con optimismo.

Sin embargo, la tensión que nos envuelve no disminuye.

No tenemos trajes de neopreno, pero al menos llevamos con nosotros el equipo mínimo requerido. Llego al punto de inicio zigzagueando por la carretera una hora y quince minutos después de las marcas de salida de los de la primera ronda, y aparco directamente encima de la puerta de entrada.

—¡La grúa se va a llevar el coche! —grita Sage.

—¿Qué grúa? ¡Si está aquí todo el mundo!

—Bien visto.

Bajamos volando de la camioneta, nos ponemos los chalecos mientras corremos y empezamos a desatar la canoa. Sage lo deja caer de su lado en cuanto se abre la multitud.

En la playa todavía esperan Ian y Cassidy, uno de los sobrinos de Walter y su marido y tres equipos más formados por gente que reconozco de Spunes. Patty Munty y Wren también están metidas en el agua hasta las rodillas. En ese momento, Indy se nos acerca desde un lado.

—Los participantes que no son del pueblo ya han salido —nos informa—. No hemos podido detenerlos. Pero hemos conseguido que todos los demás esperen.

—Para ser justos, no nos ha costado tanto —interviene Patty—. Todos han querido hacerlo.

—Sí, en cuanto Indy les ha contado lo que pasaba —añade Sam.

Sage suelta una carcajada llorosa y se lanza a abrazar a Indy, que se pone como un tomate. Yo trago saliva, rígido, y le hago un gesto de agradecimiento a todos. Colocamos la canoa en uno de los puestos de la línea de salida y hacemos las rondas pertinentes, repartiendo apretones de manos y abrazos de agradecimiento.

Sage le da las gracias a Ian y a Cassidy sin pensárselo dos veces. Por supuesto que no se lo piensa, porque mi chica ya no puede ser más noble. Decido tomarme sus acciones como si fueran consejos y yo también le ofrezco la mano.

—Se agradece, Ian —le digo.

Él me mira a los ojos, me la estrecha y asiente.

—De nada. De todos modos, necesitaba otra oportunidad para ganarte —contesta.

Me río y le doy una palmada en el hombro antes de volver a la canoa.

Colocamos los remos y nos miramos de nuevo. Estamos hechos un desastre, vestidos con ropa y zapatos normales, pero compartimos la misma determinación. Me inclino hacia delante y la beso, rápido y con fuerza.

—A remar hasta la puta meta, Byrd —le digo.

Patty se acerca al pequeño muelle con un megáfono en una mano y una pistola de salida en la otra.

—¿Preparados? —La voz dulce le tiembla al salir del megáfono—. ¿Listos? ¡YA!

Salimos disparados de la orilla, aunque no es una buena salida. La canoa se empieza a tambalear enseguida. Yo me resbalo y casi hago que volquemos de lado, y a Sage se le enreda el remo con el de uno de los chicos que trabaja en la tienda de comestibles. De algún modo, conseguimos superar ese arranque tan caótico y nos colocamos en tercera posición.

Sin embargo, cuando no llevamos más de treinta minutos, la fatiga ya es mucho mayor que otras veces. Me da la sensación de que tengo los músculos hechos de plomo, de que mi cerebro funciona a trompicones. Los días de comer mal y dormir en sillas de hospital y en una cama de hotel que no conocíamos están haciendo estragos. También se lo noto a Sage, que va delante. Oigo los gemidos de frustración que se escapan entre sus jadeos.

Aun así, seguimos con firmeza. Clavo mi pala en el agua salada, flexiono y empujo como si me fuese la vida en ello. Hasta que, por fin, chocamos sin querer con el lateral del equipo que va segundo y, con un repentino estallido de energía y cierta torpeza, los adelantamos.

Nos acercamos al recodo tras el que entraremos en la recta final, pero Ian y Cassidy todavía van un par de esloras por delante de nosotros. Desde aquí, se nota que ellos también lo están dando todo; sus cuerpos suben y bajan de esfuerzo con cada golpe de remo. Y, justo ahora, recuerdo una de esas conversaciones que Sage y yo manteníamos a altas horas de la noche, tumbados en la galería bajo las estrellas, en las que filosofábamos sobre lo absurdo que es vivir la vida si comparas constantemente tu travesía con la de los demás.

«Limítate a remar tu puto barco», dijo Sage.

Así que eso hacemos. Y lo hacemos lo mejor que podemos. Remamos en perfecta sincronía, aplicando la técnica que con tanta precisión hemos practicado.

Remamos nuestra puta canoa y pasamos de los demás.

Y, cuando empezamos a recortarles distancia en el interior del recodo, ellos se frustran, titubean, se ponen nerviosos. Pero Sage y yo seguimos a lo nuestro, remando al mismo ritmo, con la mirada fija en las boyas brillantes que marcan la línea de meta a un prado de distancia de nosotros.

Allí, los ganadores del premio en metálico ya lo están celebrando en la playa, pero da igual. Esta carrera es nuestra.

Ian y Cassidy son una presencia constante en mi campo de visión, aunque sigo con la mirada fija en el frente, en Sage y en el mar.

Cuando por fin les ganamos por menos de medio metro, el Mirador de los Fundadores estalla en vítores. Todos los vecinos del pueblo nos esperan en la arena. Han venido en coche desde la línea de salida, si es que no estaban aquí ya. Parece que los estudiantes del instituto de Sage tampoco se lo han querido perder, porque hay un montón de adolescentes con carteles en los que se lee «La señorita Byrd está buenísima» o «¡Que se jodan todos!, señorita Byrd». Walter se quita la camiseta y empieza a moverla en círculos como si fuera un helicóptero. Wren y Patty se abrazan, celebrando nuestra victoria con lágrimas en los ojos, y Venus y Athena Cirillo se meten en el agua y empiezan a salpicar a todo el mundo de alegría. Bea, la peluquera, levanta una *tablet* en la que está Silas por FaceTime. Cuando conducimos la canoa hasta la orilla y nos bajamos de la mano, Martha O'Doyle se abalanza sobre nosotros para abrazarnos. Hasta los albañiles del Entre Estrellas han venido y nos silban mientras aplauden.

Indy y Sam se abren paso entre la multitud. El abrazo que me da mi sobrina es más fuerte que ningún otro.

Distingo perfectamente a los miembros del público que no son del pueblo por sus miradas de perplejidad y preocupación.

Es una escena de lo más ridícula, disparatada y cursi. Una estampa digna de un pueblecito.

Y formar parte de ella es uno de los grandes honores de mi vida.



Capítulo 34

Sage

Intento pararme y disfrutar de la escena de la playa, empaparme de ella, cerrar los ojos, escuchar los gritos de alegría y mirar a mi alrededor para contemplar a este pueblo, que ha venido para apoyarme. Quiero saborearlo, gozarlo, paladearlo hasta la última gota. Creo que, aunque no hubiéramos «ganado», solo esto me habría sabido a triunfo.

Cuando el resto de los participantes de Spunes cruza la línea de meta, continuamos con la celebración. Lo primero que hacen Ian y Cassidy es acercarse a nosotros, y Fisher me apretuja contra su costado.

—Felicidades —dice Cassidy, aunque salta a la vista que está esforzándose al máximo para no romper a llorar. Yo le respondo con un fuerte abrazo.

Ian me da un apretón de manos un instante después de dárselo a Fisher.

—Buen trabajo, Byrd —me felicita—. Te lo has ganado.

—¡No jodas! —le espeto, dándole unas palmaditas en la mano—. Y gracias.

Me paso el resto del día con esta ropa sucia, mojada de agua salada y apestosa, disfrutando de los perritos calientes, los churros y el resto de la comida basura de la feria con mi amor, el cocinero con estrellas Michelin. Disfruto de él y de todos los pequeños detalles, de

mis cosas preferidas, las que tanto me gusta saborear año tras año, y de otras nuevas en las que todavía no había tenido ocasión de participar. Me saco mis primeras fotos en un fotomatón con el hombre al que amo. Por la noche, bailo con él descalza sobre el asfalto bajo las luces que han colgado en el patio del nuevo restaurante.

Más tarde, cuando llegamos a casa, no corremos a la cama. Hacemos turnos repartiendo amor y saludos a todos los animales que tanto hemos echado de menos esta semana. Cuando salgo del establo y voy al cobertizo de las cabras, me encuentro a Fisher dormido con Epi y Blas en las piernas. Y no sé si es porque estoy exhausta y se me acaba de venir encima todo lo que ha ocurrido hoy, pero me tengo que tapar la boca y contener un sollozo al verlo. Porque lo que observo ante mí es un atisbo de la vida que podríamos haber tenido si nuestros caminos hubieran hallado la forma de unirse, y es cruel. Sin embargo, sé que este laberinto está llegando a su fin, y he de encontrar un modo de apreciar su fugaz belleza.



Cuando termina el festival, nos permitimos seis días más de dicha y de presente. No hay preocupaciones ni conversaciones sobre el futuro, aunque se supone que se van en el octavo día. Ahora, Fisher me trae al jardín algo para picar. Ahora, Indy se tumba en la hierba mientras Gary la vigila. Ahora, Fisher persigue corriendo a una de las cabras porque se escapa de su corral y vuelve con ella bajo el brazo como quien regaña a un niño. Ahora, Sinpatica se frota contra la barbilla de Fisher en la mesa, mientras desayunamos. A las 00:01, Fisher abre la puerta de la galería, a veces para llevarme a las estrellas, otras para tumbarse a mi lado a mirar la luna.

En el séptimo día, las cosas empiezan a tambalearse.

—¿Y si…? —empieza a decir—. ¿Y si intentáramos tener una relación a distancia durante una temporada?

Una pregunta que no hace sino generarme más dudas.

—¿Con qué fin? ¿Cuándo dejaría de ser… una relación a distancia?

Él se rasca la nuca.

—No lo sé. —El camino de mi mente traza un millón de curvas más sobre la arena. Por ejemplo, ¿y si Indy decide marcharse cuando termine el instituto? ¿Querría venir aquí entonces? ¿A vivir? ¿Podría yo aguantar tres años? ¿Querría él las mismas cosas entonces?

Exhalo un suspiro, dividida, y recuerdo que Silas sigue en su cama del hospital y que la vida puede acabarse en un segundo. Me imagino viviendo solo mediante llamadas de teléfono, videollamadas y unos pocos viajes de vez en cuando. Sin vivir nunca el presente. Siempre esperando, siempre ansiosa por la próxima vez. Tampoco puedo esperar promesas por su parte. ¿Cómo iba a renunciar o degradar de ese modo su carrera, cómo se va a limitar tanto quedándose aquí? No puedo pedirle eso, no sabiendo lo brillante que es. Se merece recuperar lo que perdió, se merece conquistar su propia victoria.

Pienso en uno de los artículos que leí cuando sucumbí a la tentación y busqué su nombre en Google hace unas semanas, ese en el que hablaba de pulsar el botón de «pausa» ante lo inevitable. Creo que esto tal vez sea lo mismo. Y que, cuando se haya ido, todo acabará desmoronándose.

Pensaré que si le doy ese espacio será más fácil retenerlo conmigo. Haré como si nada cuando no me coja el teléfono o tenga que posponer una llamada, porque no querré malgastar el tiempo discutiendo, o con una actitud negativa. Él, por su parte, malinterpretará mi actitud como apatía. O quizá sea al revés. No tengo forma de saberlo.

Creo que intentar posponer lo inevitable, en este caso, solo hará que todo vaya a peor. No soy capaz de imaginarme cómo me sentiré si no lo tengo y a la vez siento constantemente que lo estoy

perdiendo. Una y otra vez. Prefiero saborear esto maravilloso que hay entre los dos durante el tiempo que nos quede.

—No puedo —admito, con una voz tan vacía que parece solo aire. Miro a mi alrededor, a la casa de mis padres, a mis animales adoptados, y por un momento me arrepiento de haberme cercado así.

Él cierra los ojos, pero asiente porque lo entiende.

Otra curva posible: ¿y si me pidiera que me fuera con él? Hay gente que trabaja en Nueva York aunque vive en otros estados, ¿no? Quizá podría llevarme allí la granja. Y, sin embargo, mientras trato de seguir el hilo de esa idea, otro pensamiento me interrumpe con brusquedad: yo amo mi hogar.

Aun así, creo que, si me lo pidiera, no sería capaz de negarme. Una parte de mí se pregunta si él también lo sabe, y si es esa la razón por la que no lo hace.



Esa noche no viene a la galería.



Capítulo 35

Fisher

Intento recurrir de nuevo a esa habilidad para emborronar todo lo que me rodea, pero descubro que ya no la tengo. No logro ahorrarme ni una pizca de amargura mientras cargo las putas maletas en la camioneta y recojo los cuchillos. Me invade una desolación que crece a cada minuto que pasa.

Y juro que trato con todas mis fuerzas de pensar en el tiempo que he pasado aquí como algo hermoso, de sentirme agradecido por haberlo vivido. Indy y yo hemos avanzado muchísimo, tanto juntos como por separado. Por fin he dejado de sentirme anestesiado, de estar saturado de mi carrera profesional. Ya no me horroriza la idea de volver.

Me obligo a hacerme el fuerte delante de todos. Me recuerdo a mí mismo que el coraje es un músculo y que quizá, si lo ejercito, esto empiece a resultarme más fácil.

Primero, me despido de los animales. Sinpa me da la espalda y mueve la cola hacia los lados, contrariada. Sable, que no se entera de nada, menea la cola a mi lado, feliz. A Bud conseguí ganármelo a base de premios y caricias en el morro, así que me prodigo en ambos, y él resopla a modo de agradecimiento y me frota los belfos contra la palma de la mano. Me permito hacer lo mismo con los burros. Y la primera lágrima cae con las malditas cabras.

Esperaba tener que obligarla a salir, pero encuentro a Sage en el prado, esperándome a mitad de camino. Está envuelta en una de sus batas chillonas y me mira con una sonrisa triste y algo aferrado entre las manos.

Siempre está rodeada de vida, de tanta vida. Su jardín, sus animales… Y ella. Es como una criatura mítica.

Solo que también es real, lo que hace que esto sea mucho peor. Mi fantasía y la realidad con la que probablemente soñaré el resto de mi vida, unidas en una sola cosa. Me siento como si la vitalidad que me ha infundido este verano se estuviera esfumando ya.

—Quería darte algo —dice, y lo único que puedo pensar es: «¿Más aún?»—. Hazme un favor y no… —Se le rompe la voz y traga saliva—. No lo abras demasiado pronto, ¿vale?

—Vale —respondo, con la voz rota y patética.

Me da el cuadernito marrón que lleva siempre, y sé que no tendré ningún problema en hacer lo que me ha pedido. Ahora mismo, la idea de enfrentarme a algo que la ha conmovido tanto se me antoja como abrir una herida una y otra vez.

Le he preguntado a Indy si no tenía que despedirse, pero ha declinado todas mis ofertas de llevarla a casa de Sam o de Blake, y ya se ha encerrado en la camioneta.

—Gracias, Fisher —dice Sage—. Por el mejor verano que he vivido nunca. Gracias por quererme tal y como soy.

Pienso en todas las cosas que quería decirle y me arrepiento de no haberlas apuntado.

—Gracias a ti también —le contesto con voz temblorosa. Y, Dios, casi me desmayo de terror, porque ¿cuándo dejaré de verla en todas partes? ¿Alguna vez seré capaz de no pensar en algo que no sea Sage y el verano? Veré cuatro vacas moteadas e imaginaré la bata que llevaba puesta la noche que la conocí. Comeré frambuesas y pensaré en sus labios. Oiré un juego de palabras y romperé a llorar —. Enamorarme de ti ha sido un privilegio, Sage —confieso, impotente. Se le quiebra el gesto, y le enjugo las lágrimas de las

mejillas a besos antes de que tenga que obligarme a apartarme de ella.



Capítulo 36

Sage
Dos semanas después

Hoy, mi móvil ha pitado dos veces. Las dos para avisarme de un mensaje redundante que dice algo parecido a: «Oye, te late el corazón como si te estuvieras muriendo, pero no te has movido. Ni un centímetro. ¿No tienes que mear?».

El tercer día, aprendí que si no te hidratas mucho tampoco tienes que mear mucho, y, de todos modos, puede que haya llorado tanto que el agua no necesita encontrar una ruta alternativa para abandonar mi cuerpo. No sé muy bien cómo funciona todo eso, pero, quién sabe, puede que esa parte de mí también se haya roto, como el corazón ese del que tanto habla el puto reloj.

Al menos salgo de la cama todos los días. Han pasado dos semanas y sigo siendo capaz de hacerlo. Eso es lo bueno de tener criaturas que dependen de ti: me obliga a cumplir con algo parecido a una rutina. Así que primero me aseguro de que todos hayan comido y tengan sus necesidades satisfechas y luego me doy permiso para derrumbarme un poco más.

Lo único que no soy capaz de gestionar es el jardín. Cada vez que paso por delante me da la sensación de que se está burlando de mí, de que mi ingenuidad está ahí, al descubierto.

Pensaba que estar con Fisher sería como cuando cortas unas flores y las pones en un jarrón: metes en casa algo encantador

sabiendo que no durará para siempre. El problema es que la he liado y lo he plantado aquí, en mi lugar. En todas partes. Le he dado mi tierra, mi corazón y mi casa y ahora me lo han arrancado de raíz y lo único que me queda es este desorden, este desastre.

El día antes de que tenga que volver al instituto para preparar el aula de este año, me encuentro a Wren tumbada a mi lado al despertar. No entiendo por qué mi sistema nervioso no acierta a mostrar sorpresa. Ni siquiera me inmuto.

—¿Cómo lo soportas? —le pregunto—. ¿Cómo aguantas ver a Ellis por todas partes? —Yo he tenido un verano junto a Fisher y no hay un rincón que siga siendo el mismo. Ellis y ella se tuvieron el uno al otro desde la guardería.

—Con tiempo —responde—. El tiempo es lo único que aumenta tu tolerancia al dolor. Al final, las cosas buenas que te ha dado todo esto pesarán más que el sufrimiento.

Creo que lo que más me destrozó fueron las palabras que eligió, cuando me dijo que había sido un privilegio. Porque lo ha sido, ¿verdad? Aunque ahora me sienta así, volvería hacerlo todo de nuevo solo por gozar del placer de amarlo, de ser amada por él. Él no me arregló a mí, ni yo lo curé a él, pero nos quisimos sin reservas.

—Y ahora vas a levantarte —añade—. Te vas a lavar los dientes, porque te apesta el aliento. Y vas a seguir adelante.



Capítulo 37

Fisher

Intento ver Nueva York a través de los ojos de Indy, como si volviera a experimentar la ciudad por primera vez. Intento con todas mis fuerzas valorar las pequeñas cosas. Y, en algunos aspectos, importan de verdad. La llevo a ver espectáculos en Broadway a los que yo también asisto por primera vez. Me tomo el tiempo necesario para apreciar los enormes rascacielos y la comida maravillosa que se encuentra a la vuelta de cada esquina. El trabajo es diferente. Casi siempre lo disfruto, pero sigue siendo trabajo. En algún momento de este camino, recuperar la estrella ha dejado de ser relevante, o quizá nunca me importó, y simplemente pensaba que tenía que ser así.

Intento mantenerme firme y recordar todo lo que aprendí durante el verano. Todo lo que aprendí con Sage. Intento compartimentar las cosas, colocarlas en un sitio concreto, y aceptar, sin más, que el viaje tenía que terminar ahí.

Pero, por supuesto, nunca se acaban de colocar bien. Hay demasiadas cosas que se cuelan por las grietas.

Al principio, las veo en lo más obvio. Por ejemplo, cada vez que trabajo en una receta que tiene esas hierbecitas aromáticas con las que comparte el nombre, lo que ocurre más a menudo de lo que parece. Cuando veo pecas de canela encima de un postre o me fijo en las flores que traen al restaurante cada dos días, más o menos.

Carlie frunce el ceño cuando se lo pido, pero me da el gusto y, con cada envío, me coloca algunas también en mi despacho.

O cuando Indy viene un día conmigo al trabajo, a principios de septiembre, después del instituto, y a Carlie le da por mencionar que podríamos poner algún plato con ganso en la carta de otoño. Indy se levanta de la encimera en la que estaba sentada, rígida de repente. Con discreción, disuado a Carlie de la sugerencia. Sería un poco incómodo de explicar.

Una semana después de eso, Indy y yo vamos a pasear por el parque y nos compramos nuestros nuevos helados preferidos. El mío es de té Earl Grey y el suyo de tarta de queso con moras de Marion. Doblamos una esquina y nos encontramos el monumento a Hans Christian Andersen, que tiene al lado otra estatua, la de un ganso. Ambos tiramos los helados en la primera papelera que vemos. No nos habíamos comido ni la mitad.

Empiezan a llegar las primeras reseñas de Tuétano, llenas de alabanzas hacia la nueva carta y la frescura de sus platos más recientes. Alabanzas hacia mí. Me hace sentir bien, supongo. Sin embargo, no me siento ni la mitad de bien que el fin de semana que preparo para Indy las galletas de caramelo de mi madre y me quedan perfectas, ni que el día que ella intenta hacerme la cena a mí, le prende fuego a un trapo de cocina y nos pasamos el resto de la noche riéndonos tras pedir comida a un restaurante chino.

Esa misma noche, Indy se confiesa sobre Sam y sobre su verano. Me cuenta que sentía algo por él, pero que sabía que a largo plazo resultarían incompatibles. Indy quiere ver mundo; Sam quiere terminar en Spunes. Le preocupa enamorarse de alguien a su edad, porque eso era lo que veía en Nebraska una y otra vez. Gente joven enamorándose joven, quedándose allí atrapada y sin aventuras que vivir. Me cuesta saber qué palabras son las más adecuadas, pero termino diciéndole que estoy orgulloso de ella por tener la cabeza sobre los hombros y las prioridades claras. Me suena a mentira. Cuánto desearía poder hablar de esto con Sage.

Lo peor viene cuando me gustaría saber qué opinaría Sage sobre algo. O cuando, de repente, me siento fatal al caer en la cuenta de que hay detalles que desconozco sobre ella. Por ejemplo, ¿por qué no le pregunté nunca cuál era su color o su canción preferidos? ¿Ha ido alguna vez a un concierto? ¿De qué sabor se suele pedir el helado?

¿Estará bien? ¡Dios mío! ¿Estará bien?

Frankie sigue allí, trabajando en el Entre Estrellas, así que le he sacado la información que he podido. Sé que Silas se recupera bien y que ya está en casa; le dieron el alta hace unos días. Y también que Sage volvió al trabajo la semana pasada.

Cuando me da la sensación de que a Frankie se le acaba la paciencia, empiezo a llamar al bar para sonsacarle información a Walter.

—¡Hoy ha venido a comer con Ellis y Silas! —me llama un día a finales de septiembre. Me agarro al teléfono con tanta fuerza que creo que me van a salir moratones en las yemas de los dedos—. Me dio la impresión de que estaba bien.

«¡¿Qué quiere decir eso, Walter?! —estoy a punto de gritar—. ¿De qué hablaron? ¿Cómo iba vestida? ¿Se despierta en mitad de la noche, como me pasa a mí?».

Sin embargo, le doy las gracias y vuelvo a lo mío, que últimamente es fingir.

Cada vez que se me pasa por la cabeza llamarla a ella directamente, pienso que sería cruel. Y cuanto más tiempo pasa, más cruel lo veo. En su Instagram solo hay fotos de la granja, de ramos de flores que ha preparado… He de revisar con lupa el perfil de Micah para encontrar una foto de su cara. Levanto el teléfono y me quedo mirando la pantalla como un pirado.

En octubre, todo cambia.

La mayoría de las noches, cuando llego a casa, Indy duerme, como una chica responsable. A veces me la encuentro traspuesta en el sofá.

En cambio, hoy la he descubierto paseándose de un lado a otro con el cuaderno de Sage abierto en las manos.

—¡¿Has leído esto?!

Algo se rompe en mi interior. Desde que volvimos, le he mostrado a Indy mucha confianza. Hasta ahora, nos estaba yendo muy bien.

—No, y tú tampoco tenías permiso para hacerlo —le contesto enfadado—. Dámelo ahora mismo, Indy.

Cuando lo cojo, me doy cuenta de que ha estado llorando. De que está sollozando todavía, de hecho. De que le tiembla el cuerpo entero, presa del llanto, como si llorase también con él.

—¡¿HAS COCINADO GANSO ALGUNA VEZ?! —grita. Yo hago una mueca y retrocedo, ya con el cuaderno entre las manos.

—¿Qué?

—¡¿QUE SI HAS COCINADO GANSO ALGUNA VEZ?! —berrea.

Una vez más, no tengo ni idea de qué hacer con las manos.

—Indy… hice mis prácticas en Francia. Es obvio que sí.

Suelta un chillido que se transforma en una nueva retahíla de sollozos.

—¿Sa… sabías que los gansos forman pareja de por vida? ¿Sa… sabías que pueden…? ¡¿Que pueden sufrir depresión?!

—No, no lo sabía —contesto con cautela. Intento acariciarle el brazo para reconfortarla, pero ella se aparta de golpe y grita:

—¡¡Y yo me fui sin más!!

—Indy, cariño, siéntate.

—¡No! —Se sorbe la nariz y respira hondo, tratando de recuperar la compostura—. Todos estos edificios que nos rodean hacen que me sienta atrapada continuamente, y hoy he tenido un mal día. Y… No sé… He empezado a pensar adónde podría ir a ver algunos pájaros que no fueran esas malditas palomas que están por todas partes. Así que me he ido al parque.

—Indy, se supone que tienes que ir de casa al colegio y del colegio a casa. —Le estaba yendo muy bien. Se estaba portado muy bien, y a cambio le he dado confianza y libertad.

—¡Joder, tío! ¡Ya lo sé! —exclama, fulminándome con la mirada—. ¡¡No te enteras de nada!!

—¿De qué me tengo que enterar? —Yo también he empezado a gritar.

—He pensado en ir al parque y en empezar a escribir un diario —me explica—. He hablado de esto en terapia. Quería…, quería sentarme en la hierba, y encontrar un condenado pájaro, e intentarlo, a ver. ¡¿Por qué nadie habla nunca de lo mal que huele aquí?! —cambia de tema de repente.

—¿Qué…?

—¡Apesta! ¡Nadie te habla de la peste que hay en estas calles tan húmedas! ¡En las películas, nadie dice nunca que huele a basura! —continúa con actitud beligerante.

—Bueno… entonces, ¿has ido al parque? —le pregunto, tratando de redireccionarla.

Se pasa la muñeca por la nariz mojada.

—Sí, he ido al parque. Quería escribir el diario. Sage siempre lo hacía y… Bueno, ya sabes. Ya lo pillas. Y ella parecía entenderlo también. Parecía entender de qué va la vida.

Me da miedo abrir la boca y echarme a llorar yo también. Aprieto tanto los dientes que me cruje la mandíbula.

—Y sabía que te había dado eso y se me ocurrió que… —prosigue mi sobrina—. Necesitaba una guía, un ejemplo de qué escribir. Así que lo cogí. Lo siento, Fisher, pero tienes que leerlo. Y siento mucho… —Prorrumpe de nuevo en sollozos, arrebatos de tos y gimoteos agudos–. Siento mucho haberte presionado para que nos fuéramos. Si… Si tú querías quedarte…

Le doy un abrazo.

—Oye, ya está. No pasa nada. No has hecho nada malo. Yo también tenía motivos para volver, ¿vale? Mi carrera estaba aquí, como la vida que había construido, y pensaba que necesitaba recuperarlo. Tendríamos que haber llegado a un acuerdo juntos. Y a nadie se le ocurriría mudarse a la otra punta del país de un día para otro, ¿vale?

Le tiembla la barbilla, pero asiente, con la cabeza escondida en mi hombro. Luego se aparta unos pasos.

—Tienes que leer esto —repite, señalando el cuaderno—. Pero creo que tenías razón. Creo que encontrar a tu gente es lo que marca la diferencia —añade, con otro sollozo desgarrador.

—O encontrar a tu pájaro, ¿no? —Encorva los hombros y rompe a llorar otra vez—. Vale, vale, es demasiado pronto, ya lo sé. —Quiero reprimir una risita y fracaso en el intento—. Ven a comer algo antes de irte a la cama.



Cuando consigo tranquilizarla, me siento a su lado en el sofá.

—¿Te acuerdas del otro día, cuando me hablaste de Sam y de tu miedo a quedarte atrapada? ¿Sabes lo que quería decirte en realidad, y no te dije porque me dio miedo que fuese un mal consejo? —le pregunto. Ella levanta la vista y me mira con los ojos rojos e hinchados—. Quería decirte: ¿Y qué? —Ella frunce el ceño y hace un gesto, extrañada—. Lo que intento expresar es que sí, que hay personas que se sienten llamadas a hacer grandes cosas, y sí, muchas son importantes y maravillosas y tienen un montón de dinero o de títulos, y ven cosas impresionantes. Y si quieres eso, yo te apoyaré todo lo que pueda para que lo consigas. Pero ¿sabes qué es lo más valiente de todo? ¿Lo más extraordinario? —Exhalo con tanto alivio que me llega hasta el alma, porque sé que lo que voy a decir es totalmente cierto—. Vivir acorde a tus propios estándares y no a los de los demás. Ser feliz de la forma que tú quieras. ¿Quieres una bandada de gansos y un jardín en Spunes? ¿Quieres hacer a la gente que conoces de toda la vida un poco más feliz simplemente estando a su lado? ¿Disfrutar de las pequeñas cosas? Puede que lo que quieres sea ver tus flores en sus tiendas, en sus mesas y en sus manos, como Sage. Quizá te encante transmitir conocimiento a tu comunidad a través de los libros, como a Venus y Athena. O

apuntarte a todo lo que se organice en el pueblo, como hacía siempre tu madre. —Mis lágrimas resbalan por las mejillas, aunque me río a la vez—. ¿Te acuerdas de cuando organizó aquella petición para salvar la roca del pueblo? ¿Te acuerdas de lo orgullosa que estaba?

Ella asiente con los ojos llenos de lágrimas.

—Así que… —concluyo—. ¿Qué más da si conoces al amor de tu vida en un pueblecito dejado de la mano de Dios, y qué más da si te quedas allí para siempre? ¿Qué más da, si es una vida llena de felicidad según tus estándares? No me imagino que algo pueda hacerte sentir mejor o más realizada.



Cuando Indy se va a la cama, cojo el cuaderno de Sage con manos temblorosas y vuelvo a sentarme en el sofá.

Lo abro y leo la primera página.

Sabios consejos para Sage
Pequeños consejos y recomendaciones que te dejo
por si no estoy para dártelos yo misma.
Te quiero,
mamá

Me tapo la boca con la mano. Me regaló lo que debía de ser su tesoro más preciado. Por supuesto que me lo entregó, esa mujer increíble que tuvo que aprender por sí misma a no ahogar todo con exceso de cuidado, que es incapaz de dejar de dar. La persona más generosa que he conocido nunca. Mi corazón se hace pedazos, y el nudo de mi garganta se tensa aún más si cabe.

Hay páginas y más páginas de notas y consejos. Palabras que recordar cuando parezca que la vida no tiene sentido, mezcladas con ideas más prácticas.

Como, por ejemplo:

Un dulce siempre es bienvenido, sea cuando sea. ¿Se acaba de instalar un vecino nuevo? ¿Necesitas disculparte? ¿Quieres, simplemente, alegrarle el día a alguien? Llévale algo de Savvy's.

O, por ejemplo:

La vida es muy corta. Ve a la biblioteca. Vivirás un millón de vidas diferentes y visitarás un millón de sitios distintos en uno solo. Tal vez no puedas controlarlo todo, pero siempre podrás cultivar tu imaginación.

Hay algunas páginas marcadas con pósits recientes, y sé que fue Sage quien las marcó para mí.

Tener las manos ocupadas ayuda a una mente demasiado ociosa. Busca un pasatiempo con el que entretenerte, preferiblemente en el exterior. A veces, los pensamientos necesitan un poco de espacio para volar antes de colocarse en su sitio.

«En ocasiones, el coraje consiste en volver a intentarlo», ha escrito ella al lado. Sé que es ella porque la letra es distinta. Acaricio las palabras con el dedo, como si así pudiera tocarle de nuevo la piel.

Otro pósit.

El tiempo siempre da los mejores consejos. Cuida los momentos y los años vendrán solos.



Me fijo en otras notitas apuntadas en los márgenes con tintas de colores diferentes. La letra también es distinta de la original, y ha ido cambiando con el paso de los años. Me imagino a una pequeña Sage, con la lengua asomando por la comisura de la boca y el ceño fruncido de concentración, inclinada sobre este cuaderno. Luego la veo de adolescente, desgarbada, escribiendo enfurruñada. Mi chica solitaria, dulce y hermosa, buena hasta decir basta, tratando de dar sentido a su mundo con notas del pasado.

Me pesa el corazón. Cada vez que respiro me cuesta un gran esfuerzo, siento que me deja en carne viva, que se me va a partir el pecho en dos. La echo tanto de menos que creo que esta sensación podría acabar conmigo.

Así que sigo leyendo.



Capítulo 38

Sage

Hace unos días, volví a trabajar en el jardín. Sabía que, si lo posponía mucho tiempo, acabaría con la posibilidad de cultivar flores de otoño, y decidí que había llegado el momento.

También he decidido darme de alta en el registro de floristas y sacarme una licencia para abrir un negocio, así que tal vez empiece a vender flores profesionalmente. ¿Quién me iba a decir que lo que necesitaba para dar este arriesgado salto era que me rompieran el corazón? Mujeres con los flequillos recién cortados suspiran por mí desde todas las partes del mundo, como Taylor Swift en todas sus eras.

Sin embargo, a eso de salvar el jardín sí que he llegado tarde. Creo que se me ha instalado una megalópolis de topos en algún sitio. Y, como mi estado emocional no es precisamente óptimo, he tenido que ponerme en contacto con medio Oregón para dar con un servicio de reubicación respetuoso con los animales. No pueden venir hasta la semana que viene.

Así que, de momento, decido hacerme amiga de ellos. Estoy sentada delante de mi parterre de dalias destruidas, lanzando pedacitos de pan a uno que no hace más que salir de su agujero a buscarlos. Quizá, si los tengo bien alimentados, dejarán en paz al resto de mis plantas.

Tengo a Sable tumbada a mis pies y a Gary acurrucado en mi regazo. Le voy dando sabrosos premios uno tras otro para mantener la depresión a raya.

Si un artista tuviera que pintar esta escena, creo que la llamaría *Mis demonios y yo*.

De repente, el topo se refugia a toda prisa en su agujero, presa del pánico, y oigo que Romero y Jengibre rebuznan en la distancia. Sable se levanta de un salto y suelta un ladrido ensordecedor.

—Pero ¿qué…? —me interrumpo al recordar que Nina Andersen me dijo que volverían este mes. El año pasado, fueron posponiendo su regreso hasta después de Navidad, así que me sorprendió mucho que este año decidieran volver en otoño.

Debería haberla avisado de las nuevas adquisiciones para la granja, pero no suelen armar este escándalo. Respiro hondo, llenándome los pulmones de aire fresco y salobre. Practico una sonrisa para asegurarme de que mis mejillas sigan siendo capaces de aguantar el gesto con naturalidad y me levanto con Gary en brazos, preparada para darles la bienvenida.

Cuando doblo la esquina, Gary empieza a sacudirse con violencia y se me escapa, soltando una retahíla de berridos. Está demasiado gordo para volar, pero hace todo lo que puede y consigue algo a medio camino entre eso y correr moviéndose hacia los lados. Y la razón es que ha visto a Indy al otro lado del prado. El pájaro y su chica se abalanzan el uno sobre el otro en la distancia, e Indy cae de rodillas y solloza con fuerza.

Me vuelvo justo a tiempo para ver a Sable lanzarse al pecho de Fisher; casi consigue que se caiga de culo.

Yo me acurruco en mi bata de cuadros y me peino con las manos, cohibida, aunque noto que algo me presiona el pecho. Intento quedarme muy quieta; lo intento de verdad. No estoy convencida de que no sea un espejismo. Quizá sea una especie de alucinación inducida por los fertilizantes. Sin embargo, mis pies siguen llevándome hacia él por su propia voluntad, y él también avanza, acercándose más y más. Y llega antes que yo. Un poco demasiado

delgado, con el pelo un poco demasiado largo y las orejas un poco demasiado grandes. Y todavía va por ahí con un pedazo demasiado grande de mi corazón.

¡Dios!, si ha venido por capricho lo voy a matar. Me estoy desgañitando a base de echarlo de menos y ahora voy a tener que volver a empezar.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con voz ronca. Quería que sonara recelosa, o indiferente, pero es evidente que se trata de una voz rebosante de esperanza. A él se le llenan los ojos de lágrimas. La niebla gris que flota tras él hace que se le vean más verdes todavía.

—Creo que he perdido un pendiente. ¿Lo has visto? —Me llevo la mano a la oreja de forma automática. Lo encontré tres días después de que se marchara, en un rincón de la galería—. Y… —da un paso hacia mí, acercándose peligrosamente—. Sabías que, si abría esto, no sería capaz de quedármelo. —Me enseña mi diario. Se me escapa la primera lágrima y me empieza a temblar la barbilla.

—Es un regalo. Quiero que te lo quedes. Y me pienso quedar con el pendiente.

Se ríe, y también se le cae una lágrima. Me tiemblan las manos de lo mucho que necesito aferrarme a él, pero…

—¿Qué estás haciendo aquí, Fisher?

Exhala, tembloroso. Mueve las manos sin parar, como si a él también le costara no estrecharme entre sus brazos.

—Nos mudamos —contesta.

Me tapo los ojos con las palmas de las manos.

—No puedes. —Sollozo—. No puedes cambiar toda tu vida solo por mí.

Me quita las manos de los ojos y me mira casi con timidez, esbozando una media sonrisa.

—En primer lugar, no estás en condiciones de decirme lo que debo hacer. —Yo me río, llorando todavía—. En segundo lugar, siento mucho haberme marchado. —Se le rompe la voz con la última palabra y, ¡ay, Dios!, noto que mi cara está haciendo eso de

arrugarse tanto, y aprieto los ojos para no echarme a llorar desconsolada. Él sigue—: Me enamoré de ti, y de este sitio, y eso tendría que haber bastado para que me quedara. Tendría que haber sido capaz de decírselo a Indy, pero tenía miedo de cagarla otra vez. Somos mejores que el día que nos conociste, aunque todavía nos queda trabajo que hacer. —Suelta un gruñido de frustración—. ¿Puedo abrazarte, por favor? —Me acurruco entre sus brazos a modo de respuesta y los dos temblamos de alivio—. Ambos sabemos que la vida cambia, pero, por una vez, me gustaría hacerlo yo. Cambiarla por algo maravilloso. Por algo inteligente. Por ti. Así que, sí, puedo trasladar toda mi vida aquí. Es algo que hemos decidido Indy y yo. Ahora mismo, tengo un contrato de alquiler que se renueva mes a mes para esa casa de ahí detrás. —Señala la casa de los Andersen con el dedo—. También tengo contactos en la Coalición de Comerciantes de la Calle Mayor, conocida como «la mafia». —Me estrecha con más fuerza—. Puedo cambiar mi vida para estar contigo porque también lo estoy haciendo por mí. Por mí, por Indy y por esta colección de mascotas, y por Walter, y por tus hermanos, y, sobre todo, por Martha O'Doyle.

Suelto una exclamación de alegría.

—¿Y el trabajo?

Hace una mueca.

—Técnicamente, vuelvo a estar en el paro. —Se ríe—. Pero tengo algunas cosas en mente. Y también se están gestando algunas ideas. Lo único que sé es que puedo cocinar en cualquier parte, Sage, y no quería esperar a desentrañar la logística y las minucias antes de empezar una vida contigo. Quiero disfrutar de cada minuto. De cada segundo.

—¿Y el Entre Estrellas? —pregunto, como si aún necesitara que me convenciera antes de permitirme asimilar la importancia de sus palabras. El restaurante aún está en obras, y apuesto a que todavía faltan unos meses para que esté listo.

Niega con la cabeza.

—Ese trabajo ya se le prometió a otra persona, pero no me opongo a trabajar allí algún tiempo, aunque no sea de chef. Y resulta que conozco a la propietaria. No está muy contenta conmigo, pero sí que se alegra por mí. —Se encoge de hombros—. No tengo ninguna certeza, pero lo que sí es cierto es que te quiero. Joder, ¡cómo te quiero! —exclama. Me pongo de puntillas y lo beso, porque creo que si no lo hago moriré. Él hace ese gemidito que tanto me gusta y casi me echo a llorar otra vez al oírlo—. Además, le prometí al pueblo una noche de tacos y tengo que intentar cumplir con eso, al menos.

Ahora ya no puedo contenerme de tocarlo. Le acaricio la cara y él frota la nariz contra mi palma. Es real, y cálido, y mío.

—Una vez, me dijiste que eras muchos «noes» —dice—. Y quiero que sepas que para mí lo eres todo. Amo esos juegos de palabras tan terribles que se te ocurren y que no tengas miedo de soltar perlas de profunda sabiduría después. —Me toca las sienes, como si me estuviera acariciando el cerebro—. Eres todas las formas hechas a la perfección para contenerme, y eres todos mis colores favoritos. —Me da un beso en la barbilla—. Definitivamente, eres mi sabor preferido —murmura en mi oído con voz grave, y siento mi risa vibrar suavemente con nuestro abrazo.

—Te quiero tanto…

—Yo también te quiero muchísimo. Llévame a casa, por favor.

Epílogo

El junio siguiente

—¿Cuánto falta, Indy? —grito, asomándome a las escaleras. Llevo cuarenta minutos yendo de un lado a otro de la galería y ya no aguanto más—. ¡Quiero llegar pronto por si necesita ayuda!

Al ver que no se digna a responderme, doy media vuelta y me voy enfurruñado a la cocina de Sage… Bueno, oficialmente, nuestra cocina, como indica la presencia de mis cuchillos en la encimera y el *sous vide* que usé anoche y que todavía no he guardado. Al final, los Andersen quisieron volver antes de Navidad, así que solo nos quedamos en su casa un mes. Luego nos mudamos con Sage.

Vuelvo a la galería y contemplo los nuevos adornos de la estantería. Las notas de Indy enmarcadas: todo sobresalientes. Un retrato de familia en el Mirador de los Fundadores, mis padres incluidos, que nos hicimos cuando vinieron el año pasado por Navidad. Ese día, intentamos hacer un muñeco de arena y nieve en la playa. Solo conseguimos hacer la base antes de que se nos congelaran las manos, así que procedimos a ir al bar de Walter a descongelarnos. Al lado de esa foto hay otra más reciente en la que salimos Indy y yo en la camioneta, con dos expresiones idénticas de aprensión y los labios apretados y serios. Es de la primera vez que fui a enseñarle a conducir, ya que ahora tiene el permiso de aprendizaje. También hay una foto del festival del año pasado. Salimos Sage y yo llegando a la orilla, rodeados de las caras de la gente que queremos celebrándolo con nosotros. En la imagen, nos miramos el uno al otro.

Cojo la foto de Nochevieja, que fue el día que inauguramos el Entre Estrellas en privado. Fue un evento solo para los vecinos, salvo por Carlie. Uno de los muchos sobrinos de Walter (aunque creo que este era un sobrino nieto) vino a hacer de DJ. Los postres eran de Savvy's y los hizo Wren, y Sage se encargó de las flores. Fue su primer gran evento, y me enorgullece decir que nunca había oído tantos halagos hacia las flores en un acto en el que la protagonista era la comida. La inauguración oficial fue una semana después. Acudieron montones de personas de fuera del pueblo, la mayoría, por el atractivo que suponía la lluvia de meteoritos que había esa noche, y que podrían ver desde el observatorio o desde el patio.

Estos últimos seis meses, el Entre Estrellas se ha convertido en uno de los grandes atractivos de Spunes, y ha atraído mucho turismo. Trabajar aquí bajo las órdenes de Archer ha sido revitalizante, la verdad. Ha sido agradable hacerlo con menos presión, sin sentir que me lo estaba jugando todo. Aunque todavía tengo algunas ideas, y cada vez me siento más decidido. Cuando Walter deje de jugar al gato y al ratón y se jubile oficialmente, haré lo que esté en mi mano para comprarle el bar. Esta vez, lo haré sin el respaldo económico de nadie: será mío y punto.

Oigo que Indy baja los escalones corriendo y vuelvo a dejar la foto en la estantería. Justo en ese momento, entra en la galería y pasa corriendo por mi lado.

—¡Vamos! —me apremia, como si fuese yo el que va con retraso. Les digo adiós a Sable y a Sinpa y sigo a mi sobrina. Subimos a la camioneta y vamos al pueblo.

La inauguración privada fue el primer trabajo oficial de Sage, pero lo de hoy es mucho más importante. Han cerrado hasta el Entre Estrellas y la calle Mayor solo para la celebración del evento.

Cuando llegamos al restaurante, Indy se larga de inmediato al ver a Sam y a algunos de sus amigos, que están donde sirven las bebidas. Al ver lo bien que se lleva con ellos, siento como si se me prendiera una llamita en el pecho.

No me sorprendo ni una pizca cuando me vuelvo y veo a Sage subida en una escalera, descalza, con un vestido verde precioso que hoy ya le he quitado una vez. Alarga una mano y atisbo el tatuaje que lleva en la cara interna del codo, una canoa llena de flores. Yo me hice mi propia versión en el antebrazo ese primer día, con una batidora de varillas y una espátula en lugar de las palas de remo. Los zapatos de tacón la esperan al pie de las escaleras mientras ella coloca la guirnalda en la viga.

Me acerco a ella por un lado, ella me mira y se tambalea un poco.

—¡Maldita sea…! —gruño, cogiendo la escalera para estabilizarla —. Me vas a provocar un ataque al corazón.

Me sonríe desde arriba, pero baja, y la irritación se esfuma en cuanto está en el suelo delante de mí. El corazón me sigue latiendo desbocado, pero ahora es por otra cosa. Lleva el pelo ondulado y voluminoso, parcialmente recogido en una elegante cola de caballo, y unos grandes pendientes que no son ni la mitad de brillantes que sus ojos. Los labios parecen manchados de frambuesa, como siempre. Esta noche se ha puesto menos anillos, y lleva un dedo desnudo que tengo intención de adornar dentro de muy poco.

En marzo, por su cumpleaños, nos fuimos a Gandon a pasar el fin de semana. Me dio la idea uno de sus carteles publicitarios para el verano. La búsqueda y la logística me llevaron bastante tiempo, pero encontré (y compré) una canoa con el fondo de cristal, que incluso traía luces alrededor del borde para paseos nocturnos. Hace casi dos meses que la tengo escondida en casa de Silas, pero, en cuanto llegue la primera noche cálida del verano, la traerá a nuestra playa y la dejará en el escondite. Voy a llevarla a su tramo de agua favorito y le pediré, bajo una vasta y estrellada bóveda celeste, que se case conmigo.

—Bueno —me dice con una mirada penetrante—. ¿Qué te parece?

—Es tan bonito que duele verlo.

Me atrae hacia ella y me da un beso que probablemente sea demasiado apasionado para exhibirse en público, pero así es mi

Sage, todo corazón, una fuerza ingobernable que hace que cada momento cuente.

—Lo que quiero decir es —aclara, enfatizando sus palabras dándome un mordisquito en el labio—: ¿qué te parece la boda?

Ah. Me tomo mi tiempo para mirar a mi alrededor y me quedo anonadado porque una sola persona haya conseguido organizar todo esto. Bueno, una persona y su hermano, mejor dicho. A Micah le rescindieron el contrato y lleva desde esta primavera lloriqueando por todo Spunes. Sage, que se pasa la vida tratando de distraerlo y mantenerlo ocupado, lo reclutó para que la ayudase con las instalaciones florales para la boda de hoy.

Y hablando de la boda: Ian y Cassidy están entrando ahora mismo por las puertas del Entre Estrellas. Nos saludamos con un gesto educado desde extremos opuestos de la sala. A diferencia de la pareja que se une hoy, estos dos acabaron casándose de improviso en México el febrero pasado.

Ayudo a Sage con los últimos arreglos y luego me llevo la escalera para guardarla. Al cabo de un rato, mientras trato de arreglar el ramillete de una servilleta, pasa por mi lado, me da una palmada en el culo y me susurra al oído:

—He cambiado de opinión. Este es mi traje preferido.

El otro que me ha visto puesto es el de neopreno. Estoy a medio segundo de llevármela al armario de las escobas cuando el maestro de ceremonias anuncia que ha llegado la hora de ir al observatorio.

Todo el mundo va entrando y sentándose en las sillas que han dispuesto en la sala circular. Debemos de ser unos veinte, la cantidad de gente justa para una ceremonia muy íntima, aunque no me cabe duda de que el resto del pueblo asistirá al convite. Junto al telescopio que hay en medio de la sala, al lado de Athena Cirillo, que es quien oficia la ceremonia, un Walter visiblemente emocionado y vestido de traje espera a su futura esposa. Sage ha decorado la sala con una guirnalda con cristales y luces tenues, y por los pasillos, a nuestros pies, hay musgo y varias flores en forma de estrella.

—Eres maravillosa —la alabo—. Esto es precioso.

—Y tú también —contesta. La miro y niego con la cabeza. Nunca entenderé cómo he podido tener tanta suerte. De todos los lugares del mundo en los que podría haber acabado… Hay días en los que la idea de que el destino podría habernos llevado a Indy y a mí a cualquier otra parte me aterroriza. Creo que es por la fuerza con la que quiero aferrarme a esta vida, por lo mucho que desearía poder ralentizarla todo lo posible.

Se oye el pitido del ascensor al fondo de la sala y todos nos volvemos a la vez, a tiempo para ver cómo Silas y Ellis llevan a Martha O'Doyle hasta el altar.

Resulta que Martha y Walter llevaban años viviendo su propia historia de amor imposible, enamorados el uno del otro en silencio, hasta que algo los llevó por fin a lanzarse al vacío. Decidieron dejar de perder el tiempo para estar con la persona a la que aman.



Esa noche hago la conga, como un pastel y una comida deliciosos que no he tenido que hacer yo y contemplo la horrorosa imagen de Walter arrancándole la liga de la pierna a Martha con los dientes.

Bailo con Sage todo lo que puedo, aunque haga que me entren unas ganas irrefrenables de llevármela a casa. Y, a lo largo de la noche, en los momentos en los que nos separamos brevemente, me descubro contemplándola todo el tiempo. A la mujer que amo. La mujer a la que pienso hacer mi esposa, la que me ayuda a que haga de padre para Indy y con la que, algún día, me sentiré honrado de tener más hijos e incluso más animales. La mujer que me ha enseñado a dejar atrás mucho, para ser capaz de desear y soñar aún más.

Y pienso saborear cada una de las pequeñas cosas que viva con ella.

Agradecimientos

Vaya, vaya, vaya. ¡Míranos! No sé cómo, pero lo hemos vuelto a conseguir. Este libro ha sido un parto autoimpuesto de amor (es decir, que me lo he puesto mucho más difícil de lo necesario porque me presionaba con cada frase que escribía). Cada vez que escribo un libro me siento como si pudiera ser el último, y estoy muy feliz de que no sea el caso. Y esto se debe, sobre todo, a las muchas personas a las que me gustaría mencionar aquí.

Lo primero y lo principal: gracias a mi marido, cuyas horas de trabajo son todavía más largas e impredecibles que las mías y, aun así, siempre se las arregla para dedicar tiempo extra en casa para que yo esté libre para escribir. Gracias, cariño, por distraer a los niños y cuidar de nuestras vidas reales tan a menudo, para que así yo pueda ocuparme de las vidas de ficción. Gracias por dejarme hablar de ellos contigo, aunque te saque un poco de quicio, y por darme el espacio necesario para estar en silencio cuando ya no podía dedicarles ni un minuto más.

Gracias a mi agente todoterreno, Jessica Watterson, que no sabía que tendría que aceptar un segundo trabajo como terapeuta cuando firmé con ella. Has defendido mi trabajo desde la primera conversación que mantuvimos, cuando me dijiste: «Tus libros merecen estar en las librerías». Me has ayudado a hacer realidad muchos de mis sueños, y tu fe en mí a menudo restaura la mía propia. Gracias por ver este libro, con su concepto aparentemente sencillo en la superficie, y saber que en su interior había mucho más. Gracias también a Andrea Cavallara, que se encarga de los derechos en cine y en el extranjero, y a todo el equipo de Sandra Dijkstra, por haber llevado mi trabajo a tantos lugares nuevos y emocionantes en tan poco tiempo.

A mi editora, Cassidy Graham, por hacer que este libro se publique en su mejor versión posible y gracias por tu paciencia conmigo en esta transición en la que he pasado de ir por libre a tener un equipo detrás flanqueándome por todos los lados. Gracias por presionarme para que fortaleciera los puntos más débiles y por celebrar conmigo los triunfos. Gracias por guiarme de la mano a través de nuestra visión compartida para este libro y sobre Spunes en sí, aunque yo te la apretara demasiado fuerte. Me alegra enormemente tenerte de mi lado y estoy impaciente por todo lo que haremos juntas.

A Kejana y Alyssa, otras compañeras que jamás dejarán de entusiasmarme. Gracias por todo el trabajo que hacéis en *marketing* y publicidad, por hacer que tanto mi obra como yo tengamos un éxito sin parangón. Me siento indescriptiblemente afortunada por formar parte del equipo de SMP y, Dios, espero no avergonzaros nunca con mi caos.

A Liza Rusalskya y Kerri Resnick, por haber creado una portada más bonita de lo que jamás habría podido imaginar. La primera vez que vi los esbozos se me llenaron los ojos de lágrimas, porque eran ellos. Justo ellos.

A los lectores que se han convertido en amigos (y, a veces, en consejeros); ya sabéis quiénes sois: GRACIAS. La campaña incansable que hacéis por mis libros me da el subidón que necesito cuando estoy triste. Escribí este libro para aquel yo que pensaba que esto era un sueño imposible porque no tenía un título universitario ni experiencia, y con cada paso que he dado me habéis recordado que mis palabras y mis personajes han calado en vosotros. A través de vuestras proclamas y publicaciones me recordasteis otra vez que podía y debía seguir.

A las autoras que han sacado tiempo de sus extremadamente ajetreadas vidas para leer este libro, así como mi obra anterior: Rachel Lynn Solomon, Amy Lea, Julie Soto, Ava Wilder, Lana Ferguson, Rosie Danan, Liz Tomforde, Erin Hahn, Elsie Silver, Livvy Hart, Jessica Joyce, Austin Siegemund-Broka, Emily Wibberly, Jen

Devon, Melissa Grace, Elena Armas y Lyla Sage. Es aterrador que alguien cuya obra adoras lea la tuya, pero no hay nada que te anime más que saber que estas personas inmensamente talentosas la disfrutan. Sé lo difícil que es leer cuando eres escritora, así que estoy verdaderamente agradecida.

Y, por último, a los amigos y a la familia que me apoyan: nunca conseguiré expresar todo lo que significáis para mí. Sois una parte inalienable de mi búsqueda de este sueño, porque sé que, pase lo que pase, cuento con vuestro respaldo incondicional. Os quiero.

Título original: *Savor It*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL. Todos los derechos reservados

Edición en formato digital: febrero de 2026

SAVOR IT copyright © 2024 by Tarah DeWitt
© de la traducción: Elena Macian Masip, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-34-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.